

# Alas al amor

RELATOS

*Marisa Citeroni*



Alas al amor

Marisa Citeroni

**#amoresamor**

Un compendio de relatos que te harán vibrar de emoción.

©Edición Noviembre, 2018  
“ALAS AL AMOR”  
Derechos exclusivos de Marisa Citeroni ®  
Prohibida su copia sin autorización.  
@2018-11-16

ISBN: 978-987-778-483-1

# Contenido

[Sinopsis](#)

[Te esperaré](#)

[Batiendo abanicos](#)

[Un amor inolvidable](#)

[Amor de una noche](#)

[Descarada](#)

[\*Pon en marcha tu vida\*](#)

[Lo prefiere mi corazón](#)

[\*¿Para bien o para mal?\*](#)

[La Navidad de Savannah](#)

[Hacedora de sueños](#)

[Con mis flores](#)

[\*\*Acerca de la autora\*\*](#)

La vida es un himno al amor, expresado con delicadas notas musicales, dirigidas al alma. Una sucesión de escenas que protagonizas día a día, buscando el ansiado elixir que lleve felicidad a tu vida. A veces negándote a creer en la magia de su poder, otras aferrándote a su grandeza, no esperes más. No te detengas ante la muda esperanza de lo que podría ser.



Vive, sueña, construye, anhela, abre tus alas al amor.

# Agradecimientos

**Mi** eterno agradecimiento a Jull Dawson por su inestimable ayuda. Natalia Libros por su entusiasmo y disposición, siempre comprometida en brindar su ayuda a las autoras. A Emma Sheridan por sus correcciones en algunos relatos y a Roni Green en otros. En exclusiva a mis lectoras, sin ellas nada de lo que hago y de lo que soy como escritora sería posible.

## **Sinopsis**

El sentimiento más poderoso es el amor, está presente en cada acto, en cada demostración, en cada palabra, en cada instante de la vida misma.

En las historias aquí contadas, se habla de este amor, reflejando personas que luchan por aferrarse a este sentimiento.

Mujeres que no entienden de mandatos ni preceptos, solo de pasión.

Hombres que necesitan llenar sus almas vacías y no vacilan en hacerlo incluso en contra del mundo que se opone a ello.

Protagonistas que se enfrentan de forma incansable con quienes no pueden aceptar que es simplemente eso: amor puro, egoísta, desenfadado, obsesivo, pero también tierno, cariñoso, dulce. Solo amor.

# Te esperaré

(Romance contemporáneo)

*Nela estaba segura de que había nacido con la peor de las maldiciones, aunque su madre le asegurara que era una bendición. Cuando fue mayor tomó sus propias decisiones, creyendo que así cambiaría su vida.*

*Tomas estaba dispuesto a salvar a la mujer que adoraba a toda costa, no le importaba arriesgar su vida, de hecho, fue lo que hizo.*

Nela White odiaba su vida, odiaba el seno familiar en que había nacido. Odiaba lo que se esperaba de ella y por lo que a ella respecta, no pensaba complacer a nadie. Desde niña había añorado una familia normal como la de sus amigas, una vida común donde la función más importante de la mamá era querer a sus hijos. Arrojarlos, jugar con ellos en la plaza, ayudarlos a estudiar matemáticas.

«¿Qué le había tocado a ella?»

Una familia con un legado, un antiguo linaje, hasta ahí sería normal, si no fuera porque su legado y linaje era ser especial. La función más importante de su mamá era estudiar el gran libro que decía era nuestro legado, escrito por ancestros White, cocinar cosas con olor desagradable, a la que ella llamaba pócimas y volar en escoba. Era cierto que recibía mucho amor de sus padres, pero también exigencias, imposiciones que ella no estaba dispuesta a acatar.

Cuando fue adolescente su vida empeoró y mientras la vergüenza de ser una White crecía, su afán por ser una simple mortal también lo hacía. En otras ocasiones, sus amigas la envidiaban y se enojaban cuando ella no accedía a cumplir sus caprichos de hechizar al chico que les gustaba para que fueran de ellas. O mejorarles el cutis, el cabello y tantas estupideces más. No entendían que utilizar la magia traía consigo cargar con las consecuencias del mal uso. Nunca debía usarse el poder para frivolidades ni beneficios personales.

Su vida se había transformado en un caos intentaba por todos los medios estudiar y ser normal. Discutir con su madre se convirtió en una práctica habitual, que no reportaba beneficios para ninguna de las dos. Sabía que sus padres la adoraban, pero ese amor estaba acabando con ella. Nela los amaba demasiado, como para faltarles el respeto o hacerles daño con su negativa. Había llegado el momento de llevar una vida separados.



Luego de mucho insistir logró que la dejara irse a vivir a casa de su tía Felisa Collins, hermana de su padre. Era lo que Nela consideraba una mujer normal, no sabía de las prácticas de su madre, ni de dónde vivía su padre. No tenían mucho contacto, desde que su hermano se había casado con la extraña mujer, como la consideraban en el seno de los Collins. Era el mejor lugar para refugiarse y así lo hizo. De todas maneras, nada era color de rosa, vivir en Estados Unidos implicaba amoldarse a las costumbres y soportar a la familia de su padre que, aunque vivían relativamente lejos, siempre encontraban la manera de llegar a ella.

Sus abuelos paternos querían que viviera con ellos, pero a Nela no le gustaba que hablaran mal de sus padres en su presencia como solían hacer. Se fue de su casa para vivir su vida a su antojo, no porque no los quisiera, de hecho, les tenía mucho afecto y le dolía dejarlos, pero jamás se pondrían de acuerdo. Sabía que los extrañaría horrores, y que sentiría cada día de su vida que los había abandonado, había tomado una decisión y viviría con ello.

Luego de terminar la universidad y de haberse graduado como restauradora de arte, decidió que como había encontrado un trabajo en el museo más antiguo de la ciudad, que tenía que conseguirse un apartamento. Comenzó a instalarse en su vida una cómoda rutina, dónde su mayor preocupación era acordarse de comprar víveres para alimentarse. Lejos había quedado su pasado y sus orígenes en esa ciudad era una desconocida más. Los días se sucedían yendo al trabajo, al final de la jornada laboral, caminaba la ciudad o iba al cine. Cenar después de ir al teatro o simplemente recibir el sol en el parque, actividades que Nela consideraba que hacían las personas normales.

Un día estaba llegando a su trabajo por la mañana y un fuerte dolor en el pecho la sorprendió, más cuando desapareció de repente. Se acercaba al lugar cuando llamó su atención varios vehículos de la policía, se apresuró a llegar, pero antes de poder poner un pie en el primer escalón que la llevaría dentro del museo un agente detuvo su avance.

—No puede ingresar —La mirada dura y fría del policía la sorprendió.

—Trabajo aquí, si no puedo entrar al menos necesito avisar a mi jefe de mi llegada —a Nela no la iba a asustar tan fácilmente su hostilidad.

—Su identificación —dijo fríamente el oficial que insistía en mostrarse duro y desconsiderado.

Nela entendía que el hombre debía hacer su trabajo, pero no le costaba nada ser un poco más amable, sobre todo a hora tan temprana de la mañana.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó muy poco dispuesta a colaborar con la autoridad.

—¡Identificación! —Volvió a decir sin responder, más desagradable no podía

ponerse el tipo.

Le entregó la documentación y esperó con el ceño fruncido hasta que fue al vehículo y habló por radio sin quitarle los ojos de encima a Nela, que comenzaba a ponerse de mal humor.

—Ahora que sabemos que no soy una delincuente, ¿podría saber que sucedió? —El sarcasmo que destilaba su voz no le pasó desapercibido al oficial de policía.

—Puede ingresar, pero no puede acercarse a las puertas traseras del edificio —dijo sin mover un solo músculo de su cara de piedra.

—¿Usted nunca responde lo que se le pregunta? —quiso saber Nela.

—Será porque aquí soy yo quien hace las preguntas —respondió de forma cortante.

Nela en un momento sintió la necesidad de discutirle, pero optó por callarse e ingresar a su lugar de trabajo, seguro su jefe le echaría la bronca por llegar tarde. Caminó apurada apretando su bolso contra el cuerpo como si de un escudo se tratara, cuando pasó frente a la oficina del director pretendía hacerlo sin que la viera, pero fracasó miserablemente.

—Señorita White —dijo con su fuerte voz.

—Buenos días, señor —saludó ella al acercarse a la puerta abierta.

—Llega tarde. —Era lo único que tenía para decirle el desagradable hombre.

Lo único malo que en realidad tenía su trabajo era su jefe. Nela todavía no entendía cómo había conservado el puesto de director del museo con ese mal carácter que se echaba el tipo.

—Llegué a horario señor, el policía que está afuera no me dejó pasar antes. —No pensaba darle más explicaciones.

—¿Siguen allí afuera esos malditos entrometidos? —Nela no pensaba que se lo estuviera preguntando en realidad, pero como sentía mucha curiosidad decidió probar suerte y seguirle la corriente.

—Sí, señor y no me ha dejado entrar hasta verificar mis datos, ¿ha sucedido algo en el museo señor? —realmente no esperaba que le respondiera, pero no perdía nada pinchándolo para que hablara.

—Dentro del museo no ha pasado nada, aunque esos infelices esperan encontrar aquí al asesino —respondió como si tal cosa.

—¿Asesino? ¿Quiere decir que detrás del museo hay una persona muerta? —Nela estaba espantada, no podía creer lo que acababa de escuchar.

—Ellos dicen que es un hombre, para mí es un animal, uno muy grande —enfaticó su jefe.

Había que ser muy corto de entendederas para confundir a un hombre con un animal, a menos y era lo que estaba pensando Nela en ese momento, que su jefe

intentara ocultar algo. O evitar que la policía descubriera alguna bajeza de las que se rumoreaban en los pasillos, en la que estaba metido el director del museo.

—¿Está muy descompuesto el cadáver? —era la única razón para que su jefe no pudiera diferenciar una persona de un animal.

—Para nada lo han matado hace un par de horas —respondió evidenciando que sabía más de lo que quería decir.

—Si le parece bien señor, voy a empezar con mi trabajo. —Nela lo que menos quería era verse involucrada en nada de lo que estuviera haciendo ese horrible hombre.

Su finalidad al entrar a trabajar en el museo era exclusivamente de restaurar el arte dañado, no quería saber en qué negocios sucios estaba involucrado, ni su jefe ni ninguno de sus compañeros. Aunque muy a su pesar había tenido que escuchar unas conversaciones que comprometía a unos cuantos, pero que a ella no le interesaba saber.

—Sí, apúrese que tiene un buen atraso y su salario es por hora, luego no se queje.

—Maldito desgraciado, si se había retrasado por su culpa no de ella. —Pero le gustaba demasiado su trabajo para perderlo, de lo contrario le hubiera cantado unas cuantas frescas en la cara al maldito engreído.

Tomas buscaba hacerse con alguna prueba que le aportara algo de luz en el caso, esperó pacientemente a que los de la morgue retiraran el cuerpo, dado el estado en que se encontraba y la fecha que estaban, no había mucho margen para las dudas. Hacía unos cuantos años que tanto sus antecesores, como sus compañeros habían estado investigando ese tipo de muertes sospechosas y todo daba a entender que se trataba de un sacrificio.

—Tenemos otro 187 y creo que es de los casos especiales —El oficial de policía Tomas Coulter se encargaba últimamente de resolver aquellos casos misteriosos que sucedían durante los meses anteriores a la noche de brujas y en esa noche en particular.

—¿Crees que tiene relación con los casos de los años anteriores? —preguntó Zoni, su compañero.

—Estoy seguro —dijo mientras se dirigía hacia el archivo en busca de los casos para comparar.

Hacía tiempo que tenía sospechas y el hecho de que esta nueva muerte fuera tan cerca del museo, lo hacían considerar aún más lo que pensaba. Tanto el director como al menos la mitad de los empleados estaban implicados en los asesinatos ¿Cuál podría ser la causa? Contrabando de arte, drogas, joyas y la lista podría llegar a ser muy larga. Querían hacer pasar por sacrificios de noche

de brujas, lo que en realidad era a todas luces un ajuste de cuentas, un asesinato a sangre fría.

—¿Retomamos donde lo dejamos hace unos meses? —preguntó Zoni esperanzado.

—Creo que será lo mejor, no estoy dispuesto a dejarlo pasar, así como así en algún momento se equivocarán y estaremos allí para atraparlos.

—Lo haremos, no te preocupes —Su pareja estaba seguro de que a Tomas no se les escaparía.

—Hoy conocí a una mujer, es empleada nueva del museo —contó Tomas a su compañero.

—¿Y qué tal? —preguntó Zoni con toda la intención.

—Nada de que tal, es una sospechosa —respondió Tomas enojado.

—También es una mujer y dado que, en nuestro trabajo solo conocemos sospechosas, que generalmente luego dejan de serlo. —La mirada acerada de Tomas hizo que Zoni cerrara su boca y no continuara con sus chanzas.

—Hay que investigarla a fondo ¿te encargas tú? —Quiso saber Coulter.

—No, te encargas tú de la bella mujer, estoy ocupado —respondió con una inocente sonrisa.

—¿Quién te ha dicho que es una bella mujer?

—Tú, dijiste que conociste a una mujer y no a una sospechosa, lo cual me dice que es bella ¿te olvidas de que nos conocemos de toda la vida? —Zoni se lo quedó mirando a la espera de una réplica que nunca llegó.

Tomás dejó a su compañero y fue a su oficina para encargarse de recopilar la mayor cantidad de datos posibles sobre Nela White. Pasó varios días investigando, haciendo preguntas, mandando mails y esperando respuestas, todo lo que había por saber de la señorita White, él lo encontraría. Tenía por costumbre exprimir las piedras para sacar información. La mujer lo afectó de una forma inexplicable, desde el primer momento en que posó sus ojos sobre ella, con el correr de los días se fue obsesionando con su imagen y poco a poco se fue haciendo carne de su carne.

Nunca lo admitiría delante de Zoni, pero era verdad que la belleza de la señorita White lo había pillado con la guardia baja. Tuvo que hacer acopio de toda su profesionalidad para no dejar entrever las emociones que lo asaltaron frente a la joven. Después de investigarla entendía su hermetismo y su postura poco cooperativa, se escondía, pero había elegido el peor lugar para hacerlo.

Nunca le había pasado antes, siempre investigaba a todo el mundo solo para saber si estaba limpio o escondía algún tipo de delito bajo la alfombra. Pero con Nela White era diferente, quería saber todo de ella y no era por el caso, se había convertido en una necesidad personal. Si no se andaba con cuidado tendría que

salirse de la investigación del crimen, por no poder ser objetivo e imparcial, como lo fue siempre.

El director del museo estaba implicado de eso no había dudas, necesitaba pruebas y la iba a encontrar. La mitad de los empleados seguían a su jefe muchos de ellos con antecedentes policiales. No entendía que hacía esa mujer en medio de tanta mugre, pero lo iba a averiguar de cualquier forma. Por lo pronto hizo averiguación de antecedentes un poco más minuciosa de la que habían hecho cuando pidió por radio, estaba limpia. Después dio un barrido por la web, había encontrado tres Nela White, una estaba definitivamente descartada, tenía noventa años. No era la hermosa mujer que había tenido frente a él. De las otras dos podría ser cualquiera por la edad, pero se inclinaba más por la que era proveniente de una familia de clase muy pobre que gracias a que trabajaba de pequeña pudo pagarse los estudios, ambas eran recibidas de restauradoras de arte.

La última venía de una familia que se encontraba en buena posición social, era hija única y decía el artículo que era la última descendiente de un linaje muy antiguo de una familia muy conocida de Savannah. Se decía que tanto la mujer como su clan eran poderosas brujas. Para Tomas esas eran tonterías, la mujer que había tenido frente a él era común y corriente, aunque no tenía ni idea como debía lucir una bruja. No creía en sus existencias y no iba a empezar a creer en esos momentos por lo que también estaba descartada. Aunque sería razonable darle un puesto de trabajo en el museo desde el punto de vista del director, si estaba haciendo lo que ellos pensaban, todavía no podía descartarla.

La dirección de las dos última eran un tanto confusas, pero se las arreglaría para identificar a la adecuada. Fue a una de las direcciones y aparcó su auto negro como la noche, frente al apartamento a esperar su llegada. Cuando hacía investigaciones nunca usaba la patrulla policial, quería pasar desapercibido, tampoco usaba su uniforme, vestía casual. Después de un par de horas descartó a otra de las White, había llegado a su casa en silla de ruedas. Por lo tanto, tenía una ganadora e iría a su dirección la esperaría y a partir de ese momento sería su sombra. Seguía sin creer que fuera una bruja, pero el dicho rezaba de que las hay..., las hay.

Después de una semana de investigar los hechos y a las personas y de seguir a Nela White, no había avanzado mucho, los desgraciados del museo tenían un plan perfecto, sin errores, sin fisuras. Pero el instinto de Tomas jamás le había fallado, eran ellos y los descubriría. Había amanecido frente a la casa de la joven mujer y estaba estirando su agarrotado cuerpo, afuera la lluvia caía constante e incansable. Un golpe en su ventanilla lo sobresaltó, no podía ver muy bien quien era, pero bajó el vidrio para ver que quería.

—Si piensa quedarse un día más allí, al menos entre en la casa y tómese un desayuno como la gente. —Nela White estaba parada bajo la lluvia con un paraguas mirándolo con el ceño fruncido.

—No estoy en plan oficial —respondió Tomas.

—No creo que intente nada contra mí, aunque puedo llamar a la policía si lo hiciera —La miró unos segundos con su habitual seriedad, para luego regalarle la más hermosas de las sonrisas.

—¡Vaya! —exclamó Nela— ¿Puede sonreír?

—Claro que puedo sonreír, no soy de plástico —respondió divertido.

—Pero está claro que sabe que lo parece ¿verdad? —Él se la quedó mirando mientras decidía si enojarse o dejarlo pasar.

Bajó del auto y esperó para que ella fuera por delante, muy caballeroso la siguió con las manos en los bolsillos con la convicción de que se estaba equivocando. Entraron en el reducido pero confortable apartamento, Nela lo invitó a la cocina y allí se sentó, la mesa era pequeña para cuatro personas y se ubicó para mirarla de frente mientras trajinaba en la encimera. Luego se acercó y colocó frente a él una taza de café humeante y en el medio de la mesa un plato con galletas. Nela se sentó con su café y lo miró a la espera del acostumbrado interrogatorio.

—¿Qué? —preguntó Tomas al ver que lo miraba expectante.

—¿No va a interrogarme?

—No estoy aquí como policía.

—¿A no? ¿Y cuál es la explicación para que esté parado con su auto delante de mi apartamento hace una semana? —Quiso saber Nela.

—No hace una semana, sino tres días y no estoy frente a su apartamento sino en la esquina.

—¿Con eso quiere decir que no me estaba vigilando?

—Estoy siguiendo la pista de un caso. —aceptó Tomas.

—Está decidiendo si estoy implicada o no —Nela hablaba más para ella que para él.

—¿Lo está? —Aprovechó a preguntar Tomas.

—No lo estoy, pero sé que algunas de las personas que trabajan en el museo, no son gente de fiar.

—¿Cómo lo sabe?

—He escuchado conversaciones extrañas, susurros en los rincones y gente que entra y sale de los depósitos del museo, pero que no trabajan allí.

—¿Qué cree que está sucediendo?

—No lo sé, solo sé que no es nada bueno.

—¿Y que no es bueno lo sabe porque...?

—Digamos que intuición femenina.

Se quedaron en silencio por unos minutos, mirándose, evaluándose, sin que ninguno de los dos se atreviera a romper el hechizo, en el que estaban envueltos. Después de unos segundos la comprensión llegó a Tomas y Nela se dio cuenta, intentó pestañear y tomar su café como si nada, pero no le resultó.

—Usted nació en Savannah, pertenece a esa familia White —Tomas no estaba preguntando, constataba un hecho.

—¿Qué quiere decir con: esa familia White? —Nela comenzaba a enojarse.

—Sabe bien lo que quiere decir, ¿dígame su jefe sabe de dónde proviene usted? —preguntó Tomas que comenzaba a unir cabos sueltos.

—Claro que lo sabe, tuve que llenar un formulario con todos mis datos —respondió Nela sin entender.

—¿Cómo consiguió ese trabajo?

—Pensé que no era un interrogatorio —se quejó Nela.

—No lo es, simplemente es que no creo en las coincidencias, puede negarse a responder.

—Cuando me gradué uno de mis profesores me recomendó, por mis altas calificaciones.

—El profesor también trabaja en el museo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Nela sorprendida.

—Intuición masculina —respondió Tomas con una media sonrisa inclinado su cabeza para regalarle una caricia a su rostro con la vista.

—Se está burlando de mí.

—Voy a hacerle una pregunta, me gustaría que me responda con sinceridad, pero está bien si no lo hace.

—¿Es una pregunta oficial?

—No es oficial, en este momento no soy policía, lo que diga quedará entre nosotros.

—Muy bien ¿Qué quiere saber?

—¿Tiene poderes, es...?

—¿Si soy bruja? Puede tener varias respuestas esa pregunta.

—Con una me conformo —aseguró Tomas que la ansiedad lo carcomía por dentro.

Ella lo miró por varios segundos mientras intentaba decidir, que decir, no sabía que tenía que hacer. Había pensado que dejando a Tybee Island en Savannah, su antigua vida también quedaría allí. Se equivocó, su pasado la perseguiría hasta el día de su muerte. Mientras pensaba que hacer y lo miraba, vio en los ojos del oficial que no la juzgaba, quería saber, necesitaba verdades, se las daría.

Sin quitarle la mirada de encima y sin moverse ni un ápice hizo que el móvil del oficial que estaba posado sobre la mesa levitara hasta la altura de sus ojos. El hombre estaba hipnotizado ante tamaña demostración, pero no parecía asustado.

—¿Sabe que por esto la tienen en el museo?

—Nadie sabe de esto —aseguró Nela, devolviendo el móvil a su lugar.

—Si yo lo supe con un par de averiguaciones, ellos también.

—¿Piensa que por eso me contrataron en el museo, pero no entiendo qué tiene que ver? —La confusión de Nela era evidente.

—Intentan hacer pasar sus asesinatos como sacrificios, del tipo en que una bruja hace una ofrenda para consagrarse. —explicó Tomas.

—Parece saber mucho sobre brujería.

—Traté de informarme lo mejor que pude.

—En todo caso yo no puedo hacer sacrificios, nunca recibí mi legado, no acepté mis poderes.

—Acabo de ver como hizo levitar mi móvil.

—Con eso se nace, se lleva en la sangre.

—¿Qué más puede hacer? —Tomas quería saber cómo funcionaba.

—No mucho más, levitar pequeñas cosas no muy pesadas y encender fuego. Nunca exploré mi potencial, quería ser normal y lo había conseguido hasta ahora.

Tomas se daba cuenta que Nela estaba experimentando mucha angustia al verse descubierta, lo cierto era que él estaba seguro de que la habían contratado para usarla como chivo expiatorio. Empezaba a entender lo que los delincuentes pretendían, quitarse a los que los molestaban de encima y cargárselo a la bruja. La tristeza en el rostro de Nela lo terminó de desarmar, le gustaba y le gustaba mucho. A partir de ese momento se convertiría en su sombra, no permitiría que esos desgraciados le arruinaran la vida.

—¿Cuándo dice encender el fuego, hablamos de una hoguera? ¿Incendiar un edificio o encender un cigarrillo? —Tomas infundió diversión a sus palabras.

—Nada tan interesante —respondió Nela mientras chasqueaba sus dedos y encendía el mechero de la cocina.

—Bien, no se preocupe que no permitiré que le hagan pagar a usted sus delitos —aseguró Tomas.

—Si creen que tengo poderes y si realmente investigaron, me pueden obligar a hacer lo que ellos quieran —dijo Nela con tristeza— tendré que dejar mi trabajo y desaparecer, otra vez.

—¿Cómo es eso?

—Si bien una bruja puede ser poderosa, siempre se puede encontrar una manera de utilizarla. Puede ser amenazando a un ser querido, por eso suelen ser



solitarias, o a través de una pócima o magia.

Mientras la miraba embobado, recibió una llamada al móvil, escuchó lo que le decían en silencio, su rostro se volvió de piedra y se paró de un salto.

—Recoja lo imprescindible no vamos de aquí en este instante. —gritó Tomas, que acababa de cortar la comunicación.

—¿Qué está diciendo?

—Vienen por usted, tenemos que salir de aquí, mi compañero no podrá retenerlos por mucho tiempo.

Nela salió corriendo a la otra habitación, metió unas ropas en su mochila y agarró la foto de sus padres, era lo único que necesitaba. Cuando volvió a la sala el Oficial estaba en la ventana esperándola para bajar por las escaleras de incendio. Corrieron a toda velocidad y encontraron el auto del policía a dos cuadras, su compañero Zoni estaba al volante.

—¿Todo en orden? —preguntó Tomas a su compañero.

—Por supuesto, lo malo es que huyeron cuando les envié la caballería —aseguró Zoni divertido.

—Vamos a mi apartamento —ordenó Tomas.

—Compañero sabes que no es el procedimiento —Se quejó Zoni.

—Tampoco es que estemos oficialmente investigando esto —aseguró Tomas.

—¿Y esto sería? —quiso saber su compañero.

—Pronto lo sabremos.

Nela los escuchaba desde el asiento trasero del vehículo y no entendía cómo era posible que hubiese vuelto al punto de partida. Otra vez escondiéndose de su pasado, de su no adquirido poder. Sabía que en gran parte era culpa de ella por no tener el carácter suficiente para imponerse y negarse a lo que no quería ser. Estaba asustada, su intuición le decía que podía confiar en Coulter, no estaba tan segura de Zoni. El oficial los dejó frente al edificio y fue a ocultar el auto.

—Pasa por favor, te voy a pedir que confíes en mí —dijo Tomas.

La sinceridad de su mirada convenció a Nela y aceptó su pedido con un asentimiento de cabeza. Estaba segura de que ese era el comienzo de algo en su vida, faltaba averiguar si era algo bueno o por el contrario otra decepción de su patética existencia.

—Confiaré en ti, pero tendrás que explicarme que está sucediendo —dijo Nela.

—Entremos, será mejor que estés oculta por el momento —dijo Tomas— te explicaré todo con una taza de café.

El apartamento era grande y confortable, tenía más de una habitación, dato que alegró a Nela. Él la invitó a sentarse en el sillón mientras preparaba café, cuando volvió traía una bandeja con dos tazas de café y azúcar. La dejó en el

centro de la mesa y esperó a que ella eligiera el que iba a tomar, Tomas se sirvió el que quedó. Mientras bebía de su taza, la observaba de forma evaluativa, parecía un gorrión asustado. No daba la imagen de bruja poderosa que los delincuentes creían que era.

—La teoría de mi compañero Zoni y la mía, es que los empleados que trabajan en el museo y el director lo usan de pantalla para algún tipo de tráfico, no hemos identificado que.

—Aunque fuera cierto, ¿Qué tiene que ver con el cadáver que estaba en la parte de atrás del museo? —quiso saber Nela.

—Creemos y estamos esperando la confirmación del forense, que es un investigador privado. Si estamos en lo cierto lo mataron porque se acercó demasiado.

—¡Investigador privado! Lo conocí, intentó hablar conmigo antes de la hora de trabajo. Pensé que era un loco y me deshice de él —Nela se lamentó por su proceder con el pobre hombre.

—No te preocupes por él, no es que fuera muy buena persona y si bien no justifico su muerte, le advertimos muchas veces que no interfiriera en nuestra investigación, que era peligroso, pero él andaba a la caza de un caso que lo hiciera famoso. Si hubiera descubierto quién eres en realidad, te habría expuesto públicamente, no le importaba nada que no fuera él.

—Aun así, me da pena.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Cuando investigo a las personas sé todo acerca de ellas y tú tienes buen corazón.

Se quedaron en un cómodo silencio en el cual reinaba la paz que Nela siempre necesitó y que Tomas anheló. Nunca le había creído a su madre cuando le dijo, que se daría cuenta al segundo quien era su pareja en esta vida, así lo había encontrado ella y su abuela también. Estaba segura de que en esos momentos estaba sentada frente a su compañero de vida, así lo sintió en su pecho el día que lo conoció. Estaba feliz y asustada a la vez, no tanto por los delincuentes como por lo que le deparara el futuro con el oficial Tomas Coulter.

Los días para Nela transcurrieron tranquilos, aunque se mantenía encerrada, poco a poco fue conociendo a Tomas en profundidad y dejó que él la conociera a ella tal y como era en realidad. A su lado se sentía a gusto, por primera vez no tenía que ocultar su procedencia y eso le encantaba. Se había instalado una cómoda rutina, para no estar sin hacer nada, ella preparaba el desayuno y las comidas, no le gustaba ser una carga para nadie, Tomas insistía que no lo era y

que le encantaba tenerla en su apartamento, la soledad comenzaba a pesarle.

Cuando Tomas salía a trabajar, Nela se ocupaba de ver sus fotografías y videos familiares que tenía, le gustaba verlo en su vida pasada, la hacía sentir parte de ella. Se fueron acercando el uno al otro sin apenas darse cuenta de lo que sucedía. Pero no todo era felicidad, Tomas continuaba investigando y esa noche Nela estaba muy nerviosa, porque pensaban entrar al depósito del museo para conseguir las pruebas que necesitaban.

Esperaron ocultos en las sombras hasta que el último empleado se retiró, solo quedaba un viejo guardia nocturno, que seguramente se dormiría en cualquier momento. Cuando la ocasión fue precisa Tomas ingresó al lugar, seguido de cerca por Zoni, ambos vestidos de negro, no era una visita oficial, buscaban algún indicio que los llevara a la punta del iceberg. Tampoco era el procedimiento correcto, pero habían agotado las instancias legales y no lograron más que acumular cadáveres. Demasiadas preguntas sin ninguna respuesta, el sistema no colaboraba y ellos estaban cansados de no poder resolver los casos.

El primero en entrar al oscuro y frío museo fue Tomas, se habían colocado pasamontañas negros para cubrir el rostro. Zoni desactivó la alarma, mientras Tomas manipulaba la cerradura, en un par de segundos estaban dentro, sabían dónde debían dirigirse, Nela les había hecho un mapa que ellos memorizaron. Llegaron hasta el depósito sin complicaciones, pero allí se encontraron con unas cuantas. Había gente reunida y al parecer estaban descargando algo, Tomas le hizo señas a Zoni para que cubriera un lateral, mientras él se acercaba por el otro, intentarían tomar fotos de lo que allí sucedía sin ser descubiertos.

Al parecer el contrabando era de joyas, seguramente eran robadas en la ciudad y las vendían en el extranjero o viceversa. Como tenían lo necesario, Tomas le hizo señas a Zoni para que retrocediera y salieran de allí, lo habrían logrado si Zoni no chocaba una cubeta de agua alertando así a los delincuentes de su presencia. En ese mismo instante todos los presentes abrieron fuego contra ellos. Coulter se tiró sobre su compañero impidiendo que una bala lo alcanzara de lleno en el pecho, pero no pudiendo evitar que lo alcanzara a él.

Ambos cayeron al suelo, pero como no podían permanecer allí, Zoni pasó el brazo de Tomas sobre su cuello y con la mano libre lo levantó de la cintura y salieron lo más rápido que pudieron. Llegaron a duras penas amparados por la oscuridad que los ocultó, dejó a su compañero herido en el asiento trasero y salieron de a toda velocidad. Nadie descubrió sus identidades. Cuando llegaron al apartamento de su amigo, era de madrugada y había perdido mucha sangre, lo dejó en el amplio sillón casi inconsciente. No había querido hacer ruido, pero Nela los escuchó igual y salió inmediatamente de su habitación.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó mientras encendía la luz y miraba la camisa mojada, como era negra no se veía tan impresionante.

—Fue mi culpa, me descuidé cuando íbamos de salida y nos dispararon —confesó Zoni apesadumbrado.

—Ayúdame a sacarle la camisa para examinar la herida —pidió Nela mientras iba en busca de agua y un paño limpio.

Cuando retiraron la tela, se veía un poco más impresionante, pero Nela juzgó que se debía a la cantidad de sangre que salía, no se veía muy profundo, parecía que la bala había rozado la carne y llevado a su paso la piel. No era grave, eso le decía su limitado instinto especial.

—Trae el botiquín del baño —pidió Nela.

Ella limpió la herida, le aplicó un ungüento, una mezcla que improvisó con lo que encontró en el botiquín y lo vendó. Le dio un poco de vergüenza hacerlo frente a su compañero, Tomas tenía el torso desnudo y ella tuvo que abarcarlo en un abrazo para pasar el vendaje que aseguraba el apósito a la altura de las costillas debajo de su brazo. Esperó a que el rubor de sus mejillas desapareciera para girarse a mirar a Zoni.

—¿Tú estás herido? —interrogó Nela.

—Estoy bien, solo un poco cansado.

—Vete a descansar, cuidaré de él.

—¿Estás segura? —Zoni titubeó, pero después se dio cuenta que su amigo estaba en buenas manos y que él estaba de más.

—Claro ve.

—Vendré por la mañana, después de asegurarme que nadie se ha enterado de nuestra aventura —dijo antes de marcharse.

Nela apagó las luces y encendió una pequeña que había en una mesa en la esquina de la habitación. Se preparó un té y se sentó cerca para controlar que no levantara fiebre y de paso poder observar su rostro a placer. Sabía que despertaría apenas recobrará las fuerzas, no estaba desmayado solo débil por la pérdida de sangre.

«¿Qué tienes en la cabeza Nela?» No es el momento para sensiblerías.

Un par de horas más tarde como ella había predicho, Tomas despertó desorientado. Al estar en penumbra no reconoció el lugar y se levantó de improviso sin que Nela tuviera tiempo de prevenirlo. Un fuerte dolor lo asaltó obligándolo a volver a su posición inicial.

—No te muevas, estás en tu casa y estás herido —Nela intentó calmarlo.

—¿Zoni?

—Él está bien, se fue a descansar, vendrá por la mañana.

—¿Por qué no estás durmiendo? —la interrogó.

—Porque te estaba cuidando.

—Será mejor que ambos vayamos a dormir, ayúdame a ponerme en pie y a llegar a mi cama —Tomas sabía que no lo necesitaba, pero ni loco perdería la oportunidad de ser abrazado.

Luego de que lo ayudara a acostarse, ella fue por una compresa fría que le colocó en la frente. Al verla realmente preocupada Tomas, le tomó la mano y le indicó que se recostara junto a él. El calor del cuerpo del otro trajo una especie de tranquilidad que los sumió en un duermevela, Tomás estaba encantado de tenerla a su lado, aunque estuviera sobre los cobertores. Su tonta mente se empeñaba a llevarlo por el camino de la lujuria, sabía que ese no era el momento. Pronto ambos se habían dormido abrazados.

Las primeras luces del día despertaron a Tomas que el calor del cuerpo de Nela lo atrajo como polilla a la luz. Se acercó despacio, intentando diferentes movimientos para evaluar su condición. No le dolía nada, quería acercarse al cuerpo femenino y olvidarse por un momento que eran policía y sospechosa, aunque no tenía dudas sobre ella, igual formaba parte de su investigación. Se veía hermosa, con su rostro distendido y relajado, dormía y él quería despertarla con sus besos. Acercó su cuerpo un poco más y le rozó los labios con los suyos en una leve caricia, sus ojos pestañearon y tardó un momento en enfocar la vista y ubicarse.

Cuando Tomas pensó que le llegaría una bofetada, lo que le regaló fue la más bella de las sonrisas, alentado fue por más y la besó, con dulzura al principio, con pasión después. Las caricias, los sonidos de placer y el calor de los cuerpos los atrapó en sus redes, casi sin proponérselos. Él no había pensado llevarlo tan lejos y se estaba aferrando al poco control que le quedaba. Control que lo abandonó cuando ella comenzó a quitarle la camiseta, sus manos volaron a desabrocharle la blusa, no pensaba ser observador en ese escarceo. Las prendas fueron volando una a una y cayendo al suelo en un montón de tela arrugada.

Peregrinar por su piel, descubriendo la suavidad y la dulzura, se convirtió en el objetivo de Tomas. Mientras Nela disfrutaba de las caricias y los besos, no parecía existir nada más en el mundo para ella. No pensaba cuestionarse si estaba bien o mal, habría tiempo luego para la razón, ese era el momento del corazón y pensaba dedicárselo por completo.

«¿Cuándo había comenzado a pensar de esa manera tan liberal?» No tenía ni idea, pero le gustaba esa nueva Nela.

Él siguió adorándola y ella dejó que lo hiciera, era la primera vez que Nela se abandonaba en los brazos de un hombre. Había tenido sexo con varios antes, pero con ninguno se permitió bajar sus defensas o abandonarse a sus caricias, ese sentimiento de entrega solo se lo despertaba Tomas.

—Eres hermosa —Tomas murmuró sobre la piel del cuello de Nela.

Los besos lo fueron llevando hasta alcanzar la cima de uno de sus pechos, acarició con su lengua, torturó con sus dientes, hasta convertirlo en un duro brote listo para explotar a la vida. Con sus manos delineaba los contornos del cuerpo de la joven que se entregaba a él sin reservas, eso le gustó. Con su lengua fue recorriendo pendientes y explanadas hasta llegar a la depresión de su ombligo, allí lo sedujo y excitó hasta estar satisfecho. Dispuesto a buscar más placer para ambos, bajó hasta el vértice de sus piernas, no se le había pasado desapercibido el creciente calor que emanaba de la piel de Nela.

Allí se entretuvo, con su lengua atenazando sin piedad el brote de nervios de su intimidad. Quería todo de Nela y lo conseguiría de cualquier modo, sabía que profundas cicatrices surcaban su alma, él las curaría una a una y en el proceso se quedaría con su corazón. Pasó ambas manos por debajo de sus glúteos y la levantó para tenerla a su merced porque él, lo estaba de ella. Los gemidos anunciaron el ansiado éxtasis Tomas necesitaba darle ese placer, antes que nada, mostrarle que ella era lo más importante. Darle lo bello de la vida, al parecer solo conocía amarguras y tristezas.

Tan decidido como estaba reptó sobre su cuerpo hasta su boca y atrapó los sonidos de placer que escapaban de la garganta de Nela. Ella era hermosa y ese sonido era música para sus oídos y fuego para su ardiente piel. Se acomodó entre sus piernas y se posicionó frente a su entrada, estaba duro y palpitante y nada lo había preparado para lo que sintió al entrar al cálido refugio de los pliegues femeninos. El momento lo sobrepasó, no esperaba encontrarse con tanta dulzura, era un volcán en ebullición, se enterró lo más profundo que los cuerpos le permitieron y esperó allí hasta tranquilizarse y no hacer un papelón como si fuera un adolescente.

Cuando se sintió seguro comenzó una cadencia con sus caderas que poco a poco ella fue encontrando hasta complementarse con él y ser uno solo en la danza milenaria que acoplaba sus cuerpos y sus almas. El fuego que corría por sus venas era casi insoportable, la piel parecía derretírsele como cera líquida, levantó la mirada para contemplarla y entendió lo que le estaba sucediendo. La piel de Nela brillaba como si millones de pequeñas llamas escapaban de sus poros, un aura de luz dorada enmarcaba su cuerpo. No lo lastimaba y al parecer a ella tampoco, los sumía en un placer tan intenso que era incapaz de soportarlo. Las embestidas se hicieron más apremiantes, las pasiones más exigentes, el ascenso más inminente. El gemido de ambos surcó el silencio de la habitación que se iluminaba con el reflejo de fuego de la piel de Nela. Cayeron en un enredo de miembros, sudorosos, cansados pero felices.

Tomas la atrajo contra su pecho y esperó a que sus respiraciones se

regularizaran, tenía preguntas que hacerle.

—Nunca sentí con nadie, algo parecido a esto —comenzó diciendo Tomas.

—Mmmm. —Fue la única respuesta por parte de ella.

—¿Sabes lo que haces cuando estás excitada? —preguntó Tomas.

Ella levantó la vista avergonzada, podía ver su semblante a través de la penumbra, no sabía que responderle, tampoco estaba muy segura de a qué se refería. Tomas entendió en el silencio de su respuesta que no tenía ni idea de lo que hablaba.

—Tu piel se enciende como si de millones de luciérnagas se tratara, y cada una de ellas sale de una de tus células o algo así, no sé cómo explicarlo, te iluminas a la vida —Tomas trató de hacerse entender, aunque no le pareció haberlo conseguido.

—No tengo idea de lo que hablas —aseguró Nela consternada.

—No te preocupes, déjame unos minutos para recuperarme y te lo mostraré —dijo divertido.

Volvió al trabajo y decidió regresar al museo para encontrar algo que le sirviera como prueba de lo que allí se estaba cocinando. De otra manera su jefe no pediría nunca una orden de allanamiento para el maldito lugar. Había comprobado de primera mano que eran peligrosos y no estaba dispuesto a que se salieran con la suya. Por otra parte, tenía que proteger a Nela como fuera, si ella era su objetivo no la dejarán escaparse, así como así.

Tampoco sabía cómo iba a hacerlo, no la podía mantener encerrada hasta que los encarcelaran. Nela era una mujer independiente y cuando se diera cuenta que no estaba en verdadero peligro por el momento querría volver a su casa y a su vida, aunque nunca le permitiría volver a su trabajo. Estuvo hablando con unos conocidos y había logrado encontrarle una restauración para un millonario en su casa, allí estaría a salvo y entretenida.

Como supuso al volver a su casa Nela estaba preparándose para volver a su apartamento.

—Hace semanas que estoy en tu casa y nadie ha dado señales de buscarme —dijo ella con pesar por marcharse.

—¿Por qué tan apurada por irte?

—Sabes que me costó mucho lograr mi independencia y todavía no estoy dispuesta a volver a perderla —Nela aseguró con pena— No es por ti.

—Mmmm no, no lo sé, tendrías que demostrármelo —Se acercó a ella en plan mimoso, pero no logró convencerla.

—No creo que necesites ninguna demostración, solo te pido que me entiendas.

—Lo entiendo, pero para que lo acepte, tú también tienes que dar algo de tu parte.

—¿Cómo qué? —Nela se imaginó lo peor.

—No volverás a tu trabajo, por ejemplo —dijo Tomas con su habitual seriedad.

—¿Pero necesito mi trabajo?

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Un amigo necesita que le restaures una pintura muy antigua, quiero que antes de negarte vayas a verlo y lo evalúes como una posibilidad de trabajo para los próximos meses —Tomas esperó su respuesta conteniendo el aliento, en verdad necesitaba que aceptara.

Nela lo miró evaluando las posibles implicaciones de lo que le estaba diciendo, realmente parecía sincero y veía en sus ojos el miedo a que ella se negara. No creía que hubiera nada malo en hacerlo, era el trabajo que más le gustaba y se sentiría segura, sobre todo porque Tomas la rondaría con más libertad que en el museo.

—Está bien, iré a verlo —dijo después de unos cuantos minutos de cavilaciones.

Tomas la premió con un beso que los dejó a ambos acalorados y con ganas de mucho más. Luego la llevó a su apartamento lo registró, colocó un cerrojo de seguridad en la puerta y sin que ella se diera cuenta colocó unas cámaras en la cocina, sala de estar y pasillo. No quería vigilarla, pero si pasaba algo tendría las grabaciones para saber qué hacer.

Luego la llevó hasta la casa donde debía hacer el trabajo, estuvo hablando con la dueña, esposa de su amigo y parecieron congeniar muy bien. Aceptó el trabajo feliz y se despidió hasta el otro día que comenzaría con su jornada laboral. Como Tomas también estaba contento la invitó a almorzar.

Fueron pasando los días y cada vez se compenetraban más el uno con el otro, parecían conocerse de toda la vida, Nela le explicó lo que sucedía entre ellos, según su madre.

—Nos llevamos bien y nos reconocimos enseguida porque somos almas gemelas —explicó ella.

—¿Cómo es eso? —preguntó Tomas con una sonrisa, le encantaba escucharla hablar.

—Nuestras almas se fueron reconociendo vidas, tras vidas y se fueron uniendo en todas ellas hasta llegar a esta.

—¿Cómo lo sabes?

—Es una creencia que ha cultivado mi familia a través de generaciones,



muchas en su momento se atrevieron a decir que podían probarlo. Lo que me lleva a suponer que en alguna de tus vidas has sido hechicero también. Claro que todo está explicado en “El Legado”.

—¿El Legado? ¿Qué es eso? ¿Alguna especie de biblia de las brujas?

Nela lo miró seria creyendo que le estaba tomando el pelo, pero en realidad vio que lo preguntaba con total seriedad. Lo que le produjo primero una sonrisa que intentó disimular y no pudo, después una gran carcajada que le hicieron saltar las lágrimas.

—¿Qué es tan divertido? —quiso saber Tomas.

—Perdona, es que tenías que haber visto tu cara —respondió ella con cariño.

—El legado es el libro que ha escrito mi familia desde los tiempos remotos, allí se enseña todo lo que puede ayudar a la siguiente generación de brujas, en tema de hechizos, pócimas y a derrotar al mal. Cada generación va agregando información de acuerdo con su época.

—¿Por qué dices creo, es que no lo has leído?

—Al negarme a recibir mis poderes, también niego todo lo que tenga que ver con la brujería.

—Imagino que tu familia no lo ha tomado muy bien —dijo Tomas.

—Mi padre con el tiempo lo ha aceptado, mi madre también, aunque siempre llevará en su corazón el dolor de no haber podido enseñarme a amar la magia que hay dentro nuestro. Creo que se siente culpable.

—¿Cuánto hace que no los visitas?

—Desde que me fui nunca he vuelto a la isla.

—Prométeme que lo harás, prométeme que, si algo sale mal en este caso, volverás con tu familia —pidió Tomas.

—No tiene por qué salir nada mal.

—¡Prométemelo! —insistió él.

—Está bien, lo prometo —dijo Nela al fin.

Más tranquilo se dedicó a disfrutar de ella el resto del día, por la noche los dos se quedaron en el apartamento de Nela y al otro día la llevó a su nuevo trabajo y él fue al suyo. Allí se enteró que el director del museo tenía un importante prontuario policial que había sido ocultado, habían separado del cuerpo de policía al oficial que había aceptado el soborno para desaparecer el archivo. Lo tenían aislado y a la espera de un juicio, que seguramente se demoraría porque a nadie les gustaba los traidores en el departamento.

Ese día tras una jornada de intenso trabajo, Nela se había retirado a su casa, hacía meses que trabajaba en el cuadro y le faltaba muy poco para terminar. Lo primero que hizo cuando llegó fue llamar a su madre. Conversaron tranquilas y

sin discusiones, el negocio que tenía Adela White en la isla estaba funcionando bien, su padre gozaba de un feliz retiro, ocupando su tiempo yendo de pesca con sus amigos. Le alegraba mucho que las cosas estuvieran bien y que ellos fueran felices, quizás algún día podría visitarlos con Tomas y presentárselos, por el momento no había dicho nada. Cenó y se retiró a descansar, aunque su sueño reparador no le duró mucho.

A mitad de noche o lo que Nela creía que era más o menos la mitad de la noche, unos fuertes brazos la apresaron por la espalda, le taparon la cabeza y la envolvieron con el cobertor de la cama. Intentó forcejear, escapar, patear, nada hizo que la soltaran, al contrario, solo recibía risa y burlas, cansada de revelarse se dejó arrastrar a su suerte. Sabía que un día llegaría esa desagradable situación de una manera u otra, las brujas eran muy codiciadas en un mundo de desaliento y desesperación. Aunque a Nela le hubiera gustado que al menos se informaran, ella no tenía poderes y por más que se lo explicara a la gente, nadie le creía.

Cuando por fin llegaron a donde fuera que la llevaron le pusieron esposas por delante y antes de siquiera poder quejarse la colgaron. Levantaron sus brazos y la engancharon de algo que parecía ser una gruesa cadena de hierro a juzgar por el ruido, por suerte sus pies seguían contando con el apoyo del suelo. No le destaparon la cabeza y al parecer se fueron dejándola sola en la oscuridad, con frío y con su pijama como única prenda de abrigo.

Comenzaron a castañearle los dientes, no sabía si por frío o por miedo, estaba segura de que no saldría de esa, esos malditos mal nacidos la matarían y la harían cargar con sus muertos. Se lo tenía merecido, por no haber escuchado a su madre cuando le dijo que era peligroso abandonar el seno de su hogar. Ella tenía toda la razón, le había sucedido todas y cada una de las calamidades que le describió y aun así no quiso escucharla.

Rogaba porque todo terminara pronto, no le gustaban los dolores o miedos prolongados. Comenzaba a pensar idioteces, sería mejor que buscara una forma de escapar en vez de compadecerse como una tonta. Forcejeó con las ataduras de sus manos, pero no podía hacer nada, si al menos hubiera aprendido algunas de las enseñanzas de su madre, no se encontraría tan indefensa. Tenía que concentrarse, si apartaba todo pensamiento que no fuera la magia de su mente, quizás podría desarmar las esposas. Debía concentrarse en un eslabón de la cadena y calentarlo hasta casi derretirlo, era la única manera de poder abrirlo.

Tomas intentó localizar a Nela en su móvil y luego al teléfono del apartamento, enseguida su instinto le advirtió que algo no estaba bien. Subió a su auto y manejó como un desquiciado hasta llegar a casa de Nela, en el camino avisó a Zoni que lo encontrara allí. Al llegar a la puerta, sabía con seguridad, que

se la habían llevado mucho antes de mirar las grabaciones de las cámaras. También sabía dónde la tenían, se quitó el uniforme de policía y se vistió con ropa de calle que había dejado en el apartamento de Nela.

Zoni venía entrando cuando su compañero iba de salida.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Zoni.

—Se la llevaron —dijo Tomas mientras salía corriendo del apartamento.

—¡Espera! —gritó Zoni— ¿No debemos trazar una estrategia?

—Ya lo he hecho —respondió su compañero mostrando su arma.

—Ahhhh..., perfecto entraremos a lo loco y a los tiros, como si fuéramos del lejano oeste, que pena que tengo una sola pistola —gritó Zoni mientras se subía del lado del acompañante con el auto en marcha.

—Puedes quedarte, no te necesito —respondió Tomas.

—¡Por supuesto!, nunca me necesitas compañero.

En ese momento Tomas pareció darse cuenta de lo que acababa de decir y se retractó.

—Discúlpame Zoni, estoy muy nervioso.

—Lo sé amigo, lo sé.

Cuando llegaron al museo desde afuera no se veía nada, todo estaba normal, entraron de la misma manera que la vez anterior y se dirigieron a los depósitos. Allí se encontraron con una escena que heló la sangre en las venas de Tomas. Nela estaba atada de las muñecas a una cadena del techo, los empleados y el director estaban allí, a los pies de ella había un cuerpo. Se tomaron unos minutos para entender lo que estaba pasando mientras escuchaban el plan del director.

—¿Está seguro de que su plan resultará jefe? —preguntó uno de los empleados.

—Por supuesto que sí, pueden comprobar que esta estúpida es una bruja y todas las brujas hacen sacrificios para sus dioses —respondió el director.

—Está loco, nadie le creerá, solo un estúpido cree en brujas —La voz de Nela se escuchaba aterrorizada.

—Eres una bruja, no lo niegues —gritó ofuscado el director.

—Sí y usted, Superman —Nela no podía quedarse callada.

—Te mataré maldita desgraciada, estoy harto de verte la estúpida cara — volvió a gritar el director.

Tomas pedía en silencio a Nela que se quedara callada, que dejara de provocar al tipo que estaba bastante sacado de sí. Zoni le hizo señas que se colocaría en el extremo opuesto de donde se encontraba él. Atacarían por ambos costados y rogaba poder rescatar a Nela sana y salva.

Cuando Tomas salió de su escondite corriendo hacia donde estaba Nela, Zoni gritó.

—¡Alto, policía!

La escena se precipitó, Nela que le habían destapado la cara, pudo ver como Tomas corría hacia ella en un intento por protegerla. Miró a su jefe y vio en su rostro la determinación de disparar, el terror se apoderó de ella, que emitió un fuerte y desgarrador grito.

—¡Nooooooooo!

Su miedo hizo que derritiera con el calor de sus manos las esposas y dirigió una mano en dirección del director del museo con la que le envió una bola envuelta en una llamarada de fuego, aunque fue tarde, él había disparado. En ese momento se formó un caos.

El director del museo ardía en llamas, los empleados disparaban balas para cualquier lado buscando defenderse, Zoni emprendió una alocada carrera mientras disparaba para llegar donde estaba su compañero, caído en el suelo. Con ayuda de Nela lo llevaron detrás de unos tambores para cubrirse de los disparos. Zoni había pedido refuerzos y trabado la salida, para que nadie escapara. El director continuaba con su desgarrador grito, mientras golpeaba de una pared a otra, intentando quitarse el fuego.

Zoni miró a Nela y se apiadó de ella, cuando llegara la policía los empleados la acusarían, tenía que marcharse, había intentado salvar a su amigo, solo por eso se había ganado su respeto. Tomas estaba mal herido, pero si salía de ésta no le perdonaría que no la ayudara.

—Al fondo por la izquierda hay una pequeña ventana, sal por allí agarra tus cosas, tira el móvil y desaparece —Zoni le dio instrucciones de forma mecánica, mientras con una mano disparaba y con la otra intentaba tapar el agujero de bala en Tomas, presionando para evitar que se desangrara.

—No voy a dejarlo —gritó Nela.

—Tienes que hacerlo o ambos morirán o lo que es peor tú irás presa y él morirá —aseguró Zoni.

—No puedo —volvió a gritar ella.

—Vete, si se salva él te encontrará, no vuelvas, no te acerque si realmente quieres que Tomas, salve su vida. Estarán vigilándolo para encontrarte —Zoni le dio un fuerte empujón para que se pusiera en marcha.

—No entiendo ¿Quiénes vigilarán? —quiso saber Nela.

—Esto es mucho más grande que el director del museo, en esto está metido el gobierno, lo descubrimos esta noche con Tomas, tienes que marcharte —insistió él.

Miró donde se encontraba Tomas, por una palabra, pero estaba inmóvil con los ojos cerrados y perdía mucha sangre. Se tapó la boca para sofocar el llanto, miraba a su alrededor sin ver, sin saber qué hacer, necesitaba a Tomas.

Comenzaban a oírse las sirenas de la policía, no quería dejarlo, pero si la encontraban allí la arrestarían y lo dejaría igual. Inspiró profundo y salió corriendo por donde le había indicado Zoni. Corrió sin mirar atrás, sin descanso, sin pausa. Le dolía el cuerpo, el alma, el corazón, pero siguió corriendo. Pronto entró a su apartamento trabó la puerta con una silla y se dirigió al cuarto, se vistió, juntó unas ropas, las fotos de sus padres y la de Tomas. Tiró su celular al piso y lo rompió con el pie, tomó su cartera y se la cruzó al cuerpo se colocó la mochila y salió disparada por las escaleras de incendio.

Corrió hasta casi caer agotada por la fatiga, levantó su cabeza y vio un cartel iluminado en rojo que decía hotel. Necesitaba descansar, pensar y dormir, entró cuando le pareció que su respiración parecía calmada, se adecentó la ropa y el cabello. Su pulso estaba un poco menos tembloroso, pidió una habitación y pagó en efectivo como había visto en una película, y dio un nombre falso, para no ser rastreada. En el cuarto se encerró con llave y por las dudas trabó el picaporte con una silla. Se dejó caer en la cama y comenzó a revivir los sucesos de la noche, sin poder evitarlo rompió en llanto desconsolado hasta quedarse dormida.

A partir de ese día deambuló por la ciudad de hotel en hotel a la espera de alguna noticia de lo sucedido en el museo, a la espera de Tomas. Los meses se sucedían unos tras otros y ella no tenía ninguna noticia, comenzaba a desesperarse. Sus ahorros se le estaban acabando y no podía trabajar si quería continuar oculta. Nunca se publicó lo sucedido en el museo, tampoco pudo encontrar noticias sobre el policía herido. Todo había sido borrado de tal manera que ni la prensa se enteró o alguien pagó para ocultar la noticia.

Estaban en el mes de diciembre, la ciudad comenzaba a vestirse de fiesta, los colores rojos, verdes, blancos, dorados y plateados asomaban a la felicidad. Nela sabía que tenía que tomar una decisión en breve, no podía esperar de forma indefinida, el tiempo se le acababa. Esa noche vio a Tomas en sus sueños, le recordó que le había prometido volver a casa de sus padres, quiso tocarlo, alcanzarlo, pero su imagen se desvanecía, así como también sus sueños.

Despertó asustada, desorientada y con arcadas, que la llevaron corriendo al baño, los vómitos la mantuvieron gran parte de la mañana tirada en el suelo cerca del servicio. Su estado era lamentable, cuando pudo pararse se metió bajo la ducha, un poco más calmada se sentó en la cama y tras unos minutos, llegó la conciencia de lo que le sucedía. No podía creerlo.

Se vistió y salió corriendo hasta la farmacia de la esquina, allí compró una prueba, volvió casi corriendo a la habitación e hizo los pasos reglamentarios y espero los minutos que decía en la caja. Cuando llegó el momento de saber los resultados, la cobardía se apoderó de ella, caminaba de una pared a otra dentro del cuarto, sin poder contener su ansiedad y su desesperación. Inspirando aire y

junto con el oxígeno coraje, fue hasta la Bendita prueba y la miró.

¡Positivo!

Se acercaban las Navidades y con ella el clima festivo, en el corazón de Nela solo podía haber pena y soledad, pero esperaba un hijo, un hijo de ella y Tomas. El mejor regalo.

Uno de los mejores regalos que su amor le podía haber dado en esas fechas que para ella solo podía significar dolor. Miedo, angustia y soledad eran algunos de los sentimientos que la asaltaron, pero Tomas nunca le perdonaría que viviera así. Tenía que cumplir su promesa y lo haría, volvería a casa para Navidad.

Tomó su mochila, puso su ropa dentro cruzó su cartera en el cuerpo y salió del hotel tras pagar la cuenta, un taxi la esperaba para llevarla al aeropuerto. Su destino Tybee Island, Savannah a casa de los White, su casa. Cuando subía los peldaños de la escalerilla que la conducía dentro del avión se dio media vuelta y dijo a nadie en particular...

—Te esperaré.

**FIN .**

## Batiendo abanicos

(Romance histórico)

*Los bailes de la temporada Londinense eran el entusiasmo de toda jovencita a la hora de elegir esposo. Para algunas era la mayor de las ilusiones, para otras la peor de las desilusiones con las que tendría que vivir el resto de su vida.*

*Si no eran astutas lo lamentarían, si lo eran serían las esposas más felices... aquí veremos quién gana.*

**H**acía unos años que su idea de disfrutar de una buena temporada Londinense era siendo madrina de alguna jovencita y sirviendo de carabina a otras, cuando sus familiares no podían hacerlo. Aunque su corazón se empeñaba en dolerle al recordar la traición y el desprecio sufrido, Elizabeth se mostraba fuerte y altiva. Estaba casi finalizando la temporada cuando una imprevista invitación de Madame Rosemary la sorprendió. Principalmente porque hacía un tiempo que se había despedido y no salían sus cuadernillos abochornando a la aristocracia como acostumbraba. No era precisamente una invitación a ella en particular, sino que la misiva fue distribuida por toda la ciudad.

La temporada había permanecido el tiempo suficiente como para que los pretendientes supieran que algunas de sus propuestas serían aceptadas. Sí, todas sabían que la mayoría de los hombres cultivan varias flores y luego se quedan con la que lo aceptaba y era el mejor partido para ellos.

Los invito a participar del baile de San Valentín y cierre de temporada, los futuros novios deberán enviarles una tarjeta a sus damas confesando su amor eterno. Las damiselas responderán si aceptan sus propuestas, esperándolos en la sala anterior al salón de baile. Batirán sus abanicos declarando su amor y luego lo apoyarán cerrado en su mejilla derecha aceptando con un sí, la propuesta del caballero elegido en cuestión.

Elizabeth Montgomery se sentía frustrada, volvería a tener que someterse a la humillación de que nadie la reclamara, pero no podía abandonar a sus pupilas solas en un lugar de esos, les había prometido a sus padres que cuidaría de las jóvenes. Suponía que nadie esperaría que fuera reclamada, todos sabían que actuaba únicamente de carabina, pero el simple hecho de que ella misma lo pensara le molestaba. La invitación que era furor en todas partes, le trajo viejos recuerdos, todos dolorosos. Años atrás había llegado a Londres con sus padres para hacer su presentación en sociedad.

Se sentía la mujer más bella del mundo a su corta edad, los caballeros hacían rondas a su alrededor en busca de su atención. Su carné de baile siempre estaba lleno, lo mismo sucedía cuando daba paseos por el parque, los caballeros se disputaban su atención. Pero a ella solo le interesaba uno, que siempre la miraba de lejos y jamás se le acercó. Elizabeth había hecho lo imposible para poder enterarse de quién se trataba y poder idear una forma de acercarse.

La Duquesa de Albans le había proporcionado la oportunidad, acercándose con el Conde de Roger a sus padres y efectuando las correspondientes presentaciones. Aun así, el Conde no había demostrado ningún tipo de interés hacia ella, fue muy educado, pero en cuanto se le presentó la oportunidad, desapareció. Elizabeth lejos de sentirse ignorada, su actitud la llevó a querer saber más del escurridizo hombre.

Para ella era algo así como un Dios griego; alto, de hombros anchos y personalidad arrebatadora. Nunca se detenía demasiado tiempo a conversar con nadie y llegaba tarde a los salones de baile, hacía acto de presencia durante unos minutos y se marchaba. Nunca se lo vio bailar o conversar con ninguna de las jovencitas que estaban en el mercado casamentero. Se sabía por los cotilleos que tenía que casarse, su padre le había dado un ultimátum: o se casaba y engendraba un heredero o perdería el derecho a heredar el título.

En uno de los tantos bailes Elizabeth cambió su estrategia y en vez de entrar al abarrotado salón, esperó en las escalinatas junto a las puertas de entrada, fingiendo sentirse mal. En ese mismo momento hizo su aparición el Conde, socorriéndola como todo un caballero, la levantó en brazos y la llevó hasta la biblioteca de la casa donde se celebraba dicho baile. Abrió uno de los grandes ventanales para proporcionarle aire y le acercó una copa de coñac. Luego de esperar en silencio unos minutos, Elizabeth se atrevió a levantar su rostro y mirarlo directamente a los ojos.

—¿Se siente mejor? —interrogó el Conde.

—Mucho mejor, gracias señor... —Elizabeth estiró las palabras a propósito para que le diera su nombre fingiendo que no lo conocía.

—Soy el Conde Roger, la Duquesa de Albans nos presentó hace algunas



semanas —explicó él, para tranquilidad de la joven.

—Tiene razón, milord, qué cabeza la mía, le pido disculpas —Elizabeth se mostró perturbada por su descuido.

—No se preocupe, no es que haga demasiado para ser recordado.

—Deberá disculparme, pero no le entiendo.

—Quiero decir que no se sienta mal por no recordarme, cuando mi mayor preocupación es pasar desapercibido.

—¿Por qué quiere pasar desapercibido?

—No me gusta que me cacen como a un animal, y encuentro a estos bailes como cotos de caza —hizo una mueca muy cercana a una sonrisa.

Pronto el ambiente se distendió y la conversación comenzó a fluir de manera casi natural para ambos. Aunque habían dejado la puerta de la biblioteca abierta para el decoro, sabían que no podían permanecer por más tiempo allí solos.

—Permítame escoltarla hasta el salón de baile y de ser posible si su carné se lo permite, me gustaría reservar un baile —Elizabeth estaba segura de que solo lo decía por caballerosidad, pero su naturaleza curiosa la instó a comprometerlo.

Necesitaba saber más acerca del Conde y un baile sería una buena oportunidad para saciar su curiosidad.

—Agradezco el detalle, no sería bien visto que caminara sola por los pasillos. En cuanto a mí carné, no he tenido ni una sola reserva hasta el momento —mintió mientras ocultaba el papel en su ridículo, quería poder bailar con el Conde.

—Siendo así, considero a los caballeros de esta temporada bastante tontos —expresó muy serio.

—¿Por qué lo dice? —Quiso saber Elizabeth, para asegurarse que había entendido bien.

—Lo primero que haría al llegar a uno de estos eventos sería reservar un baile con la dama más hermosa del lugar, si es para eso que he venido —aseguró, su mirada penetrante y su semblante serio le otorgaban un aire de misterio que la atraía como una polilla a la luz.

A la semana siguiente le llegó a Elizabeth una nota y una tarjeta del Conde Roger.

*Reserve su carné de baile solo para mí, bella  
dama.*

**Suyo, Roger.**

El resto de la temporada fue toda una revelación tanto para Elizabeth, como para el resto de la aristocrática sociedad. James Mallow conde de Roger se había

convertido en el centro de la temporada, era frecuente verlo llegar a los bailes y esperar pacientemente fuera hasta la llegada de Elizabeth Montgomery. A partir de ese momento el Conde acaparaba a la joven dama, impidiendo que se le acercara cualquier caballero, él era su guardián permanente.

Bailar un vals con él era el sueño de cualquier joven casadera, pronto Elizabeth se dio cuenta de por qué. Nadie ejecutaba las piezas mejor que James, era elegante su atractiva figura y sus fluidos movimientos, le otorgaban una gracia inigualable. Todas suspiraban al verlo, pero el Conde solo tenía ojos para Elizabeth.

Ella era demasiado joven para darse cuenta de que estaba siendo sometida a una seducción a toda regla. La pasión se desató entre ellos, buscar rincones ocultos y oscuridad en los balcones se volvió una prioridad. La última noche que lo vio le pareció triste y distante, luego de compartir el vals, él la tomó de la mano y salieron al balcón, como se les había hecho costumbre. Los besos y las caricias fueron más apasionadas, parecía que el fuego los consumía a ambos y así fue.

La condujo por las escaleras que rodeaba la casa por fuera y entraron nuevamente, por una puerta casi oculta detrás de las enredaderas. Caminaron por pasillos oscuros hasta entrar en una habitación, una biblioteca, con grandes estanterías hasta el techo, un escritorio y un diván dispuesto frente a los grandes ventanales. En ese momento la estancia estaba iluminada solamente por la luz de la luna que entraba a raudales.

Fue entonces cuando el Conde le pidió que se acercara, la tomó de la mano la atrajo a su cuerpo y comenzó a besarla. De una manera mucho más pasional, más carnal, Elizabeth supo en ese momento que tenía que tomar una decisión y así lo hizo. Se dejó arrastrar por los sentimientos que eran al menos para ella verdaderos, no sabía para el Conde.

La besó hasta hacerle perder el sentido, la recostó sobre el amplio diván, le aflojó el sostén del vestido, le desabrochó los corchetes del corsé, arrastrando todas las prendas juntas hasta la cintura. Su piel comenzó a incendiarse, la sangre corría caliente por sus venas, sin saber demasiado qué esperar del momento, se entregó. Confiaba en él.

Besó y acarició su cuerpo a placer, tomó en su boca el cálido botón de su pecho, con sus dedos torturó el otro. Los gemidos de placer lo alentaron a ir por más, comenzó a levantarle la falda y a posicionarse entre sus piernas. Ambos estaban febriles, ansiosos, demandantes. Buscó su centro con los dedos y se dedicó a torturarlo, necesitaba prepararla para él, volvió a besarla y se dedicó a hacerle el amor con la lengua a su boca, imitando los movimientos de sus dedos dentro de su cuerpo.

Su control se desbordó y en un movimiento rápido desprendió sus pantalones y liberó la dolorosa erección. La miró a los ojos y la penetró poco a poco, hasta encontrarse con la barrera que le impedía el paso. Ella se tensó visiblemente ante la invasión, pero él no estaba dispuesto a detenerse, había llegado demasiado lejos para hacerlo. Con un solo movimiento de su cadera penetró hasta el fondo y se quedó allí, dándole tiempo a su cuerpo para que se acostumbrara a la invasión.

La pasión hizo presa de sus sentidos comenzando una cadencia que los llevó a lo más alto de los éxtasis para dejarlos caer en millones de pedazos. Trozos de razón que al parecer él reconstruyó mucho más rápido que ella. La ayudó a acomodarse la ropa y le dijo que esperara a salir hasta que se le fuera el rubor de las mejillas. Él se fue para que no pudieran relacionarlos, le había dicho que la esperaba en el salón, no fue así. La frialdad del hombre después de haber obtenido lo que buscaba en ella la dejó perpleja y con una fea sensación que no quiso analizar en ese momento. Aunque sabía que era muy tarde para cualquier reflexión, se había jugado su suerte y había perdido.

Esa fue la última vez que lo vio y aún no se podía perdonar a sí misma, por su estupidez. Le había confiado su vida y él la pisoteó a su antojo, sabía que llevaba la deshonra marcada en su rostro, todo el que la miraba también. Eso era al menos lo que Elizabeth sentía, se odió por su debilidad y lo odió a él por su bajeza.

Todas esas noches, el calor de lo compartido, la necesidad palpable de sus pieles, ella lo llevaba marcado a fuego en su alma. Para él había sido una más de las pobres idiotas que había caído en sus redes, como tantas otras. Aun así, esperó noche tras noche en vano a que regresara, desesperada ante tal humillación, se refugió en la casa de verano que sus padres tenían en las afueras de Londres. Nunca supo nada más de él.

Tras permanecer cinco largos años sin salir de su finca y luego de la muerte de sus padres, decidió que debería volver a su mansión de Londres. En el campo se había hecho amiga de las hijas de los hacendados todas casadas y con hijos, muchas de ellas a pesar de tener hijas en edad casadera continuaban pariendo descendencia. Una de esas amigas fue la primera que le pidió que acompañara a una de sus hijas a su presentación en Londres, ella estaba en estado y muy pronto daría a luz. Si Elizabeth no la acompañaba la joven no podría hacer su presentación y ya se había pasado dos años, no podía esperar más o nadie la tomaría por esposa por considerarla mayor.

Aunque tenía pánico de volver a los salones de baile, no tenía corazón para negarse, la jovencita le recordaba a ella misma cuando tenía ese entusiasmo por su presentación. Se adaptó muy fácil al darse cuenta de que no reconocía a nadie

y pocos la recordaban. Con los años fue adquiriendo más responsabilidades, acompañando a un buen número de jovencitas. Había hecho que su buen nombre fuera reconocido y respetado.

Pronto se había distendido y tomado sus responsabilidades muy en serio, Elizabeth se ocupaba de traer a las jovencitas a Londres a su casa, ella misma las llevaba a la modista y seleccionaba lo mejor para cada una. Su tan malograda temporada y su humillación había quedado en el olvido para todo el mundo, menos para ella. Muy en su interior siempre tendría presente ese dolor y la incertidumbre de no saber que había hecho mal. Si había sido culpa de ella, o simplemente había sido una tonta que solo le había servido al señor Conde de diversión.

Eran dudas para la que nunca tendría una respuesta, por lo que ese pasaje de su vida quedaría inconcluso para siempre.

No le había pasado desapercibido en los distintos bailes la mirada penetrante de unos cuantos caballeros se había acercado a otras carabinas, que estaban comentando sobre ellos. Así se enteró que el más importante se trataba del Duque de Alba, muy amigo del Duque de Albans y la familia Hellmoore, un señor por demás educado que había enviudado hacía un par de años y se rumoreaba que estaba buscando esposa.

Como no le interesaba el tema en lo más mínimo, se centró el resto de la noche en las tres jóvenes que estaba cuidando. Eran unas bellezas y todas con gran dote, no les sería difícil conseguir al pretendiente adecuado. Aunque sabía por experiencia propia que nada era garantía para conseguir un buen matrimonio.

A la tarde del día siguiente, a la hora del té, recibió la inesperada visita de la Duquesa de Albans. Estaba muy sorprendida por su presencia en su casa, pero como era por demás educada, la recibió con una gran sonrisa y la invitó a pasar.

—Imagino que te sorprenderá mi visita —siempre se supo que la Duquesa era franca y abordaba los temas que le interesaban sin subterfugios.

—Estoy sorprendida, pero muy complacida con su visita —aseguró Elizabeth.

Mientras Elizabeth servía el té en su sala de estar la Duquesa la miraba y admiraba su temple, normalmente las mujeres se ponían nerviosas en su presencia.

—Antes que nada, quiero pedirte disculpas.

—No entiendo por qué debería pedirme disculpas.

—Años atrás cuando les presenté a ti y a tu familia al Conde de Roger, nunca imaginé que podía llegar a desaparecer de esa manera. Era muy joven por

aquellos tiempos y muy crédula. Aunque mi esposo insiste en que es una buena persona, con razones valederas.

—Usted no tiene la culpa del proceder de los demás, no tiene por qué disculparse —aseguró Elizabeth que no quería volver hablar de ese asunto.

—Te agradezco la comprensión y quiero aprovechar para invitarte a ti y a tus protegidas al gran baile de los Duques, en la mansión Albans por supuesto.

—Será un placer para mí poder llevar a las chicas a tan importante evento —respondió dejando claro que era una muy buena oportunidad para sus protegidas, no para ella.

—Mi querida Elizabeth, no te cierres a una posibilidad que quizás el destino te depare, eres muy joven aún —estaba claro que la Duquesa no estaba dispuesta a olvidarse del tema.

—No soy tan joven y en todo caso llevo una vida satisfactoria, me gusta como vivo y estoy muy bien así —aseguró Elizabeth un tanto altiva y molesta por continuar hablando de lo mismo.

—Como sea, espero verlas en mi fiesta —enfaticó la Duquesa, levantándose y recorriendo los pasillos hasta la puerta principal, sin esperar a ser conducida por el mayordomo.

Elizabeth la despidió muy cordial, una vez que cerró la puerta tras de sí, volvió a respirar con tranquilidad. Le gustaba mucho la Duquesa y a pesar de que era la primera vez que la visitaba en su casa, no quería hablar de lo sucedido en su primera temporada y mucho menos del Conde.

—¿Cómo te has atrevido a mandar invitaciones en nombre de otra persona? —quiso saber enojado el ahora Marqués de Roger.

—No creo que a Madame Rosemary le moleste, es una buena causa, nada malo ni indecoroso —aseguró su amiga.

—De todas maneras, no sabremos si asistirá.

—Claro que asistirá, todo el mundo lo hará y en ese momento amigo mío, tendrás que sacar tus mejores armas de seducción si quieres volver a conquistarla.

—No creo que me perdone, yo no lo haría —dijo angustiado Roger, sabiendo que se lo merecía, se había manejado como un completo canalla con Elizabeth.

—Tienes que explicarle la verdad y asegurarte que la entiende, si es tan inteligente como tú dices, lo entenderá —aseguró ella.

—Me gustaría tener tu seguridad.

—La tienes, es ahora cuando la tienes, es por lo que estamos haciendo todo esto —aseguró la dama con una cariñosa sonrisa.

—No hablo de seguridad económica.

—Ciertamente, aunque la seguridad económica será quien te garantice la seguridad emocional.

—Has vuelto, eres fuerte y poderoso, mucho más que cuando desapareciste, ¿crees que las damas no lo notarán?

—No me interesan las demás damas, solo ella.

—Ella lo notará —créeme.

—Debe estar dolida o peor aún, a lo mejor me olvidó.

—No se ha casado, en mi experiencia eso quiere decir que no te ha olvidado —aseguró la dama.

—Eso no quiere decir nada, o que tal vez mi canallada la llevó a no volver a creer en los hombres.

—Lo que podríamos hacer, es refrescar su memoria.

—¿De qué manera? —preguntó dudoso el Marqués.

Ese día habían estado toda la mañana en la modista, luego habían caminado toda la ciudad y pasado por delante de cada escaparate que mostrara algo que les gustara a las jóvenes que acompañaba. Las muchachas eran incansables y Elizabeth apenas había vuelto a su casa con energías para la cena. Al entrar, un gran ramo de flores dominaba la sala de entrada, las jóvenes se abalanzaron sobre él, en busca de una tarjeta.

No había nota, ni tarjeta que dijera de quien eran las flores, ni para quién estaban dirigidas. De inmediato todas empezaron a especular posibles pretendientes y destinatarias, pero nada les hacía sospechar de quién podría tratarse. Cenaron y se fueron a descansar, al otro día tenían el baile en la mansión Albans y todavía tenían mucho por hacer para estar listas.

La doncella la despertó y con un inusual cansancio bajó a desayunar. La próxima temporada solo acompañaría a una joven, tres eran mucho para su cuerpo y sus oídos, parloteaban demasiado. Iba en dirección al comedor, cuando al pasar por la sala se encontró con otro inmenso ramo de flores, se acercó a mirar, ciertas similitudes la inquietaron. No tanto como lo hizo la tarjeta, que esta vez traía.

*Elizabeth, reserve su carné de baile solo para mí, bella dama.*

Sus manos comenzaron a temblar, tuvo que llegar a la silla más cercana porque sus piernas no la sostenían. No podía ser cierto, no después de tantos años, era una simple coincidencia. Debía de tratarse de algunos de los caballeros amigos del Duque de Albans con los que se había topado últimamente en los salones. Había bailado con todos ellos, incluso con el Duque de Alba más que con cualquiera. Había sido una buena compañía y le gustaban sus conversaciones. Eso tenía que ser, trató de convencerse a sí misma y dar por

terminado el tema, no podía perder el tiempo en insignificancias como esas.

Luego de desayunar y de pasar el día instruyendo a las chicas de cómo debían comportarse ante los Duques de Albans, estaban listas para el baile de la noche. Ese y uno más y al fin darían por terminada la temporada. Gracias a Madame Rosemary, no sabrían cuales parejas estarían comprometidas hasta después de su baile. Elizabeth estaba segura de que al menos dos de sus tres pupilas lograrían concertar un buen matrimonio, hasta se atrevía a apostar que lo harían por amor.

Amor..., ella había soñado alguna vez con alcanzar el amor, pero la realidad se le presentó dura y barrió con todas sus ilusiones. Solo le quedaba la satisfacción de verlo logrado en las jóvenes a las que les hacía de carabina.

Albans Abbey estaba atestado de gente, nadie quería perderse el baile de los Duques, había que soportar una larga caravana de coches que apenas se movían para poder llegar al frente de las amplias escalinatas de la mansión. Se rumoreaba que estaría presente el Rey, muy amigo de la familia por lo que la aristocracia debía estar presente, si quería que su nombre fuera importante.

Llegando a la entrada fueron muy bien recibidas por los Duques de Albans, la Duquesa prometió acercarse a ellas más tarde para conversar, hizo la declaración guiñándole un ojo. Elizabeth en ese momento no entendió el gesto, pero más tarde se le revelaría, aunque ella no quisiera.

Nunca nadie había dicho que el trabajo de carabina fuera fácil, había que estar cuidando a las jóvenes que no se comportaran de manera inadecuada. Que supieran a qué personajes debían aceptar en su entorno y a quién no, debían mantener a los cazadores de dote alejados por más buenos mozos y encantadores que estos fueran. Mantener su aspecto pulcro durante todas las horas que duraran los eventos, y este punto era el más trabajoso, debía llevarlas a cada rato a la habitación privada para coserles los volados de los vestidos.

Había terminado con la última costura, mientras las jóvenes iban por unos refrescos ella terminó de recoger sus cosas y salió de la habitación para alcanzarlas. Una mano fuerte la detuvo por el brazo, la persona a su espalda no había dicho ni una palabra, pero ella sabía muy bien de quien se trataba sin darse vuelta.

—¡Suélteme! —pidió Elizabeth sin mirarlo.

—Quisiera hablar unas palabras contigo —pidió el Marqués.

—Creo que llegó unos cuantos años tarde. ¿No le parece? —se notaba la rabia en sus palabras.

—Lo sé, me gustaría que me dieras la oportunidad de explicarte mi proceder —pidió Roger sabiendo que no tenía ningún derecho.

—Este no es ni el momento, ni el lugar. ¿Es que acaso disfruta viéndome humillada? —el sufrimiento golpeaba sus palabras.

—Por supuesto que no, nadie me ha visto entrar y me iré de igual manera. Solo quiero una oportunidad de hablar contigo —insistió el Marqués sin soltarle el brazo.

Elizabeth se negaba a tener que volver a pasar por el mismo sufrimiento una segunda vez. Su corazón no lo soportaría y su vergüenza tampoco, iba a tener que volver a refugiarse en su casa de veraneo y esta vez sería para siempre. Tendría que darle una respuesta antes de que llegara alguien por el pasillo y los viera allí juntos y solos.

—En mi casa y procure que nadie lo vea entrar allí tampoco, le avisaré a mí mayordomo, mañana a la hora del té —Elizabeth levantó su cabeza, hasta el momento había mantenido gacha y dio un tirón para liberar su brazo.

Se fue sin mirar atrás y sin darle la oportunidad de seguir hablando, no sabía de dónde había sacado fuerzas para contestarle. Tampoco sabía de dónde sacaría fuerzas para enfrentarlo al otro día, pero dentro del amparo de su casa, no debía temer por el qué dirán y le cantarían unas cuantas frescas al maldito Marqués.

—¿Me permite este baile, bella dama?

Elizabeth levantó su cabeza que no se había dado cuenta hasta el momento que estaba mirando el suelo, para encontrarse con la dulce mirada del Duque de Alba.

—Yo..., no lo sé, lo siento —dijo con torpeza y salió disparada a los jardines de la mansión en busca de aire y paz para su mente.

El Duque la siguió en silencio y la tomó del brazo para guiarla a una de las bancas debajo del farol. Ella se veía nerviosa, intranquila, perdida en pensamientos que la perturbaban. Allí permanecieron sentados en silencio durante lo que fue casi una eternidad, Elizabeth parpadeó volviendo en sí para darse cuenta de la silenciosa y tranquilizadora presencia a su lado.

—Lo siento, se está perdiendo el baile por mi culpa, no es necesario que me acompañe, estoy bien.

El Duque se giró para mirar el atestado salón y se volvió a mirarla, no dijo nada solo acarició su rostro con la mirada.

—Creo que estoy agradecido que me sacara de la jungla y me llevara con usted al tranquilizador y reparador silencio —una sonrisa ladeada apareció en su rostro.

Elizabeth no se había dado cuenta hasta ese momento del bello rostro del Duque. Era un hombre serio, pero su rostro no mostraba dureza, sus rasgos bien definidos y sus ojos color café eran un conjunto perfecto para su alto, fuerte y musculoso cuerpo.

—Por otra parte, mi naturaleza de caballero no me permitiría abandonar a una dama, mucho menos dejarla sola en la oscuridad de este inmenso jardín.



—Se lo agradezco, pero aquí no está oscuro para nada —Elizabeth miró a su alrededor con una sonrisa.

—Está bien, me atrapó en esa pequeña mentira —volvió a permitir que su sonrisa aleteara en su rostro—, la verdad es que me gusta estar en su compañía, lo disfruto.

—También disfruto de su compañía —luego de decirlo se percató de lo indecoroso de su confesión—, lo siento, no quise...

—No permitiré que se arrepienta, su halago alimenta mi ego —su mirada fue directa, limpia y sincera—, ¿podríamos tratarnos sin tanta formalidad?

—Por supuesto milord —aseguró Elizabeth, pero le dirigió una mirada de duda.

—No te preocupes Elizabeth tengo un arco, creo que un par de cuchillos bien afilados y una espada esperándome, si te molesto de la más mínima manera —confesó el Duque.

—Creo que no estoy entendiendo.

—La Duquesa de Albans —fue toda la explicación del Duque.

—Entonces, Robert deberás procurar no molestarme —una sonrisa seguida de una carcajada imposible de evitar atrapó a Elizabeth.

—Me encantaría decirte que me gusta tu risa, si no fuera porque mi cabeza pende de un hilo —continuó con las bromas el Duque.

Le encantaba verla sonreír, cuando la conoció le pareció una mujer de una belleza increíble, pero con una gran tristeza en su mirada. Se paró y tendió su mano hacia ella, el tiempo que se consideraba decoroso había llegado a su fin.

—Elizabeth, ¿me permites escoltarte nuevamente hasta el salón?

Elizabeth permitió que la ayudara a pararse y posó su mano sobre el brazo del Duque.

—Te lo agradezco Robert.

Caminaron en silencio, cuando estuvieron dentro del salón de baile se les acercaron a ellos los Duques de Albans.

—¿Te sientes mejor Elizabeth? Vi cuando salías acalorada al jardín —La Duquesa de Albans la miraba con genuina preocupación.

—Estoy mejor, gracias Milady.

—Olivia, con Olivia es más que suficiente, somos amigas Elizabeth o por lo menos pretendo serlo —aseguró la Duquesa.

La tomó del brazo y la llevó a caminar alrededor del gran salón que se había acondicionado especialmente para la ocasión. Ese pequeño detalle dejó a todas las mujeres y hombres mal intencionados en claro que Elizabeth era amiga personal de la Duquesa.

—No pretendí ofenderte Olivia, solo quise ser respetuosa.

—No te preocupes y cuéntame, ¿qué te parece nuestro querido Robert?

—¿Robert?

—El Duque de Alba, perdona creo que nadie lo sabe, pero Robert y yo somos primos.

La confesión la tomó por sorpresa, pero no modificó lo que pensaba del Duque.

—Es un caballero muy correcto y muy apuesto también, no le será difícil encontrar esposa esta temporada.

—Lo que tiene de apuesto lo tiene de exigente —confesó Olivia—, no le gustan las jovencitas, dice que no se les ha formado el carácter aún y parecen marionetas manejadas por sus madres.

—Creo que en cierto sentido tiene algo de razón.

—Por suerte no se ha fijado en ninguna de ellas, sabe elegir muy bien las mujeres que le gustan. Su primera esposa era una mujer muy fina, muy bien educada y muy inteligente.

—¿Piensas que busca a alguien que se le parezca? Si me la describes quizás pueda ayudarte a buscar —Elizabeth estaba segura de poder encontrar a la mujer ideal para el Duque.

—No te preocupes por eso, la ha encontrado y aunque no le ha hablado de sus intenciones aún, es un hombre muy seguro.

—Como no serlo con su porte —convino Elizabeth.

La velada continuó como estaba prevista, Elizabeth estaba muy contenta con los resultados de sus protegidas, las tres aseguraban que recibirían sus tarjetas de los correspondientes caballeros para el baile de Madame Rosemary. Se permitió distenderse casi llegando al final de la noche y dejó que Robert la sacara a bailar.

Descubrió que le gustaba su compañía, era un hombre preparado para hablar de todo tipo de temas y lo más importante era que le gustaba escuchar. Una pena que pronto no lo vería más por los salones de temporada, por un tiempo al menos mientras estuviera de luna de miel.

Al otro día Elizabeth se despertó tarde, el baile de la noche anterior fue más largo que lo acostumbrado y luego cuando estaba por marcharse con sus protegidas, la Duquesa la invitó a tomar una última copa con la familia. Ella no estaba acostumbrada a beber y el nuevo día la había recibido con un fuerte dolor de cabeza. Que se acrecentó cuando recordó que tenía visitas no muy agradables a la hora del té.

Luego de beber todas las infusiones que le preparó la cocinera y su nana de toda la vida, logró calmar su estómago y atenuar el dolor de cabeza. Se podría decir que estaba lista para afrontar la hora del té con entereza.

—Señorita Elizabeth, su invitado ha llegado y lo he hecho pasar por la puerta trasera como ordenó, lo conduje a la biblioteca, me pareció más conveniente que su sala de estar.

—Gracias Alfredo, muy acertada su decisión como siempre.

La biblioteca era menos íntima que su sala y el escritorio que dominaba la estancia hacía la reunión más oficial que personal.

—Gracias por recibirme Elizabeth —dijo el Marqués apenas entró la joven dama a la biblioteca.

—Vayamos a lo que nos interesa, ¿qué es eso que tanto quería decirme? —su trato no había cambiado desde la última vez que habían hablado, seguía igual de fría y dura.

—Sé que nada de lo que te diga me excusa por lo que te he hecho pasar, pero quiero que sepas que mis razones eran loables.

—Dice usted que me ha sometido a la vergüenza y a la humillación por razones loables, me encantaría saber cuáles serían esas razones.

—Era de dominio público que mi padre quería casarme, pero lo que nadie sabía, incluso ni yo, era que no se debía a la desesperada obligación de engendrar un heredero, sino a la ruina en la que se encontraba el marquesado.

—También es de dominio público que poseo una cantidad incalculable de dinero —expresó ella su incompreensión a la disculpa.

—No estaba dispuesto a arrastrar al fango en el que se estaba hundiendo mi gente y mi apellido, a ninguna esposa.

—Usted prefirió que cayera sola en el fango y en la humillación a la mujer que decidió deshonorar y luego desaparecer —acusó Elizabeth.

—No es así, sé que obré mal y estoy dispuesto solucionar el error que cometí, si me lo permites.

—No estaría entendiendo a qué error se refiere.

—Elizabeth, entiendo que estés enojada ¿pero no es un tanto exagerado tu proceder? Vine a pedirte perdón, te estoy pidiendo que me perdones y que me dejes reparar el daño que te he hecho. Me casaré contigo y en unos pocos años todo quedará en el olvido.

Elizabeth no podía creer lo que estaba escuchando, años esperando una declaración de amor para recibir una disculpa y una reparación al daño. Después de todo era lo más que podía conseguir en su situación, estaba a un paso de convertirse en la solterona carabina de jovencitas para el resto de su vida.

—Lo perdono milord —la amargura presidía sus palabras.

—Bien, en unos días te llegará mi tarjeta y nos encontraremos en el baile de Madame Rosemary —el Marqués inclinó su cabeza a modo de despedida y se marchó como había llegado; por la puerta trasera.

Eso había sido todo, un trámite, un negocio que el Marqués cerraba de acuerdo con su criterio. Una simple negociación que ella debía acatar sin quejas, el baile de Madame Rosemary sería todo un acontecimiento. La pobre mujer deshonrada, era rescatada por el valeroso Marqués que se atrevía a reclamarla públicamente. Nunca, ni cuando sucedió todo, se había sentido tan mal como en ese momento. Se sentía una res arrastrada al matadero, no una novia cortejada, tenía que conformarse con su suerte.

Las jóvenes que tenía a su cuidado estaban de lo más exaltadas esperando que llegara el más popular baile de cierre de temporada. Sería un evento que mantendría a la cotilla ocupada hasta el próximo año.

—Elizabeth ¿qué debemos hacer en caso de recibir más de una tarjeta? —la joven la miraba con inquietud.

—¿Has recibido dos tarjetas?

—No —aseguró con una sonrisa—, he recibido tres.

—¡¿Qué?!

Las otras dos mujeres junto a Elizabeth preguntaron y exclamaron a coro, sin poder creer que se encontrara en semejante encrucijada.

—Supongo que lo más adecuado sería mirar a los ojos a aquel caballero que hayas elegido para batir tu abanico y luego cerrarlo sobre tu mejilla derecha demostrando tu aceptación. Dado que son ellos los que corren con la incertidumbre, sería lo más acertado de hacer para evitar malentendidos — Elizabeth explicó cómo pudo porque ella tampoco sabía mucho sobre la nueva moda impuesta por Madame Rosemary. Y se encontraba para su asombro, en la misma disyuntiva.

Los días siguientes los dedicaron a pasear por el parque y a tratar de asegurarse las tarjetas que faltaban para algunas de las jóvenes. Elizabeth se había encontrado más de una vez con los Duques de Albans y también con el Duque de Alba, con el que había conversado y dado largas caminatas. La había ayudado a controlar a sus protegidas en medio del caos que era el parque a la hora de los paseos.

Por suerte por las noches Elizabeth podía relajarse y leer tranquila en la biblioteca. Faltaban apenas unos días para esa extraña cita donde al fin se conocerían las parejas que había dado por fruto la temporada ese año. A la mansión continuaban llegando tarjetas de caballeros y mucho se temían que más de uno volviera, a su casa sin compromiso, sin futura esposa al menos por esa temporada.

Como estaba previsto Elizabeth recibió la tarjeta del Marqués Roger, sería una de sus mayores alegrías si la bendita tarjeta hubiera llegado cinco años atrás.

En ese momento era un trámite, como la compra de una nueva casa o un caballo para sus establos. Si la tarjeta no estuviera dirigida a ella hasta sería gracioso, pero en ese momento tenías ganas de llorar. Tanto soñar que el hombre que amaba le declaraba su amor como en las obras de los teatros, el caballero tomaba a su amada entre sus brazos y sellaba su amor con un apasionado beso. Para recibir un “me casaré contigo” para acallar las murmuraciones, frío y como obligación.

El tan esperado baile llegó y era todo un acontecimiento, la idea de Madame Rosemary parecía fluir con total naturalidad. El joven caballero se acercaba a la dama en cuestión y ella si era el elegido batía su abanico y luego lo plegaba y lo apoyaba en su mejilla derecha. Por el contrario, si no era el afortunado apoyaba su abanico cerrado en la mejilla izquierda con un claro no, a su propuesta.

Elizabeth observaba a sus protegidas, dos habían entrado al salón de baile del brazo de sus futuros esposos y la última estaba en un serio problema, tenía tres caballeros frente a ella esperando una decisión. La miró a ella por un momento y le guiñó un ojo articulando la palabra gracias para que ella entendiera. Finalmente batió su abanico frente a uno de los jóvenes y lo tomó del brazo y entraron al salón de baile.

Elizabeth Montgomery no podía estar más satisfecha con la labor realizada con sus protegidas, las había posicionado muy bien a las tres, con muy buenos hombres y excelentes partidos. Había llegado su turno, el instante de la verdad o mejor dicho el momento de la decisión que cambiaría su vida para siempre.

¿Era eso lo que quería? Sí, siempre lo había sabido, tarde o temprano sería esposa, madre y tendría a su propia familia para conducir por la vida y por las aristocráticas temporadas. Batió su abanico y luego lo cerró y lo apoyó en su mejilla derecha. Tomó al caballero del brazo y entró triunfal al salón de baile, bailó, bebió, sonrió y se divirtió hasta que su cuerpo no permitía más. Salió al jardín a tomar aire.

—¿Eres feliz? —preguntó su amado.

—Lo soy. ¿Tú?

—Soy el hombre más feliz del mundo —respondió él y ella creyó en sus palabras, lo veía en sus ojos—. Te amo Elizabeth.

—También te amo... Robert.

**FIN.**

## Un amor inolvidable (Romance erótico)

*A veces las vacaciones soñadas no salen como uno las espera. A veces la vida se hace presente y cambia lo que eres o lo que harás.*

*Cuando Clara y Mark se conocen lo que menos esperan es enamorarse. Cada uno tiene sus problemas, sus planes, sus proyectos.*

*¿Cuánto dura un amor de verano?*

**M**i nombre es Clara Jones y me dedico al diseño de joyas, siempre trabajé para otras personas, hasta que un buen día decidí que era el momento de abrir mi propia joyería. Tenía muy claro que no sería fácil y que debía emplear todos mis esfuerzos por salir adelante sola. Pero eso no me asustó nunca, desde pequeña entendí que si quería ser alguien en la vida debía trabajar duro, nunca nadie me regaló nada, ni me hizo la vida fácil. Ni siquiera mis padres que se empeñaban en que debía buscarme un marido rico para sacarlos de la pobreza. Para ellos que decidiera estudiar era una pérdida de tiempo y dinero.

Por esa razón cuando cumplí dieciocho años me perdí de vista y nunca más supe de ellos, trabajé como mesera de día y estudié de noche, viví en una pequeña habitación que me alquiló la dueña del restaurante. Una muy buena gente que me adoptó sentimentalmente y me contaban entre ellos como a una más, los Scott comenzaron a ser parte de mí familia. La mitad de mis noches la pasaba en vela estudiando, al día siguiente trabajaba todo el día y a la salida tomaba mis exámenes, así viví cinco años de mí vida. Ahorrando lo que podía y planificando mi futuro que en más de una ocasión llegué a pensar que eran ilusiones casi imposibles de alcanzar.

Hasta que me fui a trabajar con un amigo de la señora Scott, en su joyería, luego de haberle realizado el diseño de un anillo que regalaría a su esposa en su aniversario. Me contrató, con mucho más sueldo y horarios más flexibles. Pude alquilarme un piso y comenzar a comprar mis muebles. Era la primera vez que sentía que mis sueños podían hacerse realidad, si me esforzaba mucho. Así lo hice.

Aquí estoy cuatro años más tarde en mi joyería, planeando las primeras

vacaciones pagadas por mis ganancias. He salido de vacaciones antes, pero siempre fueron invitaciones con casi todo pago. Desde que abrí mi negocio no he parado de trabajar día y noche, llegó el momento de tomarme un respiro. También utilizaré el tiempo para mirar las joyas que se usan en esta temporada y así poder renovar mi stock.

En mis años de estudiante, me había fascinado la historia de Grecia eso decidió mi destino turístico y sus hermosas playas.

Estaba emocionada, no veía la hora de poder estar allí, nadar en ese cristalino mar y poder caminar donde sucedieron muchos hechos históricos que me habían impresionado cuando los estudié.

Dejaré a cargo de la joyería a Lydia que es mi mejor amiga y la hija de quien considero como mi madre, la señora Scott, la dueña del restaurante. Su padre es policía, por lo que tanto mi amiga como mi negocio estarán muy bien custodiados. Confío plenamente en ella y en verdad debo despejar mi mente para poder continuar diseñando las joyas que tanto le gustan a la gente. No estaba convencida del todo de viajar sola, pero había llegado un momento en el cual tenía que aceptar que la vida era algo más que trabajar. Debía vivirla sin recurrir a la ayuda de otras personas para hacerlo.

Con todo listo, la maleta y el pasaje de avión en mano, la madre de Lydia me llevó al aeropuerto. Me sentía nerviosa por ser mi primera vez sola y para qué mentir..., un poco asustada también. Una vez sentada en mi lugar del avión y con un par de horas de vuelo por delante comenzó mi descanso, me coloqué los auriculares y sin siquiera darme cuenta estaba dormida. El traqueteo del avión cuando tocó tierra me despertó, a partir de ese momento, sería pasarla bien y renovar energías. Me sentía feliz, era un nuevo logro para agregar a mí lista, por tonto que parezca.

Lo primero que hice fue dirigirme directo a mí hospedaje reservado previamente. El Pitágoras no era un hotel de lujo, los turistas lo utilizaban para pasar una noche y después continuar a su destino, por ser barato. Lo elegí porque tenía una hermosa vista desde mi balcón y mi idea de vacaciones era estar tranquila. Se encontraba alejado del bullicio de la ciudad y muy cerca de la playa.

Me registré, dejé mis cosas en la habitación y salí a explorar los alrededores. Bajé hasta la playa, no pude aguantar la tentación de meter mis pies al agua y sentir la arena sobre mi piel. Estaba desierto porque era muy temprano, apenas comenzaba a amanecer. Caminé feliz analizando los éxitos de estos últimos años que me habían arrojado directamente al suelo que estaba pisando. Se podría decir que lo había logrado, contra el pronóstico de mí familia y por momentos mi propio escepticismo, había llegado a alcanzar mi objetivo y superarlo. Y no

terminaría allí, porque apenas eran mis inicios y tenía grandes ideas para continuar.

Por un largo tiempo estuve divagando con mis pies y con mi mente, hasta que una voz de hombre me arrancó abruptamente de mis pensamientos.

—¡Esto es toda una sorpresa! —dijo un extraño detrás de mí.

Me giré y en efecto me estaba hablando a mí, su mirada me recorría de arriba abajo. Su imponente presencia me impactó, bronceado con un cuerpo espectacular vestido únicamente con un pantalón arremangado hasta las rodillas, descalzo y con el torso desnudo. Con las manos en los bolsillos, me miraba como si fuera un fantasma que vine a colarme en su perfecta estampa mañanera. El silencio que continuó fue incómodo.

—¿Perdón? —pregunté sin entender.

—Es una sorpresa encontrar a alguien en la playa cuando apenas está amaneciendo —aclaró el extraño.

—Acostumbro a caminar muy temprano, me gusta disfrutar mis paseos a solas..., —indirecta que él no entendió.

—Es mi idea de hace más de cinco años —respondió el desconocido— de hecho, hace el mismo tiempo que lo llevo logrando.

—Si hace tantos años podría dejar el privilegio a alguien más, aunque sea solo por esta vez —continué mi camino, sin mirar atrás.

El encuentro del sol con el mar en el horizonte era espectacular, me quedé parada mirando maravillada y totalmente aislada de lo que me rodeaba, que no me di cuenta de que el extraño me estaba siguiendo.

—¡Hermoso espectáculo! —insistió en mantener una conversación.

—¿Me está siguiendo? —pregunté enojada al verlo parado a mí lado.

—Le recuerdo que estaba en la playa ante que usted —me respondió sin moverse de mí lado y mirándome con una sonrisa insolente.

—Vine para estar sola —insistí enojada.

—También yo —me respondió sin moverse del lugar.

¿Pero qué le pasa a este tipo?

Continuaba parado a mí lado sin inmutarse mirando el horizonte con las manos en los bolsillos. Estaba tan enojada que lo miré con toda intención de fulminarlo, pero él ni caso me hizo. De tanto en tanto me miraba de reojo con una sonrisa tonta.

¿Se está riendo de mí?

—Creo que no me has entendido, me gusta estar sola.

—Entendí perfectamente, a mí también me gusta estar solo.

—¿Entonces porque no te vas a otro lado?

—Porque no quiero, estoy bien aquí..., ¿por qué no te vas tú?



—Sí que eres todo un caballero, ¿verdad?

Me miró con indiferencia y se levantó de hombros, pensó un momento, mientras se pasaba la mano por la cabeza en un intento de acomodar su cabello.

—No creo que deje de ser un caballero por no hacer algo que no quiero, la playa es pública, al menos por ahora.

Me giré enojada para marcharme, jamás había conocido a nadie tan insolente y maleducado. Aunque si lo pienso con frialdad el tipo no me hizo nada, no tenía por qué marcharse solo porque quería estar sola. Caminaba como toda una modelo, pero al estar tan enojada me tropecé con una piedra y casi me caigo de narices en la arena. Amortigué la caída con mis manos quedando en una posición poco delicada, detrás de mí escuché las carcajadas del extraño, que por supuesto no se molestó en venir a ayudarme.

—Que pases un buen día —gritó mientras se marchaba aun riéndose.

—Espero que tú no —respondí mirándolo sobre mi hombro, no sé si me escuchó.

Pasé el resto del día conociendo la ciudad, visité dos joyerías, paré para almorzar y a mitad de tarde decidí volver al hotel y tomar sol en la terraza. Podría hacerlo en la playa, pero tengo días en los cuales me gusta estar sola y con la menor cantidad de gente posible a mí alrededor. Este era uno de esos.

Entré a la habitación a ducharme y cambiarme para salir a cenar, cuando estuve lista me dirigí a la terraza con mi cuaderno y lápiz en la mano. Tenía intenciones de diseñar algunas ideas, pero el paisaje y el bullicio de la gente me distrajo, unas horas después salí a buscar un bonito restaurante.

Mientras caminaba, admiraba lo que me rodeaba, la noche era calurosa pero una brisa proveniente del mar la hacía llevadera. La ciudad era preciosa, al menos en esta época del año, aunque no tenía ninguna duda de que me gustaría más sin turistas, en una total calma. Entré a un lugar que parecía ser muy elegante, casi segura de que no había mesas disponibles. Para mi sorpresa uno de los mozos me acompañó, atravesamos el salón lleno de gente y subimos unas escaleras y salimos a la terraza.

Era muy acogedor, las mesas tenían luces en el centro y desde allí se podía ver el mar y la playa y sobre todo había pocos comensales. Estaba casi terminando mi cena cuando comencé a sentirme observada, no quería mirar para ningún lado, pero no pude evitarlo y lo hice. Frente a mí, al otro lado de la terraza el tipo de la playa me miraba con una de sus sonrisas. Levantó su copa de vino y me hizo un gesto a modo de brindis.

¿Me está tomando el pelo? ¿O esta es su forma de levante?

Por supuesto que lo ignoré y él volvió a reírse aceptando mi indiferencia. Intentaba jugar conmigo o quería hacerse el simpático, pero no lo estaba

logrando, no sé porque no me caía bien. O quizás era que me sentía atraída y ese sentimiento siempre me produce temor.

Cuando estuve lista para irme, el engréido no se veía por ninguna parte, no quería tener otro choque con el desconocido. Tampoco quería que se riera de mí delante de toda la gente del restaurante, siempre fui muy vergonzosa en público. Y estaba segura de que aún recordaba mi gran partida de la playa.

No sabía qué me pasaba pero que me mirara me enojaba muchísimo creo que era porque su mirada era profunda, intensa, al ser tan guapo y con un cuerpo de infarto, me ponía nerviosa. No estoy acostumbrada a ver ese tipo de especímenes que solo encuentras en fotografías de revistas y generalmente son modelos. Algo en él me producía rechazo, no quería meterme en problemas, por lo que sería mejor no volver a encontrármelo. Volví a mi hotel, me acosté y me dormí, me pesaban las diferencias horarias y llevaba auestas el cansancio del viaje.

Como siempre me sucedía me desperté a las cuatro de la mañana y no pude volver a dormir. Me puse un short de jean, una camiseta de tiritas, unas zapatillas de verano, agarré mi bloc de dibujo, unos lápices y me senté en el balcón a dibujar, cuando comenzó a amanecer bajé directo a la playa. Aún no despuntaba el sol y quería verlo aparecer en el horizonte sobre el agua. Esta vez quería asegurarme de estar sola por lo que caminé hasta unas rocas más alejadas.

Me senté allí era el lugar ideal para mi propósito: ver el amanecer y diseñar algunos bocetos de joyas. Por más de una hora me perdí entre mis ideas y dibujos, hasta que comenzaron a despuntar los primeros rayos de sol sobre el mar que acompañaba con su reflejo. Es una maravilla ofrecida por la naturaleza que no siempre los seres humanos sabemos apreciar. Estamos demasiado ocupados en nuestros días a día para tomarnos el tiempo de hacerlo.

Cuando vi los primeros rayos me quedé con la boca abierta, igual que la primera vez, y de la misma manera que antes, apareció mi ilustre y temido desconocido. Vestido exactamente igual que la vez anterior. Verlo terminó de sacarme de mi idílico momento. Con el torso desnudo, descalzo y los pantalones arremangados hasta la rodilla parecía una verdadera postal griega.

¿Todos los griegos serán así de hermosos? ¿Este tipo no sabe que existen los shorts?

—¡Qué sorpresa! No pensé volver a encontrarte —esta vez su tono y su sonrisa habían cambiado de burlona a dulce.

—Tampoco pensé en volver a encontrarte, es más estoy aquí escondida —le respondí de mal humor y continué dibujando con la esperanza de que se fuera.

—¿Escondida? Déjame decirte que no lo haces muy bien —dijo riéndose mientras se sentaba en la arena no muy lejos.

—¿Es que no tienes nada que hacer por ahí? Estoy ocupada —hablé sin

darme cuenta en muy mal tono.

—La playa es pública y me gusta este lugar, luego seré quien esté ocupado — dijo aparentando indiferencia.

No le presté atención y continué con lo mío, no me importaban sus ocupaciones. Quería estar sola y él me lo ponía difícil.

Pues bien haré de cuenta que no está.

—Ese collar es precioso, aunque se vería mucho mejor con un par de aros — dijo el extraño como si le hubiese preguntado algo.

—Gracias, pero no te he preguntado nada.

—¿Siempre eres así de simpática? —preguntó mirándome con seriedad.

—No, a veces lo soy más —y apenas lo dije me arrepentí, pero era tarde.

Se puso de pie, me miró con una de sus estúpidas sonrisas y se fue de la playa. Por fin volvía a estar sola y tranquila, continué con mis bocetos unas horas más y cuando comenzó a llegar gente a la playa me volví al hotel.

Luego de comer algo ligero en el restó, continué conociendo la ciudad, era hermosa, llena de historias, ideal para soñar o ir con el amor de tu vida. Era todo romántico y paradisíaco; las parejas paseaban tomadas de la mano, eso me dio un poco de envidia.

Yo estaba sola y me hubiese encantado conocer la ciudad junto a alguien, pero disfrutaba igual de todas las bondades que me ofrecía, volví bastante entrada la noche, muerta de cansancio y llena de regalos para mis amigos. Me duché, me acosté y me dormí enseguida. A las tres de la mañana la alarma contra incendios me despertó, junto con los gritos de la gente que corría enloquecida por el pasillo. Cuando prendí la luz vi que el cuarto comenzaba a llenarse de humo y el calor era abrasador, mis pulmones comenzaban a doler y no lograba entender bien qué pasaba.

A los pocos segundos unos fuertes golpes en la puerta terminaron de despabilarme. Alguien gritó que teníamos que bajar todos a la calle.

—¡Ahora!

No nos dejaron sacar nada. Asustadísima, solo atiné a agarrar mi cartera antes de que alguien me tironeara del brazo hacia afuera y me metiera dentro de la escalera de incendios junto con un montón de gente.

Todos estábamos con ropa de dormir y muy asustados, las mujeres se quejaban porque habían dejado sus pertenencias dentro de las habitaciones. Cuando llegamos a la calle se había reunido mucha gente para ayudar y estaban llegando los bomberos. Todo era un caos y muchos gritos, mujeres llorando y empujándose por una ubicación más alejada de edificio. Me acerqué al negocio que daba frente al hotel y me senté en la vidriera, sin saber qué hacer.

Por suerte había alcanzado a agarrar mi cartera con el dinero y mis

documentos, por lo demás estaba descalza y en pijama. La gente corría enloquecida de un lado a otro, los bomberos intentaban apagar el fuego que parecía endemoniarse cada vez más. A lo lejos alcancé a ver al desconocido de la playa.

¿Qué hacía acá, sería bombero?

Eso justificaría el terrible cuerpo que portaba. Alto, musculoso, con una gran espalda y una tabla de lavar por abdomen, piernas bien torneadas. Llevaba el pelo bien corto negro, al igual que sus ojos, una boca carnosita. Me sorprendí recordando cómo se veía en la playa. Enfrente de mí, mi hotel estaba siendo consumido por las llamas y yo estaba ahí: sentada en la acera, sucia, en pijama y sin saber qué hacer.

Al parecer el incendio no era tan grave, fue más la aparatosa llegada de los bomberos que otra cosa, cuando pareció que el fuego, que no había visto estuvo apagado, algunos camiones de bomberos comenzaron a retirarse. Nadie nos decía nada. Miré a otros turistas y vi el mismo desconcierto que sentía.

¿Podemos regresar a nuestras habitaciones?

¿Esperamos?

¿Está todo seguro adentro?

¡No puedo quedarme acá sentada sin hacer nada!

Cuando vi que nadie tomaba decisiones no pude evitar darme cuenta de que todo parecía más calmado. ¡Al diablo los demás! Me escabullí tratando de que no molestar entre la gente y los pocos bomberos que quedaron y entré al hotel nuevamente.

Iría a mi habitación y rescataría mis cosas y saldría en busca de otro hotel.

El plan parecía simple pero la suerte no estaba de mi lado. No tenía ganas de subir cuatro pisos por la escalera, así que verifiqué que el ascensor funcionara. Apenas entré y comencé a subir una explosión dejó todo parado y a oscuras.

Inmediatamente entré en pánico por unos segundos, cuando estuve segura de que el ascensor no se movería, ni explotaría o caería al vacío, comencé a buscar una forma de salir. Pedí auxilio, pero con los gritos y la gente que corría estaba segura de que nadie me escucharía. Saqué mi celular y alumbré a mi alrededor buscando una abertura o algo, accioné el botón de emergencia. No escuché nada. Nunca he llamado desde un ascensor en una emergencia, ¿cómo sabes si funciona o no?

Miré hacia arriba y encontré un recuadro que parecía ser una puerta. Salté para tocar y ver si se movía, en ese mismo momento se abrió de golpe y alguien alumbró dentro con una linterna.

—¿Estás bien? —me preguntó y creí reconocer la voz.

—Estoy bien.

—Enseguida te saco de allí —volvió a decir la voz.

Desde mi posición no podía verle la cara, pero estaba segura de quién era..., ¡el hombre de la playa! Tardó varios minutos en volver y cuando se asomó por la abertura me miró de evaluativa.

—No conseguí un arnés, por lo que tendrás que decidir quedarte allí hasta que aparezca alguien. La situación aquí arriba es apremiante. Tu otra opción es permitirme que baje a buscarte. Puede haber otra explosión en cualquier momento —dijo la voz sobre mi cabeza.

La verdad es que me asusté. Mucho. ¿Cómo se me ocurrió tomar una decisión tan estúpida que podía llegar a costarme la vida? Me quedé pensando por unos segundos. No me convenía esperar allí.

¿Si hay otra explosión qué será de mí?

—¿Estás bien? —preguntó el extraño desde arriba.

En verdad el hombre me ponía nerviosa, dudé mientras pensaba en mis posibilidades que no eran muchas.

¿Si se olvidan de que estoy encerrada?

—Baja a buscarme —dije finalmente reprochándome lo tonta que era.

No perdió tiempo y de un solo salto estaba dentro del ascensor conmigo. El espacio se hizo de pronto muy pequeño, el hombre era muy grande e intimidante. Crucé mi cartera sobre mi torso para tener las manos libres y esperé las instrucciones de cómo iba a sacarme de allí.

—Tendrás que subirte a mí espalda y agarrarte de mí cuello —dijo el extraño de la playa, no tenía su acostumbrada sonrisa sarcástica, más bien lo notaba nervioso.

¿O la nerviosa soy yo?

Hice lo que me dijo y me trepé a su espalda. Sí, literalmente escalé sobre la impresionante espalda, cerré mis brazos sobre su cuello. Él acomodó sus guantes para escalar por la soga, pero antes pasó ambas manos hacia atrás por debajo de mis nalgas y atrapó mis piernas. Rodeó su cintura, mientras me daba indicaciones.

—Agárrate fuerte, si tienes vértigo cierra los ojos, te llevaré segura.

—Estoy bien —fue lo único que pude decir, el perfume de su piel caló en mis huesos haciéndome sentir indefensa y vulnerable. El fuego que recorrió mis piernas junto con sus manos me estremeció. No alcanzaba a entender las reacciones de mí cuerpo en ese momento.

Solo es miedo.

Tenía que ser miedo a la situación en la que me encontraba.

—Vamos entonces.

De un salto alcanzó la pequeña salida de emergencia y ayudado con la soga

logró sacar su cuerpo conmigo encaramada a su espalda. Afuera, todo era oscuridad, humo, escombros, fuego y gritos por todos lados.

¿Cómo pude ser tan estúpida de meterme ahí?

Me bajé inmediatamente de su espalda y sin saber hacia dónde ir, atiné a buscar una salida, pero él me agarró del brazo para detenerme.

—Espera, te sacaré de aquí, no te metas en más problemas —dijo mientras terminaba de desatar la soga enrollarla y colgársela del hombro.

—Puedo sola —grité llorosa, para que me escuchara través de los ruidos ensordecedores del lugar.

—Sí, vimos lo que puedes hacer sola ¿verdad? —dijo mientras me tiraba una chaqueta de bombero sobre los hombros, me la aseguró en el cuello y subió la capucha.

Me levantó en brazos a lo que me opuse con determinación, pero él no me hizo ningún caso. Atravesamos una columna de humo que me obligó a cerrar la boca y los ojos y no pude quejarme más. Sentía a nuestro paso como caían escombros y el ruido de madera retorciéndose entre las llamas. No pude evitar que un grito escapara de mí garganta y al parecer el extraño me escuchó porque me apretó más contra su cuerpo y siguió avanzando con decisión. Mientras recorríamos los pasillos una columna de fuego cayó delante de nosotros, el hombre perdió el equilibrio y cayó de rodillas conmigo en brazos.

—Suéltame, puedo caminar —pensé que así le sería más fácil avanzar.

—Vas descalza y las llamas corren por el suelo —enfaticó él poniéndose de pie conmigo en brazos.

—Creo que estamos rodeados.

—No te preocupes saldremos por el conducto del aire —dijo señalando el lugar por donde estaban saliendo algunos bomberos.

En ese momento me di cuenta de que todos buscaban abandonar el lugar, no se podía hacer nada por tratar de salvar el hotel. Me asusté mucho y recién ahí me di cuenta de la real estupidez que había cometido al volver, no solo había puesto en peligro mi vida, sino la del hombre que fue a rescatarme.

Cuando por fin logramos salir, me dejó justo frente a la vidriera en la que había estado sentada antes de mí brillante idea de entrar por mis cosas.

—Quédate aquí y no vuelvas a cometer ninguna idiotez más —dijo enojado tomando en su mano la chaqueta que intentaba devolverle.

Se giró sin siquiera mirarme y regresó hacia el arruinado hotel, me quedé mirándolo como una tonta sintiendo el vacío que me dejaba. No quería que se fuera, el hombre me había sacado por un infierno de llamas, había puesto en riesgo su vida solo por salvar la mía, pero tampoco lo quería cerca, era arrogante, presuntuoso, maleducado y..., fuerte, viril, lindo, muy lindo.

¿Qué tengo en la cabeza?

Volví a sentarme en la vidriera sin saber qué hacer, me encontraba sola en un país desconocido y acababa de perder mis pertenencias. Los bomberos habían logrado apagar el fuego y sacado a la gente totalmente ilesa, por fortuna no había víctimas que lamentar.

¿Qué hago ahora?

Estaba cansada y desganada. Nadie parecía ocuparse de los que estábamos afuera. Me puse de pie y caminé hasta la playa, me oculté tras las rocas, aún no había amanecido, me metí al mar como estaba, para lavarme y lavar la ropa. El agua estaba hermosa y luego de nadar un poco logré cambiar mi ánimo, salí del agua y me senté sobre las rocas para secarme y mirar el amanecer. No había pasado por tantas cosas en mi vida como para un incendio en mis vacaciones pusieran fin a mí vida o se convirtiera en catástrofe. No señor. Soy una mujer optimista y “al mal tiempo, buena cara.” Creo que me quedé dormida, porque una risa burlona me trajo a la realidad.

—Te has perdido el amanecer.

Miré a mí alrededor no solo me había perdido el amanecer, sino gran parte de la mañana la playa comenzaba a llenarse de gente. Miré al extraño que me miraba divertido como siempre, pero esta vez parecía recién bañado. Vestía una camiseta ajustada sobre sus bíceps, y los mismos pantalones arremangados hasta las rodillas. Llevaba el pelo mojado como si acabara de salir de una ducha. Lo que seguramente había hecho. Lucía impresionante como siempre y noté que cada vez me acostumbraba más a su presencia. No sé cómo lo hacía, pero nunca se encontraba muy lejos de donde yo estaba.

—¿Apagaron el incendio?

—Sí, el edificio era viejo eso hizo que ardiera tan rápido. No debiste moverte del lugar.

—No sabía qué hacer.

—Han hecho arreglos para los huéspedes afectados.

—¿Qué cosa?

—Los han enviado al hotel Albor. ¿Lo conoces?

—No.

—Debes presentarte en la recepción. El dueño de tu hotel mandó a todos los pasajeros a hospedarse allí, no te enteraste porque te fuiste antes.

—¿Dónde queda el Albor? —pregunté cansada sin ganas de nada estaba replanteándome seriamente terminar con mis vacaciones.

—Vamos, si quieres puedo acompañarte tengo trabajo que hacer allí —dijo el extraño con indiferencia.

—¿Cuántos trabajos tienes? —pregunté poniéndome de pie para ir con él.

—Me gusta mantenerme ocupado —dijo levantándose de hombros.

—Creo que es hora de que nos presentemos y que te dé las gracias por rescatarme. Mi nombre es Clara y..., muchas gracias —dije tratando de enmendar lo mal que me había comportado antes con él—. Gracias por salvar mi vida. Fui tan, estúpida. No solo con mi vida, puse en riesgo la tuya, gracias.

—Mark. Y fue un placer para mí poder ayudar.

Cuando llegamos al hotel, no podía salir de mí asombro. Era espectacular y de seguro carísimo, no podía entra allí con las fachas en las que andaba. Lo miré a él y volví a mirar el edificio que parecía más bien un palacio de reyes.

—¿Qué? —preguntó Mark sin entender mi cara.

—No puedo permitirme este hotel.

—Corre por cuenta del dueño, no te preocupes.

Pensé que el dueño del hotel quemado tendría un buen seguro. En un sitio turístico debía ser normal que las cosas sucedieran de esa forma, éramos muchos los pasajeros del otro hotel. Qué bueno que esté asegurado, o perdería mucho dinero.

—¿Qué sucede? —insistió Mark.

—Me avergüenza entrar a un sitio tan hermoso así vestida y descalza.

—¿Te gusta el Albor?

—¿Lo preguntas en serio? Es hermoso.

—Todos los otros huéspedes llegaron en iguales condiciones, vamos, si quieres te acompaño hasta tu habitación.

—¿Cómo sabes cuál es mi habitación?

—Llamaré a la recepción mientras tomamos el ascensor de servicio —dijo Mark mientras marcaba un número en su celular y me conducía a la entrada trasera.

Habló con la recepcionista casi entre dientes, no entendí nada de la conversación que realizó. Ese hombre me afectaba de manera muy intensa, todo el tiempo que duró su charla estuvo mirándome a los ojos y todo el tiempo me mantuvo atrapada en su hechizo. En el ascensor, el silencio fue incómodo y volví a sentirme pequeña e insignificante al lado del imponente hombre. Al parecer sintió mi malestar y se retiró al fondo para dejarme espacio o eso creí yo. Primero me miró, tan intensamente que sentí que mis piernas flaqueaban. Luego se movió y se puso detrás de mí. Podía sentir su respiración en mi espalda.

Me quedé congelada en el lugar.

Luego de unos largos segundos se acercó más a mí y lo sentí susurrar en mi oído, mientras apoyaba sus manos en mis caderas.

—No puedo estar un segundo más sin probar tus labios.

Me giré sobresaltada para mirarlo, lo cual fue un error, porque



inmediatamente se apoderó de mis labios y con sus manos me apretó contra su cuerpo. Me acarició la espalda suavemente mientras asaltaba mi boca con una lengua depredadora.

¿Qué otra cosa podía pensar por la manera en que me besó?

En un principio creí que me estaba resistiendo, pero ¿a quién quería engañar? Había estado esperando ese beso desde el día que lo conocí y no lo sabía o no quería admitirlo en realidad.

Él se apretó más a mí, con un movimiento rápido nos giró y me oprimió contra la pared del fondo. Continuó besándome, el cuello el rostro, volvió a asaltar mi boca y se fundió cada vez más contra mi cuerpo. Había tocado un botón del ascensor y estábamos allí suspendidos, comenzó a acariciarme las nalgas y a apretarme contra su erección. Parecía un hombre afiebrado, desesperado en busca de alivio. Bajó con sus labios por mi escote y con sus manos bajó los tirantes de mi camiseta dejándome expuesta ante su mirada, se apoderó de uno de mis pechos desnudos, un grito inesperado escapó de mi garganta, y le indicó que estábamos en las mismas condiciones. Levantó una de mis piernas y la ancló en su cintura mientras me acariciaba sobre la ropa interior. Mis jadeos se acrecentaron a medida que su mano buscaba tocarme más, en un punto perdió la paciencia y de un solo tirón rompió mi tanga.

Satisfecho me acarició a sus anchas hasta que se apoderó de mi clitoris y comenzó a frotarlo sin piedad. Mis gritos se intensificaron y él los atrapó en su boca compartiendo conmigo sus jadeos. Estaba mojada, muy mojada y lo notó. Esparció mis jugos con sus dedos y los introdujo en mí lo más profundo que le fue posible. Mi temperatura se elevó a la estratosfera y no pude hacer nada para controlarme. Mi cuerpo temblaba, el fuego que corría por mis venas incendiaba mi piel, sus dedos entraban y salían en una cadencia enloquecedora hasta que una última convulsión me elevó sin piedad al más dulce de los éxtasis.

Se mantuvo allí conmigo acompañándome con sus caricias y sus besos, calmando el temblor de mi cuerpo. Reduciendo los latidos enloquecidos de mi corazón, en silencio, en un completo e incómodo silencio. Aunque notaba su respiración agitada y su evidente erección apretando sobre mi cadera. Bajé mi mano y lo acaricié sobre la ropa, pero me la quitó con delicadeza, me acomodó la ropa como pudo, los trozos de mi tanga caían por los lados de los amplios shorts de dormir. Quitó la tela rota por una de las piernas y se la guardó en el bolsillo trasero de su pantalón.

Algo cambió en él, algo que hizo que se detuviera y se apartara de mi lado. Lo retuve unos minutos más porque lo abracé contra mí.

Apoyó su frente sobre la mía con los ojos cerrados e hizo varias inspiraciones y poco a poco se fue separando de mi cuerpo. Me miró a los ojos, su deseo era

evidente; pero giró para quedar de frente a las puertas. Volvió a apretar el botón y el ascensor continuó su viaje, apoyé mi mano sobre su espalda, pero él no se volvió a mirarme, metió sus manos en los bolsillos y salió apenas se abrieron las puertas. Esperó por mí.

—Habitación cuarenta y seis —dijo y me dio una tarjeta.

Giré para ver cuál era y cuando volví a mirarlo no estaba, solo escuché el clic de una puerta al cerrarse al fondo del silencioso pasillo.

¿Qué hice mal, porqué se fue así?

Me sentí extrañamente desolada, debería estar agradecida, si hubiera continuado y llegado hasta el final de seguro estaría arrepentida. No soy de las que pueden tener solo sexo, aunque de Mark todo me ponía a mil, de solo mirar su cuerpo el mío ardía en llamas, de solo escucharlo hablar, me desesperaba por estar en sus brazos. Creo que eso era lo que me enojaba de él, que despertaba sentimientos en mí que ni siquiera sabía que existían.

No sé qué me pasaba, no era así, no entendía mi comportamiento, pero mucho menos entendía el de él. Era evidente que me deseaba con intensidad, y tenía mi rendición. Pudo hacer lo que quiso conmigo, llevarme al infinito y más allá, y quizás me equivoque, pero pensé que se sentía de la misma manera.

¿Por qué huyó de mí entonces?

Sin querer pensar más entré a la habitación que me indicó, con la tarjeta que me dejó antes de desaparecer, como por arte de magia. Era un tipo muy raro, enigmático y yo estaba allí para descansar y no para hacerme problemas por otros.

No es momento para rollos sentimentales.

Eso me dije y me repetí mirándome al espejo. Hacía dos meses que había terminado con mi expareja en muy malos términos y necesitaba despejar mi mente.

Sigue diciéndote eso, a lo mejor te lo crees.

La situación con mi antigua pareja había llegado a extremos de locura, el tipo era un enfermo de los celos y no estaba dispuesta a tener un vigilante a mí lado. Lo había amado mucho, pero en los últimos tiempos no soportaba ni que me tocara o estuviera cerca de mí. En varias ocasiones le había dicho que no tomáramos un tiempo para recomponer nuestra pareja y él no quiso saber nada. No me quedó más remedio que hacerlo sacar por la policía, a la fuerza de mi casa.

Me juró que se la iba a pagar y que no me iba a dejar en paz nunca, pero gracias al señor Scott y a su hermosa familia, nada sucedió. Creo que sin el apoyo de ellos jamás hubiese podido terminar con él. Era un lastre que bajo la excusa de que estaba enfermo pretendía que lo mantuviera. Como si eso fuera

poco controlaba mis horarios y con quien debía verme y con quién no.

El señor Scott pidió una custodia policial y por más que lo intentó en varias ocasiones jamás logró tocarme, ni siquiera a acercarse. Por toda esa locura que había vivido durante tantos meses, los Scott habían insistido en que me tomara estas vacaciones y ahora no estoy segura de haber hecho bien. Mark había trastocado todas mis defensas y había logrado que mi corazón volviera a palpar de alegría.

Soy una tonta, se fue y me dejó sin decir una sola palabra.

Tratando de disipar la confusión que había creado en mi cabeza, decidí recorrer cada rincón de esa fabulosa estancia. La habitación era inmensa, espectacular, digna de reyes. O al menos de gente muy adinerada. No podía creer que hubiera llegado a hospedarme en un lugar así. Todo el hotel parecía sacado de una película victoriana, con decoración y muebles de la época. Pero esta habitación era bastante moderna por dentro.

¡Vaya seguro que pagaría el tipo!

Una antesala con un juego de sillones que únicamente había visto por televisión. En el dormitorio una cama King size ocupaba la pared del fondo, con grandes donceles al mejor estilo victoriano pero muy moderno. Puertas ventanas que llevaban a un gran balcón con hermosos sillones blancos reclinables.

Miré todo como una niña con juguete nuevo, no podía estar en un lugar así sin la ropa adecuada, con ese pensamiento algo me llamó la atención. Revisé el armario porque me pareció raro que estuviese entreabierto, ya que todo estaba impecable. Había unas ropas colgadas, me acerqué a mirar, eran nuevas todas con sus etiquetas. Un vestido de noche, uno más espectacular para fiesta, blusas, y shorts, variada.

Miré más abajo y me encontré con dos pares de zapatos, chinelas y zapatillas. Sobre una de las cajas había un papel doblado, lo levanté y lo abrí. La nota decía:

*Es un regalo por favor úsalo.*

¿Será de Mark? ¿Quién es este tipo? ¿Por qué hace todo esto? ¿O acaso piensa que puede comprarme con unos trapos para tener sexo?

Tomé el teléfono de la habitación y llamé a la recepción, en efecto ellos me confirmaron que la gente del hotel Pitágoras, se había hospedado allí y que no me preocupara por el precio de la habitación, ese tema quedaba entre los dueños de ambos hoteles. Que disfrutara de mí estadía, pero a mí no me gustó nada la idea. Tomé un pantalón corto y una camiseta porque no podía andar en pijamas por todos lados y me di una ducha. Me cambié, desparramé las cosas de mi cartera sobre la cama. Era lo único que había salvado antes de salir del hotel cuando comenzó el incendio y quería saber con qué contaba en ese momento.

Por suerte los documentos y pasaporte los tenía allí. También algo de dinero y las tarjetas. Volví a mirar dentro del armario y había un par de chinelas, las tomé prestadas y bajé a la recepción.

Allí me encontré con uno de los pasajeros que conocía del otro hotel, eso me tranquilizó un poco, pero de ninguna manera me quedaría en ese lugar. Volví a hablar con el recepcionista que me miraba con cara de no querer explicarme nuevamente que podía quedarme sin problemas y que no se había salvado nada en el incendio. No me conformó para nada su explicación, me fui a comprar un móvil para llamar a mi familia y contarle lo sucedido. Con mi teléfono nuevo me senté en un café y los llamé, luego de hablar más de media hora con ellos, me habían convencido de que podía continuar mis vacaciones.

—Estás bien, no te pasó nada, tienes tus documentos y dinero, puedes continuar tus vacaciones —dijo Lydia.

—No estoy tan segura, el hotel donde estoy no es para mí, es demasiado ostentoso —omití decirle que el tipo que me llevó me gustaba y asustaba mucho a partes iguales.

—Búscate un hotel a tu gusto y sal de allí y problema resuelto, no habías llevado mucha ropa, porque pensabas renovar tu guardarropa y este es el momento justo —insistió Lydia.

—Creo que tienes razón. Saldré de compras, buscaré un nuevo hotel y continuaré mis vacaciones según lo planeado. Te quiero Lydia —corté la comunicación sintiéndome más tranquila y con planes renovados. El susto había pasado, no permitiría que esa desgracia empañara mis vacaciones, estaba bien y disfrutaría.

Caminé todo el día, haciendo un alto para almorzar y tomar algo a la tarde, me había comprado ropa y había visitado varios hoteles, todos estaban llenos. Cuando me estaba dando por vencida y emprendía el regreso al hotel Albor sin muchas ganas, me topé con un pequeño hospedaje casi escondido, una puerta blanca con un cartel de madera que tenía tallado "*Hotel Mary*". Abrí y me encontré una escalera fina y larga, no tenía muchas esperanzas, pero subí igual, el señor que me atendió fue muy amable pero no tenían nada hasta el día siguiente que se desocupaba una habitación pequeña. La reservé pensando que tendría que pasar la noche en la habitación lujosa sin más remedio.

Cuando volví al Albor era de noche, estaba tan cansada que solo quería dormir, entré pensando que sería la última vez que estaría allí, por lo que antes de irme lo recorrería por completo. Llegué a mi habitación sin toparme con Mark, no sabía qué hacer o decir si volvía a verlo luego del interludio compartido.

Le podría decir que me encantó y sería verdad.

Como había cenado me fui al balcón a contemplar la vista, la ciudad se veía

hermosa desde allí, me recosté en las reposeras a disfrutar del momento. La tranquilidad del lugar unido al cansancio del día me sumió de inmediato en un sueño profundo. Con imágenes perturbadoras de un cuerpo fuerte, torneado y musculoso...

De pronto unos fuertes brazos me levantaron y me llevaron adentro, yo entraba y salía de mí estado adormecido. Me depositó con cuidado sobre la cama y comenzó a besarme, acariciarme, a desnudarme. Pronto volví al mundo de los despiertos, pero Mark me introdujo a un mundo casi desconocido para mí.

Había tenido novios y tuve relaciones con ellos, pero nada se comparaba con lo que me hacía sentir este desconocido. Cuando acariciaba mi cuerpo, mi piel y mis sentidos reaccionaban a su tacto, dejando de pertenecerme a mí para ser de él. No podía controlarlas, solo podía sentir mis emociones bullir dentro de mí hasta salir a la superficie.

Mark ajeno a mis pensamientos se desnudó y se subió sobre mí desesperado cuerpo. Pero al parecer esta vez no tenía prisa y se tomó todo su tiempo para explorar mi piel con su boca y su lengua. Depositando fogosos besos en mi cuello, en la piel entre mis senos, se apoderó de uno de ellos lo mordió, succionó y tironeó, hasta no escuchar gemidos de placer escapar de mí garganta, no lo dejó. Siguió con el otro hasta casi hacerme perder la razón. Su boca era mágica y su lengua un hierro candente que encendía todo a su paso.

Continuó torturándome con sus besos, dando pequeños mordiscos que encendían mi piel y alocaban mi corazón. No habló, no dijo nada, se dedicó a darse un festín con mi cuerpo y a asegurarse de que lo disfrutara. En un momento se quedó quieto y levantó la cabeza para mirarme, esperó a que le devolviera la mirada. No me atrevía a hacerlo tenía miedo a, como lo hizo después del ascensor, se arrepintiera y se marchara dejándome prendida fuego.

¡Ni se te ocurra marcharte!

Cuando no podía retrasar más, le devolví la mirada que él recompensó con una hermosa y amplia sonrisa, para luego enterrarse entre los pliegues de mi entrepierna y hacerme gritar de placer. Enterró lo más profundo que pudo su lengua en mi palpitante cavidad, y comenzó a entrar y salir, mientras que con sus dedos apretaba y frotaba mi clítoris.

¡Dios mío estoy en el séptimo cielo!

Muy pronto mi cuerpo fue presa de temblores, el eminente éxtasis lo haría estallar en millones de estrellas en cualquier momento. Y así fue, me convulsioné y Mark me acompañó acariciándome con dulzura, llenándome de besos y palabras tiernas que apenas alcanzaba a oír, pero que me llenaban de felicidad. Continuó besándome impidiendo que las brasas se apagarán, atrapó mi labio inferior entre sus dientes y me miró a los ojos, podía ver su lujuria en ellos.

Lo abracé y lo apreté contra mi cuerpo mientras le daba espacio de ubicarse entre mis piernas. Invitación que no demoró en aceptar tomó un preservativo de la mesita de noche, que imagino él mismo había dejado allí, y se lo colocó.

Volvió a clavar su mirada en la mía y me penetró, poco a poco hasta colmarme con su plenitud. No apartaba su mirada, me tenía atrapada dentro de su pasión y quería que cabalgáramos juntos la ola de placer que se acercaba a medida que incrementaba sus acometidas. La desesperación comenzó a ser presa de mí cuerpo y era imposible aguantar más. Sus movimientos se hicieron más rápidos, sus músculos se tensaron y el grito apasionado que escapó de su garganta, se unió al mío desesperado.

Me mantuvo allí abrazada, contenida, cuidada, salió de mí cuerpo y rodamos juntos hasta que descansé sobre su pecho. Nos mantuvimos en silencio, pero muy unidos, como si lo que acabábamos de hacer fuera algo cotidiano y no por primera vez. Las palabras estaban de más, me acariciaba, se reacomodó para poder mirarme el rostro, me llenaba de besos, me mimaba.

Parecía querer memorizar mis facciones, sus caricias y besos pronto volvieron a encender la pasión en ambos y la lucha cuerpo a cuerpo dominó nuestros sentidos. Nos amamos hasta quedar rendidos, hasta que el amanecer nos sorprendió dentro de la habitación. Las caricias suaves y tiernas sobre mi hombro desnudo y mi pelo me transportaron directamente a los brazos de Morfeo.

Cuando desperté lo hice sola en la inmensa cama del Albor.

Me gustaba ese nombre para el hotel, desde el balcón podía observarse lo que era un impresionante amanecer para cualquiera que durmiera allí. El reloj sobre la mesita me anunciaba que había perdido media mañana durmiendo. Pronto recordé lo que había soñado la noche anterior, intenté levantarme y los dolores en ciertas partes de mí cuerpo me dijeron a gritos que no había sido un sueño. Mark había estado en mi cuarto y habíamos hecho el amor como dos posesos, más de una vez..., muchas veces.

¿Pero por qué se fue, que está mal con este hombre, o acaso algo está mal conmigo?

No lo entendía, no lo podía entender, por momentos se comportaba como el hombre más apasionado, dulce, tierno y cariñoso que jamás conocí y al minuto siguiente era frío e indiferente.

Había amanecido hacía un par de horas por lo que no tenía sentido ir a la playa, almorzaría en la habitación, recorrería el lugar para conocerlo antes de irme. También visitaría la piscina, calculando con suerte el momento que estuviera poco concurrida.

Como imaginé era espectacular y no quedaba mucha gente. Nadé y disfruté

del agua, nadie estaba dentro por lo que la ocupé a mis anchas. Luego me senté en una raposera sobre una de las esquinas, donde quedaba casi escondida del resto de los concurrentes, una chica se sentó junto a mí.

—¿Vienes del hotel que se incendió? —me preguntó con altanería.

—Sí.

Con mi respuesta dejé bien en claro que no quería conversar. Pareció entenderlo porque se colocó sus anteojos de sol y por suerte no volvió a hablar. Como había llevado mi novela continué con la lectura, el lugar era aclimatado por lo que allí se estaba divinamente. Unos minutos más tarde vi a Mark ayudando a una anciana con una de las reposeras del otro lado de la pileta, me quedé mirándolo embobada.

Él no miró hacia donde estaba, llevaba puesta una malla de baño y podía ver su perfecto cuerpo, con músculos bien definidos. Y el hermoso bronceado adquirido seguramente trabajando alrededor de la piscina. Estaba fascinada con los movimientos de la musculatura de su espalda, cuando la idiota mujercita sentada a mí lado me sacó de mí perfecto paraíso, para arrojarme directamente en el peor de los infiernos.

¿O la idiota era yo?

—Mi esposo es muy servicial —dijo con un tono que me sonó por demás desagradable.

—¿Esposo? —pregunté sin entender a quién se refería.

—Sí Mark, mi esposo —dijo y se paró como si se tratara de una reina y caminó pavoneándose directamente hacia él.

Se acercó, lo besó en la mejilla y siguió su camino, él la miró sorprendido y le brindó una gran sonrisa que a mí me terminó de hundir en el fuego que me había arrojado ella antes.

¿¡Está casado!?

No podía creer lo tonta que había sido, me envolvió como a la mejor de las estúpidas. De seguro se estaba riendo de mí como un loco. Se debía sentir como todo un triunfador al agregar a su lista de conquistas a otra incrédula turista. La rabia y el odio dentro de mí me estaban jugando una mala pasada, antes de hacer el ridículo me retiré de la piscina y subí directamente a mí habitación, sin que Mark viera que había estado allí.

No podía contener la ira dentro de mí, abrí la ducha fría y me senté debajo del agua a llorar como una idiota, por algo no me gustaba el tipo en un principio. Mis sentidos me estaban advirtiéndome que me alejara, y no los escuché. Pero no le iba a permitir que se volviera a burlar de mí, me dolía el pecho horrores y no podía dejar de llorar. Tendría que reunir toda la entereza que me fuera posible para afrontar lo que estaba viviendo.

Ahora te aguantas y te marchas de aquí con la mayor de las dignidades posibles.

Dejé lo único que había tomado del armario en su lugar y lo demás no lo toqué. Salí a la calle con mi cartera, las bolsas de mis compras, mi desilusión y mi llanto a cuestas hacia mi nuevo hotel. Caminé como un autómatas sin saber bien dónde ir, no podía creer que después de amarnos de semejante manera, todo había sido mentira. Una impecable actuación para llevarse a una tonta turista a la cama, la amargura inundaba mi pecho y me hacía doler. No lloraría por más estúpido que fuera mi razonamiento, no le daría el placer de derramar ni una sola más de mis lágrimas por él. Me lo prometí, pero a la cuadra siguiente no podía continuar cumpliéndolo y volvía a romper el llanto.

Había pasado por cosas peores y no me habían derribado, no sería él quién me hiciera caer. Lo único que me quedaba era mi orgullo y me mantendría en pie. Llamé a la familia Scott, siempre me hacían sentir mejor, aunque no lo supieran. Luego de conversar con todos apagué el celular y miré a mí alrededor, había caminado sin rumbo fijo por varias horas, por muchos lugares había pasado más de una vez. Me tuve que concentrar para recordar la ubicación del pequeño hotel, daba a la playa y también tenía un pequeño balcón, allí me recluiría a partir de ese momento. Volví a pensar en abandonar mis vacaciones, pero si lo hacía tendría que dar muchas explicaciones y Lydia me conocía demasiado bien, para ocultarle lo que me pasó.

Retomaría mi idea principal, hacer los bocetos de mis joyas, descansar, comer y dormir. Y miraría el hermoso amanecer desde mi balcón, así no corría peligro de conocer a nadie nuevo que intentara burlarse de mí. Estaría decepcionada por un tiempo, Mark había logrado tocar mi corazón, pero no le permitiría hacerme sufrir más de lo necesario. Lo arrancaré de mí mente y de cualquier lado donde estuviera lo más rápido posible.

Así pasé los tres primeros días de mi llegada al nuevo hotel, con mis pensamientos enredados en una complicada madeja de sentimientos. Había llegado a un punto que me era imposible entender a los hombres, cuando Mark me miraba y acariciaba el rostro, en el suyo vi cariño, pasión.

¡Qué equivocada estuve!

Seguramente lo que quería memorizar era mi rostro, para reírse después de mí cara de estúpida. Para recordar lo fácil que le había sido llevarme a su cama y hacer lo que quisiera conmigo. El teléfono me sobresaltó.

—Diga.

—En conserjería hay una persona, enviada del Albor, quiere hablar con usted.

—¿Puede describírmelo? —pregunté con miedo.

—Estatura mediana, pelo canoso, entre cincuenta y sesenta años.



—Gracias, enseguida bajo.

¡Qué tonta soy!

Temí por un momento que fuera Mark quien estaba preguntando por mí, seguramente el tipo ni se acordaba de mí nombre. Probablemente estaría a la caza de una nueva incauta para hacerla caer en sus redes. Cuando llegué a conserjería no vi a nadie y pensé que se había marchado.

—¿Quién me busca? —pregunté a nadie en especial.

—Aquí estoy —dijo el hombre que parecía apenado, apareciendo entre las sombras del vestíbulo.

—Sí, dígame.

—El señor Barón dice que usted se ha llevado algo muy valioso del Albor.

—¿Qué?! —pregunté sin entender de qué hablaba.

—Sí, insistió en que la llevara de inmediato ante su presencia.

—Pe-pero... ¿quién es el señor Barón? ¿Qué piensa que me he llevado? Juro que solo traje conmigo mis pertenencias.

—El señor Marcos Barón es el dueño del Albor, y no me ha dicho qué es lo que le ha faltado.

—Tiene que ser una equivocación, ¿está seguro de que le dijo que fui yo?

—¿La señorita Clara Jones es usted?

—Sí.

—Entonces estoy en lo correcto.

—¿Quiere revisar mi habitación y buscar eso que les falta?

—No, no, solo tengo órdenes expresas de llevarla ante él —insistió él.

—El señor Barón está equivocado, no he tomado nada de su hotel.

—¿Puede decírselo al señor? Solo soy un empleado —insistió el pobre hombre.

—Dígaselo usted, Clara Jones no es una ladrona. Y si está tan seguro de que le he robado..., ¿por qué no mandó a la policía? —pregunté sin entender.

—Señorita, solo soy un empleado y mi puesto corre peligro si no obedezco las órdenes del señor Barón —insistió el hombre y me pareció sincero.

—Muy bien, vamos entonces —hablaría yo con el tal Barón y le cantarías unas cuatro frescas.

Cuando llegamos al hotel, el señor encabezó la entrada por la puerta principal y me hizo seña de que pasara. Titubeé, porque no sabía qué me esperaba allí dentro.

¿Eres idiota o qué? Tú no has hecho nada.

Subimos hasta la última planta en el ascensor. Cuando llegamos, me hizo pasar una puerta por demás elegante y cerró detrás de mí. Al parecer el señor Barón estaba sentado detrás del escritorio al final de la amplia estancia. No se lo

veía muy bien porque permanecía en penumbras.

¿Será tan cara la luz en este país que todos están siempre en penumbras?

Caminé más o menos hasta la mitad del trayecto y me detuve para esperar a que el tipo hablara. El lugar era de una elegancia apabullante, los muebles parecían ser del siglo diecisiete, perfectamente conservados o unas reproducciones por demás elegantes. Luego de unos eternos minutos rompió el silencio.

—¿Por qué te fuiste? —dijo casi en un susurro, pero no entendí qué quería saber.

¿Les pregunta a todos los pasajeros del hotel porque se iban?

—No entiendo..., —recordé por qué estaba allí y agregué— ¿qué cree que me llevé? —Mi voz sonó fuerte y clara.

—Mi corazón —respondió y la voz me dejó petrificada en el lugar.

Se paró, caminó alrededor del escritorio y continuó hasta llegar muy cerca de mí. Quería salir corriendo, escapar de allí, esa era otra de sus mentiras..., no era un empleado, ¿era el dueño de semejante hotel!

—¿Tú?! ¿Tú eres Marcos Barón? —pregunté con renovada rabia.

—Sí, soy yo.

Me giré dirigiéndome a la puerta de salida dispuesta a marcharme, pero sus palabras me detuvieron.

—¿Por qué te fuiste? —insistió con su pregunta.

—¿Que pretendías? ¿Seguir rebajándome, teniendo a tu esposa en el mismo hotel que a tu amante? ¿No te fue suficiente con haberte burlado y reído en mi cara, querías más?

—Puedo explicarlo.

—No, no puedes y aunque lo intentaras, no creería en tus palabras. No quiero escucharte, no quiero volver a verte.

—Por favor... —insistió, pero no lo dejé hablar.

—¿Esta es otra de tus mentiras? —dije señalando a mí alrededor— No eras un empleado, sino el dueño.

—Nunca dije que fuera empleado y tú nunca preguntaste —se justificó.

—No te preocupes, no me importa en absoluto nada que tenga que ver contigo —dije abriendo y cerrando la puerta a mis espaldas con un fuerte golpe.

Salí con el corazón apretado en un puño y un dolor insoportable en el pecho por el esfuerzo de contener mis lágrimas, jamás le dejaría ver mi dolor. Me había enamorado irremediabilmente de una persona que no se lo merecía. Me había mentido, humillado y burlado de mí en mis propias narices. Tomé el primer ascensor que encontré vacío y bajé casi conteniendo el aliento, no quería encontrarme con nadie. No quería que me vieran así, ni que Mark, Marcos o

como se llamara me siguiera, necesitaba estar sola, lamer mis heridas.

Pasé el resto de la semana trabajando en mis bocetos, leyendo, comiendo y durmiendo. Bueno, intentado comer y cabeceando por minutos sin lograr dormir una noche entera. Traté de no pensar en nada, pero los sueños son traicioneros y en cada segundo que lograba cerrar los ojos, me revivían las horas de pasión vividas junto a Mark. Por las mañanas me levantaba llorando bañada en sudor, jurando que no lo volvería a hacer. No volvería a llorar por él, no hasta la mañana siguiente al menos.

La semana siguiente me aventuré a caminar por la playa, cuando había mucha gente, no quería arriesgarme a encontrar a Mark. Pero me negaba a permanecer encerrada por su culpa, el tiempo que me quedaba de vacaciones. Me uní a un grupo de excursión, nuestra guía turística era muy simpática y nos hicimos amigas, como era la única que iba sin pareja, caminaba o viajaba si daba la ocasión junto a ella. Así conocí la Acrópolis, el Templo de Zeus, el Partenón y muchísimos monumentos históricos, algunos de ellos ni siquiera sabía que existían. En mi época de colegio había estudiado mucho sobre Grecia, pero presenciar todo aquello en persona era impresionante.

Cuando llegó el día que debía marcharme, quería ser testigo de un último amanecer en la playa. Había pasado más de dos semanas en el que no volví a saber nada del dueño del Albor. Supuse que no había peligro de encontrarlo nuevamente, en todo el tiempo que había estado allí no había vuelto a intentar contactar conmigo, de seguro me había olvidado.

Tomé mi cartera y mi equipaje, bajé a conserjería, pagué la cuenta y me despedí de los dueños agradecida. Eran personas muy amables y me hicieron sentir muy cómoda durante mi estadía. Faltaban unas cuantas horas para que mi vuelo me devolviera a mí vida normal, pero esperaba el amanecer, lo quería llevar grabado en mi mente. Me senté como antes en la gran roca y acomodé mis cosas a un costado.

Mi mente comenzó a divagar recordando los primeros días de mí llegada allí y mis encuentros con aquel extraño. El despertar de los primeros rayos del sol me trajo a la realidad, siempre me atrapaba el espectáculo asombrándome como si fuera la primera vez que lo veía. Era hermoso, realmente hermoso y el hecho de estar allí presenciándolo me traía mucha paz, iba a extrañar aquello.

—Hace cinco años que presencio este hermoso espectáculo y jamás me canso, pero más maravilloso sería poder hacerlo juntos, siempre —dijo Mark detrás mío sobresaltándome.

—¿Podrías dejarme sola? Hoy es la última vez que lo disfrutaré. Luego será tuyo para siempre.

—Hablemos.

—No me interesa nada de lo que tengas que decir.

—Por favor, hasta un condenado a muerte tiene derecho a unas últimas palabras —insistió parándose frente a mí.

—¿Qué caso tiene que te deje decir unas últimas palabras si no las voy a creer?

—Al menos llévate esto y léelo cuando tengas ganas, solo piensa que llevas mi vida allí —dijo extendiéndome un sobre de manila.

—Adiós Mark —dije y me giré para marcharme y nunca más volver allí.

—Hasta pronto —alcancé a escuchar que me respondía a mí espalda.

La realidad era que jamás nos volveríamos a ver, no volvería al lugar y él no sabía dónde vivía, nunca se lo dije. Subí al avión llevando aún el sobre en la mano, que en más de una oportunidad pensé en tirar, pero parecía que lo tenía pegado a mí piel. El avión despegó llevando mi cuerpo de regreso a mí casa, pero dejando mi corazón en Grecia junto a Mark.

Me decidí y abrí el sobre que tenía en mi mano, había copias de varios documentos un acta de matrimonio, un acta de divorcio, unos pagarés y un título de propiedad del Albor a nombre de Marcos Barón. Nada de eso me interesaba, cuando lo fui a devolver al sobre en el fondo encontré un papel doblado, era una carta escrita de puño y letra por Mark.

Desde ese momento nuestras vidas cambiaron...

### **Querida Clara:**

*Sé que para ti será muy difícil creer mis palabras y lo entiendo, pero quiero que sepas que desde el momento que te vi contemplando el amanecer me enamoré perdidamente y no pude sacarte de mis pensamientos ni de mí corazón. Quería explicarte sobre mi matrimonio, pero ella se me adelantó, me casé con una persona muy diferente a la que se convirtió después de nuestros votos. Me separé a la semana de haberme casado, pero tenía mi hotel en sociedad con su padre y debí mantenerla allí hasta que logré juntar todo el dinero y poder comprar su parte. Ahora puedo decir feliz que soy el único dueño del hotel Albor, pero mi felicidad queda empañada sin ti.*

*Junto a esta carta te dejo los documentos que comprueban lo que estoy diciendo. Por favor te pido que no destruyas nuestra felicidad, piensa en nuestro futuro. Si no te tengo a mí lado, de nada me sirve el esfuerzo realizado. Piensa que un amor como el nuestro solo suele darse una vez en la vida y esta es nuestra*

*oportunidad. No nos niegues la posibilidad que nos está dando la vida, no quise mentirte, ni hacerte daño. Pensé que podía arreglar mi problema antes de contártelo, ese fue mi único error. Te amo y sé que tú me amas, por favor vuelve a mí.*

**Tuyo Mark.**

Cuando el avión aterrizó, fui la primera en bajar por las escalerillas, estaba desesperada por llegar, tomé un taxi y le pedí al chofer que acelerara. Me acerqué a la recepción para registrarme, estaba apurada, pero el trámite era lento. En la punta del mostrador había un hombre vestido de blanco que me miraba con insistencia, no lo miré, no le hice caso, sé que sonrió y se fue por las escaleras.

Cuando por fin logré registrarme me dirigí a esperar el ascensor que tardó más de diez minutos en llegar, luego de pasar el primer piso abrió sus puertas en el segundo para dejar entrar al hombre de blanco que estaba en la recepción, pasó junto a mí y se ubicó en el fondo, no le presté atención. Iba inmersa en mis pensamientos abrumadores y exigentes, estaba tan exaltada que ni cuenta me di que se me había acercado.

—No puedo estar un segundo más sin probar tus labios.

Me agarró por la cintura, me giró y atrapó mi boca en un beso apasionado. Mi cabeza giraba y mi mente dejó de funcionar, me empujó contra el lateral del ascensor y subió una de mis piernas a su cintura mientras me acariciaba. Todo a mí alrededor daba vueltas, estaba comenzando a sentir el calor abrasador dentro del pequeño cubículo. Rompió mi ropa interior, con sus dedos exigentes exploró en busca de mí centro, mientras guardaba mi tanga en el bolsillo de atrás de su pantalón. Uno de sus dedos me frotó allí donde pierdes la razón y la pasión comienza a mandar, el otro se introdujo en mi interior. Mi corazón palpitaba en loca carrera, mientras sus besos sofocaban mis gemidos. Cuando la puerta del ascensor se abrió, llevó mi otra pierna a su cintura y me levantó con una sola mano, como si no pesara nada. Sin despegar sus labios de los míos, sin sacar su otra mano de donde me estaba volviendo loca. Me llevó a través del pasillo y nos metió en la puerta del final, pasó derecho a la habitación y me depositó en la cama.

Con movimientos casi torpes me arrancó la ropa y se quitó la suya, sus manos se movían sobre mi piel abarcándola en su extensión. Su boca pululaba por mi cuerpo, atrapó uno de mis pezones con sus dientes, el otro entre sus dedos. Con la mano libre se abría paso entre mis piernas en busca de su divino tesoro, que no le costó mucho encontrar y torturar. Nuestras respiraciones eran agitadas y nuestros cuerpos estaban sudorosos.

Pronto mis músculos comenzaron a tensarse y mi cuerpo a retorcerse, claro

anuncio de que la liberación estaba cerca. Soltó mis pechos y fue reptando por mi cuerpo hasta llegar a mí entrepierna, su boca se apoderó de mí clítoris, alternando con su lengua dentro de mí enfurecida cavidad. Un gemido de placer escapó de mí garganta, junto con el clímax que me elevó a una nube de placer de la cual no quería bajar.

Cuando logré recuperarme un poco, me propuse devolver el favor con creces. Lo tiré de espaldas sobre la cama y luego de volverlo loco cubriendo cada milímetro de piel con mi lengua, me dediqué a la tortura. Tomé su erección en mi boca y a partir de allí lo único que se escuchó en la estancia fueron gemidos. Rodeaba con mi lengua el glande y luego bajaba con mi boca por su extensión hasta introducirlo por entero y volvía a sacarlo. Me encantaba ese movimiento que me daba el poder absoluto sobre el hombre.

Él apoyó su mano en mi cabeza y acompañó cada uno de mis movimientos, estaba casi perdiendo la batalla, lo sabía por cómo temblaba. Mi satisfacción crecía junto al orgullo de poder retribuir tanto placer como había recibido. Cuando su control cedió a la pasión se derramó en mi boca con un grito de placer que me excitó tanto que no le di tiempo a nada. Me subí a su cuerpo y no permití que su erección, ni su pasión decayeran.

Lo introduje en mi cuerpo, subiendo y bajando por su aterciopelada dureza. Él se sentó y tomó mis pechos en su boca, me mordió, chupó y tironeó a placer, mientras con sus manos tomaba mis nalgas para dirigir los movimientos de mis caderas. La cadencia se tornó salvaje, las embestidas cada vez más profundas y apremiantes, respirábamos con dificultad, estábamos resbalosos y no sabíamos dónde terminaba uno y comenzaba el otro.

Las estocadas se tornaron duras y apremiantes, quería que llegara a mí orgasmo junto con él y me apremiaba a ello. Yo tironeaba con pasión de su cabello, quería más, no sé de qué, pero necesitaba más lo quería debajo de mí piel, dentro de mí alma y de mí corazón. Lo quería todo de él y lo obtendría.

La estancia se quedó sin aire el perfume era solo de sexo y pasión y llegué a pensar que la cama estallaría junto con nosotros. Un grito satisfecho que enloqueció mis sentidos, escapó por la garganta de él y mi cuerpo inmediatamente respondió con fuertes contracciones de los músculos alrededor de su erección. Estallamos al placer y nos elevamos a nuestra nube personal, donde solo éramos él y yo y no había espacio para nadie más.

Continuamos dándonos placer durante el resto de la noche hasta caer rendidos uno en brazos del otro en un sueño profundamente feliz.

Antes de que despuntaran los primeros rayos de sol ambos estábamos en la playa sentados en las rocas esperando el espectáculo. Hacía cinco años que

íbamos siempre que estábamos en la ciudad a la misma hora. Era nuestro paraíso privado, de hecho, era privado porque lo habíamos comprado.

En una hermosa ceremonia en la playa, como no podía ser de otra manera cuando comenzaba la aurora, Marcos Barón y yo nos casamos. En una bonita ceremonia oficiada por el párroco del lugar al que tuvimos que convencer de que se levantara al alba y fuera hasta la playa. La jueza de paz aceptó encantada, decía ser fan de las novelas románticas de Grace Lloper y Castalia Cabott, lo cierto era que nosotros no teníamos ni idea de quienes eran. Pero Mark me regaló algunas de sus novelas en nuestro primer aniversario.

Nos casamos un día como hoy, San Valentín, y por supuesto todos los años lo festejamos encontrándonos en algún lugar del mundo. Cada año renovamos nuestros votos matrimoniales y revivimos la magia de nuestro primer encuentro amoroso. El día que nos conocimos, en el *Albor* cuando el sol comienza a desperezarse y despliega sus primeros rayos.

Ese día nos descubrimos por primera vez y todos los años revivimos esa mágica experiencia. Trasladé mi joyería a un hermoso edificio en Grecia, mi familia postiza –los Scott– asistieron orgullosos a la boda y me visitan para las vacaciones de verano, nosotros los visitamos en invierno. Mi familia de sangre cuando se enteró que me había casado y donde vivía, milagrosamente recordaron que tenían un vínculo conmigo. Por supuesto que Mark nunca permitió que se me acercaran y no volvimos a saber de ellos.

Nuestra vida es perfecta, bueno como la de todo matrimonio, tenemos nuestras diferencias y nuestras discusiones, pero siempre estamos juntos y resolvemos nuestros problemas. Nos amamos por sobre todas las cosas y amamos nuestro hotel y nuestra joyería.

¿Qué más puedo decir o pedir?

Tengo a Mark que es toda mi vida y yo la de él, creo que llegó el momento de creer en el destino, y así lo hago.

Feliz día de los enamorados.

**FIN.**

# Por el amor de Esteban

(Romance homoerótico)

*Mauro no estaba dispuesto a sacrificar su felicidad por un engaño, hizo lo necesario para demostrar que tenía razón, pero no estaba seguro de terminar con las dudas.*

*Esteban se apresuró en sus acusaciones y deberá vivir con las consecuencias de sus errores una vez más. Parecía un mal chiste de la vida.*

## MAURO

Mi nombre es Mauro. Arquitecto Mauro Di Filippo. Tengo una muy buena vida donde he logrado todas y cada una de las metas que me he impuesto. Un trabajo que me gusta, un más que generoso pasar económico y muchos amigos. Solo he fallado en una cosa y es ahí donde intentaré arreglar mi vida. Hace poco más de seis meses conocí a Esteban, mmmm..., y estoy en condiciones de decirles que es el amor de mí vida.

La noche que lo conocí, mi amiga Inés había insistido muchísimo para que la acompañara al nuevo pub que habían inaugurado en el centro de la ciudad. Bueno, prácticamente me llevó a rastras, hacía dos meses había terminado con una relación y aún no me sentía preparado para volver al ruedo.

Nunca voy a dejar de agradecer la insistencia de Inés. Como ninguno quería manejar, decidimos tomar un taxi hasta el pub. Mi plan era emborracharme hasta caer inconsciente y que mi amiga me trajera a rastras de nuevo a mi apartamento. Inés había quedado de encontrarse con unos amigos y amigas, y uno en especial que se quería tirar. Me preguntó a cuál de ellos quería ser



presentado; Inés me conocía bien, sabe que me da igual, que soy bisexual. No creo en masculino o femenino, sino en cuerpos hermosos, dignos de adoración.

Llegamos al lugar y el musculoso de la puerta reconoció a mí amiga y nos dejó pasar enseguida, después me enteré de que habíamos sido compañeros de colegio, no lo reconocí en ese momento. Avanzamos entre los cuerpos apretados hasta encontrar la mesa donde estaban los chicos.

Cuando Inés nos presentó, no presté atención a nadie, saludé con la mano y me quedé parado inspeccionando el lugar. Era un sitio bastante acogedor, con una ambientación antigua, la decoración bien podía hacerte pensar que estabas en un salón antiguo. Por todo el recinto y tapando los privados colgaban desde el techo hasta el piso, pesados cortinados de color borravino. En el centro del lugar una gran araña con iluminación tenue colgaba sobre la pista de baile abarrotada de jóvenes en movimiento. Mientras estaba entretenido observando la decoración, apareció alguien detrás de mí y sobre mi hombro, con una voz increíble dijo muy cerca de mí oído:

—Traje alguno de los tragos, el resto los traerá el mozo enseguida.

Me giré y me quedé mirándolo como el peor de los tontos. Su voz y su perfume me rodearon, iban acompañados de un cuerpo tan impresionante que me dejó sin habla. Alguien se acercó y dijo:

—Chicos, él es Esteban.

Los demás saludaron con un movimiento de cabeza. Cuando reaccioné le ofrecí mi mano fingiendo darle poca importancia. Al menos esperaba que eso pareciera. Tocarlo fue el primero de mis errores. Su amplia sonrisa me derritió y su tacto corrió como electricidad desde mi mano hasta pasar por todo mi cuerpo.

—Mauro —fue lo único que pude decir.

Si había algo que agradecer al ambiente era la penumbra, todo era escasamente visible y podía ocultar mi tremenda erección sin problemas. Esteban tomó mi mano y se acercó hasta mi oído para que lo pudiera escuchar.

—Un placer conocerte, Mauro.

Juro que es hasta el día de hoy, que todavía puedo escuchar esas cuatro palabras en mi cabeza. Nos acercamos a los demás. Él movió una silla para que me sentara y acepté gustoso hacerlo a su lado. No veía nada de lo que pasaba a mí alrededor y no escuchaba nada de lo poco que se podía conversar. Lo único que tenía sentido para mí era la cercanía de Esteban, su perfume y su aliento cuando me hablaba. Era como una película con escenas lentas, muy lentas y yo dentro de ella a mil, bullía por ese hombre por todos mis poros.

En más de una oportunidad nos rozamos las manos, pasando los tragos a los chicos y era increíble la reacción que producía en mi cuerpo. En esos momentos

lo miraba y me daba cuenta de que su reacción era parecida. Si hasta creí ver temblar su mano en una de esas ocasiones. Estaba tan encendido que manejé la posibilidad de invitarlo al baño por un polvo rápido. Luego desistí, la reacción de mí cuerpo hacia ese hombre no era normal. Merecía la pena que lo tomara con calma y tratara de ver la forma de conocerlo.

Estaba seguro de que si le pedía su teléfono me lo daría y el polvo también. Pero me amonesté mentalmente, debía explorar esto en profundidad. Esteban me estaba empezando a gustar demasiado para reducirlo a un rudo y rápido orgasmo en un baño. Seguí observándolo y deleitándome con su voz —o lo poco que escuchaba de ella—, su rostro, su cuerpo. Sus anchos hombros y la musculatura de sus brazos daban a entender que se ejercitaba. Había algo en su mirada que me llamaba la atención, no alcanzaba a definir qué, pero me daba la impresión de que era tristeza.

Todas las señales indicaban que también le gustaba, ahí entre tanta gente no podía hacer nada. Frustrado me levanté de golpe y me dirigí al baño, estaba desesperado por arrinconarlo y hacerlo mío. Pero en mi fuero interno no quería eso, necesitaba otra cosa, no sabía qué, pero quería algo más.

Me mojé la cara con agua fría mientras me miraba al espejo confundido. Nunca me había pasado nada igual. He conocido a muchas mujeres y hombres en mi vida y ninguno me excitó tan solo con estar a mí lado. Había algo más, algo que no podía definir, no se trataba solo de sexo, algo me arrastraba hacia él. Demasiado para ser alguien a quien hacía tan solo unos minutos había conocido y solo habíamos intercambiado algunas frases. Creo que lo que me tenía en ese estado, realmente duro, fue su voz, su tono grave, dulce y aterciopelado. Puede parecer demasiado, pensé al escucharlo hablar que su voz era como notas musicales que se desprendían y aceleraban mi corazón.

Perdido en mis divagaciones sentí que se abría la puerta del baño y apareció Esteban detrás mío con cara de preocupación. Lo miré unos momentos a través del espejo mientras me secaba el rostro.

—¿Te sientes mal? —preguntó con una carita que casi hace que me corra en los pantalones.

—Es-estoy bien —traté de componer mi voz lo mejor que pude.

—El ambiente está muy pesado en el salón —dijo mirándome fijo a los ojos.

—Sí debe ser eso —respondí con una de mis mejores sonrisas mientras me giraba para mirarlo de frente.

Se quedó mirándome unos segundos más y de golpe cambió de posición y me sonrió.

—¿Quieres seguirme? —me preguntó con una mirada cómplice.

—Te seguiría a donde me pidieras —le dije con toda sinceridad.

—Vamos, entonces.

Salimos del baño y me llevó por el estrecho pasillo en dirección contraria al salón principal del pub. Cuando llegó al final, se veía muy poco, solo paredes acolchadas en la misma tela que el salón, en un muy estrecho pasillo. Me miró con una sonrisa, me guiñó un ojo y levantó un brazo para tocar algo en lo alto. Una puerta se abrió y retiró hacia atrás. Entró, giró y me enfrentó, luego estiró su mano y me agarró por el cuello de la camisa. Pensé que iba a besarme, ahí bajo el dintel de la puerta abierta, pero solo me empujó hacia adentro. Una vez que entré al lugar, noté que estaba oscuro; solo filtraba un poco de claridad del pasillo, Esteban empujó la puerta, que se cerró dejándonos completamente a oscuras.

Mi corazón se aceleró a mil, expectante y mi cuerpo respondió al calor que emanaba de esa belleza de hombre. Sentí que se movía, sin embargo, no despegaba su contacto del mío; su mano seguía sosteniendo el cuello de mi camisa y con ella me guiaba. De repente, se encendió la luz y me miró como esperando algo.

Me la jugué. Me acerqué lo bastante como para dejar bien claro lo que pensaba hacer. Él me miró y su respiración se agitó a medida que me acercaba, tomé su cara en mis manos y lo besé. Para mi alivio y mi alegría me respondió con la misma pasión que puse. La intensidad del beso fue aumentando junto con nuestra excitación. Esteban me condujo unos pasos hacia atrás de donde nos encontrábamos, hasta que choqué con una mesa o algo.

Él despegó sus labios de los míos y me miró con lujuria. Me giré para mirar en dónde estábamos y decidí que en el cielo. Un enorme escritorio en el centro del pequeño cuarto y junto a él un pequeño sillón. Me volví y le sonreí, luego atacé su boca nuevamente, esta vez con mi lengua, a la que aceptó gustoso. Mientras le hacía el amor con ella en cada rincón de su dulce boca, Esteban desabrochó mi camisa. Cuando terminó, desplazó sus manos a placer por mi torso sin perderse detalle. Las deslizó acariciando mi cintura, subiendo por mi columna, los omóplatos y hasta los hombros. Las metió por debajo de mi camisa hasta hacer que cayera hasta la mitad de mis brazos. Tuve que dejar de abrazarlo para que la tela siguiese su recorrido hasta el piso. Satisfecho prosiguió por adelante hasta encontrarse con mis pezones. Tomó cada uno con sus dedos y los torturó a placer. En mi desesperación profundicé más mi lengua en su boca. Hasta que logró zafarse de mi agarre y me abandonó para arrodillarse delante mío.

Muy despacio desabrochó mi cinto, luego el botón y finalmente la cremallera de mis pantalones. La sorpresa fue vívida en su cara, se encontró con mi enorme erección justo frente a su boca. Nunca uso ropa interior y esta vez estaba

agradecido por ello. Sin pensárselo dos veces introdujo mi glande en su boca sin dejar de mirarme. ¡Dios! no iba a aguantar mucho, me estaba ordeñando sin piedad. Toqué el fondo de su garganta mientras era chupado con devoción. Estaba inmovilizado contra el escritorio mientras me sostenía de las caderas con sus manazas.

—Dámelo, cariño —me dijo apartándose de mí pene por un segundo, y volviendo a metérselo sin perder el ritmo.

Esa fue mi perdición, me corrí, me agarré de su precioso pelo y lo apreté contra mí para poder hundirme más dentro de su boca. Los gruñidos que escaparon de su garganta, era música celestial para mis oídos. Se tragó todo lo que le ofrecí, feliz a juzgar por los ronroneos de placer que se le escaparon. Quedé tembloroso, agradecido y sin perder completamente mi erección. Me miró sorprendido de que siguiera erecto, se acercó y me besó tan apasionadamente que me dejó sin aliento. Me aparté para tirar mis pantalones y zapatos a un costado y me dediqué a desvestirlo a él. Me frené con un golpe de realidad en mi mente.

—¿Puede venir alguien? —pregunté rezando para que dijese que no.

—Este cuarto solo lo conocemos mi hermano y yo, y él está de viaje.

—¿Eres el dueño del club?

—No, mi hermano lo es.

Continué desvestiéndolo y cuando quedó sin nada me retiré unos pasos para atrás. Un fuerte silbido escapó de mí garganta.

—¡Tienes un cuerpo espectacular! —dije sin más.

Me miró avergonzado por mi elogio y me dijo:

—¿Tú te has mirado al espejo últimamente?

Tomó mi mano y tiró de mí hasta la pared contraria, que era acolchada y muy mullida. Golpeó la pared y la luz se apagó como por arte de magia. En el proceso se prendieron cuatro luces rojas sabiamente ubicadas en cada esquina del techo. Me apoyé sobre la comfortable pared y Esteban me aplastó con su cuerpo tan caliente y tan preparado para mí. Estaba a punto de explotar nuevamente. No entendía por qué mi cuerpo reaccionaba así de fácil con él. Tomé el lóbulo de su oreja entre mis dientes y tire con suavidad mientras retorció con mis dedos uno de sus pezones. Él se estremecía y restregaba su cuerpo contra el mío. Se apretó más a mí frotando su pene contra el mío.

—Por favor... necesit... —balbuceó.

Me giré y cambiamos de posición. Me apiadé de él y fui bajando por su cuerpo mientras me deleitaba dejando besos y sintiendo el perfume de su piel, que quedó grabado a fuego en mí. Tomé su erección en mi boca y mordí, chupé y friccioné hasta que logré que me entregara la cálida semilla que recibí gustoso.

Esteban gritaba y tironeaba de mí pelo con desesperación, me sentí lleno, a gusto, como si sus brazos me hubieran abrazado toda mi vida. «¡Perfecto!» pensé, «el hombre perfecto». Trepé por su cuerpo hasta su boca y le hice el amor con mi lengua otra vez. No podía parar de tocarlo, de besarlo de poseerlo por donde me lo permitiera y eso hice.

Lo volteé de espaldas a mí y tiré de sus caderas hacia afuera y le hice apoyar las manos en la pared. Su trasero apuntó hacia mi hinchado glande. Me mojé dos dedos y lo masajee con cuidado, con delicadeza. Las respuestas de su cuerpo y el gruñido de su garganta me alentaron a más, me agaché y pasé un lengüetazo por el anillo apretado de músculos de su ano. Eso lo enloqueció, sus caderas se movían en vaivén, mientras me susurraba palabras alentadoras.

—Vamos cariño dame tu legua, me tienes a mil.

—¿Quieres esto así? —lo provoqué mientras apoyaba mi lengua en su entrada.

—Sí, así, pon tus dedos... todo... te quiero dentro de mí de todas las maneras.

Sin dudar utilicé todo el arsenal que conocía, lo preparé con mis dedos hasta que lo sentí distenderse y abrirse para mí. Introduje mi lengua en esa suave cavidad que me recibió caliente y gozoso. Le hice el amor hasta saciar mi boca, hasta escucharlo gritar. Solo entonces me separé y posicioné mi pene en su entrada, él tiraba sus caderas para arriba en busca de mí erección y la encontró. Sí que la encontró, me introduje de una sola estocada hasta que mi cuerpo entero se pegó contra el suyo. Su grito de placer calentó mi sangre y barrió mi razón. Lo que me llevó a exigirle más.

Entraba y salía en un loco frenesí queriendo dejar todo de mí y llevándome todo de él. El baile se apoderó de mis caderas golpeando contra sus nalgas sin piedad, mientras que con mi mano libre masturbé su pene que palpitaba clamando por libertad. Agitados, sudorosos, casi sin aliento no nos dimos tregua, él tiraba para atrás en busca de mí y yo empujaba en busca de esa cavidad caliente y aterciopelada, que me exprimía. Noté que Esteban se acercaba al precipicio.

—Córrete para mí, grita mi nombre.

Lo apuré con mi mano y con otras partes de mí cuerpo que estaba a punto de explotar. Lo exprimí con fuerza y él empezó a eyacular sobre mi mano mientras gritaba mi nombre. Escucharlo con esa voz hizo que explotara en un volcán caliente de interminable de placer. Nos apoyamos exhaustos en la pared, tratando de introducir aire en nuestros pulmones. Estábamos agitados, temblorosos, nuestros cuerpos aun en éxtasis. Lo tomé de la cintura y lo llevé conmigo hasta el pequeño sillón, sus piernas temblaban por el esfuerzo y casi no podía

moverse. No es que yo estuviera mucho mejor que él, pero aun así pude acomodarnos, me senté primero y a él en mi regazo estando aún dentro de su cuerpo. No quería salir, no quería sentir la soledad que ese acto me ocasionaría. Creo que nos dormimos abrazados, acurrucados en el comfortable asiento. Cuando desperté Esteban había girado su cara hacia mí y me miraba embelesado.

—¿Por qué me miras así? —pregunté queriendo tener el poder para leer sus pensamientos.

—No nos conocemos y sin embargo me da la impresión de que estuvimos toda una vida juntos.

—¿Sorprendente verdad? A mí me pasa lo mismo.

Nos quedamos conversando y mimándonos hasta el amanecer. Cuando estaban por cerrar el pub, nos vestimos, Esteban arregló el cuello de mi camisa y yo acomodé su cabello. Nos miramos y sonreímos cómplices, nos dimos un último espectacular beso, y cambiamos números de celular. Esto daba para más..., mucho más.

Cuando me encontré en el salón con Inés, no se había dado cuenta de mi ausencia porque ella estaba en lo suyo.

—Perdóname amigo, me olvidé por completo de ti, y después creí que te habías ido.

—No te preocupes, me entretuve por ahí —le dije guiñándole un ojo.

—¡Mauro Di Filippo!... ¿Qué estuviste haciendo? ¡Cuéntame! —me gritó en medio del bullicio del pub.

—Vámonos y te cuento en el camino.

Continuamos viéndonos durante cuatro hermosos meses. Siempre nos encontrábamos en mi oficina, de allí no íbamos a mi apartamento. En público era serio, casi frío, no se me acercaba y no me permitía que lo hiciera a mí tampoco. En privado era un volcán, caliente y arrollador, no dejaba nada librado a la imaginación. Tenía ese poder de pasar de ser puro fuego a témpano de hielo. Intenté que estuviera alegre y que disfrutara, no me gustaba la tristeza en sus ojos. Con el tiempo aprendí a reconocer sus estados de ánimos y casi siempre eran malos cuando salía de su trabajo. O después de un fin de semana de pasar con su familia. Cuando me contaba que venía de ver a su hermano estaba alegre y en varias oportunidades fuimos juntos al pub. Le gustaba el lugar parecía distenderse y no preocuparse por lo que dirían los demás. En esos momentos era cuando más me gustaba.

Su conducta no dejaba de ser extraña, era divino, alegre y divertido hasta que

recibía unos llamados en su celular. Cuando eso sucedía su carácter cambiaba, se volvía taciturno y cerrado, volvía la tristeza a sus ojos. Su trabajo no le gustaba y llevaba claramente una carga muy pesada en sus hombros. En las pocas charlas que compartimos sobre su vida, me contó que añoraba su profesión, no quiso ahondar en el tema. Nunca me dijo su profesión.

Por mi parte, le conté todo acerca de mí vida, mi familia, incluso un domingo pasamos un hermoso día de campo en la estancia de una de mis hermanas. Cuando comencé a acariciarlo o a besarlo delante de ellos, se incomodó, lo noté. Miró alrededor y vio que mi familia actuaba natural. El asombro estaba claramente reflejado en su rostro. Esteban estaba asombrado porque ellos me aceptaban tal y como era. Ante su pregunta le respondí con total sinceridad.

—¡Claro que me aceptan como soy! Es mi familia y me ama.

Él solo se quedó pensando y no dijo nada más, pero cuando era quien intentaba abordar el tema sobre la suya, siempre lo cambiaba con alguna excusa o de pronto llegaba el momento en que tenía que marcharse. Eso me frustraba un poco, mi vida para él era un libro abierto; sin embargo, Esteban no compartía nada conmigo. Un día me enojé y discutimos porque ni siquiera sabía dónde trabajaba. Comprendió que no estaba bien y me dijo que trabajaba en una empresa familiar, una tienda de regalos. Y eso fue todo, bueno casi todo, también me enteré de que aún vivía con su familia.

Eso me pareció raro, me fui a vivir solo a mis veinte años, ahora con treinta y cuatro me sería imposible vivir con mis padres o hermanas, aunque los amo tanto como ellos a mí. Necesito mi espacio, mi independencia. No entendía por qué Esteban con treinta años aún vivía con sus padres. Ese día no pude enterarme de nada más.

Continuamos nuestra relación y estaba muy feliz, él cada vez demostraba más sus sentimientos. Era evidente que se sentía a gusto conmigo.

Un par de noches se quedó a dormir conmigo, no muchas, y solo lo hizo porque insistí mucho, y también porque le escondí la ropa para que no se fuera. Una de esas mañana le llevé el desayuno a la cama, su cara de sorpresa casi me mata, mi corazón se saltó varios latidos. Pude enterarme de que jamás nadie le había llevado el desayuno a la cama, estaba orgulloso de ser el primero.

En otra ocasión me desperté solo en la cama y salí a buscarlo, lo encontré en la cocina y me lo quedé observando desde la puerta. Lo veía realmente feliz mientras preparaba el desayuno tarareaba una canción, y estaba muy cómodo cocinando, al parecer sabía hacerlo. La estampa era perfecta y quería que fuera así todos los días. Quería que viviéramos juntos, pero él era tan cerrado con sus cosas que no sabía cómo proponérselo.

Aunque los dos nos demostráramos real afecto y nos lleváramos muy bien en casi todos los aspectos, él continuaba ocultándome una parte de su vida. Esa que me impedía llevarlo a comer a un buen restorán, o simplemente caminar juntos por el parque.

Una noche cuando cumplimos cuatro meses de amarnos, le regalé un reloj que sabía que le gustaba, era costoso, pero para mí nada era poco para mi amor. Y tenía reservación para cenar en el mejor lugar de la ciudad. Cuando llegó al apartamento, venía de muy buen humor, pero después de mí “regalo sorpresa” todo cambió. Estaba enojado porque le había comprado el reloj y me dijo que de ninguna manera iría a cenar en público conmigo.

—Solo iremos a cenar Esteban, no a una exhibición sexual —respondí bastante enojado.

—¡Es que tú no entiendes! —gritó.

—Tienes razón, no entiendo... ¿por qué no me lo explicas? ¿Por qué no me cuentas una maldita cosa de tu vida? No sé nada de ti.

—Es mejor así, sin que sepas nada, sin que nadie sepa nada —gritó mientras caminaba hacia la puerta de salida.

—¿No entiendo qué ocultas..., o de quién te ocultas? ¡Explícamelo!

—Todo esto no debe saberse, todo esto fue otro maldito error que cometí —habló extendiendo los brazos como queriendo abarcar la situación.

—¿Otro maldito error?, ¿cuál otro?

—Mira, es mejor que lo dejemos así, hasta aquí. Me voy —dijo agarrando el pomo de la puerta.

—A ver si entendí, ¿me dejas porque te compré un reloj y te invité a una cena por nuestros cuatro meses juntos? —pregunté completamente anonadado.

—No, te dejo porque no puedo ocultar más esto y tendría terribles consecuencias si me descubren —respondió completamente vencido, triste.

—¿Me estás diciendo que nadie sabe que eres gay? —pregunta obvia, pero no se me ocurrió otra en ese momento.

Se volvió, caminó unos pasos y se dejó caer en el sillón más cercano a la puerta. Comenzó a relatar, visiblemente cansado de la situación.

—Cuando cumplí veintidós años me fui a vivir solo. Tenía mi profesión que me encantaba y aunque era empleado en una buena firma, mi ideal era ser mi propio jefe algún día. Poner mi propio negocio. Vivía como siempre había querido: libre y sin ningún prejuicio. Al poco tiempo conocí a Horacio y me enamoré perdidamente de él. Comenzamos nuestra relación como la de cualquiera, o eso creía. Le creí cuando me dijo que me amaba, y cuando dijo que jamás nadie podría separarnos y hasta cuando dijo que pelearía contra molinos



de viento por mí. Su gran amor duró hasta que mi padre se enteró.

—¿Entonces tu familia sabe?

—No, mi familia no quiere saber, ellos quieren que viva la vida como dicen y debo hacerlo.

—¿Qué pasó con Horacio?

—Horacio..., él tomó un abultado cheque que le entregó mi padre, junto con todas las cosas que teníamos en el apartamento y desapareció.

—¡¿Qué?! —exclamé casi sin querer.

—Un día cuando volví de trabajar entré a una casa totalmente vacía, eso fue lo que duró su amor. Me encontré parado solo en medio de ese lugar cuando entró mi padre y me regresó a la casa familiar. Me sentía desgarrado por dentro y dejé que lo hiciera. No tenía fuerzas para luchar contra él.

—Pero eso pasó hace mucho tiempo, esta no es la misma situación que con Horacio. Tu padre no puede comprarme —dije casi con desesperación arrodillado entre sus piernas y con su rostro entre mis manos.

Negaba con la cabeza, mientras apretaba muy fuerte sus ojos. Traté de atraerlo hacia mí, pero él se deshizo de mí agarre y me tomó por las muñecas. Me apretó un poco para que le prestara toda mi atención y esperó a que lo mirara.

—A los pocos años intenté salirme nuevamente de la casa y mi padre terminó internado. Los médicos nos dijeron que era el corazón y que debíamos mantenerlo tranquilo, sin preocupaciones. Mi madre me llamó a solas en el hospital y me hizo responsable por su salud. Dijo que si a mí padre le pasaba algo era culpa mía y cargaría con ella en mi conciencia toda mi vida.

—Eso es chantaje —dije apenas en un susurro.

—¿Qué hubieras hecho tú si la vida de tu padre estuviera en tus manos? —preguntó mientras me miraba con lágrimas en los ojos.

—¿Tratar de explicar, tratar de razonar? —pregunté desesperado.

—No puedes razonar con personas apegadas a sus tradiciones, a su religión. Ellos no lo entienden, creen que no es natural, que es pecado. Creen que me están protegiendo del mal.

—Podría hablar con ellos —ofrecí en mi desesperación por no perderlo.

—No te atrevas. No se te ocurra acercarte a mí familia. ¡Esto se terminó, entiéndelo!

Se levantó de golpe salió por la puerta y me dejó solo. No podía creer que algo así pudiera pasarme a mí. Estaba destrozado, caminaba de un lado a otro desesperado buscando una solución. No podía ser posible que un amor como el nuestro terminara así, sin más. Llamé a mí amiga para que me aconsejara. Inés

vino a mí apartamento y estuvimos el resto de la noche deliberando y buscando una solución. Cuando amaneció estaba decidido a pesar de que ella me advirtió que no lo hiciera, que podría resultar peor, que era peligroso y miles de otras explicaciones.

No me importó. Tomé una ducha, un café y esperé hasta una hora prudencial para una visita y me fui.

Hacía un tiempo que había investigado todo acerca de mí amor y su entorno. Sabía que el padre era de familia adinerada y de costumbres arraigadas. De la época en la que el hombre de la casa mandaba y el resto de la familia obedecía, sin cuestionar nada. Aparqué mi auto justo en frente de la casa de la familia Bishop y bajé decidido a hablar con el padre de Esteban. Sabía que él no estaba en casa, a esa hora estaba en la tienda de regalos.

El padre había intentado incursionar en política, pero no le fue muy bien. Por lo demás todo lucía muy normal, investigando sus cuentas bancarias, se encontraron depósitos fuertes de dinero a distintas personas. Eso no me interesó, aunque mi investigador había hecho un excelente trabajo. Parte de la información la guardaría por si la necesitaba más adelante. Nunca se sabe cuándo un dato puede ser valioso.

Me encaminé hacia la puerta y toqué timbre. Me recibió una empleada que me hizo pasar a la biblioteca, para esperar al dueño de casa. Cuando entró el padre de Esteban quedé muy sorprendido, no se parecían en nada. El padre era de estatura media, moreno de piel y cabellos renegrado y ojos oscuros, mientras que el hijo era muy alto, rubio, de piel muy blanca y ojos verdes claros.

—No nos conocemos —dijo a modo de saludo, pero noté en su rostro que me reconocía, el padre de Esteban sabía muy bien quién era.

—Soy pareja de su hijo y lo sabe muy bien —le solté sin más, no iba a andar con vueltas y a mí no me podía manipular.

—¿Está loco? Mi hijo tiene novia y está por casarse.

—Sabe muy bien que eso es mentira. ¿O piensa obligarlo a casarse para que su apellido quede a resguardo?

—¡Es usted un impertinente! —Era evidente que gritaba para atraer gente donde nos encontrábamos.

—¿Por qué grita? Pensé que era una persona civilizada, con la cual se podía conversar.

—Usted no sabe lo que está haciendo y le va a costar caro —gritó más fuerte.

Continuó con sus gritos hasta que llegó gente que lo rodeó. Y sin ninguna vergüenza ni escrúpulos se tomó el lado izquierdo del pecho con una mano, fingiendo un ataque. Sí, fingiendo un ataque cardíaco «¿es que acaso era el único que se daba cuenta que estaba fingiendo? ¿O todos sabían y lo ayudaban a

hacerlo?» Observé la escena que estaba montando el dueño de casa hasta que alguien del servicio se acercó y me pidió amablemente que me marchara, mientras me tomaba del brazo y me conducía fuera del inmenso caserón. Salí y me apoyé en mi auto para terminar de observar la pintoresca comedia, en la que al parecer la madre y las dos hermanas de Esteban también actuaban.

No podía creer lo que veían mis ojos, por lo que llamé al investigador, le conté lo que había vivido y en la charla surgió la opción de verificar su historia clínica. Esa idea me gustó. Podía imaginar o creer que el hombre fingía, ¿pero era así? El investigador me dijo que buscaría esos datos de inmediato.

Me gustaba lo expeditivo del hombre, se decía que era el mejor de la ciudad; me lo había recomendado un amigo.

—Es el único que puede averiguarte lo que quieras.

No se equivocó Ángel Trelles, era el mejor en lo suyo, su oficina era algo extraña. Si querías contactarlo podías hacerlo en el club Orión, fue ahí donde lo conocí y nos hicimos amigos enseguida. Trelles, se convirtió en mi único amigo, en mi pequeño drama amoroso, en mi apoyo en estos momentos duros de mi vida.

Como me quedé hablando por teléfono, dentro de mi vehículo unos cuantos minutos con Ángel, noté que la familia salía. Algo me empujó a seguirlos, lo hice discretamente. Al parecer habían montado toda una escena, subieron al padre en el asiento de atrás, junto con las mujeres y el chofer salió a toda velocidad. Cuando llegaron al hospital, sonreí, podía decirle a Trelles por dónde empezar. Le hablé, le indiqué la dirección y me marché.

Salí de la oficina tarde, muy cansado y me dirigí a mi apartamento, sin muchas ganas, me sentía desolado y vacío sin Esteban. No podía entender que estaba pasando. Sufriendo por amor, si hasta parecía una película de muy mala calidad. «¿Existían cosas así, todavía en estos tiempos? ¿Los padres pueden manipular así a sus hijos?»

Estaba seguro de algo, nunca había pensado en ello, Esteban era un hombre inteligente, preparado y dudaba que se tragara semejante cuento. No entendía cómo podía creer en semejante chantaje emocional. Aunque sí recordaba con precisión el relato que le hizo, Esteban nunca estuvo presente en el supuesto ataque cardíaco. Esta vez tampoco.

Llegué a mi edificio y subí directamente a mi apartamento decidido a descansar. La noche anterior no había dormido y trabajé todo el día intentando ocupar mi mente y no pensar. Cuando llegué a mi piso, Esteban esperaba en mi puerta. Su cara totalmente desencajada, era muy claro que estaba furioso. Pasé

por delante la abrí, entré y la dejé abierta. Ingresó detrás de mí y cerró con un golpe tan fuerte que dudé si no la habría sacado del marco.

—¿Qué carajo estabas pensando cuando fuiste a mí casa? ¿Te dije que no te atrevieras a hacerlo?

—Quería conversar con tu padre y hacerlo entrar en razón —respondí, pero no me disculpé.

—Ahora su vida corre peligro por tu culpa.

—¿Peligro, me lo dices en serio? ¿Es que lo has visto con tus propios ojos? —A esas alturas ambos gritábamos descontrolados.

—Por supuesto que no, gracias a ti no me han permitido ver a mí padre.

—En realidad no te lo han permitido porque tu padre no tiene nada, no está enfermo, lo de esta mañana ha sido una muy mala actuación por parte de él y el resto de tu familia —ese fue mi segundo error.

—Creí conocerte, jamás esperé semejante atrocidad de tu parte. Decir que mi padre finge su enfermedad es lo más bajo que pudiste inventar. Me avergüenzo del amor que alguna vez sentí por ti. Me arrepiento de haberte conocido y espero no volver a verte nunca más en mi vida.

Salió dando otro portazo que hizo temblar todo el apartamento. Un frío recorrió todo mi cuerpo a pesar de que el clima era cálido. Acababa de perder a quien pensaba sería el compañero de mí vida, por hacer mal las cosas. No tenía por qué, abrir mi boca, tendría que haber esperado los informes de Ángel y presentarle pruebas; no debí decir nada y menos en ese momento con los sentimientos tan a flor de piel. Mi alma se destrozó y mis días se hundieron en un dolor permanente.

De eso habían pasado dos meses, en los cuales intenté comunicarme con Esteban y todas las veces fui rechazado por él. Se acercaba el día de San Valentín y me estaba muriendo por dentro. No sabía cómo sacarlo de su encierro, no me permitía acercarme y mucho menos hablarle.

Una tarde estábamos tomándonos un café con Inés cuando me dijo que tenía una idea para tratar de hacer reaccionar a “mi chico” como ella lo llamaba. Dudé en escucharla, conocía a mí amiga desde el jardín de infancia, y sabía muy bien acerca de sus ideas y de sus locuras. Pero no sabía qué más hacer y dejé que me contara su loca idea.

—¿Qué tanto sabe tu chico sobre mí? —me preguntó.

—Solo que eres una amiga de hace años, casi nunca cuento mucho sobre nosotros.

Siempre fuimos muy buenos amigos y nunca tuvimos nada de tipo sexual entre nosotros. Éramos más bien una tabla de salvación mutua que siempre necesitamos para poder salir adelante en nuestras vidas. Sentíamos un inmenso

amor el uno por el otro. Ese tipo de amor incondicional, que nos llevaba a internarnos uno junto al otro si uno de los dos estaba mal. Cuando uno de los dos estaba cayendo a un oscuro pozo, siempre estaba el otro para rescatarlo. Y en este momento era su turno de ayudarme. El resto de nuestras amistades jamás creyó que no tuviéramos rollo sexual. Ellos pensaban que cuando estábamos solos nos consolábamos en la cama.

—¡Allá ellos! —había dicho una vez Inés con una sonrisa—, pobrecitos no saben lo que es la verdadera amistad.

—Entonces démosle celos, finjamos que somos una pareja y que te has olvidado de él —dijo muy contenta con su idea.

—¿Celos? ¿Pareja? ¿Tú y yo? —lo pensé un segundo y estallé —¡Estás loca! —Se me escapó un grito y todos en el café se dieron vuelta para vernos.

—Piénsalo ¿Acaso no me has dicho que estás seguro de su amor por ti?

—Claro que lo estoy. Ni su amor ni el mío están en duda aquí.

—Entonces, piensa esto: si no puedes hablar con él para explicarle lo que averiguaste, si no puedes verle, ni llamarle, ¿cómo demonios vas a convencerlo de que vuelva contigo? ¿Tienes alguna otra idea?

—¿Según tú lo voy a convencer teniendo novia?

—No vas a tener novia tonto. Solo iremos hasta su tienda de regalos y fingiremos serlo mientras elegimos regalos para San Valentín.

—Darle celos...

—Exacto, no hay nada más celoso que un hombre enamorado. Ahora..., ninguno de tus amigos se prestaría ¿no es verdad?

—Es verdad y yo no podría hacerlo con ninguno de ellos. Pero contigo es diferente.

—A eso me refiero, podemos ir hasta allí, darnos unos besos, ver regalos, abrazarnos, mimarnos y esperar el resultado.

—¿Y si no pasa nada, si no le importa?

—Si sabe lo que le conviene reaccionará. No creo que sea tan estúpido como para perder a un hombre como tú.

Dos días más tarde caminábamos abrazados como cualquier pareja. Mucha gente haciendo lo mismo que nosotros; buscando regalos para San Valentín. Llegamos a la primera de las vidrieras de la tienda de regalos de Esteban y nos posicionamos para poder ver hacia adentro, teníamos que asegurarnos que estuviera. El local era enorme, ocupaba toda la esquina, tenía cuatro cristaleras a cada lado de la puerta principal y ocupaba tres pisos hacia arriba del edificio. Desde la última en que nos paramos no se veía nada, por lo que nos fuimos acercando mientras mirábamos la exposición de regalos para los enamorados.

Que dicho sea de paso era espectacular, pero en ese momento estaba concentrado en lo que planeamos con Inés.

Estábamos a medio camino de la puerta de entrada cuando vimos que hacía su ingreso al local Esteban. Confirmada su presencia, dimos inicio a nuestro plan. Entramos tan abrazados que apenas podíamos caminar. Mi corazón latía a mil por el simple hecho de ver a mí amor y saber que estaba cerca. Inés se dio cuenta y tomó mi rostro entre sus manos y acercó su nariz a la mía mirándome a los ojos.

—Tranquilízate, todo va a salir bien.

—Ahora no estoy tan seguro —dije intentando zafar su agarre para marcharme.

—Pues te aguantas —dijo y me estampó un tremendo beso en los labios que me sorprendió hasta a mí.

Me soltó la cara para tomarme por la cintura y salir a recorrer el lugar. Yo la abracé por los hombros y la apreté a mí cuerpo a la vez que le besaba la sien y miraba donde podría estar mi objetivo. Lo vi casi al fondo de ese piso. Estaba parado duro como una estatua mirándonos adentrarnos a Inés y a mí al lugar. Mi corazón se encogió de dolor al ver su cara de sorpresa y decepción. Pero estaba decidido a reconquistarlo y tendría que continuar con el plan hasta el final. Inés actuaba como una frívola que le gustaba todo lo que veía y me besaba la mejilla por cada cosa que le decía al oído. Nos paseamos por todo el lugar desde el primer al último piso y miramos cada cosa que había en exposición.

La verdad es que el lugar era exquisito con regalos muy costosos y otros de menor valor para todo tipo de público. A Esteban no lo volví a ver, pero estoy muy seguro de que él a mí sí. Cuando estábamos por irnos dejé que Inés se adelantara a la salida, mientras hablaba con una de las empleadas del lugar.

—¿Puedo pedirte un favor? —le pregunté con una de mis mejores sonrisas.

—Por supuesto, señor ¿en qué puedo ayudarlo?

—¿Podrías esconder esta caja en uno de los corazones de peluche que tienes allí y enviarlo a la dirección que te doy?

—Claro que sí —me respondió con una sonrisa cómplice mientras agarraba un pequeño almohadón con forma de corazón de terciopelo rojo, bordado en hilo blanco que decía “*Te Amo*”.

Tomó la caja que le entregué, anoté una dirección que le di al dorso de mi tarjeta con mi teléfono y dirección por cualquier cosa. Ella me extendió una tarjeta para que escribiera mi dedicatoria para el regalo. En la que deposité todas mis esperanzas.

Salí y abracé a Inés que me esperaba en la puerta. Mi garganta estaba cerrada, casi no podía hablar, un nudo de emociones y de anhelos la cerraban sin permitir la entrada del aire. Traté de inhalar todo lo que me fue posible para poder decirle a mí amiga que me sacara de ese lugar.

Mis días continuaron igual sin ninguna novedad. Trabajaba, pero como un autómatas, mi profesión no me satisfacía como antes. Todo era sin gracias y sin motivos, la tristeza me estaba matando. No sabía qué hacer.

—¿Señor de Filippo? —me sacó mi secretaria de mis pensamientos a través del intercomunicador.

—Dime, Mary.

—El señor Ángel Trelles desea saber si puede recibirlo.

—Por supuesto hazlo pasar.

Ángel se había convertido en un buen amigo que también acarreaba sus problemas de corazón. Parecía increíble que, de ser mi investigador privado, en muchas de mis cuestiones tanto personales como laborales, hubiera pasado a ser mi amigo más cercano. Nadie al verlo podría creer que tuviera problemas amorosos. Era un buen prospecto: alto, muy alto, rubio con un físico musculoso bien trabajado. Y los ojos celestes más transparente que haya visto en mi vida. Una pena que mi corazón estuviera perdido de amor por otro y no lo haya elegido a él.

—¡Ángel, cómo estás! —Estiré mi mano y puse la mejor cara que me salió.

—Creo que, viéndote a ti, podría decir que mejor que tú, aunque no estoy muy seguro.

—¿Sigues con problemas con tu niño bonito? —así llamaba al hombre que lo traía de cabeza.

—Podría decirse que mi situación no ha variado desde la última vez que nos vimos. Pero he venido por otra cosa.

—Dime.

—He descubierto dónde va el dinero que sale de la cuenta del padre de tu muchacho —dijo contento de su hallazgo.

—¿Es importante? Dime.

—¡Claro que lo es! Desembolsó durante bastante tiempo una fuerte suma de dinero para el médico que inventó su enfermedad y su historia clínica. Tengo las pruebas que el enfermo en cuestión goza de excelente salud.

—¿Has traído las pruebas? dámelas, sin ellas no creo que pueda hacer gran cosa.

—No las tengo, pero no te preocupes que están en buenas manos. Y mandé

todo el informe a tu mail. Ahí puedes leerlo y copiar cuando lo necesites.

—Estoy muy agradecido contigo, pero lamentablemente por no esperar tus pruebas ahora es demasiado tarde.

—¿Quién sabe, a lo mejor no? dale tiempo al tiempo —dijo guiñándome un ojo y con una amplia sonrisa.

Nos dimos un abrazo y se fue, no antes de mandarme a descansar. Dijo que me veía fatal con mis ojeras negras y mi tristeza. Me quedé viendo la puerta cerrada y cavilando sobre los últimos acontecimientos de mí vida. Tenía razón, debería irme a descansar y recuperarme, para luego replantear mis posibilidades con Esteban.

Eso hice, no salí en todo el día de mí apartamento y cuando comenzaba a dormir el segundo día, cerca del mediodía sonó el timbre de la puerta principal. No pensaba atender, era día de San Valentín y no quería ver a nadie. Pero el timbre era tan insistente que no pude hacer otra cosa que levantarme. Fui a atender tan enfadado que ni siquiera me vestí, pensaba volver a la cama en cuando echase al molesto visitante. Abrí la puerta en bóxer y ahí estaba parado con un paquete en la mano y una tabla para firmar recibos en la otra, Esteban.

—¿Qué haces aquí? —pregunté más brusco de lo que hubiese querido.

—La dirección que diste en la tienda de regalos para que entregáramos el regalo a tu novia está mal. Nadie vive allí.

Dejé la puerta abierta y me dirigí a la cocina por un café, mensaje claro para que me siguiera. Así lo hizo entró detrás mío y apoyó el regalo en la encimera que nos separaba.

—¿También cumples las funciones de repartidor? —pregunté mientras me servía el aromático café en mi taza.

—Solo por esta vez.

—¿Quieres? —pregunté señalando la cafetera.

Negó con la cabeza y se quedó mirándome. Sus ojos recorrían mi cuerpo, como intentando imprimir el recuerdo en su mente. Me tensé, esa mirada me excitaba y no quería demostrarlo, por lo que me acerque a la mesa que nos separaba para dejar “esa” mitad de mí cuerpo escondida.

—¿Cuál fue el problema?

—El problema es que la dirección que diste está mal —me respondió con cierto enfado.

—A ver... —miré la dirección sabiendo que estaba mal.

—Hoy es San Valentín y nunca le va a llegar el regalo a tu novia —dijo de mala gana.

—Sí, creo que tienes razón, la dirección está mal —le dije sin mucho entusiasmo y continué bebiendo de mí café.



—¿Y bien? —preguntó muy irritado.

—¿Y bien qué? —pregunté en plan de no entender su pregunta.

—¿Dónde debo enviar el regalo? Continúas muy dormido al parecer — espetó.

—Ah..., el regalo —continuaba haciéndome el tonto porque no sabía qué paso dar sin equivocarme.

—Mauro, estoy esperando...

—Sí, yo también —contesté mirándolo fijo a los ojos.

—Deja los juguetos y dame la dirección para enviar el maldito regalo — gritó muy enojado por mi divague.

—Verás, es que el maldito regalo, está con quien debe.

—¿Puedes dejar tus juguetos?, no te entiendo —me dijo con su voz temblorosa casi a punto de llorar.

—Creo que sí me entendiste. Abre el sobre que está junto al regalo y lee la puta tarjeta.

Me miró unos segundos sin ninguna expresión en la cara y se dispuso a leer la tarjeta. Cuando terminó levantó la vista, tenía los ojos con lágrimas. Y yo un nudo en la garganta, apenas pude pronunciar las palabras.

—Abre el regalo —lo apuré.

Rompió el papel, abrió la caja y sacó el almohadón con forma de corazón de terciopelo con las palabras “*Te Amo*” bordadas, por un lado. Volvió a levantar la vista hacia mí.

—Es para ti, siempre fue para ti. Corre la cremallera y mira dentro.

Hizo lo que le pedí y sacó el estuche negro que reconoció enseguida, aun así, lo abrió y se quedó contemplando el precioso reloj que había rechazado en nuestro fallido festejo de los cuatro meses juntos.

## **ESTEBAN**

La noche que conocí a Mauro Di Filippo en el pub de mí hermano, fue la mejor noche de mí vida. No podía creer lo lindo que era y la forma de mirarme me atraía más hacia él. No entendía las reacciones de mí cuerpo, hacía mucho tiempo que tenía olvidada esa parte de mí vida. Se me tenía prohibido, y el simple hecho de conocerlo trastornó mi vida. La conversación, los roces de brazos y piernas y su perfume hicieron que me planteara invitarlo al baño. Un

polvo sin complicaciones tendría a un hombre divino por unos momentos y luego seguiría con mi patética vida. Luego me arrepentí, no podía jugar así con nadie y menos con él. Me gustaba mucho, debía tener cuidado o podría terminar mal. Lo seguí al baño y en ese momento perdí la conciencia y me manejó la lujuria.

No me arrepiento.

Pero lo dejé la noche en que cumplíamos cuatro meses de amarnos apasionadamente, de entregarnos el uno al otro sin reservas y con mucho, mucho amor. Pero estaba convencido que era la última vez que lo vería, terminé con esa relación antes de que fuera demasiado tarde.

Al otro día me fui a trabajar más temprano que lo normal, no había podido pegar un ojo en toda la noche. Estaba dolido, molesto por la situación y de muy mal humor, me encerré en mi oficina, y no salí hasta muy tarde. Mi madre me llamó y me acusó de un nuevo ataque de mí padre. Me dijo que un hombre había ido por la mañana a discutir con él por mi causa y habían tenido que hospitalizarlo.

Cuando creí que estaba preparado para enfrentarme a Mauro, me dirigí a su apartamento, como aún no había llegado decidí esperarlo. Por un lado, estaba enojado porque no me hizo caso y fue a ver a mi familia, pero por el otro me sentí querido. Era la primera vez que alguien hacía algo así por mí. Al recriminarle su actitud y decirle que mi padre estaba mal por su culpa, me echó en cara que mi padre fingía. Me cayó muy mal, «¿cómo era posible que el hombre que amaba pensara semejante atrocidad?» Un padre ama a su hijo, jamás le haría semejante canallada. Sabía que él era duro, estricto, “*por el bien de la familia*”, me lo repetía desde muy pequeño. Pero de ahí que fuera un mentiroso, un taimado era mucho para mí, para que lo comprendiera. Me enojo explotó, le dije cosas que me dolieron más a mí que a él. Cosas que por supuesto no sentía. Me fui dando un portazo y dejándolo solo y estaba muy seguro de que con el corazón roto. Mejor, así se olvidaría pronto de mí y seguiría con su vida.

Habían pasado unos meses de todo aquello, interminables días en los que no lograba olvidar a Mauro, no conseguía quitarlo de mi cabeza, mucho menos de mi corazón. El tiempo que pasamos juntos fue el mejor de mi vida, el más feliz. Mi madre solo me reprocha, mis hermanas casi ni me hablan. El único con el que mantenía contacto era mi hermano y él había sido, literalmente, expulsado de la familia por no acatar las órdenes, por no seguir las reglas. Como a él, que era el mayor le seguía yo, toda la responsabilidad de la familia al enfermar mi padre había caído sobre mis hombros.

Mi hermano intentó convencerme en varias ocasiones que me fuera, que

abandonara esa vida que me estaba matando. Él sabía de mí relación con Mauro y la aprobaba, estaba feliz por mí. Se enojó muchísimo cuando le conté que lo había abandonado y que pensaba que era el culpable del nuevo ataque de nuestro padre. Decía que si tenía alguna enfermedad era responsabilidad de los médicos el ocuparse, no de su hijo. Lo mismo la empresa, tenían mucho dinero para pagar y gente que lo llevara adelante. Con mi obediencia les hacía la vida fácil, trabajando para él y viviendo la vida que me habían impuesto.

Me acusó de cobarde y tenía razón. Era un cobarde, pero jamás podría con la carga de ser el culpable de su muerte.

Me dirigí hacia mi trabajo como todos los días. La rutina y el hastío estaban acabando con mi vida. Caminé unos pasos hasta la tienda de regalos mientras repasaba la conversación con mi hermano. Llegué a la puerta del local y un hombre me cortó el paso parándose delante de mí. Me impresionó su altura, su cabello rubio y sus ojos casi transparentes.

—¿El señor Esteban Bishop? —me preguntó.

—Soy yo.

—Encantado de conocerle —extendió su mano para que la tomara a modo de saludo.

—¿Usted es? —pregunté mientras respondí acercando mi mano a la suya.

—Ángel Trelles, y me gustaría hablar con usted en privado si es posible. Tengo algunos informes que creo debería ver.

—¿De qué se trata? —no tenía idea de lo que hablaba.

—Sería mejor que fuera en privado, es demasiado personal para tratarlo en la calle señor Bishop.

—Muy bien..., sígame.

Entramos al negocio y mientras me dirigía a las oficinas ubicadas al fondo, observé a las empleadas. Todas miraban embobadas al tremendo hombre que caminaba detrás de mí, algunas hasta babeaban. En mi despacho le ofrecí sentarse frente a mí del otro lado del escritorio, hice lo mismo en mi lugar habitual, dispuesto a escuchar.

—Usted dirá, señor Trelles.

—Antes de comenzar a hablar me gustaría pedirle que no me interrumpa hasta que termine con lo que he venido a decir.

—Muy bien, lo escucho.

—Soy investigador privado y hace un tiempo que trabajo para una persona que tenemos en común. El señor Di Filippo, me pidió que investigara a su familia, señor Bishop.

—¿Qué? —pregunté sin querer. Él levantó una mano para silenciarme y prosiguió.

—Como le decía mi cliente estaba preocupado por lo que no sabía de usted, por lo que ocultaba. Había tejido demasiadas conjeturas y ninguna le gustaba, por lo que decidió averiguar lo que en realidad sucedía en su familia. Rompió con él y después se desencadenó toda una serie de malentendidos entre ustedes.

—No hay malos entendido, señor Trelles. No puedo creer que Mauro se haya atrevido a investigarnos. En realidad, nunca conocí como era el señor Di Filippo.

—Si me permite señor Bishop, creo que en realidad a quien usted no conoce es a su familia. Permítame continuar explicándole acerca de mi investigación. Descubrí algunas cosas el día que Mauro me llamó para decirme dónde habían internado a su padre, tras la discusión con él. Interrogando aquí y allá supe que su padre no está enfermo, y que le paga una gran suma de dinero a uno de los médicos inescrupulosos del hospital. El dinero es para pagar una historia clínica falsa robada de un paciente enfermo del corazón, al médico y un par de enfermeras cómplices.

—No puedo creer lo que me está diciendo —volvió a levantar la mano para silenciarme.

—Antes de eso había descubierto que enviaba una suma de dinero para mantener alejado de usted a un tal... mmm, Horacio Scott. Aunque el tal Horacio, ni recordaba por qué recibía esa suma de dinero, solo le gusta recibirlo y gastarlo a manos llenas.

—¿Todo eso por el simple hecho de que no ensucie su nombre? No lo creo —dije y me repetí a mí mismo.

—Por eso, porque no pudo controlar a su hijo mayor y descargó su frustración en usted. Porque le era cómodo que usted ganara el dinero que él perdía en las mesas de juego. Porque él no quiere trabajar, solo derrochar el dinero en barajas y prostitutas.

—Perdóneme señor Trelles, pero me parece que usted se equivocó de persona. Mi padre es un hombre intachable, con altos valores morales que intentó inculcarnos a mí y a mí hermano. Con raíces religiosas arraigadas. No puede venir a decirme ahora que todo lo que pensábamos de mí padre era una fachada y que en realidad es un ser de lo más despreciable.

—Entiendo que le sea difícil asimilar de una vez todo lo que le estoy contando, pero le aseguro que no me he equivocado. Aquí en esta carpeta está absolutamente todo con el más mínimo detalle, con los contactos necesarios para que usted pueda comprobar lo que le estoy diciendo.

—Es que es sencillamente increíble.

—Lo sé y lo entiendo. Hice mi trabajo y puede preguntar sobre mí a quien usted guste y le dirá que soy totalmente confiable. También tengo códigos y es por eso por lo que en vez de entregarle las pruebas a quien me contrató, decidí

traérselas a usted que es el principal afectado en esta situación. Mañana hablaré con Mauro y le presentaré mi informe. Pero primero era mi deber informarlo, señor.

—Gracias —es lo único que pude decir, no podía salir de estupor que me había provocado lo que acababa de escuchar y el informe que tenía en mis manos.

Trelles estaba abriendo la puerta para irse, cuando se volvió. Esperó a que levantara la vista de los papeles y lo mirara.

—Yo que tú, haría algo para no perder a ese fabuloso hombre que te ama profundamente.

—Es tarde, lo perdí, tiene novia —dije amargamente.

—Creo que después del informe que te acabo de mostrar, deberías saber de qué todo lo que vez con tus ojos no siempre es real —dijo con una cálida sonrisa.

Se marchó y me quedé sin saber qué hacer con todo lo que tenía en mis manos y en mi cabeza. Mi celular comenzó a sonar, era mi madre, seguro quería saber dónde estaba y qué hacía. Todos los días eran iguales. Ella me controlaba en el celular y mi padre en el teléfono del escritorio, que también había empezado a sonar presumiblemente porque no contesté a mí madre. Hasta ahora no me había dado cuenta de esa realidad, se creían con el derecho a manejar mi vida a su antojo, pero lo que más bronca me dio era saber que lo había permitido.

Apagué los teléfonos, me senté. Miré la carpeta que ocupaba el centro de la mesa, no sé por cuánto tiempo. Cuando los dedos me dolían la abrí y comencé a leer. Una a una las hojas me mostraban una realidad que jamás había pensado y ni siquiera imaginado. Cuando terminé la cerré. La tiré sobre el escritorio y me recosté sobre la silla gerencial. Metiendo la cabeza entre mis brazos. Las palabras dentro de la carpeta aparecían ante mis ojos como marcadas a fuego.

No sé cuánto tiempo después, tomé la carpeta con el informe sobre mi familia en una mano, las llaves de mí auto en la otra. Miré a mí alrededor como buscando algún otro objeto de mí propiedad, pero no había nada. Nada era mío, todo eso que estaba en esa oficina y afuera en el negocio, no me pertenecía. Miré todo por última vez, jamás volvería a ese lugar, salí y cerré la puerta detrás de mí.

También cerré ese capítulo de mí vida.

Mientras conducía mi auto hasta la casa de mí hermano, lo había llamado por teléfono para decirle que iba hacia allá, debía mostrarle algo muy importante. Cuando llegué me esperaba en la puerta ansioso, temía que me hubiese pasado

algo malo. Mi hermano era la otra persona que también se preocupaba por mí al igual que Mauro. Le mostré las pruebas que me había dado Trelles y las leyó detenidamente. Luego comenzó a hacer llamadas y preguntas a sus conocidos y contactos de la noche. Como era dueño de un pub conocía mucha gente que le debía algún que otro favor. Siempre todo legal, mi hermano nunca fue mala persona. De eso estaba seguro.

Cuando terminó de hacer llamados, volvió a zambullirse en la carpeta que tenía en las manos. Al cabo de mucho tiempo me dijo:

—Lo siento hermano, todo es verdad. Nuestro padre no es la persona que nos ha hecho creer. Quiero que esta vez me hagas caso y te alejes para siempre de ellos. Esa familia, nuestra familia está enferma y no quiero que tú te vuelvas como ellos.

—¿Pero nuestra madre y hermanas? No deberíamos dejarlas con él —dije sin tener en cuenta el comentario de Ángel acerca de que Mauro pensaba que toda la familia actuaba.

—Me temo hermanito que ellas son iguales. Nuestra madre controla tu trabajo y te acosa para que no salgas del maldito negocio, porque gasta el dinero que tú le haces ganar a manos llenas. Nuestras hermanas jamás se preocuparon por saber de nosotros, si estamos bien o no ¿Recuerdas alguna conversación que hayas tenido con alguna?

—No, pero eso no quiere decir que sean malas. Y el pecado de nuestra madre es solo gastar dinero.

—El pecado de nuestra madre es gastar el dinero que tú haces para ella con sus amantes.

—¿Qué... estás loco, de dónde sacas eso?

—Dime hermanito... ¿por qué crees que me echaron de la casa y nunca más me dejaron volver?

—Porque no estaban de acuerdo con tu vida, el pub, la noche.

—A ver..., mi vida. Trabajo honradamente, tengo mi casa, mis autos. Mi nombre es conocido y respetado. Tengo una novia desde hace años a la que amo y que pronto haré mi esposa. Dime ¿qué puede reprocharme mi familia? Fue nuestra madre quien me hizo salir de la casa para que no la descubriera ante el resto de la familia.

—¡Dios! No lo puedo creer. No conozco a la gente con la que viví todos estos años.

—No creas que nuestro padre no sabe de las infidelidades de nuestra madre. Lo sabe, pero se calla para tapar sus propias mugres.

—¿Por qué nunca me dijiste nada? —pregunté sintiéndome un estúpido.

—No podía decirte nada mientras vivieras allí. Esa era la razón por la que

comencé a insistir en que vivieras tu vida, justo después de que me enteré de algunas cosas. Nada como lo que sabemos ahora con este informe, pero igual no te quería allí.

—Todo esto es una locura. Siento como si me hubieran contado la historia de otras personas, no de mí familia. ¿Cómo es posible que haya sido tan estúpido?

—No eres estúpido. Eres una persona de buen corazón, amable, con sentimientos genuinos. Que creyó en su familia, en su protección ¿quién no lo haría? Pero se acabó, no volverás a su casa, ni a su negocio. Vivirás conmigo.

—Volveré porque tengo que decirles unas cuantas cosas a la cara y verlos mientras se las digo. Contigo estaré solo hasta que pueda poner mis ideas en claro y resolver mi vida de aquí en más. No quiero molestarte y necesito volar con mis propias alas.

—No me molestas, te quiero y quiero que estés aquí en mi casa el tiempo que necesites. Pero estoy seguro de que no será por mucho. Tienes valor, fuerza y un inmenso amor por tu profesión que te hará despegar casi sin que te des cuenta. Este es tu momento, pero no te olvides de ese hombre que ayudó a que abrieras los ojos, solo por amor. Por amor a ti, no puedes perderlo, búscalo.

—¡Gracias! Estoy agradecido a la vida por tenerte —confesé mientras lo estrechaba con fuerza contra mi pecho—. Pero no creo que sea prudente buscar a Mauro, no después de todas las barbaridades que le dije, y creo que se olvidó de mí.

—Hermanito, no hay peor lucha que la que no se hace. Prométeme que harás el intento, aunque fracases... ¡Promételo! —insistió, y asentí sin saber cómo cumpliría esa promesa.

Volvía de la casa de mis padres, mientras conducía mi auto, que era el único bien material que tenía, recordé la discusión. Cuando puse un pie dentro de la casa, la primera en atacarme fue mi madre.

—¿Dónde has estado, porqué abandonaste el local? Como nadie te encontraba tuve que ir a cerrar. ¿Otra vez con tus andanzas de mariquita? ¿Es que quieres matar a tu padre?

—Mi padre se va a morir cuando le llegue su tiempo, y en verdad espero no enterarme. En cuanto a ti, creo que a partir de ahora tanto tú como tus hijas van a tener que trabajar en el negocio si quieren seguir con este ritmo de vida.

—¿Qué estás diciendo? —gritó mi padre que llegaba por detrás de mí madre, agarrándose con una mano el costado izquierdo.

—Que me marchó de aquí y nunca más quiero saber de ustedes. Y no te molestes en fingir que te infartas. Mejor guarda el dinero con el que sobornas al

médico para tus deudas de juego y tus putas.

—Pero ¿qué estás diciendo te has vuelto loco? —gritó mi madre.

—Para nada, nunca estuve más cuerdo y más abierto a la verdadera cara de cada uno de ustedes. Mi consejo madre, es que dejes de pagarles los caprichos a tus amantes si no quieres quedarte sin dinero.

—Esto es inconcebible, te denunciaré, estás acabado, mal nacido, mariquita... —Una lluvia de insultos inacabables llegaron desde la casa, hasta mi auto.

El sonido de mí celular me sacó de mis pensamientos, lo tomé para contestar, pero dudé al ver en la pantalla de quien se trataba. No lo haría. Pero algo dentro de mí me impulsó a responder. Cuando colgué me sentía feliz, con renovadas esperanzas. Una de las empleadas del local, sin saber que no trabajaba más allí me pidió que pasase por las oficinas del repartidor. Un regalo tenía mal la dirección del destinatario y para mi suerte era el regalo del señor Di Filippo.

Sin querer había llegado a mis manos la oportunidad de disculparme con Mauro, y no pensaba desaprovecharla. Mi corazón estaba a punto de escaparse de mí pecho. El golpeteo de las aceleradas pulsaciones casi era doloroso. Se me hizo eterno el trámite para retirar el paquete, pero lo tenía en mis manos. Junto al paquete la oportunidad de ver al hombre que más amaba en la vida. Aunque lo había perdido, llevaba en mi poder un regalo que representaba el amor que le tenía a su novia, pero necesitaba disculparme. Los insultos que le dije ese día todavía lastimaban mi alma. Necesitaba su perdón.

Volví a mí auto para manejar hasta el lujoso edificio dónde vivía. Era casi mediodía, el tráfico estaba pesado a esa hora, apenas podía avanzar. Me costó el doble del tiempo normal, en llegar hasta el lugar y otros buenos minutos en encontrar aparcamiento.

Dejé mi auto a dos cuadras, por lo que tuve que caminar, cuando estaba en las puertas de edificio me di cuenta de que justo enfrente estaba el auto de Mauro. Mi suerte continuaba y el autor de mis desvelos estaba en casa. Aunque iba muy dispuesto a esperarlo todo el día si fuera necesario. Tomé el ascensor hasta el cuarto piso y sin titubear me dirigí a su puerta. El cuerpo me temblaba y estaba seguro de que a la hora de hablar tartamudearía. Pero aun así me obligué a seguir tocando el timbre. Comencé a dudar que estuviera en casa cuando de golpe se abrió la puerta y me recibió un muy enojado arquitecto, en ropa interior.

—¿Qué haces aquí?

—La direcci...

Me dejó hablando solo y se dirigió a la cocina sin escuchar una sola palabra.



Por supuesto que entré, cerré la puerta y lo seguí. Cuando llegué estaba de espalda sirviéndose un café. Ver su cuerpo semi desnudo me dejó duro de inmediato, por lo que me acerqué a la barra del desayunador que separaba el espacio y a nosotros. Me quedé ahí parado esperando a que se diera vuelta, mientras disfrutaba de su agradable cuerpo. Al volverse a mí, me ofreció una taza de café que decliné. Al parecer estaba muy dormido, o no quería entender lo que le decía. Después de intercambiar varios comentarios en tono fuerte, me gritó que abriera y leyera la puta tarjeta.

*Te entregué mi corazón y sigue siendo tuyo.*

Cuando saqué el obsequio que contenía la caja las lágrimas corrían por mis mejillas, sin poder contenerlas. Las sequé con el dorso de mi mano, no quería ser débil, pero lo próximo me derrumbó totalmente. Dentro del corazón de terciopelo estaba la cajita que contenía el hermoso reloj que me había comprado Mauro y que yo estúpidamente había rechazado.

—Era para mí..., siempre fue para mí...

—Siempre, amor.

—¿Pero la chica con la que te besaste en la tienda de regalos, quien era?

—Esa es mi amiga Inés, estaba conmigo el día que nos conocimos en el pub y bueno..., se tomó muy en serio su papel de novia.

—¿Tu amiga permitió que la usaras así?

—En realidad no lo permitió, fue idea de ella.

—A mí me pareció un beso de amor verdadero.

—Claro que sí, nuestro amor es verdadero y nos besamos así desde el kínder. Verdadero amor de hermanos, de amigos incondicionales. Ven aquí..., ¿es que todavía tengo que demostrarte cuánto te amo? —dijo mientras me tomaba para acercarme a él.

—Espera, quiero disculparte..., vine a disculparte por todas las barbaridades que te dije.

—¿Viniste a disculparte? Puedes empezar entonces —dijo mientras me apretaba contra su cuerpo y me besaba.

Y bueno, me disculpé en la cocina, en el comedor y más tarde en la amplia bañera de su cuarto de baño, sobre los sillones del living y hasta en el balcón, terminando en la amplia cama de su dormitorio. Tras muchas horas de amarnos, mimarnos y de decirnos palabras hermosas estábamos al límite de nuestras fuerzas, pero antes de dormirnos quedaba una última cosa por resolver.

—¿Dónde vivirás a partir de ahora, y que tienes pensado para tu vida laboral?

—Pienso alquilarme un cuarto y viviré de mí profesión por supuesto, primero como empleado hasta que ahorre para poner el mío propio.

—Ni pensarlo, vivirás aquí. ¿Puedes decirme por favor cuál es tu bendita profesión?

—¿No te lo ha dicho tu investigador?

—Aún no leí el informe.

—Soy Chef, egresado de los mejores colegios franceses.

—Mmm un chef franchute. Bien, tengo el restorán perfecto para ti ¿Cómo sabes de mí investigador?

—Me fue a buscar a mí oficina y me entregó un informe detallado. ¿En serio, conoces al dueño de algún restorán importante?

—Sí, este será el restorán más importante de la ciudad, y mi novio será el dueño.

—¿Será..., novio? Ah no, por supuesto que no.

—¿No qué, no quieres ser mi novio?

—No, sí; no, no quiero que me pongas un restorán, sí quiero ser tu novio.

—Ah, menos mal que quieres ser mi novio —dijo riéndose de mí mientras me besó en los labios—, y con respecto al restorán solo será un préstamo. Trabajarás y me lo devolverás.

—No puedo aceptar tu dinero. No me sentiría cómodo, sería como abusar de nuestra relación.

—¿Te sentirías cómodo si te ofrezco una sociedad para empezar y cuando hayas ganado suficiente, compras mi parte y serás dueño absoluto? Por otra parte, estaría feliz de que abuses de mí —dijo en plan juguetón mordiéndome el labio inferior.

—Me parece bien, acepto, y solo abusaré de ti, si tú haces lo mismo conmigo.

—¡Hecho! Somos socios y abusadores recíprocos y vivirás conmigo.

—¡Aún no discutimos eso!

—Y no lo haremos —me dijo, mientras atrapaba mi cuerpo debajo del suyo y cerró mi boca con un apasionado beso, que me hizo olvidar lo que quería discutir.

**Fin.**



# Amor de una noche

(Romance erótico)

*Crees que al fin has encontrado el amor en tu vida y pronto descubres que para él solo fuiste el amor de una noche.*

*¿Qué otra cosa debes hacer, más que alejarla, cuando no quieres atar a nadie a tu cruel destino?*

*Los milagros de Navidad no existen... ¿o sí?*

**M**i nombre es Génesis Ryan me mudé a Nueva York apenas cumplí la mayoría de edad, de eso hace más de cinco años. Les quería contar mi historia, quizás ustedes pensarán que es una novela de amor rosa co-mún. La realidad es que es mi vida y en este momento les puedo decir que no la cambiaría por la de nadie.

Aunque amo a mí familia entrañablemente, hace dos años atrás me fue imposible viajar en Navidad para estar con ellos. Conclusión: pensé cenar en cualquier restorán de moda en nochebuena y volver a mí apartamento para continuar con mi trabajo. No acepté la invitación de ninguna de mis amigas, todas estaban junto a sus respectivas familias y el estar sola me deprimía, no le quería aguar la fiesta a nadie.

Me convencí de que era una noche más, igual a tantas otras que ha-bía pasado sola. Cenaría rodeada de un montón de desconocidos, compartiría un escueto brindis y a otra cosa mariposa, como era mi lema últimamente. El día de nochebuena lo empecé muy temprano por exigencias de mí trabajo, y de muy mal humor, a medida que las horas iban avanzando, me fui tranquilizando. En la empresa todo era alegría y felicidad, bajé al subsuelo a compartir el brindis con los demás em-pleados y al poco tiempo volví a mí oficina. Casi al caer la tarde mi jefe me avisó que se retiraba, su familia lo esperaba. Me insistió para que también me fuera a casa, eso hice. Cuando llegué a mí apartamento me di un baño rápido, luego tomé un taxi para el restorán, era un local de moda y muy concurrido, para conseguir reservación tuve que hacerlo con dos meses de anticipación.

Con mi vestido rojo ceñido al cuerpo, un gran escote en la espalda y una falda ajustada en las piernas que se abría en una amplia campana de las rodillas para abajo, me aventuré a mí solitaria noche. Cuando llegué a la puerta había mucha

gente esperando por una mesa, el gerente trataba de explicarles que no había lugar, las reservas se habían hecho con mucha antelación. Dato que por supuesto la mayoría de las personas tomaba a mal. Cuando llegué ante el encargado, di mi nombre e inmediatamente me llevaron hasta mi mesa. Con el aperitivo en mano y mientras esperaba mi comida, recorrí con la mirada el lugar, era realmente muy bonito, para nada impersonal. Lo habían adornado con guirnaldas de colores y del techo colgaba cada tanto un gran moño rojo y dorado con una rama de muérdago. A mitad del salón junto a uno de los amplios ventanales habían armado un inmenso árbol con una muy bonita decoración.

No esta tan mal, la gente a mí alrededor se reía y cuando hacían contacto visual conmigo me saludaban con amabilidad.

A los pocos minutos un mozo acompañó a un cliente a la mesa que estaba a mi lado, quedamos frente a frente, pero en mesas separadas. El hombre no parecía estar de muy buen humor, no dejaba de escribir en su celular con el ceño fruncido. Cuando nos trajeron a ambos la cena, por fin levantó su cabeza del dichoso aparato. Me quedé helada, estaba más para comérselo que el plato que acababa de dejarme el mozo. Él me dirigió una mirada, pero su rostro no mostró ningún signo. En ese momento se nos acercó el gerente con cara de desesperación pidiéndonos disculpa, nos propuso si no lo tomábamos a mal, compartir la mesa y por las molestias los gastos corrían a cuenta de la casa.

El hombre sentado frente a mí me miró con una sonrisa, como diciendo que la decisión estaba en mis manos. Miré al gerente con un ligero golpe de cabeza en aceptación, visiblemente aliviado llamó a un mozo para que cambiara todo a mi mesa. Cuando estuvimos ubicados y solos la persona frente a mí había operado un cambio radical, se lo veía alegre y sonriente. Extendió su mano para saludarme y presentarse.

—Hola, mi nombre es Alejandro Green, Alejo. Espero que mi presencia no te incomode demasiado —dijo divertido.

—Génesis, si me incomodara no hubiera aceptado —aseguré con una sonrisa.

—Dime Génesis ¿cómo es posible que semejante belleza de mujer cene sola en nochebuena? —preguntó.

—Podría preguntarte lo mismo ¿Por qué un hombre tan atractivo cena solo? Pero me imagino tu respuesta —dije con una gran sonrisa.

—¿Ah, sí... y porque no me cuentas? —preguntó interrogante.

—Creo que tu mayor compañía es tu teléfono móvil —respondí divertida.

Él, que volvía a estar con su celular en la mano, sonrió con una especie de disculpa, escribió algo rápido y me mostró como apagaba el aparato y lo guardaba en el bolsillo interior de su saco.

—Listo, ahora mi mayor, mejor y única compañía eres tú —dijo mirándome a los ojos.

Me puse tensa, pero parece que él se dio cuenta, inmediatamente volvió a cambiar su rostro. Cenamos y conversamos, descubrí que lejos de ser malhumorado y serio, era muy divertido. Le gustaba contar chistes y hacer muchas bromas, me contó algunas cosas de su vida. Como que cenaba solo en Navidad porque se había separado recientemente de su novia. No tenía más familia que un hermano que residía en Alemania en ese momento por trabajo.

Cuando la cena finalizó y nos disponíamos a esperar la medianoche, algunos mozos despejaron una parte del salón para improvisar una pista de baile, que fue muy bien recibida por los comensales allí reunidos. Alejo me invitó a bailar y acepté de muy buena gana. Era un hombre realmente fascinante, muy alto, en ese momento es cuando doy gracias por haberme puesto zapatos de tacón. Tenía unos hermosos ojos grises que no dejaban de mirarme con atención. Y por cierto era un excelente bailarín, bailamos toda la noche hasta que sonaron las campanas de las doce y todos comenzaron a saludarse y festejar con alegría. La Navidad había llegado y con ella una emoción que no alcancé a entender. Alejo luego de aceptar el saludo de varias personas y unas cuantas chicas que lo habían estado mirando embobadas toda la noche, me hizo una seña para que lo siguiera. Tomó dos copas de champán, me asió del codo y me condujo hasta uno de los amplios ventanales del lugar a un costado alejado.

Allí chocó su copa con la mía y deseó que esta Navidad no fuera la última que nos encontrara juntos. Miró para arriba de forma pícaro y cuando entendí que nos encontrábamos debajo de un muérdago, era tarde. Estaba entre sus brazos y me besaba con pasión, acariciando mi espalda y acoplándose a mí como si fuera algo que habíamos hecho siempre. No podía negar que el beso me había encendido y él se dio cuenta, porque estaba igual, poco a poco fue bajando la intensidad, nos quedamos abrazados, mientras nuestras respiraciones se aquietaban. Apoyó su frente en la mía y de mala gana se retiró hacia atrás.

—Pronto —fue lo único que me dijo.

En ese momento la música pareció más tranquila y muchas parejas retomaron el baile, esta vez lento. Alejo me tomó de la mano y volvimos a la pista.

No necesito decirles que fue una de las noches más felices de mi vida. Estaba

embriagada entre sus brazos, no porque hubiera tomado alcohol, no; era por su cuerpo, su perfume, su piel. La cadencia de su respiración en mi oído y las palabras cariñosas que me decía junto a una caricia como al descuido en mi espalda, me tenían en una nube de emociones de la cual no quería bajar.

Cerca de las dos de la mañana se agachó para estar a la altura de mis ojos.

—Quiero irme a casa, pero quiero hacerlo contigo —dijo mirán-dome con expectación.

Me quedé pensativa por unos minutos, no podía estar a su merced, por más que se había mostrado dulce y cariñoso, no lo conocía. Por otra parte, sabía bien que jamás haría algo así, acostarme con un completo desconocido no era mi estilo. Aunque hasta ese momento mi forma de ser no había arrojado ningún buen resultado, a lo mejor era tiempo de empezar a cambiar. Si me la iba a jugar mejor que fuera en mi terreno y no en uno desconocido.

—También quiero irme a casa, pero no a la tuya —dije en un tono sugerente.

—¿Que propones? —quiso saber Alejo.

—Vayamos a la mía.

Él sonrió pensativo y luego dijo:

—Temes por lo que pueda hacerte en mi casa... ¿debo temer por lo que tú puedas hacerme en la tuya? —preguntó divertido.

—Solo puedo decirte que deberás confiar en mí.

—¿En qué has venido? Mi auto está en el estacionamiento —dijo tomando mi mano y abriendo paso entre la gente hasta la salida.

—Vine en taxi.

—Perfecto, vayamos por nuestros abrigos —dijo y mientras entre-gaba a un empleado el ticket del suyo cuando llegamos a la puerta de salida.

Caminamos de la mano hasta su auto bajo una intensa nevada que había comenzado a caer hacía una hora, sé que es ilógico que piense así, pero para mí era muy romántico. Me abrió la puerta y antes de de-jarme sentar me dio un beso que me robó el aliento. Cuando se aco-modó del lado del conductor, me tomó la mano y besó mis dedos. Era muy romántico y me tenía obnubilada. Llegamos a mí edificio, le indiqué para dejar el auto en la cochera y fuimos hasta el ascensor. Me apoyó al fondo de este y puso un brazo en la pared sobre mi cabeza, me levantó el mentón para que lo mirara.

—Es posible que no creas lo que voy a decirte, pero tampoco estoy

acostumbrado a irme con desconocidas, también es mi primera vez.

—¿Qué te hace pensar que es mi primera vez? —preguntó ella.

—Lo veo en tus ojos.

Después me besó y cuando la situación comenzaba a ponerse caliente, tuvimos que separarnos porque el ascensor se detuvo y se llenó de gente. Me atrajo hacia su cuerpo, me puso delante de él, me abrazó por la cintura y apoyó su cabeza en mi hombro, me mantuvo así hasta que llegamos a mí piso. Una vez que cerré la puerta de mí apartamento, se sacó el abrigo y me ayudó con el mío, se quitó el saco del traje y lo dejó junto al abrigo en el sillón cerca de la entrada. Lo tomé de las manos y lo conduje directamente a mí dormitorio.

Admito que estaba nerviosa, pero había dado el primer paso, solo quedaba continuar y que fuera lo que la vida quisiera. Alejo me miraba como si fuera la última mujer sobre la tierra, me giró de espaldas a él y me bajó el cierre del vestido. Volvió a ponerme de frente y me lo fue bajando poco a poco haciendo el recorrido también con sus manos, se agachó frente a mí y me quitó los zapatos. Me quitó las medias y retro-cedió un poco para mirarme con detenimiento. En sus ojos se reflejaba el deseo. Mientras me miraba, fue desabrochándose la camisa, a mitad de camino se cansó y se la quitó por la cabeza, luego siguieron sus zapatos, mientras se desabrochaba el cinto y los pantalones, sin dejar de mirarme se los bajó y quedó únicamente en bóxer, antes de levantarse sacó su billetera y de ella un preservativo. Tenía un cuerpo para admirar, bien formado, musculoso, espalda ancha, un cuerpo realmente trabajado. Corrió los cobertores de la cama y me tomó de la mano para ayudarme a acostar. Se tiró a mí lado, apoyó su cabeza en la mano para mirarme. Me besó, primero con ternura, con delicadeza, mientras hacía un reconocimiento de mí cuerpo con sus manos. Esas manos que me volvieron loca, que me incendiaron y excitaron sin compasión. Recorrió mi cuerpo con sus labios, lengua y dientes y mi estado era tal que ni siquiera era capaz de llevar aire a mis pulmones. Al fin, cuando estuvo satisfecho me quitó las bragas y su incendiaria mirada amenazó con prenderme fuego por entera.

Con sus dedos se abrió paso dentro de mí cuerpo y con su lengua penetró mi boca y ambos movimientos acompasados me destruyeron, me rompieron en mil pedazos en un explosivo clímax que lejos de dejarme laxa me instó a necesitar más, mucho más. Se colocó la protección y se posicionó entre mis piernas, comenzó a penetrarme sin dejar de mirarme a los ojos, daba la sensación de que quería ver todas mis emociones y guardárselas para él. Despacio adelantó sus caderas, para llegar al encuentro de las mías y sus movimientos se fueron



haciendo cada vez más demandantes, más exigentes, con mucha pasión nos fue elevando a lo más alto del éxtasis. En medio de besos, caricias, gemidos y un gruñido proveniente de lo más hondo de su garganta, caímos desmadejados sobre la cama en un enredo de piernas y brazos.

Permanecimos en silencio hasta que él lo rompió.

—Quiero que sepas que no quiero esto solo por esta noche. Es decir, quiero que nos sigamos viendo. Me gustas demasiado para no intentar ver hasta dónde nos lleva.

—¿Estás seguro? —pregunté dudosa de sus palabras.

—Muy seguro, hace años que nadie me hacía sentir como esta noche. Espero que tú también y que quieras continuar viéndome.

—Por supuesto que quiero.

—Cariño, no eres mujer de una noche, eres mujer de una vida.

Me abrazó y volvimos a besarnos y a incendiarnos nuevamente, hicimos el amor hasta bien entrado el amanecer cuando caímos rendidos uno en brazos del otro. Me dormí profundamente con una sonrisa tonta en los labios. Cuando desperté al otro día, casi cerca de medio-día, estaba sola en la cama, no me gustó la sensación que expresó mi cuerpo ante ese hecho. Me levanté y recorrí el apartamento, pero no había nadie, estaba sola, busqué alguna nota, pero no encontré nada. Quise creer que se había levantado y salido en buscar de un desayuno tardío, me metí al baño para darme una ducha, me sentía..., la verdad no sé cómo me sentía.

Para el anochecer entendí que no volvería a verlo, al menos ese día, con desgana me preparé una jarra de café y me senté frente a mí escritorio delante de la pila de trabajo que tenía para el día siguiente. Trabajé hasta caer agotada, con la espalda dolorida y una fea sensación en medio de mí pecho de esas que te dicen que algo no está bien, o en mi caso si lo sabía. No tenía ni el teléfono ni la dirección de Alejo, por lo que si él no venía a mí apartamento nunca lo volvería a ver. La noche anterior lo había sentido sincero y las horas que pasamos juntos me habían enamorado como a una tonta inexperta.

Sabía que decir que estaba enamorada de Alejo era una exageración, pero conozco muy bien mis sentimientos. Pasó una semana, dos, tres y mi desasosiego fue en aumento. Me había enamorado de un mentiroso, permitió que me ilusionara con continuar nuestra relación cuando no era así. Comencé a encerrarme dentro de mí y a agriar mi carácter, cuando tenía a un tipo cerca, no

podía sentir otra cosa que desprecio. Los consideraba criaturas despreciables a todos por igual.

Cuando fueron pasando los meses pensé que podía comenzar a sentirme mejor y olvidar aquella noche que fue la más hermosa de mí vida y también la más dolorosa.

«¿Cómo era posible que alguien mintiera de semejante manera?»

En ningún momento le había pedido nada, me había hecho a la idea de que estaría con un hombre fabuloso solo una noche y no lo volvería a ver. Cuando me dijo que quería una relación me permití fan-tasear con la felicidad de verlo todos los días, de conocernos, de profundizar esos lazos que habían nacido a partir de una noche de pasión.

«¿Por qué no?»

Cuanta gente había construido una vida sobre cimientos mucho más imprecisos que la pasión. Solo me había permitido soñar, luego de sus palabras, me había hecho a la idea de estar siempre juntos. Me sentía engañada, estafada y usada para solo el amor de una noche.

Alejo

Estaba recostado en mi cama, leyendo el diario cuando los recuerdos de la única noche pasada con Génesis volvieron a mí mente como siempre fuerte y precisa y por qué no decirlo; ardiente. El recuerdo siempre me dejaba ansioso, sudoroso y muy caliente, que me obligaba a someter a mí mente a cualquier tipo de pensamiento para calmar mis ardores.

Me sentía mal por ella, un estúpido, siempre me pasaba lo mismo cuando me escondía en el parque para verla caminar esas dos cuadras desde donde aparcaba su auto hasta las oficinas donde trabajaba. No sabía si aún me recordaba, pero su semblante parecía triste, siempre igual, mes tras mes.

Cuando la veía esos pocos momentos, soñaba con ella por semanas, anhelando sus besos, sus caricias, su cuerpo. Parecía increíble que en toda mi vida de adulto y con todas las mujeres que había estado, me había enamorado de Génesis. Solo necesité una noche para estar irremediabilmente perdido de amor por ella.

Los recuerdos se agolpaban en mi mente pujando por salir, el día de nochebuena mi hermano me había avisado que no llegaría para pasar la Navidad juntos. Como había terminado con mi última novia le pedí a mí secretaria que me reservara una mesa en el restorán nuevo que ella misma me había comentado.

Cuando llegué estaba lleno de gente afuera, pero al dar mi nombre me hicieron pasar inmediatamente. No había hecho caso a nada ni a nadie, estaba finiquitando un trato para hacer viajar a un importante empresario japonés, estaba convenciendo a su secretario de agendarlo. Lo quería en mi empresa, los que lo conocían me habían dicho que era el mejor y siempre me rodeo de lo mejor.

Cuando el gerente del restorán me pidió que me juntara con mi vecina de mesa, en un principio pensé en negarme, pero cuando levanté la cabeza y la vi, solo pensaba en que ella dijera que sí. Y así fue, cuando aceptó me senté frente a ella y me olvidé del mundo. Apagué el celular y me dediqué a mirarla como un estúpido, era hermosa, divertida, inteligente. No podía creer que no la hubiera visto apenas llegué, pero claro estaba metido en mí celular.

Cenamos, charlamos y nos divertimos, luego cuando los demás salieron a bailar, me animé y la invité. Cuando la vi de pie con ese vestido casi me infarto, el escote de la espalda le llegaba a la cintura, lo demás se ceñía a su cuerpo como un guante, estaba preciosa. Cuando rozaba su piel como al descuido, mi cuerpo reaccionaba al toque, erizándome unas partes de mí cuerpo y endureciendo otras. Su perfume me estaba quitando la vida de a poco y cuando al fin pude besar esos carnosos labios me sentí en el cielo. Esa noche fui más feliz que en toda mi vida, bailar con ella pegada a mí cuerpo, despertaba en mí sensaciones desconocidas. Solo tenía una certeza, quería estar con ella esa noche y todas las noches por el resto de mí vida. Nos fuimos juntos, sintió temor de acompañarme a mí casa, pero por suerte me invitó a la suya.

La amé, la adoré con mis manos, con mis labios con todo mi cuerpo, esa noche le entregué mi corazón y mi alma. Temí por un momento que ella no quisiera volver a verme, dado la manera en que habíamos comenzado nuestra relación. No fue así, sentíamos lo mismo, nos seguiríamos conociendo y lo más importante me dejaría continuar viéndola.

Ahora me cuestiono si mi decisión fue la correcta, si dejarla de ver fue lo mejor para ella como lo pensé en su momento. Sigo creyendo que fue atinado separarla de mí lado, no podía someterla a un sufrimiento, me hubiera dolido mucho más ver el dolor y la pena en su rostro día a día. El dolor que yo mismo veo reflejado en el espejo, no lo hubiera soportado.

Pero no puedo dejar de acudir al parque para verla, solo unos segundos, la primera vez que lo hice fue casualidad. Salí a tomar aire y sol y el parque era la mejor opción, cuando estacionó su auto y bajó, me escondí detrás de unos arbustos para que no me viera. Después me di cuenta de que igual no lo haría,

caminaba muy triste con unas carpetas en una mano y un maletín en la otra, miraba siempre el suelo y en su rostro se reflejaba un rictus duro. Esa primera vez me dio la sensación de que estaba enojada o triste, como pensé que era idea mía, volví a la semana siguiente.

Su actitud era la misma, cabizbaja, triste, dejó el auto y caminó sin ver a nadie a paso lento de una persona vencida por la vida. Ese día se rompió algo dentro de mí al pensar que podía ser el causante de ese estado, esa nunca había sido mi intención. Todavía no podía volver a presentarme ante ella, no era el momento, parecía que nunca llegaría y solo Dios sabía cuánto ansiaba poder verla de frente y que lo viera. Poder pedirle perdón e intentar que ella viera las cosas de la misma manera. Poder abrazarla nuevamente y apretarla contra mi pecho, sentir el calor de su cuerpo, el sabor de sus labios, sentirla, amarla.

## Génesis

Se me había hecho tarde para la junta que yo misma había prepara-do, bajé casi corriendo las escaleras al segundo piso con tan mala pata que se me rompió el tacón del zapato dos escalones antes de llegar al suelo. Consecuencia: caí rodando, la caída fue corta, pero cuando quise pararme me encontré con el zapato inservible y un dolor insoportable en el brazo y mano izquierda. Los chicos de la oficina del segundo piso me vieron tirada y fueron a auxiliarme mientras una de las secretarias llamaba a la ambulancia. Por suerte llegaron enseguida, me dieron un calmante para el dolor y me llevaron al hospital para hacerme una ra-diografía.

Luego de las placas, el médico dispuso que me pasaran la muñeca por el escáner, al parecer era allí donde estaba el problema, aunque a mí me dolía todo el brazo. Con los resultados en mano el doctor me dijo que era una fractura de muñeca, me haría un yeso liviano y me pondría un cabestrillo. Luego de seis semanas en las que me encontré en mi apartamento sola viendo películas todo el día y comiendo chocolates y helado, volví al hospital. Me hicieron nuevas placas y como la fractura había soldado correctamente me derivaron al kinesiólogo para rehabili-tación.

El centro de kinesiología era muy grande y muy lujoso, luego de que la secretaria me tomara los datos, esperé al llamado del especialista. Este empezó dándome ejercicios fáciles y simples. Me sentó frente a una mesa y me hizo apoyar el brazo, me dio una pelota de goma del tamaño de una de tenis y me hizo apretar y aflojar en intervalos de se-gundos, descansar y volver a empezar.

Después de haberlo hecho unas diez veces seguida estaba aburrida, aunque continué con el ejercicio, me distraje mirando la gente a mí alrededor haciendo cada uno su propia rehabilitación.

Casi al fondo del centro había un solitario hombre, sosteniéndose de dos barras paralelas, en las que se esforzaba para dar temblorosos pasos. Al final de las barras lo esperaba una silla de ruedas, lo seguí mirando porque algo me atraía hacia él, casi sin darme cuenta me le-vanté de la silla con mi pelota en la mano que apretaba y aflojaba en intervalos de tiempo. A medida que iba llegando donde se encontraba, él con un gran esfuerzo llegaba a su silla de ruedas, estaba cansado, transpirado y casi no podía sostenerse más.

En un último y desesperado esfuerzo logró girarse y caer en su silla que rodó un poco hacia atrás donde le dio la luz y pude verlo mejor, aunque sabía quién era. Mis piernas no me hacían caso cuando les en-vié la desesperada orden de detenerse, continué avanzando parándome muy cerca con un nudo en la garganta, que me impedía decir nada. Él, que tenía su cabeza agachada intentando recuperar el aliento vio en su campo visual mis zapatillas y levantó su rostro para mirar al intruso. Mis lágrimas escapaban de mis ojos sin que pudiera hacer nada para detenerlas, el silencio cayó sobre ambos. El asombro reflejado en su cara me dijo que me había reconocido, sabía quién era.

Sin decir palabra caminé hasta el rincón que quedaba a espaldas de Alejo y me senté en una de las butacas. Él me siguió con su silla de ruedas y esperó frente a mí a que lo mirara. Levanté mi rostro bañado en lágrimas y lo observé con una muda pregunta en mis ojos que en-tendió perfectamente. Pareció debatir de manera interna la respuesta y después de un largo silencio por fin habló.

Alejo

—Génesis —fue lo único que puede pronunciar.

No sabía qué decirle, qué explicación dar, por dónde comenzar. Luego de pensarlo unos segundos, me decidí de que por el principio. No tenía caso que intentara ocultar nada, ya no.

—Cuando me desperté, cerca de media mañana, dormías muy tranquila con tu rostro apoyado en mi pecho. Me sentía el hombre más afortunado del mundo, una noche que había empezado como solitaria y aburrida, había terminado con la mujer más hermosa con la que ha-bía estado jamás, entre mis brazos.

Hice una pausa para recobrar el aliento, el esfuerzo de caminar había acabado con mis fuerzas y el encontrarme con Génesis de esa manera tan abrupta, había limitado mi poder de hilar frases completas. El dolor que asaltó mi pecho ante la mirada llorosa de ella, casi me mató.

—Quería pasar los próximos días contigo, por lo que me levanté sin que te despertaras, me vestí y fui por mi auto, iba a ir a mi casa en busca de ropa cómoda y mi laptop, pasaría a comprar el desayuno y suficiente comida para no tener que volver a salir. Había nevado toda la noche y continuaba haciéndolo, estaba conduciendo mi auto sumido en la felicidad de la noche pasada, casi había llegado a mi casa cuando un auto chocó el mío de lleno del lado del conductor, nunca lo vi, no estaba preparado para evitarlo.

Tomé una gran bocanada de aire para tratar de aflojar el nudo de mi garganta y poder continuar con mi relato. Génesis se tapaba con una mano la boca para impedir que los sollozos escaparan de forma audibles, en cambio solo veía sus lágrimas correr por su mano y las gotas caer sobre su regazo. Con la otra mano intentaba calmar los espasmos de su estómago. Sabía que debía callar no continuar acosándola con el terror que suponía mi relato, pero era imposible, era hora de la verdad, las palabras brotaban de mí y no quería hacer nada por detenerlas. Había pasado mucho tiempo encerrándolas dentro, quemando mis entrañas.

—Desperté en el hospital dos semanas después, mi hermano estaba durmiendo en una silla a mi lado. Tenía el cuerpo adormecido, mis músculos no respondía, no podía moverme. Máquinas con pitidos horribles a mi alrededor, vendas en mis manos y brazos, lastimaduras en mi rostro. No entendía qué había pasado hasta que me dijeron que un conductor borracho había perdido el control del vehículo en la nieve. Se estrelló contra mí y murió de forma instantánea, me trasladaron al hospital de urgencia donde hice dos paros cardíacos, pero lograron estabilizarme. Me tuvieron casi un mes sometido a distintas operaciones y tratamientos para tratar de recuperarme. Mi cuerpo comenzaba a sanar, pero mis piernas se negaban a responder.

—¿Por qué? —fue lo único que Génesis pudo pronunciar.

—Si lo que me preguntas es por qué no te mandé a avisar, creo que está a la vista. No quería atarte a un inválido, no quería arrastrarte a lo que era mi nueva vida, entre hospitales y sala de rehabilitaciones. Habías conocido a un hombre entero y me había convertido en un ser que ni siquiera podía manejarse solo para sus mínimas necesidades. ¿Cómo podía arrastrarte a una vida como esa?

—¿Es que acaso no pensaste que era yo quien debía tomar la decisión de verte o no? ¿En qué momento te di la impresión de ser una persona frívola o despreocupada, que no podía con la carga de tu accidente?

—Solo pensé en que no podía mirarte y ver lástima en tus ojos cuando antes había visto fascinación. Sabía que si te avisaba vendrías a verme y no podía soportar la idea de que me miraras con pena. Me había enamorado de ti y preferí dejarte libre a atarte a mí silla de ruedas.

—Yo... lo siento, pero no puedo escuchar una sola palabra más —dijo Génesis antes de salir llorando y corriendo.

Ese siempre había sido mi temor, hacerla sufrir, verla llorar por mí. Nunca esperé encontrármela aquí y que me viera inválido, había creído que podía tener más tiempo hasta recuperar la movilidad de mis piernas para presentarme ante ella. Ahora la perdí para siempre y me dolía el pecho y el estar impedido para seguirla me hacía sentir peor aún, si eso era posible. Llamé a mi chofer para que me devolviera a mi casa, quería estar solo y rumiar mi pena sin gente a mi alrededor mirándome como si fuera un espécimen raro.

El resto de la semana la pasé encerrado, no quería volver al centro y encontrarla allí mirándome con dolor y censura. Dolía demasiado tenerla cerca y no poder tocarla, no podría soportar su indiferencia. Pero estaba muy cerca de lograr mi cometido de poder dejar la silla de ruedas, por lo que no quise esperar más y a la semana siguiente volví al centro y a sus ejercicios. Me sometí a los acostumbrados masajes que me daban en las dos piernas, a los ejercicios de fuerzas para fortalecer los músculos y por último a las barras paralelas.

Cuando llegué allí antes de dejar la seguridad de mi silla hice un barrido del lugar con la vista, pero Génesis no estaba. No sabía si ponerme contento por no tener que enfrentar su mirada o desilusionado por no encontrarla. Me esforcé más que nunca, fui y vine por las paralelas en varias ocasiones, también me quedé parado sin sostenerme y mi equilibrio había mejorado muchísimo. Trabajé sin descanso todo el mes y mi premio fue que mi terapeuta me trajera un par de muletas, era tiempo de cambiar la silla por un par de esas. No era lo que me hubiera gustado, pero no podía saltarme pasos de mi recuperación sin pagar las consecuencias, lo había intentado antes y el resultado había sido unos cuantos golpes contra el suelo. Llegó junto con mi ansiedad el primer día del mes de diciembre, en muy pocas semanas haría un año que conocí a Génesis, un año de mi accidente y un año de mi lucha por recuperar al hombre que fui y poder volver a ella.

Como se habían desarrollado los hechos parecía muy lejana la idea de poder recuperarla, no la había vuelto a ver. Después de que le contara por qué no había regresado, ella se alejó. Por el momento no podía hacer nada, debía continuar con mi recuperación, luego intentaría volver a acercarme. Casi estábamos a una semana de Navidad cuando mi terapeuta me cambió las muletas por un bastón. Me sentía feliz con lo que había logrado, de estar en silla de ruedas a un simple y hasta digamos elegante bastón. Ese era mi último día, el centro cerraba hasta pasadas las fiestas, por lo que vino a buscarme mi chofer y volví a casa.

Por esos días trabajaba desde el estudio que había mandado a acondicionar en mi apartamento, luego del accidente. Mi secretario, mi hermano y hasta mi chofer se empeñaron en adornar la casa y hasta de armar un árbol, con luces musicales que tuve que rogar que apagaran. Mi hermano se excusó, pero no cenaría conmigo en nochebuena, tenía novia y la pasaría junto con la familia de ella, me invito a acompañarlos, pero decliné. Preferí cenar solo y recordar lo feliz que fue la nochebuena pasada. Como estaba cansado me recosté en mi cama y me quedé dormido, me despertó mi secretario, me traía una nota que —según dijo— requería respuesta urgente.

Estoy en tu salón con la cena, a menos que tengas algún compromiso (y sé que no lo tienes) te espero en quince minutos. Si no apareces iré a buscarte personalmente.

Génesis.

Le dije a mí secretario que le dijera que allí estaría puntualmente. Me puse un traje sin corbata, tomé la rosa que le pedí a mí empleado que me dejara en el pasillo y fui al encuentro de mí futuro.

Cuando entré al salón Génesis estaba parada mirando por los ventanales la ciudad, hermosa con un vestido azul y unos zapatos de tacón plateados, el amplio tajo de la falda dejaba ver gran parte de su muslo izquierdo. Me acerqué sin hacer ruidos y le acaricié la pierna con la rosa que llevaba en la mano. Ella se sobresaltó y se dio vuelta enseguida, me miró asombrada.

—No esperaba encontrarte de pie.

—He hecho un gran esfuerzo para lograrlo.

—Lo sé, pero, aunque siguieras en la silla de ruedas, estaría a tu lado. Junto a ti



es donde siempre quise estar.

—Pero cuando estaba en la silla escapaste y no volviste a verme —reproché sin querer su actitud.

—No me fui por la silla. Fue por ti, no entendía tu actitud de mantenerme apartada. Fuiste egoísta.

—¿Ahora me entiendes? —quise saber antes de ningún avance.

—No te entiendo, pero lo acepto porque ya no hay nada que hacer, no se puede volver atrás, pero sí podemos construir un futuro en el cual los dos tomemos las decisiones juntos.

Como no respondí enseguida, me dio la espalda y continuó mirando la ciudad. En ese momento vi que muy cerca de ella había dos maletas.

—¿Te vas de viaje? —pregunté con poco disimulado dolor.

—Cuando te dejé en el centro me sentía desolada, vacía, había agotado hasta la última lágrima. No podía entender que me hubieras dejado pensando lo peor de ti por abandonarme, mientras que en realidad sufrías mucho y estabas solo. Giré dentro de mí solitario apartamento y entendí que no tenía nada que hacer allí.

—¿Vuelves con tu familia? —quise saber mientras el mundo caía con todas sus fuerzas sobre mí. Me tambaleé, pero alcancé a estabilizarme en el bastón.

—Hice todas las gestiones pertinentes para poner a la venta mi apartamento, mientras llegaba a un arreglo laboral con mis jefes. Todos los días desde que te vi en el centro acudí allí, pero no entré. En cambio, me hice amiga de tu chofer y él me contaba tus avances y el esfuerzo que ponías en lograrlos. Fui quien sugirió que adornaran la casa para Navidad. Cuando al fin logré una buena venta le pedí que trasladara mis cosas, lo hizo con mucho gusto.

—¿Dónde vives ahora?

—A partir de esta noche viviré aquí contigo y no estoy dispuesta a aceptar una negación. Te amo —dijo simple y sencillamente.

—También te amo y no estoy tan loco como para negarme tu compañía el resto de mí vida.

Mi alma volvió a su sitio, la abracé y besé como había soñado durante tantas noches solitarias. Fuimos abrazados hasta la mesa que ella había preparado como la de los mejores restaurantes. Cenamos nos contamos todo lo pasado durante el año y nos prometimos acabar con los secretos. Fue una maravillosa nochebuena coronando un año duro.

La Navidad es la mejor época del año. Una Navidad conocí a Gé-nesis, la siguiente la recuperé junto a mí cuerpo. La que vino luego de esa nos casamos y la que siguió a continuación tuvimos nuestro primer hijo.

**FIN.**

## **Tú... Mi libertad** (Romance histórico)

*La vida es la encargada de darnos y quitarnos aquello que crea conveniente. El destino es quién suple lo mejor posible. Pero es el espíritu quién se encarga de mantener la llama de la esperanza encendida. Quién lleva las ilusiones de vida a quienes las han perdido.*

*¿Los seres humanos? Los seres humanos, simplemente hacen lo que creen que es lo correcto. Muchas veces se equivocan, otras simplemente dejan de ser...*

**S**er la dueña de tu destino: a Emily le encantaría tener en sus manos las riendas de su vida, poder decidir dónde ir, en qué momento y hasta con quién. Sin embargo, era imposible para ella. Lady Pearl Hale Spencer, su madre, no la dejaba a solas en ningún momento, decía que la precaria salud de su hija requería de cuidados permanentes. Ella odiaba escucharla hablar como si estuviera a un paso de la muerte.

Todo el mundo sabía que su madre era una exagerada en todos los órdenes de la vida. Su hija no era una excepción, Pearl pensaba que podría llegar a romperse en cualquier momento. Las largas discusiones entre ellas enojaban mucho a Emily, pero nunca lograban hacer que su madre cambiara. Semejante belleza era de cuidado, se escudaba Pearl. Le fascinaba mirarla frente al espejo y remarcarle sus hermosos ojos color miel, su cabello rubio que caía sobre su espalda en largos tirabuzones. «¿Cómo no cuidar su divino tesoro?» Su rostro de niña y la dulzura que reflejaban sus rasgos, la hacían parecer frágil y vulnerable.

No lo era, claro que no, tampoco era una niña, era una mujer y quería sentir como tal. Quería conocer el amor y vivir aventuras, así como las que describían en sus novelas, las hermanas Brontë o Jane Austen. No podría hacerlo mientras su madre la mantuviera tan vigilada.

—Te traje tu té —dijo Pearl entrando al dormitorio, mientras le acomodaba

las almohadas detrás de la espalda y le colocaba la bandeja en el regazo. También entró el sirviente.

—Gracias, no era necesario tantas atenciones —aseguró Emily mirando a sus dos visitantes.

—¿Quieres apurarte o pretendes pasar la noche allí? —replicó su madre al lacayo que removía el fuego y agregaba leños, para mantener caliente la alcoba toda la noche.

A Emily le desagradaba mucho que su madre tratara mal a los sirvientes. Cuando el muchacho salió de la habitación, Pearl la regañó como si fuera una niña:

—No entiendo por qué te molestas por un té, solo te cuidamos.

—Yo no entiendo por qué te empeñas en tratar mal a los empleados —era un tema que había discutido muchas veces con ella.

—Porque para mí continúan siendo esclavos, aunque las leyes se empeñen en mostrar otra cosa. No cambies el tema, no me dejas cuidarte.

—A veces no te das cuenta de que me agobia tanta protección. No volveré a discutir el mismo tema contigo, no existen los esclavos, fueron emancipados. Ahora son empleados que trabajan para ganarse la vida, sé educada, al menos frente a mí —se quejó Emily, pero su madre no la tomó en cuenta, como siempre.

Tomó su té, le dijo a Pearl que estaba cansada y decidió dormir, al fin y al cabo, era el único momento en el que podía estar verdaderamente sola. Luego de apagar las luces, salió del cuarto cerrando la puerta. Emily quedó sumida en sus pensamientos, mientras miraba el fuego del hogar y escuchaba el sonido de los leños al crepitar.

Pasaba sus días como una prisionera, la mayor parte del tiempo estaba leyendo en su alcoba o en el jardín de invierno. Su madre le prohibía salir a la intemperie, de vez en cuando la dejaba comer en el gran comedor con la familia, pero eso era poco frecuente, solo podía estar allí cuando estaban sin invitados. Casi no conocía gente, se había criado entre los sirvientes y su madre y cuando la dejaban venir a visitarla, podía conversar con su tía. Era una prisionera.

Hacía tiempo que estaba ideando una salida para su situación, luego de hablar con su tía y de estar más de dos horas convenciéndola, logró que la ayudara. Sus andanzas afuera de la casa, sin que su madre se enterara, serían lo único que tendría para recordar más adelante y no solo las historias de las novelas. Su idea la tenía entusiasmada, pero debía planear con cuidado cada uno de sus pasos.

Estaba decidido, esa tarde se escaparía de su madre y se iría a caminar por el parque. Su tía le prometió que la acompañaría, tendría chaperona, si lady Pearl se enteraba no podría decir nada. Después del almuerzo se excusó y se retiró a su alcoba a descansar, en realidad corrió escaleras arriba para arreglarse. Luego tendría que decidir la mejor salida de la mansión sin ser vista, o al menos siendo vista por el menor número de gente posible, a la que le tendría que pagar por su silencio.

Estaba emocionada, por esos días un paseo por el parque era la salida predilecta de la alta sociedad. Con un vestido de muselina amarilla, guantes de encaje, una capa, su ridículo y la sombrilla, estaba lista. Solo restaba salir por las escaleras que daban a la cocina y de allí al jardín, su tía la esperaba en la entrada trasera de la mansión. Era una gran aventura la que emprendía y estaba dispuesta a disfrutarla, luego se ocuparía de las consecuencias.

Escabullirse sin ser vista costó mucho más tiempo de lo que había previsto, pero logró llegar a la reja de entrada sin mayores inconvenientes.

—Hace más de quince minutos que te estoy esperando —se quejó su tía.

—Fue muy difícil salir sin ser vista, no te quejes que te pago buen dinero por lo que haces —la reprendió Emily.

—Vámonos, no quiero que tu madre me descubra en su casa o nos matará a ambas.

Emily esperaba encontrarse con el apuesto caballero que conoció junto a su madre hacía tiempo atrás, luego lo había visto en varias oportunidades más. Habían conversado y coqueteado casi descaradamente mientras nadie los veía. Estaba segura de que lo encontraría en el parque. Se sentía ansiosa y expectante, esta vez no dejaría pasar la oportunidad de dejarse robar un beso. Hacía tiempo que lo esperaba.

Se ajustó el sombrero con las cintas debajo del mentón, llevó su pequeño ridículo hasta el codo y abrió la sombrilla, con la otra mano tomó del brazo a su tía y caminaron hasta el parque. Era la hora en la que se encontraba mayor cantidad de gente, Emily caminaba feliz sintiendo la bienvenida del viento moviendo su falda y los rayos del sol acariciando su rostro. Nunca se había sentido tan contenta, tan libre, caminar entre la gente que la saludaba con una inclinación de cabeza, la hacía sentir importante. Nadie la conocía y ella tampoco veía rostros familiares lo que hacía más interesante el paseo.

Su tía era saludada, aquí y allí tanto por apuestos caballeros, como por hermosas damas, el parque se veía cubierto con un hermoso manto de colores que eran los vestidos de las damas que pululaban por el lugar. Un caballero a lo

lejos descansaba su cuerpo despreocupado en el tronco de un frondoso árbol, al amparo de la sombra que le proporcionaba. Desde allí parecía taladrar a Emily con la mirada, que se hacía cada vez más interesada a medida que ella y su acompañante avanzaban en dirección al lugar donde se encontraba. Era él, se habían reconocido y estaba ansiosa por acercarse.

Cuando llegaron junto al árbol, él saludó a su tía muy amable y se acercó a ella para depositar en sus nudillos un casto beso. Acción que dejó a Emily perpleja por la reacción que causó en su cuerpo el leve contacto. Fingieron no conocerse delante de ella y entablaron una conversación trivial.

—Es un bello día para caminar por el parque ¿no le parece? —preguntó el caballero.

—Así lo creo también, señor...

—Beau, señorita Emily... ¿me permiten que las acompañe? —La familia de Emily era de las más ricas de la ciudad, todos los conocían.

—Por supuesto, será un placer —se apresuró a responder Emily, antes de que su tía intentara rechazarlo.

—Enseguida te alcanzo querida, iré a saludar a lady Pommery —su chaperona los dejó solos y Emily no podía estar más alegre.

Así iniciaron una interesante conversación mientras caminaban y disfrutaban del agradable clima de la tarde. Por un momento a Emily le pareció que el resto de las personas que caminaban a su alrededor los miraban con sorpresa. Decidió no hacer caso a los chismosos del lugar y continuó conversando con Beau. Era muy simpático y se podía hablar de muchos temas con él, generalmente los hombres no permitían ciertas conversaciones a las mujeres.

Emily estaba embelesada y no quería que la tarde terminara nunca, entonces Beau las invitó a pasear en barco. Subieron a su carruaje y aunque a la tía de Emily no le gustaba para nada la idea, los acompañó. Apenas llegados, abordaron el barco con rueda a paleta y mientras lo recorrían, zarparon; era muy romántico y ella se sentía en las nubes. El suave movimiento sobre el agua y el sol ruborizándole las mejillas la hacía sentir viva, la compañía a su lado la hacía sentir mujer. Pero veía en Beau ciertas reticencias que no alcanzaba a comprender, ella lo tomó del brazo decidida a disfrutar de la travesía. Decidió ignorar a los demás, por el momento mientras disfrutaba de su aventura, con un poco de picardía se fueron escabullendo hasta quedar en un rincón, solos y sin que nadie los interrumpiera.

El hermoso día, la cercanía de los cuerpos y los sentidos, traicionaron a ambos que sucumbieron ante la tentación de unir sus labios en un apasionado

beso. Caricias ardientes y palabras de amor, transportaban a Emily a un mundo inexplorado para ella. Beau se dio cuenta y comenzó a apartarla, no quería aprovecharse de su ingenuidad.

—No te atrevas a apartarme de tu lado —lo acusó Emily enojada.

—Esto no está bien —se defendió Beau.

—¿Quién lo dice? —preguntó ella con inocencia.

—La gente que comienza a mirarnos con desaprobación.

Era cierto, la gente que estaba a su alrededor los miraba y murmuraban por lo bajo. Otros más despreocupados emitían su opinión en voz alta para ser escuchados por los presentes

—Es una barbaridad lo que hay que soportar —pregonó una mujer.

—Algunas personas parecen olvidar el decoro —aseguró otra.

—Las buenas costumbres y el respeto por los demás, jamás se deben olvidar —y así continuaron demostrando su enfado las damas del lugar.

—¿Se puede saber qué les pasa a ustedes? —preguntó Emily enojada.

—Ven, es mejor que bajemos —dijo su tía tomándola del brazo cuando el barco tocó el puerto.

—Señorita, es una vergüenza que una joven dama de su posición acepte esa clase de atrevimientos en público. ¿Sabe su familia que se encuentra a solas con este caballero? —La cara de desprecio de la mujer, mientras le hablaba a Emily, la sorprendió y la enfadó a partes iguales.

—Mi familia sabe lo que tiene que saber, para su información, no estoy sola, mi tía me acompaña. No creo que un beso entre dos personas que se aman sea para escandalizarse.

La mujer la miró con sorpresa, ante su actitud se marchó muy enojada, Emily no podía entenderlos, no quería. Creía ser libre de amar a quien quisiera, de hecho, lo era, no le permitiría a nadie inmiscuirse entre Beau y ella. Le pidió un momento a su tía para despedirse y se alejó con él unos pasos, le hizo prometer que se verían por la noche en el baile de lady Armitage. Luego de insistir mucho, al final él aceptó.

La joven salió disparada para su casa, llevando a su carabina casi a rastras. Tenía que arreglarse para la noche, tenía que verse hermosa para Beau, buscar una excusa para que su madre no entrara a su alcoba mientras la creía dormida. Revolvió en el armario hasta encontrar el vestido de fiesta ideal, aunque no tenía mucho para escoger, un par de vestidos de noche, que le había comprado su tía cuando ideó el plan. Con eso bastaría por el momento, más adelante tendría tiempo de mandar a confeccionar nuevos.

Un corsé ajustadísimo, con un escote corazón audaz que su madre jamás permitiría. La amplia falda de seda azul y encajes caía en volados al suelo, formando a su alrededor una cascada. Se recogió el cabello en lo alto de la cabeza dejando que sus largos bucles se esparcieran a los costados del rostro, una fina diadema plateada completaba el peinado. Se colocó una capa de terciopelo negro que llegaba al suelo, se subió la capucha y ató las cintas al cuello. Evitaría ser reconocida hasta llegar al baile, por miedo de que alguien le avisara a lady Spencer.

Volvió a escabullirse sin ser vista de la casa, el carruaje de alquiler la esperaba en la esquina con su tía dentro. Sabía que escaparse para asistir a un baile, podría llegar a tener consecuencias graves con su madre. Primero disfrutaría de la velada, luego se encargaría de enfrentar el castigo que le caería por semejante desobediencia.

Emily no entendía a su madre, nunca le permitió presentarse en sociedad, mucho menos asistir a los bailes de temporada. Sabía que a esa edad era considerada una solterona y eso era culpa de Pearl. No le permitiría arrebatarse esa noche, viviría una aventura en toda regla y se atrevería a probar lo impensable para cualquier damita de la buena sociedad. Lo que ocurriera después la tenía sin cuidado.

Llegaron a la mansión de lady Pommery en medio de mucha gente ansiosa por asistir a sus famosos bailes. Entregaron sus abrigos al mayordomo en la antesala bellamente ornamentada para la ocasión. El salón de baile era amplio, adornado con flores blancas, los cortinados eran en color oro. Cientos de amplios vestidos en distintos colores destacaban sobre la austera decoración. Emily estaba encantada, los caballeros la miraban, como descubriendo un tesoro escondido. Apenas llegada tenía su carné de baile completo, pero que colocó en la muñeca de su tía, no tenía pensado bailar con nadie. Había ido a ese lugar para estar con Beau y eso haría.

El salón estaba abarrotado de gente, la chocaban y la golpeaban allí donde intentaba ir, no veía a Beau por ninguna parte. Su tía cansada de seguirla comenzó a enojarse.

—No vendrá, ¿quieres al menos divertirte ya que estás aquí? —pidió su acompañante.

—Prometió que vendría y lo hará —insistió en su terquedad.

—Mira a tu alrededor, Emily, puedes elegir a cualquier pretendiente. No es bueno que la sociedad te vea con un solo caballero o comenzarán a hablar mal de ti.



Su tía tenía razón, tenía ganas de llorar y de gritarles unas cuantas verdades a todos esos presuntuosos.

—¡Emancípate! Querías hacerlo de tu madre y ahora pretendes caer bajo el influjo de un hombre, te creí más inteligente —su tía volvía a tener razón, pero no podía controlar sus sentimientos ni hacer de cuenta que no existían.

Por un momento la asaltaron muchísimos pensamientos, era verdad que no estaría bajo el influjo de su madre. ¿Quería la opresión de otra persona, o sería el momento de disfrutar la verdadera libertad? Paseaba la vista distraída por el salón cuando vio por una de las puertas ventanas que daban al jardín, al otro lado del salón, a Beau.

Él inclinó su cabeza a modo de saludo y esperó a que se acercara, no se adentró en el atestado salón, permaneció al amparo de la oscuridad.

—Pensé que no vendrías —dijo Emily cuando llegó hasta él.

—No me gustan mucho los lugares llenos de gente, en el salón principal es imposible caminar, ni hablemos de respirar —se disculpó Beau.

—Vayamos a sentarnos en el jardín —propuso ella.

Beau sabía que no estaba bien, pero era la única manera de pasar con ella unos momentos a solas. Caminaron sobre la hierba disfrutando de la calidez de la noche. Se sentaron al amparo de la copa de un árbol, desde allí podían ver si alguien se acercaba. Emily descansaba su cabeza en el amplio pecho de Beau, podía sentir el palpitar de su corazón acelerado.

—Sé que sientes por mí, lo mismo que siento por ti, ¿por qué intentas negar tus sentimientos? —Emily lo sabía, pero quería que él se lo dijera.

—Sabes que desde el principio no hemos hecho las cosas bien, primero debí pedirle permiso a tu madre para cortejarte, no exponerte a las habladurías como lo estoy haciendo —Beau intentaba hacer lo mejor para ella.

—A la sociedad no tiene por qué interesarle mi vida y mi madre tendrá que aguantarse, tengo edad suficiente para tomar mis decisiones. —Ella no pensaba entrar en razones.

—¿Estás preparada para los desprecios y las burlas a las que serás sometida? —La manera de hablar de él fue fría y dura, era la única forma de exponerle la realidad en que vivirían si continuaban con aquello.

—Estar a tu lado me da las fuerzas que necesito y estoy dispuesta a asumir las consecuencias, si tengo tu amor —las palabras de Emily eran sinceras pero su amor no sería suficiente cuando todo alrededor de ellos se desplomara.

Beau no tenía corazón para obligarla a ver la realidad y su determinación comenzaba a flaquear con ella en sus brazos. Emily estaba dispuesta a terminar

con cualquier duda o temor que él tuviera, había vivido toda su vida como una cobarde, era el momento de demostrar su valentía.

Levantó su cabeza del suave refugio que la acunaba y sin darle tiempo a Beau de reaccionar lo besó, con un beso profundo y apasionado. De esos besos que hacían perder la razón, aunque no tenía mucha idea de lo que estaba haciendo. La respiración agitada, las caricias de sus manos y la entrega, demostraban que iba por buen camino. No estaba dispuesta a pararlo allí, le fue desabrochando los botones del chaleco uno a uno, luego los de la camisa hasta conseguir llegar a su piel. El fuego comenzaba a arder entre ellos, la pasión se desató, fueron cayendo poco a poco hasta quedar recostados sobre la hierba. Con manos expertas, Beau le desató las cintas del corsé y expuso la nivea piel a sus labios, recorrió con besos el cuello, el canalillo que separaba sus pechos, hasta llegar a ellos.

Emily se retorció de placer bajo el musculoso cuerpo, levantando su torso para ofrecerse como ofrenda a su amado. Él no desaprovechó la oportunidad y atrapó entre sus dientes el duro botón del pezón. Ella no podría explicar ni con un millón de palabras el placer que estaba experimentando, quería más, necesitaba más y por supuesto se lo daría. Beau volvió a apoderarse de su boca mientras que con una mano torturaba uno de sus pezones, con la otra recorría la suavidad de su pierna y arrastraba a su paso la falda que la cubría.

Al fin logró dejarla expuesta a su mirada y a su placer, con manos expertas acarició el vértice entre sus piernas hasta lograr que ella alcanzara el tan codiciado éxtasis. Temblorosa, con su piel resbalosa por la reacción de su cuerpo y la respiración agitada, decidió que era su momento. Con sus manos acarició toda la piel que pudo y más; no era suficiente, también quería hacerlo sentir como la había hecho sentir a ella.

Sin pensarlo demasiado, metió su mano dentro de la cinturilla del pantalón y tomó la dura barra con inexperiencia, pero con determinación, forcejeó hasta liberarla de su encierro. Beau se quedó muy quieto, casi sin aire en sus pulmones, el estado en el que se encontraba no le permitía pensar en nada que no fuera en poseer a Emily. Gruñó y se liberó del tortuoso agarre, no tenía control y al parecer, a ella no le interesaba que lo tuviera. Posicionó su glánde y la miró a los ojos, con un batir de pestañas obtuvo el consentimiento que esperaba.

Se introdujo dentro del cuerpo con una sola estocada, con su boca tomó el grito de dolor y sorpresa de ella y esperó. Mientras la besaba y acariciaba con dulzura para tranquilizarla, pronto el cuerpo de la joven volvió a reaccionar a sus caricias y sus caderas iniciaron un candente movimiento que los fue invitando

poco a poco a unir sus deseos en una explosiva llamarada de placer.

Así abrazados y satisfechos esperaron hasta que sus corazones se aquietaron, al darse cuenta del lugar donde se encontraban, acomodaron sus ropas. Adecantaron sus cabellos y volvieron a entregarse a otro apasionado beso, beso que les devolvió un calor que conocían, que les era familiar, pero de pronto el frío de la noche se interpuso entre ellos.

Gritos, hombres propinando puñetazos por todas partes, Beau era arrastrado fuera de la mansión mientras lo golpeaban. Emily era retenida por otras personas para que no acudiera en su ayuda. Se retorció entre quienes la aprisionaban, tratando de zafar del agarre. Su tía vino por ella y logró que los hombres la liberaran. Intentó correr por donde se habían llevado a Beau, pero su acompañante le dijo que era mejor ir por el carruaje y seguirlos, así lo hicieron.

El cochero conducía a toda velocidad, tratando de no perderlos, se dirigían al puerto. Pudieron parar lejos, se bajaron y siguieron corriendo, todo lo que sus faldas les permitían. Emily se temía lo peor, desde su posición veía cómo Beau forcejeaba para escapar sin conseguirlo, estaba muy golpeado. Casi sin aliento llegaron hasta un pequeño barco que había zarpado hacía un par de minutos, estaba lleno de gente que —al igual que Beau—, gritaba con desesperación pidiendo ser liberados.

Emily gritó hasta quedar sin voz tratando de encontrar a Beau, la escasa luz y la noche no le otorgaban visibilidad, pero sabía que lo habían subido allí. Volvió a gritar con la esperanza de que él la escuchara. Le pedía que fuera fuerte, que lo encontraría donde fuera, que lo amaba y no dejaría nunca de hacerlo.

Fue cuando vio a Beau asomarse, con el rostro golpeado y la cabeza gacha como si fuera culpable del peor de los pecados. Ella no dejaba de gritarles a los hombres que estaban en el puerto, aquellos que la habían apartado de Beau con la mayor de las violencias, los odiaba. Al verlos reírse se abalanzó sobre ellos golpeándolos donde pudo hasta que su tía llegó para apartarla antes de que la lastimaran también.

El barco estaba muy lejos, no podía ver a Beau, solo quedarse allí observando cómo le arrebataban lo único bueno que había tenido en su vida, su amor. No podía creer que la gente fuera tan cruel. Perdida en sus pensamientos con los ojos llenos de lágrimas se quedó parada en medio de la nada sin saber cómo continuaría con su vida sin él.

Una fuerte explosión y una columna de fuego que se alzó endemoniada hacia el cielo, seguida de un fuerte grito de dolor surcaron el silencio de la noche.

—¡Nooooo! —Emily cayó sentada sobre los fríos y duros maderos del puerto

horrorizada con la escena que se desarrollaba frente a sus ojos.

El barco al que habían obligado a Beau a subir había explotado en el océano y estaba tan lejos que nadie podía hacer nada por ellos, solo ser testigos de la tragedia.

Más gritos y un fuerte llanto escaparon de la garganta de Emily, esta vez despertándola de su aterrador sueño. Estaba sudorosa, agitada, bañada en llanto, su madre acudió a su alcoba tratando de consolarla sin entender qué sucedía.

Cuando Emily logró calmarse entendió que había sido todo un sueño, así se lo explicó a su madre, que al verla calmada se retiró a descansar.

Ella permaneció sentada en su cama con la mirada perdida en el fuego que estaba casi apagado, había tenido un sueño en donde su vida era algo más que ser una mujer con medio cuerpo paralítico, que dependía de los demás para poder vivir. Había tenido un hermoso sueño donde el amor era posible para ella, aunque se lo habían arrebatado de las manos, al menos lo había sentido. No era esa mujer con el alma muerta atrapada en un cuerpo inmóvil.

En ese momento entró el sirviente con más leños, atizó el fuego, lo hizo arder nuevamente y por un momento se la quedó mirando sin decir nada.

—Gracias Beau —dijo Emily levantando su cabeza para mirar al muchacho que la observaba preocupado.

—Es mi placer Milady —respondió el sirviente más tranquilo, salió de la habitación y cerró la puerta volviéndola a dejar sola en su miseria.

**Fin.**

## Descarada

(Romance erótico)

*Cuando tienes una vida que es una sucesión de rutinas y no encuentras la manera de cambiarla. Estás muerta en vida y a nadie parece importarle lo que te sucede. Tomas una decisión que parece colmar tus expectativas, pero con el típico miedo del que dirán.*

*¿Quién tiene el derecho a juzgar, cuando nadie sabe sobre ti?*

*¿Es justo que, por miedo, no te atrevas a vivir, aunque sea una sola vez, tus sueños?*

**H**acía mucho tiempo que su vida se había convertido en una aburrida rutina, nada le llamaba la atención. Sus amigas le decían que era demasiado estructurada, si no cambiaba su manera de ser acartonada, jamás sería feliz. Ginebra había comenzado a pensar que tenían razón. Se propuso buscar ideas que la satisficieran y a su vez poder continuar con su vida como hasta el momento. Tomó un anotador y comenzó a escribir lo que le venía a la mente. Algunas ideas directamente las desechó por imposibles, riéndose de ella misma. Otras las comenzó a releer con cierta curiosidad, tendría que analizar que la llevó a tener esos pensamientos. ¿Qué le hacía falta a su vida para que casi sin darse cuenta escribiera esa locura?

Tenía que replantearse qué era lo que quería para su futuro, cómo lo quería y con quién. Estuvo todo el mes abocada a descubrir lo que le hacía falta para sentirse plena y creía que al fin lo había logrado. Era una idea loca, descabellada, pero era lo único que realmente le había interesado y ¿que era la vida si uno no probaba de todo para saber si le gustaba? Esa misma noche lo pondría en práctica.

El momento de la verdad había llegado...

—¡Dos minutos para subir al escenario! —gritaron fuera de la puerta.

El camerino era pequeño, pero con todo lo necesario para arreglarse para su presentación, tenía un baño privado pequeño, pero cómodo. Se sentía ansiosa, era su primer baile y aunque lo había practicado miles de veces, los nervios

podrían traicionarla. Se colocó una larga capa sobre su atuendo y salió a recorrer el pasillo que la conduciría hasta el escenario. El dj la estaba presentando en ese mismo instante, no había vuelta atrás, no podía arrepentirse. Tenía que salir y enfrentar a un público que se escuchaba entusiasta.

Ginebra hizo dos inspiraciones profundas, cerró los ojos por espacio de unos segundos y se lanzó a su presentación con todo lo que tenía, comenzaba a sonar su tema. Todo dependía de ella a partir de ese momento. Las luces se apagaron quedando unos focos rojos centrados en el escenario enfocando la única silla que la esperaba impaciente. Man, I feel like a woman, de Shania Twain, comenzó a escucharse en la sala que de pronto se había quedado en un inquietante silencio. Había hecho su ingreso al escenario y se quedó allí parada mirando aturdida, no esperaba que estuviera lleno de gente, no podía verles los rostros. Pero sentía que la miraban expectantes y dispuestos a presenciar el mejor de los espectáculos. El dueño le había advertido que tenía que ser la mejor o sentiría vergüenza ante los abucheos que le dedicaran, era un público difícil.

Se fue acercando a paso lento mientras la fina capa caía en una delicada cascada, recorriendo su cuerpo desde sus hombros hasta terminar en el suelo. Sus altos stiletos completaban el cuadro de fina sensualidad que intentaba transmitir. Estaba nerviosa, pero eso no impediría que hiciera su rutina. Apoyó una de sus manos en el respaldo de la silla que la esperaba para ser su partenaire y movió sus caderas de un lado a otro al ritmo de la música, con la mano libre acariciaba su cuerpo desde el hombro hasta donde el largo de su brazo le permitía llegar. Les mostraba con el gesto, lo que verían a continuación.

Esa noche Ginebra se sentía sexi y quería transmitírselo a su público, en especial a él, que sabía que se encontraba allí. Neil, según había escuchado que se llamaba. Mientras se contoneaba al ritmo de la música, se iba quitando las prendas que cubrían su cuerpo una a una. El ritmo la invitaba a moverse provocativa. Poco a poco se fue desabrochando la blusa de forma muy lenta, abrió los laterales para descubrir su delicado sostén de encaje. Miró a la gente, aunque no la veía en realidad, con una sonrisa cómplice. No se la quitó, en cambio continuó bailando, recorriendo el escenario con destreza. Sus sensuales pasos sobre los altos tacones marcaban el son de la música. Estaba exultante. Le tocó el turno al cierre de la pequeña falda, luego de abrirlo se puso de espaldas con las piernas entreabiertas, se giró para mirarlos con picardía y bajó su cuerpo arrastrando con sus manos la falda hasta sus tobillos. Su parte trasera quedó a la vista de todo el mundo, aunque cubierta por una pequeña tanga y sus medias.

Sabía que la estaban mirando embobados, sabía que él no le quitaba la vista

de encima. Lo estaba calentando sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Ese simple detalle la encendía y la llevaba a ser más incitante. Volvió a su silla y se sentó con ambas piernas abiertas mientras se acariciaba los muslos y con mirada lasciva recorría a su entusiasmado público. En ese momento el iluminador hizo un paneo de la gente con una luz blanca y la dejó congelada sobre Neil, seguro que ha pedido suyo. Sus miradas se cruzaron, aunque a la distancia, se podían ver. Los ojos de ella prometían mucho, los de él que tomaría todo lo que se le antojara, en ese momento estaba a su merced, pronto llegaría su turno.

Quería que supiera que la estaba mirando y que ella debía mirarlo solo a él. Lo había logrado, no podía dejar de pensar en cuanto lo estaba excitando. Aunque en el salón había muchísimos hombres, a ella solo le interesaba Neil. Para él era todo lo que había preparado y ensayado solo por ver el fuego en su mirada. Por sentir que su piel ardía de necesidad cuando estaba presente frente a ella.

Dispuesta a tenerlo concentrado en su cuerpo, se volvió a parar, desprendió el ligero de sus medias con pasmosa lentitud, apoyó un pie en la silla y comenzó a bajar la media por su muslo. Luego la retiró del pie junto con su zapato, sin dejar de provocarlo con la mirada. Le tocó el turno a la otra pierna que se tomó más tiempo en repetir el movimiento. Giró con un pase de baile para quedar de espaldas al público detrás del respaldo de la silla.

*Voy a salir esta noche, me siento bien*

*Voy a dejar todo colgando*

*Quiero hacer algo de ruido, realmente levantar mi voz*

*Sí, deseo gritar y gritar*

*Ninguna inhibición, hace ninguna condición*

*Salirme un poco de la raya*

*No voy a actuar políticamente correcta*

*Yo solo quiero pasarla bien*

*La mejor cosa sobre ser una mujer*

*Es la prerrogativa para tener un poco de diversión y...*

El tema musical expresaba lo que quería y lo que sentía, se atrevería a todo para conseguirlo. Era su momento y estaba dispuesta a disfrutarlo. Tomó decidida ambos laterales de su blusa y la deslizó lentamente por sus hombros hasta tomarla entre sus manos y lanzarla al público sin detenerse a mirar donde caía. Volvió a colocarse detrás de la silla de espaldas a sus admiradores y se quitó el sostén que también arrojó por los aires. Tapándose sus pechos con un brazo y con apenas su tanguita se despidió con una reverencia y se escabulló hasta su camerino. Antes se envolvió en su capa que un asistente le sostenía fuera del escenario.

En ese momento comenzaron los aplausos, gritos y silbidos. Gritaban por ella, para que volviera, pedían repetición. Se sentía eufórica, no la habían abucheado, les encantó, rumiaba su triunfo mientras corría por el pasillo hasta el camerino.

Entró a la reducida habitación temblando de los nervios por su audacia, se había pasado de la raya, no había planeado quedarse casi totalmente desnuda. Sin saber qué hacer comenzó a revolver entre su bolso buscando su ropa de calle, luego decidió que primero se quitaría el maquillaje. En ese momento se escucharon unos golpecitos a la puerta y enseguida entró alguien, la tomó de la cintura por la espalda y la arrastró al pequeño baño.

Por el espejo alcanzó a ver que se trataba de Neil, murmuraba incoherencias en su oído mientras le besaba el cuello con pasión. No alcanzó a decir nada, intentó removerse entre sus brazos, pero él no se lo permitió, tomó sus labios y los besó a conciencia, con necesidad. La volvió de frente a él y atrapó uno de sus pezones en la boca, con la mano libre torturaba el otro. Ginebra aprovechaba para acariciar los músculos de su espalda y brazos mientras lo tenía todo para ella. Era alto y macizo, pura fibra, todo virilidad, un hombre muy bien dotado y muy bien formado. El sueño de toda mujer y por qué no de algún que otro hombre.

En ese momento era suyo, su fantasía, luego se ocuparía de su realidad. Neil totalmente ajeno a sus pensamientos, se daba un festín con su cuerpo, acariciándolo sin reparos hasta llegar al punto donde se concentraban todas sus terminaciones, donde podía escucharla gozar y hacerlo él también. Allí se entretuvo por varios minutos, aunque sabía que no le quedaba mucho tiempo, cualquiera podría entrar y a pesar de estar en el baño se darían cuenta lo que estaba sucediendo allí.

A él no le importaba, nadie lo volvería a ver por ese lugar, pero creía que para ella sería incómodo si los atrapaban en esa guisa. Ella totalmente desnuda



porque acababa de romperle la ropa interior, él sin camisa y con los pantalones a los tobillos, hermosa imagen. Se ocuparía si llegaba el momento de hacerlo. Se agachó un poco para poder sacar un preservativo de su bolsillo y se lo colocó a toda prisa, volvió a mirarla y lo que vio le quitó el aliento. Estaba hermosa, excitada y lista para recibirlo en su cuerpo.

Los labios hinchados por sus besos, entreabiertos, con los ojos cerrados, las mejillas arreboladas y la respiración agitada. Más abajo estaba empapada y temblorosa, preparada para recibirlo y no se hizo esperar mucho más. Pero antes decidió que quería probarla a conciencia. Se arrodilló y con su lengua barrió cualquier escrúpulo que hubiesen tenido por el momento y el lugar, sus gritos se hicieron más fuertes y las ansias de él más imperiosas, probó y volvió a probarla sin que nada le pareciera suficiente.

Aunque no estaba satisfecho de ella, el tiempo se le acababa, se paró y se posicionó en su entrada y de una sola estocada fue por el mayor de los placeres. La penetró hasta el fondo y se quedó allí saboreando el calor de su cuerpo que lo recibió en un apretado agarre. Esperó a que ella lo mirara y comenzó a moverse casi con desesperación, nada le parecía suficiente, por lo que la levantó y acomodó las piernas alrededor de su cintura. Abierta y entregada solo a él.

Estaba totalmente atrapada entre la pared y su duro cuerpo y no le importaba nada más que sentirlo dentro de ella. Necesitaba más de él, lo necesitaba todo y lo obtendría, se acomodó para poder moverse y acompañó las estocadas que los estaba llevando a ambos a la cima, el peligro de ser descubiertos era un plus agregado a la pasión desatada en el pequeño baño. Las acometidas de Neil una y otra vez, sus labios recorriéndole la piel, sus manos que la acariciaban y la excitaban sin darle tregua, la enviaron directamente a explotar sin poder contenerse.

Él atrapó los gritos en su boca y continuó moviéndose hasta alcanzar su propio clímax, se quedaron allí muy quietos por miedo al que el cuerpo no les respondiera, todavía sentían los temblores del éxtasis devastador que los alcanzó. Pero tenían que moverse, salir del pequeño lugar y marcharse.

Neil reaccionó primero, se separó de su cuerpo con delicadeza y la ayudó a bajarse, abrió la puerta del baño y la condujo hasta un pequeño sillón en el rincón. Se quitó el preservativo, lo tiró a la basura y se vistió. Volvió con ella, no sabía qué hacer, estaba indeciso, al final la tapó con la capa, le dio un beso en la frente y se marchó sin decir nada.

A los pocos minutos Ginebra reaccionó de la maravillosa fantasía en que se

había sumergido, se paró frente al espejo y se quitó el maquillaje. Buscó su ropa que había dejado sobre la silla y se vistió, acomodó su cabello y se colocó una campera y subió la capucha, en un intento por conservar su identidad. Había vuelto a la realidad y sentía vergüenza de que alguien la reconociera, el dueño le había asegurado que nadie la vería. Abrió la puerta del camerino y miró a ambos lados del pasillo. No había nadie, salió a pasos rápidos hasta la puerta que la conducía a la calle. Allí respiró aliviada, había cumplido con su fantasía y era el momento de volver a su casa, su marido de seguro la estaba esperando, había tardado mucho en arreglarse. Caminó apurada hasta su auto y manejó en total silencio hasta su casa, aunque las imágenes de lo que había hecho esa noche se sucedían una a una en su mente.

Cuando llegó dejó el auto en el garaje y se dirigió al dormitorio, el apartamento estaba en penumbras, su marido dormía. Se sacó la ropa sin hacer mucho ruido y entró al baño a tomar una ducha. Cuando cerró la lluvia, seguía atónita, no podía creer que se hubiera animado a bailar y a quitarse la ropa, así como así delante de tantos hombres. Se secó el cuerpo y se cubrió con una bata, estaba agotada física y mentalmente.

Tratando de no hacer ruido para no despertar a su marido, se dirigió a la habitación que ocupaba su amiga Natalia y el novio. Estaban de visita en su apartamento, pero a Natalia la había llamado de urgencia su madre y no quiso que Neil la acompañara.

—Tardaste mucho en volver —dijo en un susurro.

—Me di una ducha antes de venir a tu cuarto.

—Ven aquí. ¿Cómo estás?

—Mejor que nunca, pero me siento un poco culpable.

—¿Culpable? ¿Me lo demuestras metiéndote en mi cama desnuda?

—Shhhhh, ¿acaso quieres que mi esposo nos escuche? No me siento tan culpable como para desaprovechar las pocas horas que nos quedan juntos — aseguró sin una pizca de remordimiento.

—Sabía que eras una pícara desvergonzada, sin escrúpulos, simplemente había que ayudarte a descubrirlo.

Neil volvió a amarla con la misma intensidad que después de su baile, lo había atrapado en sus redes, lo que él no sabía es que ella no tenía pensado soltarlo.

**Fin.**

## **Pon en marcha tu vida**

(Romance homoerótico)

*Cuando estás entregado a la vida, la tomas como viene y la vives lo mejor que se puede. Pero no todos piensan como Javier, otras personas creen que tanto a ella como al destino hay que ayudarlos. Qué mejor incentivo que un viaje, para descubrir las bondades que se te conceden. Ahora... ¿es posible cambiar tu destino, cuando crees que todo está perdido?*

**J**avier Navarro había sido entrenado casi toda su vida para formar parte de las fuerzas especiales. Eran los mejores y los más letales. Pero en los últimos años lo único que hizo fue trabajar y nada más. Decidió tomarse un tiempo libre para respirar y ocuparse de su persona. Hacía un par de años que se había comprado una moto, su Ducati lo esperaba ansiosa de salir a correr por las rutas y eso haría. No tenía muy claro su destino, pero tomaría la legendaria “Ruta 66” a donde lo llevara.

Partiría al alba desde los Ángeles hasta donde su alma le gustaría anclarse, el cielo era el límite y hasta allí iría, si eso lo hiciera sentirse completo. Tenía familia y amigos, pero nunca pudo evitar sentir un doloroso vacío en su interior. No sabía qué o a quién necesitaba para sentirse completo, pero lo averiguaría. No era de las personas que se sentaban a esperar a que le llegara la suerte caída del cielo. Él saldría en búsqueda de un destino que se adecuara a su estilo de vida.

Al despuntar las primeras luces del día se colocó su mochila y partió con rumbo desconocido. Casi había olvidado lo bien que se sentía no tener responsabilidades, ni tareas pendientes que lo mantuvieran alerta. Era solo él y su alma camino del descanso, la paz y la tranquilidad y si de paso a eso se le podía sumar algún encuentro amoroso, mejor que mejor.

La ruta estaba tranquila, algunos vehículos lo adelantaban solo para admirar su preciosa Ducati. Cuando llegó la noche paró en un Motel del camino curiosamente llamado “ruta 69” para descansar unas horas y retomar apenas amaneciera nuevamente. Fue hermoso poder contemplar el nacimiento del sol en

el horizonte, era curioso que nunca lo había tomado en cuenta. Sentía que se estaba poniendo viejo, prestaba mucha más atención a cosas que antes jamás se le habían pasado por la mente.

«¿El amanecer?»

Era hasta ridículo que le gustaran esas tonterías, quizás también se estaba ablandando. Siempre fue conocido como un hombre duro, déspota, sin nada de paciencia, acostumbrado a actuar primero y preguntar después. Pero en los últimos tiempos sentía que necesitaba algo más, ya no le servía ser o parecer malo. Buscaba otra cosa para su vida, aunque no tenía para nada claro qué era, sabía que en ese viaje lo descubriría.

Su segundo día sobre la ruta, no había sido tan tranquilo como el primero. Un motociclista con su Harley Davidson no dejaba de atravesársele o por el contrario de seguirlo, lo estaba poniendo de muy mal carácter. Debía ser de esos tantos niños ricos con un juguete nuevo, que se aburría en las desoladas rutas. Pero él no estaba de humor para interactuar. Aceleró su Ducati y no volvió a ver a su molesto compañero por unos cuantos kilómetros.

Pero como todo lo bueno siempre se termina pronto y cuando pensó que no lo volvería a encontrar, apareció nuevamente detrás de él. Al parecer a don Davidson no le había gustado que Ducati le hiciera morder el polvo. Pero esa vez decidió no darse por enterado que lo seguía y continuó su camino. Cuando el cansancio comenzó a hacer su aparición decidió entrar a la ciudad de Santa Fe y buscar hospedaje.

Para su sorpresa el señor Davidson, hizo exactamente lo mismo, siguiéndolo muy de cerca. Cuando paró la moto donde le pareció que sería un lugar adecuado para descansar y se sacó el casco, lo miró directamente y se acercó a hablarle. El cartel del motel volvió a llamar su atención, también se llamaba “Ruta 69”, descartó el pensamiento y fue por lo que lo ocupaba en ese momento.

—¿Me estás siguiendo?

—Por supuesto que no, solo es una coincidencia que vayamos a los mismos lugares —respondió Davidson.

—No creo en coincidencias —dijo Javier.

—¿No? ¿En el destino tampoco? —preguntó divertido Davidson.

—No creo en tonterías —respondió mientras entraba en el pequeño motel a pedir un cuarto.

Una vez que arregló con el conserje fue a guardar su moto a la cochera, no había vuelto a ver al tipo por lo que pensó que podría ser de verdad una coincidencia. Pero al estacionar su Ducati, la imponente Davidson negra estaba allí guardada. El desgraciado estaba detrás de él desde que salió del último lugar

donde había parado a descansar. Lo estaba siguiendo de eso estaba seguro, lo que había planeado como unas tranquilas y agradables vacaciones, seguramente no terminarían de esa manera.

Era solo cuestión de tiempo y paciencia averiguar quién era y por qué lo seguía y como no tenía pensado abandonar su descanso lo haría cuando tuviera ganas. En su profesión había aprendido que la paciencia en algunos casos era una virtud, claro que él no era muy conocido por su espíritu paciente. Este caso era diferente, no pensaba alterarse por nada, ni mucho menos someter a su cansada mente a trabajos forzados. Si los hechos y pistas llegaban solos a sus manos los tomaría en cuenta, pero no pensaba salir a buscarlos.

Quería olvidarse de todo lo que había sido su vida hasta ese día, se merecía un descanso físico y mental y un poco de diversión, bueno... ¿para qué mentir? Merecía mucha diversión. Pidió la cena en la habitación, se dio un baño reparador y se tiró sobre la cama a esperarla, mientras miraba televisión. Hacía mucho tiempo que no pasaba sus horas holgazaneando y debía admitir que era un estado nuevo para él. Si le llegaba a tomar el gusto a estar sin hacer nada, iba a ser difícil que su jefe volviera a contar con su presencia. No necesitaba trabajar, tenía suficiente dinero para gastar en esta vida y en la próxima también, lo hacía por gusto.

Su trabajo de investigar, rastrear y atrapar a los delincuentes más temidos le fascinaba, por supuesto que era muy peligroso. Pero había aprendido a defenderse bastante bien y a ser casi invisible cuando era necesario, eso muchas veces le había salvado la vida. Estaba entrenado para ocuparse de los casos especiales, donde todas las demás entidades gubernamentales habían fracasado. Ellos entraban en escena y nunca desistían hasta que quedara resuelto como era debido.

Aunque le encantaba su trabajo estaba cansado y esas vacaciones eran en especial para averiguar si quería continuar haciéndolo o retirarse. Necesitaba saber si tenía una vida de la cual ocuparse o solo existía el trabajo y al dejarlo le quedaría un vacío imposible de llenar. Tenía mucho que evaluar y muchas razones que considerar antes de tomar una decisión.

Se levantó al alba como siempre y luego de cerrar la cuenta del hotel, fue por su Ducati para continuar su viaje. El señor Davidson continuaba allí, por lo que sería poco probable que lo volviera a ver, se estaba volviendo paranoico al creer que lo seguían. Retomó nuevamente la ruta y continuó su camino y su examen de conciencia. Era muy liberador y esclarecedor, manejar y evaluar lo que había vivido.

Muchas experiencias malas, otras tantas buenas en lo personal como en lo

profesional. Tenía muchos amigos, con Gastón eran incondicionales, pero no podía quitarse la sensación de soledad de su mente. Saber que tanto sus amigos, como su primo habían logrado encontrar con quien compartir sus vidas, había removido en él viejos anhelos. Muchos de ellos perdidos en el olvido, como el amor, hacía tiempo que había dejado de pensar que en algún momento de su vida lo encontraría.

Seguía su ruta y sus pensamientos, hasta que su instinto de supervivencia le avisó que algo no estaba bien. No podía explicar qué era, lo sentía en el aire y su olfato jamás le había fallado. Había dejado atrás Amarillo hacía unas horas, por lo que tendría que poner acelerador a fondo hasta llegar a Oklahoma. Allí se enteraría de que se trataba su inquietud sin lugar a duda, no había visto a Davidson por ninguna parte, pero el mal presentimiento no creía que tuviera nada que ver con él.

Apenas entrando a la ciudad lo recibió una lluvia de disparos hechas con silenciadores, tuvo que agacharse sobre su moto y acelerar para salvar su vida. Cuando miró a su lado en ese mismo momento lo adelantaba Davidson al parecer sin enterarse de lo que sucedía, o ignorándolo sabiendo que no era para él. No tenía ni idea qué era todo aquel despliegue, pero no parecía nada bueno. Lo perseguían y esos disparos, no eran de advertencia, querían matarlo, esa era la mala noticia, la buena era que los había perdido por el momento. Se escabulló por callejuelas y casi a la salida de la ciudad encontró un pequeño hotel, volvió a llamarle la atención el nombre “Ruta 69”, al parecer todos se llamaban igual. Allí solicitó una habitación y escondió su moto en la cochera.

Todo era muy raro desde el recibimiento con disparos hasta el hotel que había elegido. Si lo pensaba con detenimiento, todo parecía un *dejà vu*, esa sensación de haber estado en ese sitio. Estaba seguro de que había estado antes en el mismo lugar, pero era imposible, era la primera vez que visitaba la ciudad. Esa era una de las razones porque había escogido la “ruta 66” para sus vacaciones, quería conocer todas las ciudades importantes desde Los Ángeles a Chicago. La ruta no se podía seguir en toda su extensión, pero cada vez que era posible la retomaba. Al haberse convertido en una ruta secundaria, era menos transitada que la principal.

Cuando fue a registrarse a su habitación por el pasillo del hotel, de la puerta de al lado de la que era su habitación salió el señor Davidson. Sin pensárselo dos veces lo tiró contra la pared y le apretó el cuello hasta dejarlo casi sin aire.

—¡Quiero respuestas y las quiero ahora! —gritó Javier.

—Te las daría si supieras las preguntas —balbuceó el tipo.

Con su fuerza no tuvo ningún problema en meterlo dentro de su cuarto, tiró

las llaves de la moto sobre la cama y volvió a aplastarlo contra la pared.

—Te aconsejo que no te hagas el gracioso, no tengo mucha paciencia y ya me hicieron enojar —dijo Javier con una furia apenas contenida.

—Yo... yo no he hecho nada —trató de decir el tipo con el poco aire que Javier le permitía respirar al apretarle el cuello.

—¿Vas a continuar diciendo que es una coincidencia que nos encontremos? ¿Es una casualidad que tengamos la misma ruta vocacional? —preguntó con sarcasmo Javier.

El tipo vaciló por unos momentos y luego negó con la cabeza.

—¿No qué? —preguntó Javier, irritado.

—No estoy de vacaciones, estoy trabajando y esta es mi ruta marcada —dijo extendiendo un papel que hasta el momento Javier no se había dado cuenta que llevaba en la mano.

Lo agarró para leer y era verdad lo que decía, bueno él sabía que era verdad. Había interrogado a infinidad de sospechosos para leer en sus ojos que no tenía idea de lo que le estaba hablando. Lo soltó y le pidió que tomara asiento en la silla contigua a la amplia cama donde se sentó él.

—Al parecer alguien nos sigue, pero no sé a cuál de los dos, algo raro está pasando —explicó Javier.

—¿Por qué piensas que nos siguen y qué es lo raro que sucede? —preguntó sin entender Davidson.

—Apenas entramos a la ciudad, nos recibió una lluvia de disparos ¿acaso no la has escuchado? —pregunto Javier.

—Venía escuchando música, no he oído nada —aseguró Davidson.

—¿No te parece extraño que los hoteles en los que nos hospedamos sean todos iguales? Todos tienen el mismo nombre —insistió Javier.

Davidson no pudo contener una sonrisa, que Javier no alcanzó a comprender. Pero sí supo que algo extraño le pasaba con el tipo, le gustaba, le caía bien y que riera en momentos de incertidumbre como este le alegraba el alma. Era muy raro que Javier se sintiera tan bien con un completo extraño.

—¿Dije algo gracioso? —preguntó Javier.

—Que los hoteles son todos iguales no es una conspiración en tu contra, más bien un capricho de mí desquiciado padre —explicó el tipo.

—¿Eres el dueño de los hoteles? Discúlpame por lo de hace un momento, mi nombre es Javier Navarro y creo que uno de los dos tiene problemas —dijo Javier.

—Mi nombre es Yago Lesmann y el dueño de los hoteles es mi padre, soy solo un empleado más —aseguró Yago.

—¿Sabes si tú o tu padre tienen algún enemigo? —preguntó Javier.

—No creo tener enemigos, en cambio mi padre los colecciona y a veces tiendo a pensar que disfruta haciéndolos —respondió Yago.

—Si no te llevas bien con tu padre, ¿porque trabajas para él? —quiso saber Javier.

—En realidad trabajo en bienes raíces, esto es solo temporal. Cuando mi padre enfermó no pudo ocuparse de su cadena hotelera y es la herencia de mi hermano menor. Decidí tomar las riendas del negocio hasta que tenga la edad suficiente para hacerlo —explicó Yago.

—Entiendo, imagino que habrá muchos que deben querer tener el control de los hoteles —especuló Javier— creo que eres tú quien tiene problemas y al viajar los dos en moto y por el mismo camino, han pensado que estábamos juntos.

—Lamento que te encuentres en problemas por mi culpa, puedes cambiar tu ruta de viaje si no tienes rumbo fijo —especuló Yago esperando una negación a su sugerencia.

—Problemas es mi segundo nombre, no te preocupes por mí, deberías tomar precauciones para cuando intentes dejar la ciudad —dijo Javier.

—¿Qué tipo de precauciones? Simplemente soy un trabajador llevando los registros al día, no llevo dinero —aseguró Yago.

—Por ser el hijo mayor deben creer que heredarás la cadena hotelera, es una muy buena razón para quererte muerto —explicó Javier.

—No entiendo por qué, no es un negocio que produzca dinero, no de la manera que lo lleva mi padre —aseguró Yago.

—Tú lo has dicho, no de la manera que lo lleva tu padre, pero una persona entendida podría hacer millones con ellos —aseguró Javier.

—Lo que más me preocupa en este momento es que mi hermano esté en peligro —expresó Yago.

—¿Dónde está tu hermano? —preguntó Javier.

—En el internado hasta las vacaciones de verano.

—¿Cómo se llama?

—Mariano Dennis —respondió Yago.

Javier tomó su celular y llamó a un par de personas, luego de consultarle a Yago el nombre de la institución, dio un par de instrucciones y colgó. Pero no dejó de mirarlo intrigado ¿si tenían el mismo padre, porque no el mismo apellido? Habría tiempo más adelante para las explicaciones, por el momento debía mantenerlo con vida.

—Tenemos cubierto a Mariano, no te preocupes que no se dará cuenta que lo



están cuidando —aseguró Javier.

—¿Quién eres? —preguntó Yago.

—Hasta el momento era un hombre de vacaciones, al parecer mi trabajo no piensa dejarme, aunque yo haya pensado dejarlo a él —respondió Javier.

—¿Qué trabajo es ese? —insistió Yago.

—Soy agente entrenado de las fuerzas especiales.

—Tu trabajo es muy peligroso ¿porque estás tan seguro de que no es a ti a quien persiguen? —insistió Yago.

—No soy una persona conocida entre los delincuentes, en realidad mi trabajo consiste en ser invisible —aseguró Javier.

Yago se quedó pensando por unos segundos sin dejar de mirarlo, luego esbozó una perezosa sonrisa que Javier no supo cómo interpretar.

—¿Dije algo gracioso?

—No es nada, tonterías mías —aseguró Yago poniéndose serio ante su situación— ¿Cómo continúo con mi trabajo sin que me maten?

—Dado que tenemos el mismo itinerario iré contigo, seré tu guardaespaldas —aseguró Javier con una sonrisa depredadora.

Esa noche cenaron en la habitación de Yago, mientras le explicaba cómo funcionaba el negocio hotelero llevado por su padre, y su recorrido. No sería fácil protegerlo, pero tampoco imposible, a Javier había empezado a importarle mantenerlo con vida y eso haría. Cuando terminaron de beber la última botella de vino, Javier se retiró a su habitación a descansar. No era lo que hubiese deseado hacer en realidad, normalmente nunca mezclaba trabajo con placer. Cuando estuviera resuelto el problema y que la vida de Yago no corriera peligro se ocuparía de la parte personal, sin ninguna duda.

A la mañana siguiente se levantó temprano, preparó su morral de viaje y fue en busca de Yago. Lo acompañaría todo el recorrido hasta finalizarlo y lo mantendría con vida mientras su primo Gastón Navarro investigaba qué era lo que estaba sucediendo.

Cuando llegó a la habitación de Yago se encontró con la puerta entreabierta y supo que algo había pasado. Dentro del cuarto estaba todo destrozado y revuelto, al parecer había luchado para que no se lo llevaran. Javier no podía parar de maldecir, le había prometido hacía apenas unas horas que lo mantendría a salvo. Saldría a buscarlo y mataría a golpes a quien se lo llevó, al menos así descargaría su frustración.

A Yago lo habían amenazado, insultado, golpeado, atado y amordazado y aun así solo lograba concentrarse en Javier. Era lo único que tenía en mente, en lo

único que podía pensar desde que lo había visto. En un principio lo sintió como a una persona de sentimientos inalcanzables, luego de haber compartido una cena informal y una conversación sustancial, no lo creía así. Javier ponía pasión en todo lo que hacía, le imprimía un sello personal a sus acciones y a Yago lo enloquecía. Aunque se había comportado ante él como todo un profesional, no había permitido dejar ver nada personal, ni demostró ningún interés en especial.

Yago sabía que para eso necesitaría tiempo, conocerlo y dejarse conocer, quizás así podía llegar a cultivar algo entre ellos, o quizás solo estaba delirando a consecuencia de la paliza recibida. Apenas se había enfriado la nueva discusión con su padre sobre sus inclinaciones sexuales, que estaba pensando nuevamente en ellas. En cómo hacer para asegurarse un lugarcito en el corazón de Javier, lo que era una completa idiotez, no saldría con vida de la situación en la que se encontraba. Estaba sentenciado.

Los dolores de la golpiza lo adormilaron y por momentos parecía estar entre nubes, flotando, moviéndose entre la bruma. Su cuerpo no le dolía, había tenido una milagrosa recuperación.

«O por el contrario había muerto».

Javier preparó unas cosas en su mochila y volvió a la entrada de la ciudad donde lo habían recibido con disparos. Siguió algunas huellas, siempre sigiloso, sin ser visto y sin llamar la atención de nadie. Alquiló una habitación en un motel a la salida de la ciudad, y de a poco llevó sus cosas y las de Yago, se ocupó de guardar las dos motos para una salida rápida. Con todo listo siguió buscando pistas y recibiendo información tanto de Ángel, como de Gastón. Luego de un par de horas, se dirigió a un bar cercano al lugar donde Yago había sido visto por última vez, pidió una botella de whisky y se sentó en una mesa en un rincón, con la cabeza tapada con su gorra. Todo indicaba que dormía la borrachera tranquilamente, aunque en realidad escuchaba las conversaciones de las mesas alrededor y del dueño del bar con los clientes.

Así recolectó un par de informaciones que lo llevaron directamente donde tenían escondido a Yago. Solo había dos cuidadores a los que redujo fácilmente, sin hacer ruido para no alertar a nadie más. Yago estaba amordazado en una cama e inconsciente, trató de despabilarlo y con su poca ayuda lo arrastró hasta llegar lo más lejos posible. Tomó un taxi hasta el motel y allí una vez a salvo se dedicó a atenderlo. Había dejado a los delincuentes atados, para que cuando los encontraran, pensarán que ellos habían dejado la ciudad. Como tenía experiencia en este tipo de secuestro había llevado lo necesario para ocuparse de sus heridas.

Le había administrado sedantes para el dolor, por esa razón entraba y salía de

la inconsciencia. Había hecho algunos llamados para estar más enterado de la situación y Ángel Trelles le envió un completo informe con sus averiguaciones. Cuando Yago estuviera en condiciones para retomar su viaje lo harían sabiendo a qué atenerse y obraría en consecuencia. Después de dos días de descanso al fin despertó con muchos interrogantes.

—¿Dónde estoy? —gritó Yago.

—Tranquilo, estás conmigo, no volveré a descuidarme te lo aseguro —informó Javier.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó sin recordar mucho de lo sucedido.

—Después de que me fui a mí habitación, te atacaron y secuestraron —explicó Javier.

—¿Cómo me encontraste? —quiso saber Yago.

—Eso es porque soy muy bueno en lo mío —aseguró Javier sin modestia.

—Tu humildad te precede, ¿verdad? —ironizó Yago.

Pasaron un par de días hasta que Yago se recuperó lo suficiente para subir a la moto y continuar con su viaje. Javier lo acompañaba como un simple espectador a la vista de todos, pero realmente ejercía de guardaespaldas. Tenía cierta información que esperaba que Ángel la rectificara, si era cierto, el que estaba detrás de los ataques era nada más y nada menos que su padre.

«¿Cómo se le dice a alguien que su propio padre lo quiere asesinar?»

Apenas llegados a Tulsa y de dirigirse directamente al hotel “Ruta 69” como todos los demás, Javier supo que algo no andaba bien. Aparte de que el nombrecito de los hoteles lo tenían hartado, algo en el aire le decía que estaban en peligro. De igual manera entraron y al hacerlo, los recibió un tipo a cada uno, Javier lo miró y Yago entendió perfectamente que debía tirarse al suelo tras su señal. Así lo hizo y en un despliegue de golpes y tiros los redujo a ambos sin necesidad de que corriera sangre. Los ató y los llevó a una de las habitaciones para interrogarlos.

No podía creer en lo que se había convertido sus vacaciones, no pensaba continuar viviendo su vida en constante peligro. Tenía que tomar una decisión sobre su futuro, cambiar radicalmente su profesión, era tiempo de hacer algo más por sí mismo. Si quería un futuro con alguien a su lado primero tenía que construir un nuevo presente. Yago le parecía una buena alternativa, le gustaba su forma de ser, era divertido y la diversión faltaba mucho en su vida solo tenía que averiguar si estaba interesado. Además, había algo que lo atraía hacia él como un imán, pero no sabía qué era, aunque pronto lo averiguaría.

En la otra habitación esperaba Yago sin saber qué era todo lo que estaba pasando. Cuando inició ese viaje lo había hecho planeando una seducción a toda

regla. Sabía que Javier sería difícil de atrapar, quería primero asegurarse de tener su corazón. Todo se había salido de control, no esperaba que lo siguieran e intentaran matarlo. Quería saber qué estaba sucediendo, quién era responsable de los atentados sufridos y ojalá no fuera lo que estaba pensando.

Temía que, si sus sospechas se hacían realidad, no sabría cómo manejarse, qué hacer o qué decir para ponerle fin a esa locura. Desde luego que no se sometería a ningún chantaje por parte de nadie, su vida le pertenecía y no estaba dispuesto a dejarse manipular.

—¿Averiguaste quién está detrás de los atentados? —preguntó Yago impaciente.

—Sí y no sé cómo decírtelo —respondió Javier.

—Es mi padre —aceptó, no tenía que preguntarlo.

—¿Tenías sospechas de que tu padre quería matarte? ¿También sabes el motivo? —preguntó Javier.

—Presumía que algo podía querer hacer conmigo, jamás imaginé que fuera a deshacerse de mí de esta manera —aseguró Yago.

—¿Puedes contarme de qué se trata todo esto, lo sabes? —interrogó Javier.

—Lo sé, hace unos años mi padre heredó la cadena de hoteles, de su único hermano, se había alejado de la familia hacía muchos años, incluso se había cambiado el apellido para que no los relacionaran. No lo quería cerca, ni de él, ni de nosotros —comenzó a relatar Yago.

—¿Sabes por qué? —preguntó Javier.

—Por vergüenza, por esa misma razón quiere desaparecerme, imagino que teme que mi hermano se contagie también —dijo en un hilo de voz Yago.

—¿Contagie? —preguntó Javier sin entender, no lo veía enfermo al contrario gozaba de muy buena salud y un admirable y musculoso cuerpo.

Trató de centrarse nuevamente en el tema que lo preocupaba en ese momento, habría tiempo para ocuparse de cosas más placenteras después.

—De mi forma de vida, para él no es otra cosa que una enfermedad, no comprende que algo tan bochornoso para él exista y sea normal —respondió Yago.

Javier lo miraba sin entender de qué hablaba, el padre de Yago no aceptaba su forma de vida. A menos que fuera traficante de drogas o asesino profesional, no tenía ni idea a que se refería a menos que...

—No entiendo a qué te refieres —dijo Javier que prefirió que se lo dijera antes de decir algo que pudiera ofenderlo.

—Es uno de los tantos homofóbicos que hay en este mundo y de los que creen que tus elecciones de vida son una enfermedad —aseguró Yago con cierto dolor.

—Entiendo, no te preocupes que lo resolveremos —aseguró Javier, retirándose a su cuarto, tenía mucho en que pensar.

Yago había quedado dolido al entender que era su propio padre quien lo quería matar. Necesitaba tiempo para procesar los hechos y tomar decisiones de sus próximos pasos. Javier también tenía mucho en qué pensar, ciertas similitudes que volvían a su vida lo desconcertaban. Aunque no obraría de igual manera, era un adulto, ambos eran adultos y dueños de sus propios destinos.

Las ironías de la vida le habían vuelto a poner la misma historia en su camino. Aunque nunca se había permitido volver a revivir lo sucedido cuando apenas entraba en la adolescencia. Llevaba el recuerdo atesorado en lo profundo de su corazón, su descubrimiento, su primer amor y las consecuencias. Se había enamorado cuando apenas era un jovencito y le habían arrebatado la ilusión arrancándolo directamente de sus brazos. Nunca volvió a saber qué había sido de su enamorado, aunque lo había buscado en cada joven que conocía y se le acercaba.

La familia de su joven amigo gozaba de una buena posición económica y se habían marchado de la ciudad sin dejar ningún tipo de rastro. Ya a esa edad a Javier se le daba muy bien las investigaciones y a pesar de que no era más que una cría había logrado enterarse de que el padre los había llevado fuera del país, pero nadie supo decirle dónde. A los pocos meses le había llegado el rumor que la familia entera había muerto tras un trágico e inexplicable incendio en su casa.

La vida continuó, pero a Javier el recuerdo siempre lo persiguió y aunque lo había enterrado en un lugar profundo de su corazón, la historia de Yago lo había hecho recordar. La vida era muy corta y había que vivirla lo mejor posible, aunque le parecía hasta ridículo que estuviera pasando a su edad lo mismo que cuando fue casi un niño.

La gente muchas veces obraba de formas extrañas, creía que todos nacían con raciocinio, pero la verdad era que los hechos le habían demostrado que no era así. Era imposible entender que un padre prefiriera matar a un hijo que verlo feliz con la persona elegida. Pero era consciente que había gente muy cerrada incapaz de entender los sentimientos de los demás. Cenó y trató de centrarse en el caso que tenía frente a él y de olvidarse de su amigo de juventud. Tenía que dejar cerrada esa puerta, aun recordaba el dolor de aquella pérdida, no quería revivirlo. Ni que ese suceso quedara instalado entre Yago y él.

Era el momento de seguir adelante, de construir una relación adulta con cimientos fuertes y duraderos. No podía obviar las similitudes, pero Yago era un hombre adulto hecho y derecho al que un padre no podía alejarlo llevándose al extranjero. Resolvería el problema que tenían en ese momento primero y después vería si había alguna posibilidad entre ellos. Sabía que lo atraía como

nadie lo hacía, le gustaba demasiado como para no explorar lo que podía surgir allí y así lo haría.

Se durmió casi al amanecer, pero estaba en pie temprano nuevamente, quería saber qué tenía pensado Yago respecto a su padre y a las personas que lo seguían para matarlo. Lo encontró en su cuarto a punto de desayunar, se sentó frente a él y mientras tomaba un café y hojeaba el periódico despreocupadamente, le hizo un par de preguntas.

—¿Porque tu padre se alejó de su hermano hacía años y del resto de la familia? —preguntó Javier.

—Mi padre era igual a mí abuelo, aunque él no se preocupó cuando su hijo se fue a hacer su vida solo. El mío en cambio pensó que lo mejor era hacer de cuenta que yo era un joven que no sabía lo que quería y él me enderezaría —comenzó a relatar Yago.

—Tu tío era gay —dijo Javier.

—Sí y no estaba dispuesto a acatar las órdenes de mí abuelo, por lo que se fue de su casa y construyó su propia vida desde muy joven. Levantó la cadena hotelera, junto con una pequeña fortuna y un gran renombre. Por muchos años fueron los mejores hoteles que existían en los que todos querían hospedarse al menos una vez en la vida —explicó Yago.

—No veo que eso continúe. Discúlpame, pero más bien parecen tugurios de la peor calidad a los grandes hoteles que me estás describiendo —dijo Javier.

—Lo sé, tienes toda la razón, creo que mi padre aceptó la herencia para ver decaer el imperio de su hermano en venganza de la supuesta vergüenza que le había hecho sentir en su vida tan correcta y tan decente —aseguró Yago.

—¿No entiendo por qué tu padre renegó entonces del apellido de tu abuelo, siendo que tu tío debió habérselo cambiado y no él? —preguntó Javier.

—Mi abuelo se conformó con que su hijo se había marchado a otra ciudad y nadie lo relacionaba con él. En cambio, mi padre sufrió el mal karma, según él, de que su hijo siguiera los pasos de su hermano —relató Yago.

—¿En qué momento supiste que tu padre quería matarte? —preguntó Javier.

—Hacía años que no nos visitamos, ni veíamos, cuando enfermó mandó a llamarme. Lo primero que me preguntó era si había entrado en razones, porque no me quería cerca de mí hermano, temía que se contagiara —relató con una sonrisa.

—¿Cómo puede haber tanta ignorancia e idiotez en una sola persona? —preguntó Javier, enojado, a nadie en particular.

—Le respondí que, si quería que lo ayudara con los hoteles, tenía que aceptarme como era o que se olvidara de sacarlos adelante. Pero que pensara que estaba a punto de morir y mi hermano necesitaba quedar amparado —continuó

relatando Yago.

—Eso fue dicho para que te diera el poder de administrar el negocio, no creo que pienses en abandonar a tu hermano —expresó su pensamiento Javier.

—Por supuesto que no voy a dejar solo a mí hermano, pero también quería recuperar los hoteles y tratar de llevarlos a su antiguo esplendor por mi tío. Levantó solo de la nada un imperio que mi padre trató de destruir por egoísmo, por ignorancia —dijo Yago con rencor.

—¿Cuándo comenzaste a trabajar en bienes raíces? —Javier quiso saber un poco de su historia.

—Cuando me fui de mí casa, hice todo tipo de trabajos, desde mozo a vendedor ambulante y de lo que te puedas imaginar. Un día estaba sirviendo tragos en la barra de un bar cuando conocí a un hombre que fue mi pareja durante algunos años. Él me fue introduciendo de a poco en su trabajo, cuando murió continué haciéndolo —explicó Yago.

—Por lo que tu padre sabe muy bien que no necesitas de su dinero para vivir. Me pregunto si en realidad te llamó para que lo ayudes con la herencia de tu hermano o para asegurarse de llevarte con él —especuló Javier.

—Creo que lo que piensas es verdad, nunca me perdonó y nunca lo hará, aunque jamás esperé que se atreviera a mandar a matarme —aseguró Yago.

—¿Qué piensas que debemos hacer? Los tipos que tu padre contrate seguirán llegando dispuestos a matarte —preguntó Javier.

—Por lo pronto intentaré terminar mi recorrido, he recolectado mucha información que servirá para que el negocio poco a poco vuelva a funcionar de manera eficiente —aseguró Yago.

—¿Crees que tu padre te permitirá llegar al final del recorrido? ¿No piensas que te arriesgas demasiado? —quiso saber Javier.

—No tengo otra opción, tengo que verificar cada uno de los hoteles y dar las órdenes necesarias para poder reactivarlos, además tengo a uno de los mejores guardaespaldas —expresó Yago a modo de agradecimiento.

—Muy bien, entonces lo haremos a mí modo, mandaré a un amigo a comunicarle a tu padre que sabes lo que está haciendo y que lo detenga de inmediato —dijo Javier.

—¿Crees que mi padre le hará caso, que hacemos si lo mata? —quiso saber Yago— al parecer está dispuesto a todo.

—No te preocupes por mi amigo, podría intentar matarlo, no lo niego, pero créeme que se llevará una sorpresa y no de las gratas —dijo Javier con una gran sonrisa.

Cuando se pusieron de acuerdo y la policía se llevó a los dos delincuentes, ellos siguieron su camino hasta St. Luis. La carretera estaba desolada, por lo que

viajaron tranquilos, por momentos pararon para disfrutar del paisaje. A mitad de camino se detuvieron para comer algo rápido y descansar unos minutos. Javier no podía sacar de su mente lo bien y a gusto que se sentía al lado de Yago, parecían conocerse de toda la vida.

Habían aprendido a entenderse solo con la mirada, el poco tiempo que llevaba acompañándolo había sido uno de los más felices de su vida. Se sentía un adolescente a su lado, un chiquillo inexperto que no sabía cómo afrontar la idea de tener una relación seria junto a él. Pero como un hombre hecho y derecho que era, le pondría fin a esa incertidumbre apenas tomara una habitación en el hotel de St. Louis, que por supuesto no se podía llamar de otra manera que “Ruta 69”.

Esperó en la habitación también número 69 a que Yago golpeará su puerta para informarle que todo estaba bien y se iba a descansar. Cuando llegó lo hizo pasar y contra todo lo que había planeado, solo pudo cerrar la puerta y empujarlo contra la pared.

Apoyó todo su cuerpo contra el de Yago y sin más trámites lo besó, en un beso casi desesperado. Esperando que la reacción de este fuera violenta, se preparó para recibir unos buenos puñetazos. Para su sorpresa lo que encontró a cambio fue una respuesta por demás fogosa, que no estaba preparado para recibir. Aunque no pensaba desaprovechar la oportunidad.

La lucha se inició y ninguno de los dos pensaba detenerla, un enredo de manos tratando de arrancar la ropa del otro sin ninguna intención de separar sus labios o cuerpos para facilitar la tarea. Ninguno de los dos esperaba esa reacción por parte del otro, Yago había llegado a creer que no tenía ninguna posibilidad con Javier. Nunca le había dado ninguna señal de lo contrario, lo que le permitió la oportunidad del acercamiento que había estado planeando por tanto tiempo.

Totalmente desnudos rodaron por la cama de un lado a otro en busca de hacerse el control de la situación, Javier ganó la primera contienda. Yago le cedió el mando desesperado por tenerlo al fin, rozar sus pieles. Oler su aroma y su calor lo enloquecieron sin dejarle posibilidad de pensar o planificar ninguna estrategia. Solo quería sentirlo, que lo acariciara, lo besara, que le entregara su pasión como había ansiado durante tantas noches insatisfechas.

Como entendiendo el mudo pedido de su amante Javier, besó, lamió, mordió y acarició cada milímetro de piel que pudiera alcanzar. Le desesperaba la idea de no poder satisfacerlo como quería, pero ambos estaban demasiado ansiosos de entregarse al otro. Habría tiempo para tomarse las cosas con calma, pero el momento era ese y no podía esperar. Lo besó con reverencia y se preparó para penetrarlo con ansias, con pasión y lo sorprendió que lo recibiera de igual manera. Rasgó con torpeza el envoltorio del preservativo y se lo colocó casi sin



darse cuenta de que lo había hecho.

Yago estaba tan ansioso y excitado como él, tanto que lo apremiaba a entregarle toda la pasión contenida, como él mismo estaba haciéndolo. La cadencia de movimientos de su cadera comenzó a acelerarse sin que él tuviera ningún tipo de control sobre su cuerpo, creía estar al mando, pero en realidad lo estaba la pasión arrolladora que los consumía. Dejándolos explotar al éxtasis y caer al vacío de sus propias necesidades satisfechas. Agitados, sudorosos pero felices quedaron en medio del sopor que poco a poco los fue empujando a los brazos de Morfeo.

A mitad de la noche Javier se despertó y los abrigó a ambos debajo del cobertor con la absoluta sensación que estaba en casa, dónde y con quién debía estar. Se volvió a dormir envuelto por primera vez después de muchos años por un manto de paz y tranquilidad que hasta ese momento no sabía que existiera.

El nuevo día los recibió derramando su claridad sobre ambos que fueron asomándose a la realidad del instante, inseguros ante la reacción del otro. El primero en hablar fue Yago, todo parecía indicar que era eso lo que estaba esperando Javier.

—Siento haberme dormido anoche, pero hacía mucho tiempo que no sentía tanta paz, tanta tranquilidad —trató de expresarse lo mejor que pudo.

—No te preocupes, creo que a mí me pasó lo mismo, aunque podemos remediarlo mientras tomamos una ducha —hizo su sugerente propuesta, que por supuesto Yago no rechazó.

Se ducharon en un ardiente reconocimiento de sus cuerpos, Javier apreciaba la piel de Yago admirado por tanta perfección. Por su parte Yago no podía creer que podía tocar y sentir con sus manos y su cuerpo lo que tanto había soñado. Tener a Javier entre sus brazos fue su único sueño durante muchos años, que por fin podía cumplir a sus anchas. No había nada sexual en las caricias, ni en los besos, era más conquista y aprendizaje.

Luego de la ducha se vistieron y fueron a desayunar, todo había cambiado para ambos. Javier no estaba dispuesto a contemplar la posibilidad de que la vida de Yago corriera peligro. Yago por el contrario no quería que el viaje llegara a su fin y encontrarse con que también terminaba su incipiente relación. Mientras esperaban el llamado de Gastón, tomaron café y comentaron las noticias de la primera plana del periódico. Muy normal, casero, como hecho de toda la vida, así se manejaban.

—Te escucho —dijo Javier a su primo en el teléfono.

—La verdad no hemos podido convencer a este buen señor que su hijo no es una abominación del infierno —explicó Gastón con gracia.

—¿Me estás diciendo que no puedes con un anciano? —preguntó Javier.

—Por supuesto que puedo con el anciano, mi intención era que muriera teniendo una mejor imagen de su hijo —explicó Gastón.

—A mí lo que piense el viejo me importa una mierda, dime que solucionaste el problema de los mercenarios —quiso saber Javier.

—Sí, está todo solucionado, no tendrás más problemas, gruñón —dijo Gastón.

—Explícame —insistió Javier.

—He despedido a su gente, contraté la mía para que lo cuide en sus últimos momentos, no creo que le quede mucho, también incauté sus cuentas bancarias. Así no tendrá uso de dinero para contratar a nadie —relató Gastón.

—¿Entonces está todo solucionado? —insistió Javier.

—Todo solucionado primo, trata de disfrutar tus vacaciones a partir de este momento —respondió Gastón antes de cortar la comunicación.

Observó a Yago por unos minutos mientras este daba unas órdenes al conserje del hotel, tenía algo que no sabía explicar, pero que lo hacía suyo. Lo que era una tontería, lo acababa de conocer y esperaba que tuviera las mismas intenciones de continuar viéndose que él. Antes de salir de St. Louis, Javier quiso comentar unos puntos con el firme propósito de ayudar.

—¿No crees que sería buena idea cambiar el nombre de los hoteles? —preguntó Javier.

—Pienso que sí, con ese nombre muchos pueden creer que es un motel de paso y no es así. Cuando termine el recorrido iré a ver a mí hermano para discutirlo con él, al fin y al cabo, será el único dueño —explicó Yago.

—También deberías decirle que les cambie la decoración, es insufrible entrar siempre al mismo lugar —dijo Javier, divertido.

—En eso también pensé, voy a proponerle que los ambientes de acuerdo con las características y necesidades de cada ciudad —explicó Yago.

—¿Piensas hacerte cargo de los hoteles personalmente hasta la mayoría de edad de tu hermano? —quiso saber Javier.

—No, supervisaré los cambios y controlaré cada seis meses la contabilidad, pero dejaré todo en manos de un administrador —aseguró Yago.

—Tengo un par de conocidos de confianza que quizás te interese —propuso Javier.

—Eso sería de gran ayuda, estoy muy agradecido contigo por todo. Lamento haber estropeado tus vacaciones —dijo Yago.

—¿Quién dijo que se han estropeado? Ahora es cuando comenzamos las vacaciones realmente —aseguró Javier.

—¿Vas a terminar el trayecto conmigo? —preguntó esperanzado Yago.

—Claro que sí, a menos que tú no quieras —tentó su suerte Javier.

—No hay nada que quiera más en esta vida —respondió Yago en broma, aunque su afirmación era muy seria.

Con todo el equipaje preparado Javier se subió a su Ducati, Yago a su Davidson y partieron hacia Springfield la última ciudad antes de llegar a Chicago. Javier tenía planeado disfrutar al máximo lo que les quedaba de viaje, había tomado una decisión que cambiaría de forma total su vida cuando volviera a casa. Lo primero sería comprar su propio hogar, no quería llevar a Yago a lo de su primo Gastón, allí irían cuando quisiera compartir en familia y entre amigos.

La carretera estaba tranquila, viajaron despacio disfrutando del paisaje y de la mutua compañía. Pararon por combustible y aprovecharon para descansar y comer, como el día estaba hermosos lo hicieron al aire libre amparados por la sombra de un frondoso árbol. Fue una sorpresa descubrir que sin tener nada que decirse estaban en un muy cómodo silencio. Comían y miraban la gente ir y venir apresurada en su ajetreo diario.

—¿Qué tienes pensado hacer, después que dejes tu trabajo? —quiso saber Yago.

—No lo he decidido aún, quizás invierta en algún negocio como el club Orión o el gimnasio de Jorge. Tengo mucho en que pensar —aseguró Javier.

—Sea lo que sea que tengas en mente, espero me permitas acompañarte —dijo Yago.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres? —preguntó Javier.

—Muy seguro, aunque todavía quedan temas por hablar entre tú y yo, lo vamos a tener que dejar para otro momento. Me gustaría que llegáramos antes del anochecer —respondió Yago.

—No tengo idea a que temas te refieres, pero siempre estoy abierto a una buena charla —aseguró Javier mientras se preparaba para volver a subir a su moto.

Yago temía mucho que el tema que tenían que tocar no le gustara, no sabía cómo podía llegar a tomarlo. Pero si quería tener una relación basada en la franqueza tenía que contarle muchas cosas de su vida, algunas malas, otras no tanto. Aunque las más importantes le afectaban directamente a él. Ese era su temor, que no lo entendiera, que no lo aceptara. Que lo condenara.

El último tramo que los separaba de Springfield lo hicieron en un silencio incómodo para Javier, reflexivo para Yago. Necesitaba tener su mente clara, libre de ataduras y confusiones, tenía que saberse explicar cuando llegara el momento. Trataría de retrasarlo todo lo que fuera posible, había tomado la decisión de hacerlo al llegar a Chicago. Allí sabría con total certeza si Javier quería continuar con la relación que había

empezado o por el contrario quería alejarse definitivamente de su lado.

En el lugar que todos insisten, especialmente los lugareños, que es la ciudad de la serie “Los Simpson” encontraron mucha alegría, las calles estaban llenas de gente. No sabían qué festejaban, pero les gustó y por un momento se mezclaron entre la algarabía, luego de dejar sus motos en la cochera del hotel. Antes de llegar Yago había dado algunas indicaciones por teléfono al conserje y ya no los recibió el clásico y molesto cartelito del hotel “Ruta 69”.

No sabían cómo el hermano de Yago pensaba llamarlos, pero Javier rogaba porque tuviera mejores ideas que su padre. Si llegaban a consolidar una relación fuerte con Yago estarían muy seguidos por esos lugares y lo último que esperaba era tener que ver esos carteles de mal gusto. Se sorprendía a sí mismo considerando una relación seria, larga y duradera, hacía mucho que no tenía una de esas características.

«¡No! La realidad era que nunca había tenido una relación así».

Esperaba que esta lo fuera y que al fin hubiera encontrado lo que tanto tiempo estuvo buscando. Mientras Yago conversaba con el conserje él se daría una ducha y saldría a dar una vuelta, esas conversaciones solían durar horas. Aprovecharía para recorrer el lugar y pensar qué haría con su vida. Los dueños del Orión lo habían invitado a ser socios y la idea le gustaba, pero no quería tomar ninguna decisión hasta saber qué haría Yago con su vida. Por primera vez iba a dejar que la suya marchara juntamente con la de alguien más, esperaba no estar equivocado y hacer lo correcto, estaba muy inseguro con sus siguientes pasos a dar y no sabía la razón.

Yago le gustaba, le atraía muchísimo, no podría imaginarse sin él a su lado, pero a la vez sentía que había algo que se le estaba escapando. No tenía idea de lo que podía ser, solo esperaba que nada fuera definitivo.

Yago terminó de organizar todos los detalles en el hotel de Springfield, igual que lo había hecho en los demás hasta el momento. Solicitó a la cocina una cena para dos personas y se dirigió a la habitación que había elegido para quedarse. Tomó una ducha rápida, hizo un par de llamados mientras Javier estaba fuera, tenía detalles que dejar cerrados antes de hablar con él. Pero esa noche quería que fuera diferente, quería cena, música, alegría y mirarlo, solo mirarlo.

Cuando Javier regresó de su paseo, en conserjería le dieron una nota de Yago.

«Te espero en mi habitación para cenar».

Con una gran sonrisa de felicidad Javier se dirigió a su cuarto para bañarse y cambiarse de ropa. Pocos minutos después estaba frente a la puerta de Yago esperando ser recibido.

—¡Justo a tiempo! acaban de traer la cena —dijo Yago haciéndolo pasar.

—Cenemos entonces, pero antes quisiera que hiciéramos un brindis —

propuso Javier.

—¿Por qué quieres brindar? —preguntó Yago mientras descorchaba una botella de vino.

—Porque nos hayamos encontrado y por el futuro —dijo Javier alzando su copa.

—Por la vida —agregó Yago antes de chocar su copa con la de él.

Cenaron, escucharon música, descubrieron que tenían gustos similares en muchos órdenes de la vida. Se rieron y asombraron el uno del otro en varias ocasiones, entendieron que estaban a gusto con la compañía y que debían hacer su mejor esfuerzo para continuar así. Se tiraron sobre el cobertor de la cama y continuaron charlando mientras disfrutaban de la noche mirándola por los amplios ventanales.

Se besaron, compartieron anécdotas, Javier le contó sobre su trabajo y por qué era tiempo de cambiar. Yago estuvo de acuerdo, no tenía sentido seguir en peligro en todo momento, tenía que disfrutar de la vida. Al amanecer se quedaron dormidos sin siquiera darse cuenta, estaban tan a gusto juntos, que nada más importaba.

Cuando despertaron se quedaron mirándose a los ojos por varios minutos, la paz y tranquilidad que los embargaba les impedía romper el hechizo. Se besaron se acariciaron, reconocieron la piel en el otro, la calidez y la pasión comenzó a atraparlos en una red de sensaciones de la que ninguno de los dos quería escapar. Estaban juntos, solos, se gustaban, comenzaban a tener sentimientos profundos por el otro, nada les impedía desatar el frenesí que amenazaba con enloquecerlos.

Besos, caricias, palabras dulces, excitantes, fueron el combo para apartarse de la paz y sumergirse en la locura de la entrega apasionada de sus cuerpos. Yago besó cada milímetro de piel de su amante con reverencia con verdadera devoción que encendió el cuerpo de Javier amenazando con quemarlo vivo. Cuando ambos parecían estar al límite de sus fuerzas fue cuando Yago introdujo la erección de Javier en su boca. Los sonidos de placer los excitaron a ambos sin poder detener la estrepitosa caída al vacío de ninguno de los dos. Uno derramándose dentro de la boca y el otro sobre la cama, los dos felices y más unidos que nunca.

Se ducharon sin dejar de besarse, sin poder terminar de acariciarse, ni de admirarse. Estaban seguros de que nunca tendrían suficiente del otro y que deberían permanecer juntos para lograrlo. Lo que llevaba a pensar a Yago que quizás podían llegar a tener una posibilidad de vida juntos, solo tenía que encontrar el momento y las palabras adecuadas para sincerarse. No quería ninguna sombra que empañara su felicidad, eso era lo que quería, lo que ansiaba,

lo que tenía que ser.

Cuando estuvieron listos para partir, ambos en sus motos rumbo a su destino final: Chicago; lo hicieron en silencio, cada cual inmerso en sus pensamientos. Javier buscaba en su mente un argumento para convencer a Yago de que debían estar juntos, si bien las dos noches que durmieron en la misma cama, presagiaba que aceptaría, no había dicho nada. No estaba preparado para una negativa, no quería siquiera pensar que podría llegar a escucharla. Su pecho dolía de solo pensar en esa posibilidad.

El viaje pareció ser el más largo de todos a pesar de que en kilómetros no eran tantos. Pero ninguno de los dos estaba listo para lo que podría suceder, cuando llegaran. A medida que se iban acercando Yago se iba poniendo más y más nervioso, esperaba que Javier tomara bien la noticia o no sabría cómo actuar a partir de allí.

Pero era imposible seguir retrasando lo inevitable, tenía que decirlo en ese momento, si se enteraba más tarde no se lo perdonaría. Si fuera él no lo perdonaría, por eso estaba muy seguro de que Javier tampoco lo haría. Tenía que sincerarse y el momento estaba llegando como también su desesperación. Entraron en la ciudad, dieron unas vueltas, reconocieron el hotel, pero pasaron de largo. Visitaron monumentos, el parque del Milenio y otras atracciones, pero no era eso lo que Yago quería, necesitaba hablar, desahogarse, poner en claro las cosas antes de ir más lejos.

Dejaron estacionadas las motos y se dirigieron a un café. Como el día estaba muy lindo decidieron sentarse afuera en una de las mesas más alejadas para poder conversar tranquilos. Cuando estaba con su café en la mano Yago comenzó a decir:

—Hace más de una semana que nos encontramos en la carretera ¿aún no me has reconocido? —preguntó Yago.

—¿Reconocido? ¿Dices que nos conocíamos de antes? No lo creo, estoy seguro de que no te olvidaría —respondió convencido Javier.

—Nos conocimos, eran otras épocas, las más difíciles creo yo —insistió Yago.

—¿De esto se trata tu insistente conversación? —quiso saber Javier.

—Quiero que me escuches, fue una época muy dolorosa de mí vida y creo que de la tuya también —insistió Yago.

—Te escucho, pero te aseguro que no nos conocimos antes —dijo Javier.

—¿Tan seguro estás? Mírame bien, ve a lo más profundo de tu corazón, recuerda, haz que tu memoria desentierre aquel viejo dolor y refléjalo en mí — Yago expresó sus palabras y su dolor de la mejor manera posible.

—Estoy seguro, el único dolor que llevo enterrado en mi corazón solo saldrá

a la luz el día que muera y pueda encontrarme con él —respondió Javier que no entendía a dónde quería llegar con esa conversación.

—¿Qué mueras? ¿Por qué tienes que morir? —preguntó Yago sin entender.

—¿No dicen que cuando mueres te encuentras con tus seres queridos? —preguntó Javier.

—Eso dicen, pero ¿qué tiene que ver con lo que ocultas dentro de tu corazón? —insistió Yago.

—No entiendo por qué insistes en tener esta conversación ¿qué tiene que ver con nosotros? —quiso saber Javier.

—Te lo voy a decir de una buena vez, porque creo que estás confundido —dijo Yago.

—Es mejor, porque no nos estamos entendiendo —aseguró Javier.

—Mi nombre real con el que vine al mundo y con el que me conociste es Alex Becerra —dijo Yago sin más.

Javier lo levantó del asiento en el aire agarrándolo del cuello de la campera y con un fuerte empujón lo tiró hacia atrás fuera de la vista de cualquiera que pasara, donde había un boulevard con árboles. Yago no se esperó esa reacción por lo que no le dio tiempo a defenderse y cayó sentado al pie de un arbusto con todo su peso.

—¿Quién eres? ¿Quién te contó esa historia? ¿Qué intentas con todo esto? —gritó enojado Javier.

—Nadie me contó, soy yo..., es lo que intento explicarte —dijo Yago en un hilo de voz.

—Alex murió hace muchos años y es de muy mal gusto que intentes aprovecharte de esa historia para acercarte a mí —continuó con sus gritos Javier.

—No seas necio, sabes que es imposible que sepa la historia a menos que sea verdad lo que te estoy diciendo —aseguró Yago.

—Si es así deberías poder probar lo que dices —desafió Javier, enojado.

—Nos conocimos en el instituto a mitad del primer año, mis padres se trasladaron allí por trabajo. Desde el primer día que nos vimos nos sentamos juntos. Tú no tenías muchos amigos y yo no era de hacerlos, congeniamos bien desde el principio —relató Yago.

—¿Crees que con ese cuento que te pudo contar cualquiera que asistió a esa clase, me convencerás? —gritó Javier.

—Para finales del segundo año ninguno de los dos quería admitir que sentíamos algo más que amistad. Pero un día estábamos estudiando en tu casa y te paraste frente a mí y me dijiste que no podíamos seguir así —relató Yago.

—¿Quién te contó eso? —insistió Javier.

—Me agarraste por los hombros y me besaste, luego nos miramos, nos reímos y continuamos besándonos. Estuvimos así más de dos semanas, hasta que nos decidimos a hacer algo más. Junto comenzamos a explorar nuestra sexualidad, nos informamos y aunque ninguno de los dos sabía mucho del tema, nos amamos —explicó Yago, pero tuvo que detenerse un nudo en su garganta le impedía que salieran las palabras.

—Tú estás muerto —fue lo único que pudo decir Javier, parado frente a él, lo miraba que estaba sentado en el suelo con la cabeza gacha.

Sus labios temblaban al pronunciar las palabras, su cuerpo oscilaba, su alma desgarrada, su corazón apretado de dolor aún lloraba la muerte de Alex. Resultaba que todo había sido una mentira, una burda y cruel mentira.

—Dos meses después de eso, éramos amantes expertos, o eso era lo que creíamos. La vida era perfecta, íbamos juntos al colegio, volvíamos por las tardes a tu cuarto a hacer la tarea y a explorar nuestro recién descubierto amor. Hasta que un día mi padre nos siguió y nos descubrió en la cama. Ese día fue el último que nos vimos —aseguró Yago.

—Estaba desesperado, tenía miedo de lo que tu padre podía hacerte, no sabía a quién acudir, pasé toda esa noche y el día siguiente encerrado en mi cuarto esperando una noticia que nunca llegó. Al otro día hablé con mi padre, él fue a hablar con el tuyo, se encontró con la casa vacía —dijo con amargura Javier.

—Cuando entramos en mi casa mi padre me tiró contra una de las paredes y le gritó a mí madre que hiciera las maletas, nos marchábamos al otro día. En un primer momento no lo creí, pero a la tarde del día siguiente estábamos todos en la carretera con nuestras cosas con rumbo desconocido. No escuchó lo que tenía para decir, no quiso oír mis súplicas —relató Yago con lágrimas en los ojos.

—Cuando mi padre me contó que se habían marchado, comencé a investigar los posibles paraderos. La gente que compró la casa semanas después me dijo que se habían marchado al extranjero —explicó Javier.

—¿Por qué creías que había muerto? —quiso saber Yago.

—Continué investigando, los posibles países a los que pudieron haber viajado, pero no encontré ningún indicio. Dos meses más tarde unos vecinos en común le contaron a mí padre que la familia Becerra al completo había muerto en el incendio de su casa en Venezuela. Algunas cosas que se salvaron habían sido devueltas a su antigua dirección, entre ellas el auto de la familia —respondió Javier.

—¿Venezuela? Desconozco de qué artimañas se habrá valido para hacer creer algo así. A nosotros nos dijo que cambiaba el auto por uno más nuevo, y solo nos mudábamos de ciudad. A mí me mantuvo encerrado hasta que se sintió seguro de que no insistiría en buscarte. Me llevaba al colegio y me iba a buscar y de ahí me



encerraba en mi cuarto con llave —contó Yago.

—No puedo creer que el maldito viejo desgraciado se haya tomado tantas molestias para separarnos —gritó su odio y su rabia Javier.

—Cuanto me levantó el castigo, hice el mayor esfuerzo para no demostrar que intentaba contactarte. Aun así, me mantuvo vigilado hasta que cumplí la mayoría de edad. A pesar de su rabia, gritos y amenazas me fui de la casa para nunca más volver, hacía apenas un par de años que mi madre había tenido a mí hermano. Y aunque me dolió horrores dejarlo, lo hice, pero siempre lo visité a escondidas.

—Al creerte muerto dejé de buscarte y me encerré en mi dolor durante muchos años, cuando fui mayor me uní a las fuerzas especiales y continué con mi vida siendo casi invisible para la sociedad —explicó Javier.

—Cuando pude volver a tu casa, ustedes no vivían más allí, no voy a negar que me desmoroné y estuve a punto de olvidarme de la búsqueda. Pero el hecho de que mis sentimientos por ti continuaran intactos me impulsó a continuar. Cada pista que me podía llegar a indicar dónde estabas, parecía diluirse como agua entre los dedos. Ahora entiendo cuando dices que tu trabajo es mantenerte invisible, créeme que lo has logrado —dijo Yago con un gesto de amargura.

—A pesar de mis esfuerzos al parecer no soy tan invisible como creía. ¿Cómo me encontraste? —preguntó Javier.

—Bueno, con el paso de los años y varios trabajos que me permitieron juntar dinero pude pagar para que te investigaran. Aunque ninguno de los investigadores dio contigo y la frustración fue cada vez más grande. Traté de no rendirme y hace cuestión de dos años que te vi por primera vez en el club Orión —dijo Yago.

—¿Hace dos años? ¿Y por qué no me hablaste, porque no te acercaste? —quiso saber Javier.

—Me acerqué te pregunté una tontería que ni siquiera recuerdo, solo para encontrarme con una mirada indiferente que no me reconocía. Eso me acobardó y comencé a plantearme que todo había sido inútil, te habías olvidado de mí, continuaste con tu vida —dijo Yago con dolor.

—Creía que habías muerto. ¿Cómo podía siquiera reconocer a alguien que hacía años creía que no existía? —justificó Javier.

—Ahora lo entiendo, pero en ese momento fue un golpe muy duro para mí, me costó recuperarme y armarme de valor para continuar yendo al club y saber algo de tu vida. Te veía solo de vez en cuando y siempre estabas rodeado de gente, aunque nunca te vi con una pareja —contó Yago.

—Visito el club cuando estoy fuera de servicio o ayudando a mí primo en

algún caso —explicó Javier.

—En ese tiempo contrataron en la barra a un simpático chico bastante parlanchín, me hice su amigo y averigüé algunas cosas entre ellas que eras un solitario malhumorado —dijo Yago divertido.

—Es cierto, ese chico no dijo más que la verdad, viví y probé de todo en mi vida, pero siempre cargué con la mochila de la culpa de no haber hecho nada por salvar tu vida —confesó Javier.

—¿Te culpabas por mi muerte? No entiendo por qué, en todo caso, si fuera verdad, la culpa sería del destino, de la vida o de mí padre, no de ti.

—Cuando tu padre te sacó de mí habitación yo pasé toda la noche y el día siguiente encerrado. Si hubiese hablado antes con mi padre, quizás solo quizás hubiera hecho entrar en razones a tu papá, no se hubieran marchado y estarías vivo —Javier explicó su joven razonamiento.

—Nada de lo que le pudieran decir a mí padre lo hubiera hecho cambiar de actitud o de idea. Enloqueció cuando nos vio juntos en la cama, la historia se repetía y no podía hacer nada para cambiarla. Su hijo era igual a su hermano, de nada sirvió que se alejara de la familia y cambiara su nombre.

—Cuando supimos de tu muerte, luché durante días con la culpa que me hacía doler el pecho, el dolor de no volverte ver nunca más se apoderó de mí y jamás me abandonó. Por espacios de tiempo parecían quedar mitigado en el pasado, pero cualquier pequeño detalle o similitud que me recordara a ti, lo revivía. Se instalaba en mi pecho durante semanas, a veces meses hasta que lograba volver a enterrarlo. Así..., días tras días, semanas, meses, años nunca lo superé, nunca te superé —aseguró Javier.

—Lo siento, cuando volví a verte en el club creí que me habías olvidado, que era el único que mantenía el recuerdo vivo en mi mente y en mi corazón. Muchas veces me maldecía por hacerlo, tú no me reconociste y pensé que el sufrimiento de todos estos años había sido solo mío. Incluso me culpaba por haber mantenido tu recuerdo en un pedestal al cual nadie tenía acceso a llegar, solo yo. Creí que había pasado en vano años recordando el día de tu cumpleaños y brindando por ti, en donde estuvieras —explicó Yago con culpa.

—Creo que de nada sirve que nos lamentemos o que culpemos a nadie por lo que pasó. La vida o el destino, no sé quién, quiso separarnos para después volvernos a juntar. Quizás haya sido una prueba para saber si eran verdaderos nuestros sentimientos, quizás culpando a tu padre nos podamos sentir mejor. Aunque no lo creo —especuló Javier.

—Ahora los dos sabemos la verdad, lo importante será lo que hagamos con ella —dijo Yago.

—Por mi parte pienso en continuar con lo que aquí comenzamos, así te

llames Alex o Yago creo que tenemos una gran posibilidad de futuro por explorar. Aunque en lo personal me gusta más Yago, como tú quieras llamarte por mi estará bien —aseguró Javier.

—Mi nombre es Yago Lesmann, Alex murió el día que abandonó la casa de su padre. También creo que podemos tener una buena vida, nuestros sentimientos, corrígeme si me equivoco, continúan intactos, aunque con la madurez de los años y la experiencia de vida adquirida —coincidió Yago.

—Solo te voy a pedir una cosa cuando volvamos a casa, que quiero que me concedas por el sufrimiento de todos estos años. Sé que es una tontería y tú también lo crearás, que no cambiará nada. Es únicamente por satisfacción personal —pidió Javier.

—Dime.

—Quiero que visitemos a tu padre antes de que muera, quiero ver la impotencia en sus ojos que le dará volver a vernos juntos. Luego de eso olvidaremos el pasado y comenzaremos una nueva vida. No volveremos a recordar esa dura época, no recordaremos que estuvimos alejados, aunque siempre nos tuvimos en nuestros corazones —planificó Javier.

Yago coincidía plenamente con Javier, tenían que comenzar una nueva vida desde cero, cerrando el pasado y no dejándolo pasar al futuro. Para eso debían acabarlo justo donde comenzó: frente a su padre, frente al señor Federico Becerra, juez y verdugo de sus vidas, de la vida de dos jovencitos que no podían defenderse. Que como adultos podían demostrarle que lo que sentían siempre había sido fuerte y verdadero. Solo así podrían continuar con sus vidas.

Así lo hicieron, cuando regresaron a casa lo hicieron juntos, al pequeño apartamento de Yago. Pronto comprarían una casa adecuada al gusto de ambos, mientras tanto visitaron al hermano de Yago. El adolescente era muy simpático y muy parecido Yago en forma de actuar, lo que era una bendición, no querían a otro juez sobre ellos.

Javier le presentó a Yago a su primo Gastón y a los demás amigos del club, que también eran sus amigos. Como tenían planeado visitaron al padre de Yago y le relataron la hermosa historia de su reencuentro, aunque el viejo no quería escucharla, igual lo tuvo que hacer. Como también se enteró que él no daba las órdenes ni en el hotel, ni a su hermano. Solo le quedaba esperar la muerte y que fuera juzgado en el cielo o en el infierno de la misma manera que él lo hacía con la gente. Con la misma dureza y arrogancia.

—¿Estamos listos para un nuevo viaje? —preguntó Javier a Yago subido a su moto.

—¿Qué destino elegiremos esta vez? —quiso saber Yago.

—Digamos, donde las ruedas nos lleven, donde el cansancio nos detenga, la diversión nos una y la felicidad nos guíe —respondió Javier, divertido.

—Mmmm es un destino muy incierto —dijo Yago pensativo y muy serio.

—¿Dónde está tu espíritu aventurero? —lo provocó Javier.

—Mi espíritu aventurero termina cuando no encuentro una buena cama para descansar —dijo Yago.

—Eres un gruñón ¿lo sabías? No creo que vayamos a ningún lugar lo suficientemente desértico como para no encontrar donde dormir —aseguró Javier.

—Entonces que esperas... pon en marcha tu vida.

**FIN.**

## Lo prefiere mi corazón (Romance contemporáneo)

Bárbara era una mujer un tanto amargada que vivía únicamente para su trabajo, de vez en cuando se tomaba algunas libertades y mantenía alguna corta aventura. Ningún hombre le importaba lo suficiente como para que llegara a más. No se llevaba bien con su familia y casi no tenía amigos.

Nunca se debe dejar por sentado nada, la vida te puede dar sorpresas de las que te gustan y de las que no. La boda de su prima le cambió el genio y digamos que hasta su vida.

*¿Para bien o para mal?*

**P**ara Bárbara Stoessel era una complicación que su prima decidiera casarse justo el fin de semana siguiente. Viajar a York no estaba en sus planes, no cuando tenía tanto trabajo por delante en Londres. No podía negarse, era una de las damas de honor y todavía no se había probado el vestido que le enviaron a su modista. Decididamente era la peor dama de honor de la historia, no era su culpa, el trabajo la absorbía y no tenía tiempo para nada más.

Tras correr durante una semana y media, al fin tenía su vestido listo y su trabajo adelantado para cubrir los días que estuviera ausente. No le apasionaba la idea de ir a York y enfrentarse a la familia y menos en una boda. Siempre estaba el que no podía evitar preguntar: “¿y tú para cuándo querida?” O tenías que escuchar que dijeran, “debes apurarte o se te pasará el tren”.

«¿Pueden ser más desagradables?» Claro que pueden serlo; “estás destinada a ser una solterona”, vaticinó una de sus tías, a lo que todos los demás estuvieron de acuerdo. Esa noche fue el ensayo de la boda y en cuanto a Bárbara, uno de los más largos que presenció jamás. Al menos eso le parecía, a lo mejor se debía a que tenía que tratar con su familia, al resto del mundo simplemente lo ignoraba.

Eso fue lo que hizo, durante la cena se dedicó a beberse el vino tinto elegido para tan importante ocasión y a comer todas las exquisiteces que le ponían delante. No miraba a nadie y no conversaba con nadie, casi al finalizar la noche levantó la cabeza y un hombre desde la otra punta del salón compartió un

silencioso brindis con ella.

Bárbara agudizó su vista un tanto empañada por el alcohol para intentar saber de quién se trataba. Estaba sentado en la mesa del novio, tenía que ser amigo o pariente de él. Se giró y le preguntó a un primo que tenía sentado a su lado.

—¡Claro que lo conoces! Es Sebas, Sebastián Cornejo, de chicos iban a todas partes juntos, no es posible que no lo reconozcas.

Trató de mirarlo lo más disimulada posible, conversaba con el novio, estaba concentrado en lo que hablaban por lo que aprovechó a observarlo con detenimiento. Ahora que lo miraba bien, sí, era Sebastián, había cambiado muchísimo, de ser un flacucho alto sin mucha gracia, se había convertido en todo un espécimen digno de ser admirado.

—No te hagas ilusiones primita —interrumpió sus pensamientos su primo— está comprometido, su casamiento será el próximo al que asistiremos.

—No lo veo acompañado.

—No, ha venido solo, su novia se encontraba en cama aquejada de una fuerte gripe. Siendo Sebas el padrino, no podía faltar.

Bien, al parecer no era todo malo en esta boda como ella creía, pensó Bárbara, mientras ideaba un plan para acercarse y que no pareciera que quisiera hincarle el diente en la yugular. Que era precisamente eso lo que quería, podría pasársela en grande un par de noches sin ningún compromiso. Aunque si continuaba tan santurrón como cuando eran jóvenes dudaba que tuviera éxito. Nada perdía con intentarlo, se sentía totalmente fuera de lugar en esa boda, tenía que cambiar un poco su mal humor.

Cuando volvió a mirar en su dirección ella levantó su copa de vino y le sonrió de lo más simpática, para demostrarle que lo había reconocido. Él le sonrió y se quedó mirándola, como esperando algo más, Bárbara no volvió a mirar en su dirección.

Cuando al fin terminó el suplicio del maldito ensayo, todos comenzaron a levantarse de sus lugares y a despedirse hasta dentro de dos días que era la boda real. Bárbara sin darle importancia a nadie de su familia, que lo único que hicieron desde su llegada había sido humillarla públicamente, por el simple hecho de no estar casada y ni siquiera tener planes de estarlo en un futuro próximo. Se dirigió directamente al guardarropa por su abrigo y salió al frío de la noche.

Mientras estaban en el ensayo afuera la nevada se había hecho más fuerte, Bárbara se apretujó más dentro de su abrigo en busca de un poco de calor, mientras esperaba que pasara un Taxi, para volver a su cómodo y confortable

hotel. Sí, se hospedaba en un hotel, a pesar de que toda su familia vivía en York, ella prefirió la tranquilidad y soledad de su propio espacio. Sus padres se enojaron, sus tíos también, pero era su vida y hacía mucho tiempo que la vivía a su gusto, sin importar la opinión de los demás.

—¿Te acercó a la casa de tus padres? —preguntaron a su espalda.

Cuando se dio vuelta el guapo y alto, muy alto padrino de bodas, la miraba a la espera de una respuesta, ella se había quedado mirándolo como una boba con la boca abierta.

—No, gracias, no me quedo en casa de mis padres, estoy en un hotel —logró decir después de recuperar la compostura.

Aunque Sebastián se sorprendió al escuchar eso, no dijo nada.

—Dime en que hotel estás y te llevo, te vas a congelar aquí parada esperando un taxi.

Aceptó, pero ya no le interesaba en lo más mínimo tener nada con él, seguramente sería otro de los tantos que la juzgaba sin tener idea de su vida, se lo veía en su cara de reproche al enterarse de dónde se hospedaba.

—No entiendo, ¿por qué estás en este hotel? —preguntó al fin.

—Me gusta mi vida independiente y quedarme en casa de mis padres, sería escuchar todo el tiempo las quejas acerca de por qué no me caso y no formo una familia.

—No creo que sea imprescindible que te cases —aseguró con una sonrisa.

—¿Lo dice quién está a un paso del altar?

—No estoy a un paso, no aún. —La miró con el ceño fruncido fingiendo enojo.

—Pero estás comprometido.

—Sí, ella necesitaba hacerlo oficial.

A Bárbara no le pasó desapercibido el desinterés que Sebastián le ponía a sus palabras. Habían llegado al hotel y no tenía tiempo para sonsacar más información, que al fin y al cabo no le interesaba. Se había convertido en un semidiós con un cuerpo espectacular y un rostro envidiable para la mayoría de los hombres, sin perder su masculinidad, pero no dejaba de ser Sebastián su amigo de la infancia. No entendía qué se había apoderado de ella cuando pensó en tener algo rápido con él. Mejor mantenerse alejada y evitarse problemas, su antiguo amigo sería más un inconveniente que un momento de diversión. En ese aspecto dudaba que hubiera cambiado, siempre fue muy recto.

—Si necesitas hablar con alguien, sabes que estoy por aquí —dijo Sebastián antes de despedirse.

—Estoy bien, te lo agradezco.

La proposición le pareció más para él que para ella, Bárbara tenía cierta experiencia en la vida como para notar que era Sebastián quien necesitaba hablar con alguien. Tenía una vida muy tranquila alrededor de su trabajo, no pensaba alterar su rutina, no por el momento. Quitó de su cabeza la idea absurda de enrollarse con Sebastián un par de días, mejor pasar los días que faltaban sin sobresaltos y volver a su adorada rutina sin complicaciones.

Se dio un largo y reparador baño se colocó su pijama y se fue a la cama con un libro, la noche fue intensa y perdió el sueño entre una discusión y otra. No supo cuándo se durmió, pero sus sueños fueron agitados y se despertó muy temprano y más cansada que antes de acostarse.

La gente de York se manejaba de la misma manera desde que ella era chica, estaba segura de que el famoso *Bettys Café Tea Rooms* estaba abierto imponente en su esquina a la espera de los desvelados. Bárbara se vistió, se colocó su abrigo y salió disparada afuera por un café. Como era muy temprano casi no había nadie en la calle y, como suponía, el local estaba abierto. Al entrar la recibió el calor del lugar, afuera había dejado de nevar por el momento, pero el aspecto del clima anunciaba continuación. Eligió una mesa cerca de uno de los amplios ventanales, para observar el despertar de la ciudad, que comenzaba a desperezarse poco a poco y mostrar signos de vida.

Comenzó a hojear el diario que estaba sobre la mesa, mientras esperaba su café, en el lugar había dos madrugadores más, estaba muy tranquilo, solo se escuchaba una suave y tranquilizadora música.

—Los hábitos en York, nunca cambian ¿verdad? —dijo Sebastián, sentándose frente a ella en su mesa.

—¿Me estás siguiendo? —preguntó enojada al verse privada de su silencio y su paz.

—Por supuesto que no, ¿no recuerdas que siempre fuimos los primeros en llegar aquí? —se defendió Sebastián— Apenas desperté esta mañana, sentí la necesidad de venir a tomar un café, como en los viejos tiempos.

—¿Nostalgia?

—El recuerdo de un hermoso hábito —respondió él mirándola con intensidad.

Intensidad que la puso nerviosa, era cierto que desde que comenzaron el colegio secundario hasta que se recibieron de sus respectivas carreras, el encuentro allí con Sebastián primero y el resto de sus amigos más tarde, era casi un ritual de todas las mañanas. También se había llegado hasta el lugar por los



recuerdos, pero no esperaba encontrarse con nadie y menos con él.

Cuando el mozo trajo el pedido, Sebastián aprovechó para pedir un café, esperó a que se marchara, para continuar hablando.

—En realidad esperaba encontrarte aquí —confesó él.

—¿Eso por qué? —preguntó Bárbara con indiferencia.

—No es posible que te olvidaras nuestras largas conversaciones, tratando de arreglar el mundo.

—Lo que no es posible, es lo que pretendes.

—¿Qué pretendo? Según tú.

—Que escuche lo arrepentido que estás por haberte comprometido y que te ayude a buscar una salida, porque eres tan caballero y tan correcto que no te atreves a retirar tu pedido.

Sebastián se quedó mirándola asombrado ante su análisis, jamás esperó encontrarse con su amiga después de tanto tiempo y que se hubiera convertido en una persona tan desagradable, aunque su voz destilaba amargura.

—Solo quería conversar contigo sobre los viejos tiempos, pero por supuesto a ti no te interesan, como no te interesa tú familia o amigos. Discúlpame no quise arruinar tu feliz soledad —dijo tras levantarse, entonces dio media vuelta y se marchó del lugar.

Ese fue el momento exacto en que ella entendió, lo odiosa que se comportó, parecía una adolescente celosa. Hacía apenas unas horas que había descartado cualquier relación que no fuera de amistad con Sebastián y en la primera oportunidad lo atacaba sin ninguna razón.

—¡Soy una completa imbécil! —se dijo Bárbara al verlo abandonar el lugar tan enojado.

Seguramente en esos momentos estaría pensando que era una amargada insoportable y tenía razón. Había actuado de muy mal modo con su amigo de toda la vida y no sabía por qué lo hacía. A lo mejor sí lo sabía, tenía celos, de su desconocida novia, de su vida que parecía muy exitosa en lo personal y lo profesional, de lo guapo que era y de que todos lo alabaran. Su familia lo trataba mejor de que a ella y ni hablar de los amigos. Sí, eran celos.

Salió del café y decidió caminar un poco antes de que volviera a nevar y tuviera que encerrarse sola en su hotel. Recordaba esas calles, los lugares, la alegría.

«¿En qué momento me he vuelto tan seria, tan amargada?»

Siempre le gustó divertirse, pasarla bien, era la alegría de su casa y la de las reuniones con amigos. Ahora todos la criticaban y se apartaban «¿O era ella

quién los apartaba?» Daba lo mismo fuera cual fuera, la situación era la misma. Sin darse cuenta sus pasos la llevaron hasta la entrada de la casa de sus padres, nada había cambiado, se veía igual a cuando era una niña. En ese tiempo ella pensaba en su hogar como en un paisaje de postal, hermosa por dentro y por fuera. Sus paredes abrigadas con la enredadera que crecía a su alrededor, el techo pintado de rojo, el camino de flores que conducía a la entrada, el porche con su sillón hamaca que tanto le gustaba.

No pudo contenerse y caminó por el sendero hasta la hamaca y se sentó, inició un suave movimiento que la tranquilizaba y la transportaba a su infancia. El ruido de la mecedora alertó a quienes estaban dentro de la casa y enseguida salió su madre a ver qué pasaba.

—Hija..., —no se atrevió a decir nada más.

Bárbara la contempló desde donde se encontraba, se retorció los dedos de las manos, nerviosa «¿eso era lo que producía en su familia? ¿Nervios, miedo?»

—Ven, siéntate a mí lado —pidió Bárbara.

Su madre fue junto a ella y se sentó mirando al frente, en silencio, se quedó esperando como si temiera decir algo inadecuado y Bárbara se marchara enojada.

—¿Te molesta que haya venido? —preguntó a su madre.

—Por supuesto que no me molesta, me hace feliz que estés aquí, pero sé que te irás de un momento a otro, no te gusta la casa ni la familia.

—¿Por qué dices que no me gusta la casa, ni la familia?

—Te hospedaste en un hotel y hace años que no nos visitas, solo obtengo algunos llamados al año para saber que estás bien.

Bárbara sabía que su madre tenía razón y le dolía en el alma que se mal interpretaran sus sentimientos.

—No vengo o no llamo porque sé que los desilusioné, no soy la hija que querían, una que se casara con un hombre bueno y tuviera hijos, no que se casara con su trabajo —explicó con lágrimas en los ojos.

—¿Quién te ha dicho algo así? No es verdad, eres un orgullo para nosotros que te hayas abierto camino sola y que todo lo que tienes es gracias a tu esfuerzo y dedicación.

—Pero ustedes, mis tíos y primos siempre me atacan porque no pienso en casarme en tener hijos o novio —se quejó Bárbara.

—No te atacamos, simplemente no nos gusta verte sola, y tampoco queremos que te cases y tengas hijos, si a ti no te interesa tenerlos. Te amamos y queremos lo mejor para ti, en lo personal me sentiría más tranquila sabiendo que tienes un

hombre a tu lado para apoyarte.

Su madre la abrazó contra ella para darle la contención que parecía estar necesitando. El abrazo la tranquilizó y empezó a ver las cosas desde otra perspectiva, los había juzgado mal y con dureza, tenía que cambiar su forma de ser con ellos, se lo merecían y ella jamás se perdonaría ser tan desagradecida.

—¿Quieres entrar a ayudarnos a preparar el almuerzo? Muchos de los invitados a la boda almorzarán aquí —dijo su madre.

—Por supuesto.

Ambas entraron a la casa, su madre cruzó con su padre una mirada y parecía que con eso se habían dicho todo. Su papá se le acercó y le dio un tierno beso en la frente.

—Bienvenida, cariño.

En ese momento Bárbara entendió por qué no había tenido nunca una relación seria con los hombres. Ella quería tener lo que sus padres se profesaban el uno al otro, entenderse con una mirada, con una caricia, con gesto, sin mediar palabra. Miró a su alrededor; en la sala estaban los hombres, sus tíos, primos, algunos amigos y Sebastián, que no levantó la mirada al escuchar que los demás la saludaban. Ese era otro error que debía enmendar, se había comportado con él como una auténtica bruja, por el momento se fue a la cocina con las mujeres, más tarde habría tiempo.

Luego de saludar a todas, se quitó el abrigo, se lo alcanzó a su primo para que lo colgara y se arremangó para ayudar con la ardua tarea de pelar y picar verduras. Hacía muchos años que no estaba en su casa, con su gente, su familia y los extrañaba mucho, solo que hasta ese momento no se había dado cuenta. En el comedor las demás preparaban dos largas mesas y organizaban los asientos para los comensales.

Cuando terminó de ayudar, sirvió dos copas de vino tinto y se dirigió a la sala de estar, allí se encontró a Sebastián, conversando con un amigo. Se acercó hasta quedar en su campo de visión, él la miró, pero no dijo nada, no se la iba a poner fácil.

—¿Una copa de disculpa? —dijo acercándose con una sonrisa.

—Si las disculpas son sinceras...

—Lo son —no lo dejó terminar la frase— estoy muy avergonzada por mi comportamiento.

—Entonces acepto. —Le devolvió la sonrisa y tomó la copa y su mano a la vez sin dejar de mirarla.

Luego hizo un gesto con su cabeza como de resignación y la soltó, Bárbara

no supo cómo interpretarlo, pero le parecía errado, estaba comprometido. Mejor apartaría ciertos pensamientos de su mente y disfrutaría del día con su familia y así lo hizo. Fue agradable y diferente, se rio mucho y se puso al día con todo lo sucedido en los últimos años, al caer la tarde se despidió prometiendo a su madre llamarla más seguido, visitarla y programar una visita a ellos a su apartamento en Londres.

Sebastián se ofreció a llevarla, pero ella se negó. Prefería volver caminando como había llegado, tenía mucho en qué pensar. Las calles comenzaban a llenarse de nieve nuevamente, el frío del clima no le molestaba tanto como el frío que se había alojado en su corazón en los últimos años. Sabía muy dentro de sí, que ese era el momento para derretir el hielo, el acercamiento con su familia fue un inicio que no tenía que permitir que quedara en el olvido. Con esa convicción llegó a su hotel se tiró cansada sobre su cama y sin darse cuenta se quedó dormida.

Cuando despertó al otro día, lo hizo porque el celular comenzó a sonar, luego de buscarlo por todas partes, lo encontró en el bolsillo de su abrigo, que estaba tirado en el suelo.

—Te estamos esperando fuera del spa —dijo su prima al contestar el teléfono.

—Me quedé dormida, entren, voy en unos minutos —aseguró Bárbara.

Se dio una ducha rápida, se vistió y salió corriendo. Por suerte todo quedaba cerca de su hotel, el spa, la peluquería para elegir peinados y la modista para la prueba final. Mañana sería el gran día y Bárbara se había propuesto firmemente divertirse y ponerse a tono con todo el mundo.

El día fue relajado, se divirtió mucho con sus primas y tías, por último, su madre la acercó al hotel y se despidieron hasta el día siguiente. Se sentía muy bien empezar a cerrar esa brecha que ella misma había originado con su familia. Se acomodó en un sillón frente al amplio ventanal para leer hasta la hora de la cena, pediría algo ligero y se acostaría temprano. Dos horas después, alguien golpeaba a su puerta.

—¡Sebas! ¿Qué hace aquí? —preguntó sorprendida.

—Vine a invitarte a cenar.

—Te agradezco, pero no tenía pensado salir esta noche —dijo sinceramente.

—Supuse que dirías eso, por lo que traje la comida conmigo —su rostro mostraba una sonrisa inocente.

—Pasa.

Acomodaron la mesa de la sala cerca de los ventanales para ver caer la nieve mientras comían y conversaban. Pronto los recuerdos se hicieron presente y las risas imparables; era el mismo Sebastián que ella recordaba, pero a la vez diferente, más centrado, más hombre, más apetecible. Expulsó los pensamientos de su cabeza y se sirvió más vino en su copa.

—Mañana me echarás la culpa si tienes resaca —mencionó divertido mientras volvía a servir su copa.

Pasada la media noche Bárbara empezó a mostrar cansancio, como todo caballero, Sebastián recogió las sobras y se levantó para marcharse. Ella lo acompañó hasta la puerta y se despidieron hasta el día siguiente. No supo cómo reaccionar, de hecho, no reaccionó para nada cuando Sebastián apoyó las manos en su cintura, la atrajo hasta su cuerpo y le dio un beso en la comisura de los labios.

—Buenas noches, hermosa —se separó del cuerpo de Bárbara sintiendo el frío de la pérdida.

Sabía que la había dejado confundida y excitada, él mismo se sentía así, pero desde que sus ojos se posaron en ella la noche del ensayo, no volvió a ser el mismo. La deseaba como nunca deseó a nadie, ni siquiera con su prometida se sintió así jamás. No sabía qué le estaba pasando, pero tenía que resolverlo cuanto antes, no quería hacer sufrir a nadie, ni tampoco sufrir él por una mala decisión.

Se encontraba en una *encrucijada*, quería a su novia, pero no la amaba. Encontrarse con Bárbara después de tantos años, removió en él sentimientos que creía olvidados. Debía tomar una decisión y lo tenía que hacer rápido, decidirse por el camino que lo llevara directamente a su felicidad.

El momento de la iglesia llegó y Sebastián se vio parado frente a una hermosa mujer que evitaba mirarlo a los ojos, pero sabía muy bien que estaba tan perturbada como él. Salieron del brazo detrás de los novios, apenas estuvieron fuera, Bárbara se perdió y no volvió a verla hasta estar en el salón de fiesta. No sabía qué hacer, tampoco qué quería, pero definitivamente necesitaba algo.

Bailaron y se divirtieron hasta bastante entrada la madrugada. Sebastián se despidió de los que aún estaban en la fiesta y se fue a llevar a uno de sus amigos al aeropuerto. Él viajaría como llegó, por carretera en su auto, tomaría un café en el aeropuerto y emprendería el viaje de regreso. Lo haría inquieto y de mal humor, no pudo hablar con Bárbara en toda la noche y sabía que ahí había algo importante por resolver.

Bárbara fue una de las últimas en abandonar la fiesta, volvió a casa de sus padres en busca de su maleta que había dejado allí la tarde anterior. Se despidió y abordó un Taxi hacia el aeropuerto, la nevada se había incrementado en las últimas horas. A ella no le pareció importante, no hasta que se anunció por altoparlante el cierre del aeropuerto por emergencia climática. No saldrían, ni entrarían aviones hasta nuevo aviso.

Enojada fue en busca de una cafetería, con café por medio, decidiría qué hacer, no había tomado en cuenta el detalle del mal tiempo. Tenía que volver a su trabajo sí o sí el lunes o tendría grandes problemas con sus jefes. Entró al local y su enojo se incrementó al no ver una mesa libre, al parecer todos en el aeropuerto tuvieron la misma idea que ella. En ese momento se le acercó una de las meseras y le dijo que la esperaban en la mesa del fondo. Desde allí no podía ver quién era, pero de seguro alguien que también estuvo en el casamiento y quedó varado allí como ella.

No pudo disimular su sorpresa al ver a Sebastián allí parado esperando por ella, corrió una de las sillas y la ayudó a sentarse, luego colocó la maleta a un costado.

—¿Qué haces aquí, creí que habías venido en auto?

—Vine a traer a un amigo que despegó en el último avión antes de que cerraran el aeropuerto. Pensé en tomarme un café tranquilo antes de marcharme. El café lo logré, la tranquilidad no. Esto se volvió un caos —explicó mientras pedía otro café para ella, que sabía de sobra como lo tomaba.

—Esto es una locura, si el clima no cambia no llegaré a trabajar el lunes, tendré muchos problemas.

—Puedo llevarte si quieres, vamos hacia el mismo lugar. —Para Sebastián que aceptara sería la mejor manera de encontrar las respuestas que andaba buscando.

—No quiero ocasionarte molestias —Bárbara sabía que sería un tremendo error estar más de cuatro horas a solas con él, aunque fuera dentro de un auto.

—No es ninguna molestia. No se hable más, toma tu café. Mientras, haré unas llamadas y en cuanto estés lista nos marchamos.

Poco más de media hora después iban en camino a Londres, por suerte hasta el momento había sido una conversación intrascendental, recordando viejas anécdotas y escuchando música. Llegados a Nottingham la nevada era copiosa y estaban cerrando las rutas por prevención. Bárbara comenzó a ponerse nerviosa, no podía quedarse allí, no a solas con él.

Sebastián se colocó su abrigo y bajó del auto para interiorizarse de lo que

sucedía. Cuando volvió no parecía preocupado por lo que Bárbara se tranquilizó, aunque le duró muy poco.

—No se puede hacer nada, no podemos avanzar.

—¿Qué? ¿Cómo que no podemos avanzar?

—No, hay que esperar que pare de nevar y que procedan a correr la nieve, y por lo que parece cuentan con un solo quitanieves.

—¿Se supone que nos quedaremos en el auto hasta entonces?

—Me dieron la dirección de un hospedaje, los hoteles están llenos, si nos apuramos quizás a doña Mildred —dijo leyendo la tarjeta— todavía le quede alguna cabaña para alquilarnos.

Bárbara no podía creer lo que estaba pasando, si no fuera porque hacía años que no se veía con Sebastián diría que estaba todo preparado. El pensamiento era una locura, estaba comprometido, no tenía ninguna intención con ella, esas ideas solo estaban en su cabeza. Cuando encontraron el lugar y efectivamente se llamaba “Doña Mildred” ambos rezaban porque tuviera algo libre o se tendrían que quedar dentro del auto.

Por suerte Sebastián volvió con una llave que le mostraba haciéndola bailar entre sus dedos, ella se relajó al saber que habían encontrado dónde quedarse.

«¡Un momento!» Traía una sola llave, eso no se veía bien, nada bien, al contrario, cada vez empeoraba más.

—¿Solo una llave? —preguntó Bárbara cuando su amigo subió al auto.

—Sí, por suerte, era la última cabaña disponible —respondió él como si nada.

—¿Cuántas habitaciones tiene?

—No lo sé, no le pregunté me pareció más importante el techo.

Llegaron al lugar en un incómodo silencio, Sebastián estacionó el auto delante de la cabaña y fue a abrirla la puerta a Bárbara para que bajara. Fueron hasta la entrada abrió y encendió las luces, mientras ella recorría la cabaña él fue por las maletas al vehículo. Cuando volvió vio su cara de desconcierto, ni siquiera había una habitación, era un solo ambiente con todo muy bien distribuido y muy lujoso. Él casi no podía ocultar su sonrisa.

—Doña Mildred dijo que estaba provisionado con lo necesario para unos días ¿Quieres un café?

—No puedo quedarme unos días, ni siquiera puedo quedarme hoy —se quejó Bárbara.

—¿Es que acaso buscas un accidente? ¿No te has dado cuenta de la nevada infernal que cae afuera?

—De lo que me doy cuenta es de que tú pareces muy conforme con toda esta situación —lo acusó Bárbara.

—No estoy conforme, pero tampoco dispuesto a salir como un loco a matarme allí afuera. Ahora dime, ¿qué es lo que tanto te molesta? ¿Tienes miedo de quedarte a solas aquí conmigo? —arremetió Sebastián.

—Por supuesto que no tengo miedo.

—No, claro que no, no es a mí a quién le tienes miedo, es a ti misma.

—¿De qué hablas?

—Tienes miedo de lo que puedas hacer, tienes miedo de lo que sientes cuando estamos juntos.

—Estás diciendo tonterías.

—Perfecto, entonces ven siéntate junto a mí y tomemos café.

Bárbara sabía muy dentro de ella que Sebastián estaba en lo correcto, pero no pensaba admitirlo en voz alta jamás. Se sentó junto a él en silencio y aceptó la taza que le ofrecía, el café estaba riquísimo y la ayudó junto con el silencio a poner sus ideas en claro, dentro de su cabeza. No supo cómo pasó, ni en qué momento, pero cuando se dio cuenta estaban enredados en el sillón compartiendo un apasionado beso.

Una cosa llevó a la otra y en pocos minutos se devoraban el uno al otro desnudos en la cama. Sebastián recorría con sus manos la suave piel de su cuerpo, sentirla, reconocerla, aprenderla era una prioridad. Con su boca atrapaba el aroma de su piel, tan suyo. Quería, necesitaba tenerla debajo de su piel, estar apretados uno sobre el otro no era suficiente. Era la única oportunidad que tendría para demostrarle que sus caminos estaban equivocados, ese era el correcto. El sendero que debían transitar juntos y que los llevaría a la felicidad, cualquier otro era incorrecto o eso pensaba en ese momento.

Tomó todo lo que ella le ofreció, con su lengua recorrió las profundidades de su piel, con sus manos sintió el calor de sus venas, ardía en deseos y él los satisfaría todos. Con su boca torturó un pezón con su mano el otro, hasta que se rindieron al placer, sus manos encontraron sus pliegues húmedos y ardientes. Introdujo un dedo, luego dos, mientras se deleitaba con sus deliciosos ronroneos de placer, su cuerpo se abría para recibirlo, también lo necesitaba.

Perdiendo totalmente la razón quitó sus dedos, se colocó una protección y acercó su erección sin dejar de mirarla a los ojos, se introdujo dentro de ella y fue por todo, su necesidad, la de ella. Los corazones se agitaron en una danza milenaria donde Sebastián acometía una y otra vez hasta elevarlos a lo más alto



del placer. Besos, caricias y necesidad afloraron en ambos, nada parecía ser suficiente. Sebastián giró a ambos sobre la cama y la dejó sobre él para que tomara el mando, podía mirarla y admirarla mientras ella daba rienda suelta al placer. Era tan hermosa como la recordaba, tan femenina como pocas y tan inalcanzable para él como siempre.

Tener su cabello regado sobre su cuerpo y los labios de ella quemando su piel, lo volvía loco. La manera que su ajustada funda se cernía sobre él abrazándolo con su calor amenazaba con hacerlo perder el control. No podía dejarse ir, no quería, necesitaba disfrutarla al máximo antes de perderla, sabía que la perdería en la primera oportunidad que ella tuviera. La atrajo a su boca y bebió hasta hartarse, aceleró su pasión y desató la más violenta de las tormentas, abrazados, muy juntos se dejaron caer exhaustos y plenos.

—Creo que después de esto, todo está muy claro —expresó Sebastián cuando logró recuperar el aliento.

—¿Qué es lo que está tan claro?

—Lo que podemos llegar a ser juntos.

—Creo que tú ves colores en un cielo que yo veo gris.

—No te preocupes haré que lo veas igual a mí.

Bárbara sabía que no sería así, pero no dijo nada, ese momento era para ella y se proponía disfrutarlo. Se abrazaron, se besaron y volvieron a hacer el amor durante toda la noche. Ningún hombre la había hecho sentir tan mujer, tan plena como Sebastián y ese sería su premio, un tesoro que guardaría para siempre en su corazón. Aunque él sería de otra para el resto de su vida, nadie podría quitarle ese pequeño recuerdo jamás.

El amanecer despertó a Sebastián sobresaltándolo con sus rayos de luz, hacía mucho tiempo que no dormía tan profundo, tan en paz. Cuando sus ojos se adaptaron y recordó dónde estaba, giró su cabeza, pero a su lado no había nadie. Recorrió el lugar con la vista, se levantó se colocó un jeans y fue a mirar al baño, estaba solo. Se dirigió a la cocina por un café, se sentó en la barra a beberlo mientras leía sus mensajes.

—Lo siento Bárbara, pero así lo prefiere mi corazón —dijo en voz alta.

Se despertó cuando todavía no había amanecido, al mirar a su lado Sebastián dormía muy tranquilo, su rostro relajado era tan bello como despierto. Pero no era suyo, no tenía derecho a esos amaneceres y así lo entendió, su momento había pasado y lo había disfrutado. Le quedaba el hermoso recuerdo que

atesoraría para siempre en su mente. Se levantó sin hacer ruido, recogió su ropa, se vistió en el baño, tomó su abrigo y maleta y salió a pedir un taxi, la tormenta había pasado. Después de unos llamados supo que el aeropuerto continuaba cerrado, pero podía viajar en autobús, así lo hizo, se marchó sin volver la vista atrás. Quería un recuerdo feliz, no uno doloroso.

Volvió a su casa, a su trabajo, a su rutina, pero nada era igual, nada tenía sentido o ella no se lo encontraba. Pasaron los días, las semanas, los meses todos iguales para Bárbara. Recibió a sus padres en su apartamento por primera vez. La visita le dio alegría y no se sintió tan sola, ellos le contaron sobre la fecha exacta en que contraería matrimonio Sebastián. No se esperó que le doliera tanto, a pesar de saber que se casaría, que faltara tan poco la lastimaba. Su mente se había hecho a la idea, no así su corazón que sufría la pérdida.

La vida continuaba, para ella pasaba sin más, nada la atraía o entretenía, solo existía y como su rutina estaba muy instalada, se manejaba como un robot. Esa semana sería el gran día para Sebastián y el peor para ella, la invitación de sus padres a su casa había llegado como una brisa fresca. Iría a pasar la semana con ellos al menos estaría distraída entre sus parientes, mientras esperaba que el dolor comenzara a remitir, si alguna vez lo hacía.

—Ven unos días —pidió su madre.

—Haremos el paseo a caballo que tanto te gusta —gritó de fondo su padre.

—Está bien, pediré unos días en el trabajo e iré a visitarlos —ellos no sabían lo agradecida que estaba por sacarla de Londres, no quería estar en el mismo lugar el día de la boda.

Apenas regresó de su trabajo hizo una maleta pequeña con lo esencial y salió para el aeropuerto. No podía quedarse un solo minuto más en la ciudad donde Sebastián se estaba casando. Él iniciaba una feliz vida y ella un camino largo de dolor por la pérdida. Curaría sus heridas eso era seguro, pero le llevaría un tiempo, que pasaría junto a su familia y luego trataría de continuar de la mejor manera posible.

Llegó a casa de sus padres, bastante entrada la noche, el taxi la dejó frente a la puerta de entrada. A pesar de ser tan tarde se veían luces tenues encendidas, por suerte la esperaban, ella temía despertarlos. Al entrar notó algo raro, música suave, un tema que conocía muy bien de otras épocas más felices de su vida, las luces y las sombras de las velas jugueteaban con su resplandor. Giró hacia el comedor al final del pasillo, una mesa con mantel blanco, un candelabro con varias velas, rosas rojas esparcidas por doquier. Un impresionante hombre vestido de traje negro la esperaba con una hermosa sonrisa y una rosa en la

mano.

—¿Qué haces aquí? —fue lo único que se le ocurrió a Bárbara preguntar.

—Esperándote.

—Pero... ¿por qué?

—Porque te amo.

—Esto no puede ser..., deberías, deberías —Bárbara no logró hilar, ni terminar una frase.

—¿Debería?

—Deberías estar casado para esta hora.

—Pues no lo estoy, pero podemos remediarlo en el momento que quieras.

—Todo esto es una locura, ¿dónde están mis padres?

—En eso tienes razón, estar enamorado es una locura, una maravillosa locura que quiero que compartas conmigo. ¿Tus padres? De vacaciones.

—Sebastián, no estás pensando con claridad. Hasta hace unos días estabas a punto de casarte y mis padres estaban en casa, ellos me llamaron.

—En realidad terminé mi compromiso el mismo día que volví a casa, luego de nuestra apasionada noche. Les pedí a tus padres que te llamaran.

—¿Así nada más? ¿Así de fácil, pasas de una novia a otra?

—No fue fácil y ha pasado un largo tiempo y no te estoy pidiendo matrimonio, sé lo que piensas al respecto.

—¿Qué es lo que me estás pidiendo?

—Una oportunidad para demostrarte que podemos amarnos y vivir este amor de la manera que tú prefieras.

Se acercó a ella con la mayor delicadeza y la fue atrayendo de a poco a sus brazos, quería que sintiera el calor de su cuerpo y recordara los momentos vividos. Además, habían pasado muchos meses y la necesitaba como un desesperado, tenía que tenerla cerca, acariciar su piel, besar sus labios, amarla.

Bárbara aceptó el abrazo y el beso que necesitaba igual que él y se quedó allí disfrutando del momento por miedo a estar soñando.

«¿Se habría dormido en el avión y ese era un sueño?»

Sus besos se sentían muy reales y sus manos recorriendo su cuerpo también, no era un sueño o sí, era todo lo que soñaba y que pensaba que nunca tendría. Sí, era un sueño y pensaba disfrutarlo el resto de su vida, ya no les temía a los compromisos, no al lado de Sebastián.

—¿Qué dices cariño, lo intentamos?

—¡Claro que sí!

—Me sorprende lo rápido que te convencí, ¿se puede saber por qué?

—Porque lo prefiere mi corazón.

**FIN.**

# La Navidad de Savannah

(Romance contemporáneo)

*La Navidad para Savannah no era como para todo el mundo. Desde chica aprendió a odiar esa fecha por lo mal que la vivía con su familia. No le gustaban los adornos, ni los árboles y mucho menos las reuniones de gente.*

*Pero la fiesta que preparó su amiga para la empresa y su jefe hicieron temblar sus, hasta el momento, mal concebidas celebraciones. Con la familia Monroe todo era diferente...*

Savannah volvía a su casa cansada del día, en su oficina había sido todo un caos. Las Navidades para ella eran insoportables, nunca le habían gustado. En realidad, no le gustaba cuando la pasaban en casa de sus padres porque no se terminaba bien la noche. Peleas, primos o tíos que se pasaban de copas y luego de las doce campanadas parecía ponerse peor, si eso fuera posible. Siempre terminaba en su cama triste y decepcionada con otra Navidad igual a la anterior. No eran alegres, no eran divertidas, en su casa no existía noche de paz, amor ni felicidad.

Con sus casi diez años había aprendido a disfrutar en esas fechas de las decoraciones de los escaparates de las tiendas. Las luces de los frentes de las casas de los vecinos y la alegría de sus amiguitos con sus regalos de Papá Noel, que a ella nunca le llegaban. Cuando apenas había cumplido cinco años sus padres le habían comunicado que nada de toda esa magia existía. Ni Papá Noel, ni los Reyes Magos, ni el Ratón Pérez y no recordaba quién más, así era de cruda su realidad con tan escasa edad. Había nacido en una familia totalmente insensible, lo que ellos consideraban Navidad era sentarse delante de una inmensa mesa y atiborrarse de comida y alcohol. Con el consiguiente desenlace de riñas y peleas hasta con los puños.

No, nunca le gustó la Navidad. Apenas cumplidos sus dieciocho años Savannah se mudó de casa y de ciudad y nunca volvió a saber de su familia. A

ellos tampoco les interesaba saber de ella, ni se molestaron en buscarla o ponerse en contacto, continuaron viviendo como si tal cosa. Con sus casi veinticinco años su vida había cambiado mucho. Se había esforzado en sus estudios y había logrado graduarse con las mejores notas. Trabajaba para una importante empresa de marketing, tenía su propio piso en la mejor zona de la ciudad y una buena cuenta bancaria. Pero no había logrado cambiar sus Navidades, por lo que decidió que ese año sería el momento oportuno.

Le prometió a su compañera de oficina y amiga que asistiría a su fiesta. Vanesa preparaba todos los años un brindis al terminar el horario de oficina para celebrar el nacimiento de Jesús y otro para despedir la noche vieja, como decía ella. Llegó a su piso se quitó la ropa de la oficina se puso unos jeans, un cárdigan y unas botas, tomó su abrigo y salió a comprar su primer árbol de Navidad. Compraría uno artificial, nunca estaba en casa para uno natural y de ninguna manera cortaría uno para que muriera. Adornos, copas, nunca había tenido copas, pero su amiga le aseguró que no estaría sola estas fiestas por lo que supuso que ella iría a visitarla.

Con todo lo necesario pidió un taxi y volvió a su casa con una inusual alegría, se había comprado dos vestidos nuevos para las fiestas de la oficina, que le encantaron y salían de su acostumbrado estilo. Sentada frente al fuego del hogar con una copa de vino en la mano evaluaba dónde ubicar el pino y los adornos. Mientras escuchaba una suave música se puso manos a la obra. Dos horas más tarde su apartamento había cambiado totalmente y ella había quedado encantada con el resultado. Su vida esa Navidad no cambiaría radicalmente, pero con los adornos y el pino había dado un gran paso. Había colocado dos botellas de Champagne en la nevera y tenía algunos dulces en la mesa principal. Con eso bastaría en caso de que Vanesa decidiese visitarla.

Estaba exhausta, el día había sido largo y agotador. Tomó una ducha y se fue a descansar, al otro día debía ir temprano a la empresa.

En la oficina estaba detrás del ordenador, concentrada en su trabajo cuando Vanesa le preguntó para quién era ese regalo que estaba a los pies de su mesa de trabajo. Sin entender de qué hablaba se levantó y rodeó el escritorio para mirar el presente que señalaba su amiga. Una importante caja con una botella de Champagne y dos copas de finísima calidad con un gran moño y una tarjeta, descansaban a sus pies. Se agachó para tomar la misiva y mirar para quién era en realidad.

S.

Esta Navidad será diferente..., espérame.

D.

—¡Dijiste que no tendrías compañía! —la acusó Vanesa.

—¿Cómo sabes que esto es para mí? —preguntó sin entender.

—No te hagas la tonta, somos dos en esta oficina tú eres “S” y yo soy “V”, no hay muchas vueltas que darle.

—Pero no conozco a D, no estoy saliendo con nadie Vanesa —explicó Savannah.

—¿Qué me dices del gran jefe? —preguntó su amiga haciendo referencia al dueño de la empresa. —Te vi cuando salieron juntos esa tarde del edificio.

—Eso fue hace meses, solo tomamos un café, sabes que lo mandé a paseo cuando se me insinuó, no voy a formar parte de su harén de mujeres.

En realidad, había quedado encantada con Damián, era todo un caballero, muy lindo, muy inteligente, pero ella no podía creer que le gustara. La había tratado con una dulzura y delicadeza que eran desconocidas para ella, en un hombre. Pero eso no lo excusaba de ser mujeriego. Siempre estaba acompañado por una hermosa mujer, fina y distinguida, no era nada de eso y no estaba dispuesta a que un niño rico se burlara, no era una niña. Por lo que lo apartó de su lado, aunque su cuerpo, su piel y todo en ella protestara, por lo contrario.

—Eres una tonta, se ve a lo lejos que está muy interesado en ti —insistió Vanesa.

—Sí, muy interesado en mí y sale en las revistas y diarios con distintas mujeres en cada evento, a veces con más de una.

—Eso es porque tú no le haces ni caso —aseguró Vanesa.

—Ni se lo pienso hacer —replicó Savannah.

A media mañana sonó su celular en el cajón del escritorio, lo que le pareció muy raro las llamadas solían ser de Vanesa y estaba frente a ella trabajando. Lo tomó y se sorprendió al escuchar la voz del otro lado del teléfono.

—Savannah, ¿cómo estás? soy Daniel.

—¿Cómo estás Daniel? Ha pasado tiempo —dijo un tanto confusa por el llamado.

—Lo sé, ya no vivo aquí, estoy de paso por la ciudad y quería invitarte una copa.

—Estoy trabajando en estos momentos.

—¿A qué hora sales?

—Pasadas las siete —respondió al fin sabiendo que no lograría escapar de la invitación.

—¿Trabajas en el edificio “Monroe” verdad? Nos vemos en el bar de la planta baja —dijo sin esperar respuesta y colgó.

Al parecer Vanesa se había equivocado no era de Damián Monroe el regalo, sino de Daniel. Y no pensaba pasar la Navidad con él ni loca, era casado hacía muchísimos años, pero nunca perdía oportunidad de tirársele encima. No sabía cómo lograría escaparse de su compañía esa noche y poder volver sola a la tranquilidad de su piso. Tras una intensa jornada de trabajo Savannah estaba saboreando la hora de poder irse a casa, cuando recordó que debía encontrarse con Daniel al salir de allí. La idea no la deslumbró, pero debía ir, tomaría una copa conversaría de algún tema intrascendente y se iría a descansar. Al otro día por la noche era la celebración en el trabajo, organizada por Vanesa.

Cuando llegó al bar Daniel la esperaba en la barra, lo saludó y se sentó en la esquina un tanto alejada del hombre.

—¿Cómo has estado? Cada vez más bella por lo que veo —dijo dedicándole una mirada lasciva, que a Savannah le produjo un asqueroso escalofrío en todo su cuerpo.

—Muy bien ¿y tú? ¿Sobre qué querías hablarme? No tengo mucho tiempo.

—Veo que sigues siendo tan fría como siempre —contestó Daniel visiblemente borracho.

—¿Me has llamado para insultarme? Estás borracho, me voy —dijo Savannah mientras intentaba alejarse.

Daniel fue más rápido y la tomó del brazo impidiéndole escaparse.

—No tan rápido iceberg, no vine hasta aquí por nada, esta noche te vas conmigo —aseguró apretándole con fuerza el brazo.

Savannah realmente se asustó, empezó a respirar con dificultad y estaba pensando seriamente en romperle la botella que llevaba en la caja de regalo, en la cabeza. Respiró hondo y totalmente decidida a zafarse del agarre a la que la estaba sometiendo ese energúmeno, levantó el brazo donde llevaba la botella. En



el momento exacto en que estaba por dejarla caer en la cabeza de Daniel una gran mano la tomó por la muñeca y la detuvo. Llevándola hacia su espalda, y por encima de su cabeza habló con un tono grave, duro.

—¿Se puede saber por qué estas agarrando a mí novia del brazo? —preguntó con el ceño fruncido el recién llegado.

—¿Su, su novia, señor Monroe? —preguntó como cachorro asustado, soltándola de inmediato.

—Sí, mi novia, te hice una pregunta —insistió Damián Monroe.

—No, eh, sí, disculpe señor pensé que ella quería...

—¿Insinúas que ella quería algo contigo? —formuló la pregunta más enojado aún.

—No, no, no, por supuesto que no señor, ha sido culpa mía, disculpe..., disculpe señorita Savannah —dijo el pobre infeliz mientras es-capaba del lugar con el rabo entre las patas, como el perro que era.

Savannah había presenciado toda la conversación totalmente atónita mirando el proceder de cada uno de los dos machos que tenía enfrente. Uno que solo era muy hombre con las mujeres delante de otro de su especie no era más que un lamentable cobarde. El otro, no sabía que pensar del otro.

—¿Su novia, señor Monroe? —preguntó imitando al borracho que había formulado la misma pregunta unos minutos antes.

Con una gran sonrisa, Damián se sentó en el taburete cerca de ella y acercó su cara al rostro de la joven.

—No me vas a decir que su cara y su reacción no fueron un poema —acotó muy divertido.

—Puedo defenderme sola, de hecho, estaba a punto de hacerlo —aseguró Savannah.

—Sí, lo sé, rompiéndole al infeliz una botella de Champagne de miles de dólares en la cabeza —respondió quitándole el regalo de la mano y colocándolo sobre la barra mientras le indicaba que se sentara a su lado.

—¿Bueno y eso a usted qué le puede importar? —preguntó sin entender.

—Porque quería beberlo contigo, no que lo desperdiciaras en ese cabeza hueca.

Estaba por pedir que le explicara de qué hablaba porque no entendía, cuando

entraron dos rubias impresionantes, dos bellezas de pasa-rela que se le acercaron lo tomaron del brazo y lo alejaron para hablar con él. Ese fue el momento que aprovechó Savannah para escaparse, salir a la acera, llamar un taxi y perderse en la noche. Damián salió corriendo a alcanzarla con la caja de regalo en la mano, pero era tarde se le había vuelto a escapar. Tendría que tomar medidas drásticas la próxima vez.

Savannah no podía entender por qué ese hombre le gustaba y la asustaba mucho a partes iguales, podía ser posible que le asustara el hecho de caer en sus redes sabiendo que él solo quería agregar una mujer más a su extensa colección. Estaba segura de que no podría resistirse a sus encantos por mucho tiempo más y al parecer él no pensaba ceder en sus demandas con ella. Al fin y al cabo, era de carne y hueso y hacía mucho tiempo que estaba sola.

Ese era el gran día del festejo en la oficina, que Vanesa había preparado con gran esmero. Savannah se fue con su indumentaria habitual, pero llevó uno de los vestidos que había elegido para la ocasión, se cambiaría al terminar su horario de trabajo después de ayudar a su amiga con los últimos preparativos. Ese día de trabajo en particular había sido muy alegre, todos estaban felices y cada uno que pasaba frente a las puertas de las oficinas de las chicas, dejaba algún regalo para que se pusiera bajo el Árbol. También traían bandejas de comida y adornos para ser agregados en la sala de conferencias en el último piso del edificio. El señor Monroe había cedido ese lugar para que prepararan el brindis para todos los trabajadores de edificio, que era uno de los salones más grandes.

Cuando hubo terminado la jornada en la oficina, Savannah y Vanesa subieron al último piso y terminaron de acondicionarlo. Había quedado precioso con unas largas mesas al centro con manteles navideños, copas vacías esperando el momento de ser usadas. Al fondo del salón resplandecía un árbol con sus intermitentes luces invitando a la magia navideña a reunirse a su alrededor. Guirnaldas y moños cruzaban a lo largo dando un hermoso ambiente. Desde su oficina en la puerta de enfrente a la sala de conferencias, las observaba Damián, disponiendo todo, la cara de niña feliz que tenía Savannah en ese momento permanecería en su mente por mucho tiempo. Daba la sensación de estar festejando la Navidad por primera vez, lo cual era una estupidez pensar, a su edad debía tener muchas fiestas en su haber.

Con todo listo las dos amigas regresaron a su oficina para cambiarse de ropa, maquillarse y tomar algunos regalitos que habían preparado entre ambas para

todo el personal. Cuando Savannah salió del pequeño baño de la oficina, Vanesa quedó con la boca abierta. Llevaba un ceñido vestido rojo, que por delante no decía mucho, pero, su es-palda estaba totalmente descubierta hasta casi su cintura, con tiras de pequeñas perlas que cruzaban de un lado a otro sosteniendo los laterales del vestido.

—¡Estas preciosas! Amiga nunca te había visto así, nuestro jefe va a delirar cuando te vea —gritó Vanesa con alegría.

—No seas tonta Vane ¿Crees que el gran Monroe se va a dignar a brindar con el personal?

—Por supuesto que sí, todos los años se acerca a saludarnos —aseguró Vanesa.

—Mmmm, entonces no estoy tan segura de querer ir —Savannah vaciló, al recordar cómo había escapado de él la noche anterior.

—No seas tonta, me prometiste que este año estaríamos juntas y así lo haremos —la tomó del brazo y la arrastró hasta el ascensor.

Cuando llegaron al salón se había reunido mucha gente, todo era risas y murmullos. Sonaba música y el ambiente era de alegría y felicidad. Savannah miraba a su alrededor fascinada, era la primera vez que estaba en una fiesta de verdad. Se mezcló entre la gente, pero tratando de mantenerse cerca de la puerta de salida. Conversaba alegremente con un grupo, cuando todos comenzaron a girarse hacia la entrada, para ver al dueño de las empresas Monroe, hacer su ingreso triunfal. Por supuesto acompañado por un séquito de hermosas mujeres, todas ellas parecían salidas de figurines de modas. Caminaron a lo largo del salón saludando a todos a su paso hasta llegar cerca del árbol de Navidad, allí se paró Damián, junto a sus amigas con una copa de Champagne e hizo un brindis general. Luego fue caminando a lo largo de la extensa mesa saludando a cada uno de sus empleados mientras las mujeres que lo acompañaban se quedaron en un grupo junto a la cabecera.

Cuando llegó donde se encontraba Savannah, luego de brindar y saludar a los que estaban a su alrededor, chocó su copa con la de ella y le dijo en voz muy baja solo para que lo oyese ella.

—Este brindis es por la empresa, luego brindaremos a solas —le aseguró guiñándole un ojo.

—Eso le puedo asegurar que jamás pasará, le dije que yo no voy a formar parte de su harén —dijo señalando al grupo de chicas al otro lado del salón.

Damián se dio la vuelta para mirar el lugar que señalaba Savannah y el enojo que le produjo aquella afirmación, lo llevó a tomarla por el co-do y prácticamente la arrastró con él. Haciendo caso omiso a las quejas de ella, siguió arrastrándola hasta llegar frente al grupo de las mujeres.

—Chicas quiero presentarles a Savannah, creo que les hablé de ella —les dijo Damián al grupo de nueve mujeres que tenía frente a él.

—¡Holaaaaa! —saludaron todas juntas.

—Savannah te presento a Carina, Estela, Inés, María, Juliana, Jime-na, Cecilia, Rachel e Irina, mis hermanas —dijo Damián, mirándola muy serio.

—Ho-hola —fue lo único que pudo decir antes de encontrarse ro-deada por todas ellas y de ser besada en la mejilla por cada una.

Damián la dejó con sus hermanas y se acercó a un grupo de caba-lleros con los que aún no había compartido un brindis personal ni sa-ludos o comentarios. Mientras conversaba observaba a la mujer que lo tenía loco desde que había entrado a trabajar a su empresa y que nunca lo había dejado acercarse. Era tremendamente hermosa y parecía una niña con un regalo nuevo, alegre, feliz, les prestaba atención a todo lo que le decían sus hermanas y reía ante los distintos comentarios. Era claramente desinteresada, o se le hubiera tirado encima apenas le había insinuado que le gustaba, tenía una pizca de inocencia combinada con una belleza angelical. Pero con un carácter de los mil demonios.

Savannah sentía los ojos de su jefe fijos en ella, las chicas eran muy simpáticas, pero ella en ese momento se sentía fatal. Lo había acusado estar siempre rodeado de distintas mujeres y ahora mirándolas de cerca a esas chicas se daba cuenta que siempre estaba con una de ellas, una de sus hermanas. Lo había acusado de tener un harén de mujeres a sus pies, estaba avergonzada y en ese momento no pensaba en otra cosa que en la manera de poder escaparse a su casa. Pronto vio su oportu-nidad cuando entró a saludar y a brindar con el personal el vicepresi-dente de la empresa. Damián le dio la espalda para conversar con él, Savannah se despidió muy simpática de las chicas Monroe y salió hu-yendo. Fuera del salón corrió por el pasillo hasta alcanzar un ascensor, una vez dentro logró volver a respirar, cinco minutos más tarde estaba dentro de un taxi rumbo a su piso.

Después de una ducha reparadora, se colocó un sweater de lana hasta mitad de pierna y unas medias también de lana que le tapaban las rodillas. Acercó una bandeja junto al fuego y se sentó en la alfombra, se sirvió una copa de vino y su mente comenzó a recordar el bo-chorno que había resultado su primera fiesta

navideña. Estaba tan avergonzada, que no sabía cómo iba a poder mirar a la cara a su jefe otra vez. Ella había pensado que tanta amabilidad, tanto perseguirla, decirle que ella le gustaba era únicamente para conquistarla y agregarla a su grupo de mujeres. Que habían resultado ser sus hermanas.

«Pero ¿quién podría imaginar que tenía nueve hermanas?» Pensó Savannah riéndose de ella misma.

Estaba muy concentrada en sus cavilaciones, con la mirada perdida en las llamas del fuego, cuando el timbre de la puerta la sobresaltó. Estaba segura de que era Vanesa que venía muy enojada con ella, había decidido no abrir, pero un nuevo timbre la apremió a responder. Mientras se acercaba a la puerta empezó a decirle su amiga que la disculpara.

—No puedo creer que me hayas dejado sola y con todo el desastre para mí...  
—Vanesa entró como un huracán, hecha una furia.

—Lo..., lo siento no quise irme así, pero... —su amiga levantó una mano negando con su cabeza para cortar sus excusas, no las quería escuchar.

—Me estoy cansando de tus rollos de Navidad, todos los años es lo mismo, ¿no crees que es tiempo de superarlos? Eres un adulto por el amor de Dios, no eres una niña, debes dejar tu pasado atrás y continuar con tu vida —esos y muchos regaños más siguieron por espacio de más de media hora.

—Está bien Vanesa, ya entendí..., no me regañes más. Te he pedido disculpas no sé qué más hacer —dijo Savannah realmente arrepentida.

—Yo sí sé que más harás, he hecho la limpieza de la mitad del salón, toma te dejo las llaves, el guardia te abrirá para que entres al edificio, mañana te tocará la otra mitad —dijo enojada, acercándose a la puerta para irse.

—Mañana es Nochebuena —dijo pensando que Vanesa lo había olvidado.

—¿Eso a ti que te importa? Tú nunca celebras nada, da lo mismo el día que sea. Mañana por la tarde te quiero en el edificio Monroe haciéndote cargo de tus responsabilidades —dijo muy enojada y se fue dando un portazo.

No era que Savannah no supiera que había hecho mal, pero era la primera vez que veía a Vanesa realmente enojada con ella. Siempre había sido muy buena y comprensible. Esa noche la había jodido hasta con la única amiga que tenía. Si había pensado que esta Navidad sería diferente, no se había equivocado, estaría aún más sola, sin siquiera el llamado o la compañía de Vanesa. Pero todo era su culpa por lo que tendría que aguantarse, con lágrimas corriendo por sus mejillas se fue a su cama, solo para pasar una noche más de insomnio.

No había dormido en toda la noche, por lo que se había quedado dormida en el día. Se despertó a las seis de la tarde sobresaltada. Su amiga la mataría, el salón del edificio debería estar limpio para esa hora. Saltó de la cama, se dio una ducha rápida, comió unos bocadillos del día anterior, pidió un taxi y se dirigió al trabajo. Cuando llegó el guardia le abrió como le había dicho Vanesa, aunque lo encontró más sonriente de lo usual. Tras saludarlo, salió disparada al ascensor, quería terminar la limpieza y volver a su casa a dormir.

Cuando llegó al salón de conferencias del último piso, comprobó que su amiga no le había mentado, quedaba la mitad por limpiar por lo que se puso manos a la obra. Inspiró profundamente y comenzó a tirar los desperdicios y a levantar la vajilla, dos horas después había dejado el salón impecable, salía arrastrando una gran bolsa de basura cuando casi chocó con el guardia que venía hacia ella.

—Señorita Savannah ha llamado el señor Monroe pidiendo un sobre que dejó en su escritorio, dice que lo necesita urgente —dijo el hombre con cara afligida mostrando el sobre en cuestión, que tenía en sus manos.

—¿Es este? —preguntó Savannah.

—Sí, era el único sobre en medio del gran escritorio, estaba preparado allí, es evidente que lo olvidó.

—Entonces lléveselo enseguida —urgió Savannah.

—No, no puedo ir señorita, no puedo dejar mi puesto de trabajo y en este momento mi esposa y mi hijo vienen hacia aquí a pasar la Nochebuena conmigo —respondió consternado el guardia.

—Entonces llame a un mensajero.

—¿A esta hora, un día como hoy?

—Está bien, démelo, se lo llevaré al señor Monroe —dijo Savannah con evidente disgusto mientras tomaba el sobre de manos del guardia.

—Muchas gracias, señorita afuera la está esperando el taxi —dijo el hombre con alegría.

Ella lo miró con el ceño fruncido, había llamado un taxi como si supiera que iría. Sin darle más vueltas al asunto se subió al auto que la esperaba en la puerta y le dio la dirección que le había dado el guardia. Llegaron a una casa enorme como había supuesto Savannah que era la residencia del señor Monroe, el taxista paró frente a una gran escalinata. Subió los escalones que la separaban de la puerta principal rezando porque la atendiera un empleado y ninguna de las

hermanas. Pero por supuesto la suerte no estaba de su lado como siempre y antes siquiera de llegar al último escalón tenía frente a ella a Damián. Tan apuesto y simpático como siempre.

—Muchas gracias por venir Savannah —dijo sin más su jefe.

—No hay por qué darlas señor Monroe, aquí está el sobre que pidió —dijo extendiendo su mano.

En ese momento salieron disparadas hacia dónde ellos se encontraban cuatro de las hermanas de Damián, hablando todas juntas como era al parecer su costumbre.

—Savannah, que alegría volverte a ver —dijo una.

—Te quedas a cenar con nosotros —dijo más que preguntó otra.

—Damián dijo que no tienes familia —acotó una tercera.

—Les agradezco, pero no estoy vestida para la ocasión, vuelvo a mí casa — intentó querer escapar Savannah aún con el sobre de papel en la mano.

—De ninguna manera, te quedas con nosotros y vamos a mi dormitorio y te vistes con lo que quieras para estar cómoda —sentenció la cuarta.

Inmediatamente se vio arrastrada por las chicas sin poder negarse hacia la parte de atrás de la casa. Mientras Damián las miraba con una gran sonrisa en su rostro.

—Señor Monroe sus papeles —gritó Savannah, mirando para atrás y mostrando el sobre.

—Es tuyo mira la tarjeta dentro —le respondió Damián aun sonriendo y entrando en la casa.

Sin entender Savannah siguió a las chicas al dormitorio de una de ellas, al entrar se encontró en mitad del cuarto con un perchero con varios vestidos todos nuevos. Los miró alucinada era uno más bello que el otro de una marca importante que costarían una fortuna. Miró a la dueña del dormitorio sin entender.

—No puedo usar tus vestidos nuevos, ni siquiera los has estrenado.

—¿Mis vestidos? —preguntó la hermana sin entender— son “tus vestidos nuevos”.

—No, no puedo aceptar que me regalen cosas tan caras —dijo Savannah intentando marcharse.

—Mira, se está haciendo tarde y la familia nos espera, escoge el que más te gusta y luego discutiremos sobre el resto.

Las cuatro la miraban expectante por lo que escogió uno cualquiera, eran todos hermosos. Una de ellas le mostró el baño para que se lo pusiera, cuando salió volvieron a juntarse a su alrededor admirando el buen gusto del vestido y lo bello que le quedaba. La sentaron frente al tocador mientras una le alcanzaba los zapatos a juego, otra le hacía un peinado y una tercera la maquillaba. Al parecer las hermanas estaban acostumbradas a trabajar en conjunto y cada cual tenía una tarea asignada, en poco menos de quince minutos estaba lista para ir al salón principal de la casa, para su primera noche navideña en compañía. Se sentía muy nerviosa, tenía miedo de desentonar con el resto de la familia o cometer algún error. Pero sin siquiera saber lo que estaba pensando, una de las hermanas la tranquilizó.

—Estás hermosa, no te preocupes que no eres la única fuera de la familia, también cenarán con nosotros los esposos y novios de mis hermanas. Sí, eres la única mujer, pero no te preocupes por eso, a mí madre le encantarás.

Todas habían terminado de arreglarse y luego de alabar a Savannah por su belleza la tomaron del brazo y salieron en tropel al comedor. En ese momento ella recordó algo.

—Esperen un segundo —todas quedaron paradas en medio del pasillo, viendo como Savannah volvía al dormitorio.

Entró y buscó con la mirada hasta encontrar el sobre depositado en la mesita de noche. Con manos temblorosas lo abrió y sacó la blanca tarjeta con escritura dorada.

“¿Quieres formar parte de mí harén?”

La colocó nuevamente en el sobre y la dejó junto a su ropa en la cama con una gran sonrisa, volvió al pasillo con las chicas y de ahí a enfrentar la que se suponía su primera fiesta de Navidad, normal.

Estaba nerviosa y casi temblando por el recibimiento que tendría entre la gente que no conocía. Todo se le pasó al ingresar al amplio comedor, donde se encontraban todos reunidos. Inmediatamente se les acercó la madre de las chicas y sin decirle nada la abrazó muy fuerte y le dio la bienvenida a su casa. Lo mismo hizo el padre y así uno a uno se fue presentando y sentándose en el lugar



asignado. El último en llegar a su lado fue Damián que le dio un tierno beso en la mejilla.

—Más hermosa..., imposible —le dijo guiñándole un ojo y acompañándola a sentarse a su derecha.

La noche no podía ir mejor, cenaron en una muy divertida y agradable conversación donde conoció un poco más de todos a través de las anécdotas que fueron contando. Todos eran muy amables y de a poco la fueron introduciendo en las distintas conversaciones. Cuando se estaba acercando la medianoche, todos se trasladaron cerca del pino de Navidad para un brindis. Luego de las doce campanadas un mozo se acercó y les fue sirviendo una copa a cada uno, menos a ella y a Damián lo que la sorprendió, pero no por mucho tiempo. Detrás del mozo se acercó él con una sonrisa y con dos copas llenas que eran las que le habían dejado al pie de su escritorio. Le alcanzó una a ella y la quedó mirando.

—Te dije que esta Navidad sería diferente —acotó mientras le sonreía.

—Era tuyo... —Damián le cortó la frase.

—Espero una respuesta —le dijo al oído.

—Sí —dijo ella apenas en un susurro.

—Perdona ¿Qué?

—Sí, sí quiero formar parte de tu harén —dijo totalmente ruborizada.

Damián levantó su copa y dijo para todos, con una gran sonrisa y con su rostro lleno de felicidad.

—¡Feliz Navidad!

Se dirigió a Savannah, mientras los demás se besaban y se deseaban felicidades, la tomó de la mano y la alejó un poco de la familia, la besó apretándola muy fuerte contra su cuerpo.

—Por ti. Por “La Navidad de Savannah”.

**FIN.**

## Hacedora de sueños (Romance erótico)

*En la vida hay que aprender a atrapar los sueños, al menos eso creía Amanda. Le gustaba que sus alumnos pusieran en práctica sus enseñanzas. Aunque, para ser honestos a ella le costaba mucho hacerlo.*

*Como todo buen profesor también necesitaba aprender, Cristóbal se sintió con el derecho de ser quién le enseñara.*

Comenzaba la primera clase de seducción del año. Todos en el salón estaban con sus máscaras puestas como estipulaba el reglamento. Los antifaces por el frente llegaban hasta el labio superior, dejando el inferior libre y por detrás se unía a una peluca de cabellera larga hasta mitad de espalda. Profesores y alumnos las lucían por igual para proteger sus identidades y poder tener libertad de movimientos, sin tener que preocuparse porque alguien los viera.

La profesora formó diez parejas y con el alumno que quedaba solo ella haría las demostraciones. Se escucharon los primeros acordes de “you can leave your hat on” de Joe Cocker y comenzó la clase. La profesora marcaba con el alumno y las otras parejas los seguían. Los hombres sentados en una silla con el torso desnudo y con las manos atadas a la espalda miraban a su mujer mover las caderas al ritmo de la música. Con mirada sensual la dama marcaba sus movimientos provocativos mientras se acercaba a su hombre desabrochándose los primeros botones de su blusa. Sin apartar la mirada de su pareja, a través del antifaz, se acercaba provocativamente tomando los delanteros de la camisilla y abriéndolos inclinada hacia adelante. Dejando expuesto a la vista el nacimiento de sus pechos.

El compañero no podía disimular su excitación, mientras ella continuaba su balanceo se quitaba la blusa. Comenzó a girar alrededor del cuerpo del hombre acariciando con una mano su pecho y su espalda. Para él, ese simple roce con las

yemas de los dedos era un camino de fuego que quedaba impreso en su piel aun después de terminada la clase. Nunca imaginó que sería tan caliente desde la primera clase, menos mal que le tocó con la profesora o no podría soportarlo.

La secretaria de Cristóbal entró pálida al despacho, le contó que su hija había sufrido un accidente y necesitaba retirarse.

—Por supuesto Lucy, puedes irte.

—Aquí le dejo un encargo que me hizo su madre ¿Podría mandar a alguien más?, es para esta noche.

—Solo estamos tú y yo, dámelo a mí.

—Pero es para ir a comprar pantys a la lencería que está a dos cuadras.

—¿Y cuál es el problema?, ¿no puedo ir yo?

—Sí, por supuesto, pensé que no le gustaría la idea.

—No me gusta, pero me encargaré.

Él conocía el lugar y a la hermosa dueña o creía que era la dueña. Un día pasaba con su auto por delante del local cuando esa belleza llamó su atención mientras cerraba tarde en la noche. Estaba tan embobado mirándola que casi chocó con el auto de adelante que se había parado en el semáforo, los bocinazos lo sacaron de su trance. En ese momento tenía la excusa perfecta, haría el encargo de su madre y pondría en funcionamiento el plan que venía trazando hace meses.

Amanda estaba satisfecha con su vida su negocio de lencería marchaba bien y su escuela también, claro que nadie sabía quién era, pasaba totalmente desapercibida. Su vida era tranquila hasta que irrumpió en su negocio ese irritante hombre. De por sí era raro que un hombre de su categoría entrara personalmente a un negocio de lencería de mujer, generalmente mandaban a sus asistentes a comprar y ella debía realizar el envío a la señorita de turno.

Pero cuando el empresario Cristóbal Steel entró dio vueltas a su negocio y también a su vida.

—Mire, si le parece demasiado reto puedo ir a otro negocio. —dijo con miedo de que aceptara.

—Para nada señor Steel, solo me tomó por sorpresa. No es habitual que un señor encargue lencería erótica para un desfile que verán empresarios.

—Es solo un festejo para mis empleados por el cierre de un excelente contrato. ¿Y bien? ¿Podrá afrontar el pedido señorita Welch?

—Sí señor, por supuesto, pero solo me encargo de la lencería, las modelos corren por su cuenta.

—Mmm pensé que usted podría encargarse de todo. Está bien, lo resolveremos, creo haber visto una escuela de seducción a dos cuadras, quizás ahí...

—En la escuela enseñan a mujeres comunes a seducir a sus parejas, no a modelar —lo cortó ella con brusquedad.

—Quizás alguna quiera poner en práctica sus conocimientos, ¿no cree usted?  
—dijo guiñándole un ojo.

—No, no lo creo.

—Veremos, hasta luego señorita Welch.

Para Cristóbal era la mujer más bonita y más malhumorada que hubiera conocido en su vida. No tenía ni idea de lo que iba a hacer con la lencería, pero por lo menos, podría admirarla unos días. Casi era hora de terminar la jornada laboral, iba a esperarla, quizás tendría alguna oportunidad de invitarla a tomar algo.

Como pensó, a los pocos minutos cerró el local. ¿Pero que llevaba en la mano y dónde iría tan apurada?

«Cuidado Steel» —pensó— «la curiosidad mató al gato».

Se le había hecho muy tarde no tenía tiempo para nada. Tomó en la mano el antifaz y se encaminó lo más rápido que pudo; estaba sobre la hora de la clase. Llegó corriendo y muy agitada.

—Hola Gloria, se me ha hecho tarde ¿Están todos listos?

—Sí, Amanda no te preocupes. Recién se están preparando, puedes tomarte dos minutos para recuperarte.

Cristóbal miraba desde su auto la carrera que emprendía la señorita de ojos lindos. Sabía hacia dónde se dirigía y el corazón comenzó a palpar con rapidez. Tendría que dejar la invitación para otra ocasión, él también debía apurarse, tenía que llegar primero que ella.

Clases de seducción: «¿Es que no se daba cuenta que exhalaba seducción por todos los poros? ¡Diablos! ¿Y si tiene novio?»

No había pensado en eso. Semejante belleza seguro tendría novio. De eso se encargaría después. Ahora quería conocerla, y si tenía novio, se ocuparía de espantárselo.

Al día siguiente, el mediodía marcó la hora del cierre, la mañana había estado tranquila por suerte. La noche anterior había terminado tarde y cansada con las clases. Estaba de espaldas a la puerta de entrada, acomodando estanterías y pensando que era la hora de echarle llave a la puerta, cuando sonó la campanilla anunciando un nuevo cliente. «¡Diablos!» Se dio vuelta y se encontró con el

señor Steel parado en el medio del salón.

—Estaba por cerrar, señor Steel —anunció Amanda con marcada fatiga.

—Ahh, en ese caso...

Giró sobre sí y echó llavea la puerta, dando la vuelta al cartel de cerrado. Se volvió hacia Amanda y se encaminó hacia ella lo que la obligó a retroceder unos pasos para tomar distancia.

—¿Qué cree que está haciendo?

—Sabía que era la hora de cerrar y quise venir para que organizáramos los dibujos de la lencería que encargué, señorita Welch.

—Señor Steel, esta es mi hora de almuerzo y de descanso.

—Puede llamarme Cristóbal, y traje el almuerzo por supuesto. —Levantó unas bolsas que traía en la mano y se las mostró—. Sentada mirando unos dibujos no creo que se canse demasiado a menos que tenga miedo de quedarse a solas conmigo, Amanda. No creo que juguemos al gato y al ratón, aunque me parece que, en este caso, lo más apropiado es que la “minina” sea usted.

Ella no se dio cuenta, pero él hacía alusión a la máscara con la que daba clases.

Amanda trató de omitir lo que acababa de escuchar, creyendo que le ponía apodos para hacerla enojar. Haciendo una profunda inspiración trató de calmarse y de ser lo más amable que le fuera posible, dadas las circunstancias.

—No, señor Steel no tengo miedo y no me gustan los juegos.

—¡Cristóbal! —apuntó él— tienes un escritorio supongo.

—Sí, tengo.

—¿Me permites?

Los dos entraron en la pequeña oficina de Amanda que empezó a despejar el escritorio retirando los dibujos en los que estaba trabajando. Cristóbal se sentó y comenzó a sacar las cajas de comida acomodándolas arriba entre medio de los dos.

—No sabía qué te gustaba por lo que traje un poco de todo; pollo, ensalada, arroz.

—No tenía por qué molestarse.

—No es ninguna molestia, minina, al contrario, es un gusto.

— ¡No me llame minina! —dijo ofuscada, entre dientes.

Con una sonrisa muy simpática y con mucha tranquilidad, que en verdad no sentía, se sentó frente al hombre. Se dispuso a soportarlo el tiempo que llevara el improvisado almuerzo y los preparativos de los diseños de lencería.

—Por favor Amanda, sírvete. Primero nos alimentamos, luego trabajamos.

—Muy bien.

Mientras comían Cristóbal intentó saber algo más sobre Amanda.

—Dime, ¿hace mucho que tienes tu local aquí?

—Unos tres años aproximadamente.

—¿Eres modista, no es así?

—Sí, así es.

—¿Por qué te decidiste por la lencería y no los vestidos, por ejemplo?

—Es un poco complicado y largo de contar —dijo evasiva.

—Pues es el momento perfecto, cuéntame.

Amanda lo miró para ver la ironía en sus ojos, pero no la encontró, estaba serio y realmente interesado. No quería compartir con él nada más que el trabajo que le había solicitado. Pero si no le contaba algo de su vida no se iría y ella quería terminar cuanto antes y quedarse sola. Tenerlo tan cerca la ponía nerviosa, era un hombre realmente atractivo y ella no era inmune a su masculinidad. Pero se negaba a que el tipo se burlara y la tomara como a una más del montón, que seguramente cargaba a sus espaldas. Un hombre tan atractivo, debía tener mujeres a montones de dónde escoger.

—Verá, cuando tenía alrededor de nueve años, vivíamos solas mi madre y yo, ella era modista y trabajaba para una señora que poseía una casa de citas. Por supuesto que, en ese momento, no tenía ni idea de lo que quería decir eso. Al preguntarle a mí madre ella me dijo que eran mujeres que les gustaba seducir a sus maridos con hermosa ropa interior, eso justificaba las transparencias y los encajes que mi madre utilizaba para aquellas pequeñas prendas.

—¿Y cuándo creciste? —preguntó realmente interesado.

—Cuando crecí entendí la realidad y me dije a mí misma que, trabajaría realmente para la seducción de la pareja.

—¿Quieres decir que no es seducir solo al marido?

—No, claro que no, el hombre también debe seducir a su mujer, ¿no está de acuerdo?

—Sí, sí por supuesto, pero aquí no veo ropa interior de hombre, ¿o sí?

Mientras hablaba, Cristóbal se estiraba para mirar el local a través de las paredes de vidrio del despacho de Amanda.

—Tengo ropa interior de hombre, pero creo que en el hombre pasa más por otras cosas.

—¿Ah, sí? ¿Cómo cuáles?

—Señor Steel, estamos aquí para trabajar sobre su pedido, no para que le dé una clase sobre cómo seducir.

Habiendo terminado de comer, Amanda comenzó a levantar los restos de la comida y a limpiar para despejar el escritorio y poder iniciar su trabajo. Sin hacer caso de la mirada profunda del señor Steel que la siguió por todo su recorrido hasta que se sentó frente a él.

—¿Comenzamos?

Cristóbal parpadeó como saliendo de un trance dándose cuenta de que Amanda estaba lista para comenzar con los dibujos. Planearon los distintos diseños, él por su parte aportaba los detalles que le parecía que quedarían sensuales, a su entender. Lo que la señorita Welch no sabía, era que él estaba pensando en ella; en cómo se vería con cada conjunto, y eso lo estaba trastornando. Iba a tener que irse antes de estropear lo poco que había avanzado. Al menos ella lo toleraba cerca, podía considerarlo un avance.

Estando más o menos de acuerdo con los diseños, Cristóbal se retiró bastante perturbado. Pero con la certeza de cuál sería su próximo movimiento para atrapar a su bella dama.

Por su parte Amanda se disponía a abrir otra vez el local, pero antes se tomó unos segundos para llevar aire a sus pulmones y calmarse, la cercanía del señor Steel la dejó bastante inquieta. Era un hombre fascinante por mucho que le costara admitirlo. Le gustaba, pero era evidente que lo único que él pretendía era jugar con ella, al menos eso le demostraba.

Las clases de seducción eran para todos iguales tanto hombres como mujeres. Cuando se inscribían aceptaban las condiciones en las que se llevaban a cabo. Es decir, si no llevaban pareja debían trabajar con otro solitario del grupo y llevar a cabo la seducción tal como se haría en la realidad. La profesora tenía por costumbre trabajar con el mismo alumno, nunca llevaba pareja.

Empezó a sonar la música en el salón, los alumnos tomaron sus lugares, entró la profesora y dio comienzo la clase. Su partenaire siempre dispuesto, se prestaba a todas las sugerencias que ella hacía. Las clases eran cada vez más calientes, como estipulaba el programa, para que los alumnos tomaran confianza y avanzaran.

Amanda se sentía extraña. Estas últimas clases percibía como que su alumno y compañero de dupla exteriorizaba demasiado hacia ella. No parecía, como en los demás, mera actuación. Quizás era solo su imaginación, desde que entró a su vida Cristóbal Steel, no era muy racional. Sus emociones estaban irremediablemente inestables.

Cristóbal salió de su clase muy conforme, y por demás, satisfecho con su descubrimiento, había sido un día productivo. La profesora reaccionaba de la forma que él esperaba a sus avances y provocaciones y no podía disimular como la afectaban, eso era bueno, muy bueno. Al día siguiente iría a ver a su minina y comenzaría a poner en práctica el aprendizaje.

Por más que quisiera, no podía sacarse a esa mujer de la cabeza, lo tenía fascinado, lo había atrapado y ella parecía no darse cuenta. Era cierto que por su

vida habían pasado infinidad de mujeres, con algunas la pasó bien, con otras no tanto. Lo que sentía cuando estaba cerca de Amanda, no recordaba haberlo sentido por nadie. Fue en ese momento que se dio cuenta que al fin la había encontrado, había hallado a su pareja, a la otra mitad de su alma. Recurriría a lo que fuera para convencerla de que él era su alma gemela.

Amanda llevaba unos minutos con el local abierto cuando escuchó la campanilla de entrada de la puerta, se giró para atender y se encontró frente a ella, con una gran sonrisa, al señor Steel.

—¡Qué sorpresa! ¿Madruga?

—Por supuesto minina, trabajando es como hice mi fortuna.

—¡No me llame minina!

Si bien le agradaba la inesperada presencia de Cristóbal en su local, le desagradaba el sobrenombre que le había puesto, pero trató de poner su mejor sonrisa, no quería pelear a una hora tan temprana.

— ¿Tenía algo que decirme? ¿Algún cambio en los diseños? —preguntó

—Mmm no, en realidad.

—¿Sí?

—Solo tenía ganas de verte.

—Señor Steel, espero que no se esté confundiendo.

—¿Confundiendo?

Cristóbal se le acercó mirándola profundamente a los ojos, muy serio y con una chispa en ellos que Amanda no sabía definir. Pero, a no ser que estuviera equivocada, era deseo, sí, un profundo y sincero deseo. Ella no podía retroceder más, estaba con las manos y la parte inferior de su cuerpo apoyada directamente sobre una vitrina. Sin pensarlo dos veces, Cristóbal tomó su cara entre sus manos y la besó, con un beso tierno, dulce y a la vez posesivo como si con ese beso le dijera que era suya. La sentía cálida, nerviosa, su cuerpo pegado al de él temblaba, no pudo contenerse más y se entregó con pasión, irrumpiendo con su lengua en busca de la suya que salió a recibirlo. El sabor de su boca lo embriagó, lo drogó hasta casi hacerle perder el sentido. Bebió de ella, respiró su aire y maldiciéndose comenzó a separarse, primero retiró su cuerpo que aplastaba el de ella contra algo, no sabía que, después retiró su boca, pero sin despegar sus labios del todo. Todavía no. Solo un poco más.

Amanda por su parte le respondió sin pensárselo dos veces, en una respuesta implícita, en la que le decía, sí soy tuya. Un intenso calor comenzó a apoderarse de ella, sus piernas parecían gelatina, su cuerpo comenzó a temblar y el piso se sentía inestable bajo sus pies. La boca de él buscó la suya con desesperación, su lengua comenzó una danza de dulces caricias que la encendían aún más si eso



fuera posible. El aire en el local era pesado y el calor que emanaba de sus cuerpos lo hacía aún más. Se separaron, él contuvo el aliento y el impulso de volver a besarla, esta vez con más pasión, con más apremio, pero sabía que no debía hacerlo. Si se sumergía otra vez en esa boca dulce, suave y caliente no podría parar, no iba a parar.

No era buen momento, estaban en un lugar público en cualquier instante podría entrar gente, habría tiempo y él lo tomaría todo. Ella estaba confundida y perturbada, sin saber qué decir o hacer. Se debatía entre el placer y la vergüenza a parte iguales.

Entonces para más confusión de Amanda, Cristóbal le recorrió la cara con su mirada penetrante hasta detenerse en sus labios. Volvió a mirarle a los ojos se quedó ahí unos momentos navegando en la dulzura.

—Esta noche paso por ti a la salida, iremos a cenar y no acepto un no por respuesta.

Con pasos seguros se giró y salió sin mirar atrás. Nerviosa volvió al otro lado de la vitrina fingiendo acomodar cajones, pero en realidad lo que intentaba acomodar era su mente, sus pensamientos y sus sentimientos. No pudo decirle que no, no quiso decirle que no. Saldría con él solo una vez, se daría el gusto, siempre por su pensamiento racional dejaba sus sentimientos de lado. Le haría caso a su corazón, solo por una vez y no volvería a verlo en ese plan, únicamente por trabajo.

Por su parte Cristóbal, salió del local de Amanda, con la certeza de que ella sentía lo mismo que él, aunque no supiera todavía qué era lo que estaba sintiendo en realidad. Eran sentimientos muy fuertes y totalmente desconocidos. Pero estaba decidido a averiguarlo. Hizo un par de llamados y estaba listo para poner en marcha lo que sería el principio de su prometedor futuro. Se sentía contento porque era la primera vez que estaba tan seguro y decidido en conquistar a una mujer, pero claro esta no era cualquier mujer era “su mujer”.

Estaba cerrando el local cuando escuchó un auto aparcar cerca de ella, al mirar comprobó que era Cristóbal. Se bajó del auto con una gran sonrisa y acompañó a Amanda hasta el lado del acompañante. Una vez acomodados dentro del auto, Cristóbal se sinceró con ella al explicarle el programa que había preparado para esa noche.

—Como sabrás, a lugar público que asisto, también lo hace la prensa amarillista, deseosa de primicias.

—Me lo imagino —contestó ella sin entender a donde quería llegar.

—Pues bien, como imaginé que no te gustaría ser asediada con preguntas y fotografías, arreglé todo para una velada en mi apartamento.

—No me parece apropiado, igual nos verían entrar a tu casa y eso llevaría a

especulaciones erróneas.

—No, si mi secretario hubiera comunicado que me encontraría en uno de mis restaurantes esta noche.

—¿Tienes un restaurante? —preguntó sorprendida Amanda.

—Varios, entre otras cosas. Pero el caso es que nadie nos verá, entraremos por el estacionamiento y nadie me espera por mi apartamento.

Una vez dentro Amanda estaba maravillada, había puesto candelabros con velas alrededor del comedor lo que daba un ambiente íntimo. En el centro una mesa redonda, pequeña, adornada de forma muy romántica, y sobre el que dedujo sería su plato, una rosa roja con un moño dorado. La tomó en su mano, sintió su perfume y la acunó muy cerca de su corazón. Cristóbal la observaba con cariño y con un inmenso placer, por hacerla feliz con su pequeño detalle.

Cenaron y conversaron distendidos, mientras una serie de mozos los atendían. En el ambiente se sentía el dulce aroma a vainilla que desprendían las velas y el agradable sonido de una romántica música daba el fondo apropiado a la velada. Se retiraron al salón principal, un ambiente bastante grande surcado en forma de semicírculo por grandes sillones. De las paredes colgaban cuadros originales que daban al conjunto un ambiente lujoso.

Sentados uno al lado del otro Cristóbal pasó su brazo por el hombro de Amanda para atraerla sobre su cuerpo. Ella complacida se dejó llevar, él comenzó a besarle y morderle el lóbulo de la oreja y a desabrocharle el primer botón de la blusa... el segundo.

—Puede venir alguien —susurró ruborizada.

—Nadie vendrá —aseguró Cristóbal—, despedí al servicio después del postre, estamos solos.

—Aquí no —dijo sosteniéndole la mano para que dejara de desprenderle la blusa—, aquí no me siento cómoda.

Más que complacido se levantó tomándola de las manos para ayudarla entrelazó sus dedos con los de ella y la dirigió a su dormitorio. Una vez cerca de la cama continuó desabrochándole la camisa para revelar debajo una increíblemente suave y cremosa piel. Su lencería, como era de suponer, estaba diseñada para volver loco a quien la mirara; transparente, sugerente, enloquecedora. Recorrió el frágil montículo de sus pechos con el pulgar por encima del encaje, hasta sentir el erguido y duro pezón emerger orgulloso. Amanda apoyó la cara contra el cuello de Cristóbal, que notó su frenética respiración.

—Cris... —alcanzó a emitir en un suspiro.

El hecho de oír su nombre en los labios de Amanda excitó a Cristóbal más de

lo que esperaba. Bajó la cabeza entre aquellos preciosos pechos y con los dientes atrapo un pezón, con la lengua lo acarició y mojó por sobre la fina tela. La pequeña perla se tornó más oscura, más dura, y Amanda tensó su cuerpo. Muy despacio, él comenzó a lamer con envites lujuriosos que hacían que ella se aferrara aún más tomándolo del cabello y apretándolo contra su cuerpo.

—Mmm —escapó de sus labios.

—¿Quieres más? —preguntó él con una sonrisa de satisfacción.

—Lo quiero todo.

Terminó de desvestirla dejándola solo con el sostén y una diminuta braga que lo estaba volviendo loco. Corrió los cobertores de la cama, la tomó por la cintura y la ayudó a sentarse. Se separó unos pasos sin dejar de mirarla a los ojos, y comenzó a quitarse la ropa. Ella lo miraba expectante con la respiración agitada, el ambiente en la habitación se tornó pesado y caluroso. Amanda lo miraba embelesada dispuesta a dejar todos sus escrúpulos de lado, por una noche que recordaría para siempre.

Cristóbal se obligó a ir despacio, tranquilo, tenía y quería saborear cada partícula de su suave piel y hacer que ambos disfrutaran hasta perder la razón. Hasta que ella dejara de plantearse qué estaba mal y se entregara por completo a él. Eso parecía decir sin palabras, entregándose sin hacerlo en su totalidad.

Todavía no lo sabía, pero él era su puerto seguro, su hombre, su pareja, todo. Se recostó llevándola consigo debajo de su cuerpo, con su mano en la espalda mientras que con los ágiles dedos desprendía el sostén. Con la otra mano lo retiró del medio y sin más bajó su boca y tomó en ella todo lo que pudo de su pecho, eran grandes y apetitosos, suaves y dulces. Chupó lentamente, haciendo una leve presión con los dientes, mientras sus dedos jugaron con el endurecido pezón del otro pecho. Amanda lo tomó del cabello y le levantó la cara besándolo con una intensidad arrebatadora, como si en ese momento no existiera nada, salvo ellos en aquella cama, en aquella habitación. Luego comenzó a acariciarle la espalda, contorneando la forma de sus músculos.

—No tienes idea cuántos largos y solitarios años te he estado esperando — dijo Cristóbal casi sin aliento.

Ella lo escuchó, pero desecho enseguida la frase de su mente, segura de que decía lo mismo a todas las mujeres con las que estaba. Y esa noche era solo para ella. Aturdida y con las pupilas dilatadas, lo miró a los ojos, mientras sentía como él buscaba con su mano el borde de sus bragas, dio un tirón con fuerza y rompió la tela que los separaba mientras se sacaba sus bóxer. Siguió acariciando hasta llegar al vértice de sus piernas, movió los dedos contra el mojado triángulo de Amanda y comenzó a hablar cariñosamente.

—Eres hermosa, tan dulce, tan suave. Ábrete para mí.

Con sumo cuidado, separó los labios hinchados y comenzó a introducir un dedo entre ellos. Volvió a besarla hasta que Amanda suspiró y su cuerpo convulsionó, entonces otra vez deslizó los dedos entre sus piernas y empezó un incesante vaivén, dentro, fuera, mientras que con el pulgar frotaba su clítoris.

Su boca y lengua torturaban los labios de ella y mordisqueando también el delicado lóbulo de la oreja. Ella levantaba sus caderas para que él introdujera más adentro sus dedos.

—Por favor... —suplicó ella—, te necesito.

—Tranquila —susurró Cristóbal—, ten paciencia, cariño.

La dura vara en que se había convertido el miembro de Cristóbal se posó entre los dos a la entrada de su centro reclamando su lugar. La piel de él era cálida y suave como la seda, y tenía el tórax cubierto de una mata de vello que le hacía cosquillas en los pechos. Sintió la sólida erección de ese increíble hombre en su entrepierna, lo tocó con cuidado aun sintiendo algo de vergüenza.

Su erección estaba surcada por venas, y la fina y sedosa piel que la cubría se deslizaba ligeramente sobre la dura carne. Amanda, la tomó con los dedos, y la tiesa vara se agitó como si tuviese vida propia. Contuvo la respiración mientras la acariciaba con intensidad, con apremio. Cristóbal la tomó de la muñeca suavemente y retiró su mano de él.

—Ya basta cariño —dijo con voz ronca.

Atacó uno de los pezones con la punta de la lengua, y ella se aferró a sus anchos hombros con fuerza, gimiendo. Él chupó y mordisqueó el pezón cada vez más duro, con desesperación, y luego pasó al otro pecho, haciendo que Amanda se estremeciera. Sintió sus labios descendiendo hacia la entrepierna mientras comenzaba a separar los pliegues de su hinchado sexo y tocó con la lengua el delicado montículo. Apoyó los codos en el colchón y se dejó caer en la cama con un gemido, con la mirada perdida en la oscuridad.

Estaba lamiéndole con largos y sinuosos movimientos que la hacían estremecer, desesperadamente excitada le era imposible detener el movimiento de sus propias caderas que alzaba espasmódicamente. Cristóbal colocó las manos debajo de ella, guiándola mientras su lengua iba derritiéndola. Justo cuando todas aquellas sensaciones se acercaban a su punto culminante, él levantó la cabeza y se puso sobre ella, se colocó una protección, flexionó las caderas y la penetró. Amanda gritó de placer y sus músculos se contrajeron ante la implacable embestida de su amante.

Deslizó una mano entre sus cuerpos y sintió como la acariciaba, a la vez que se movía con lentas embestidas, midiendo cada movimiento. Cada acometida de Cristóbal generaba un gemido en la garganta de Amanda que se mordía los labios con desesperación para demorar su orgasmo. De repente, él se encontró

totalmente dentro de ella hundido en lo más profundo. La miró a los ojos y vio su entrega y su desesperación por llegar a lo más alto de la cumbre. Cristóbal quería lo mismo, quería llegar a la cumbre y romper en una explosión de placer, pero más que eso quería llegar a lo profundo de su corazón y que ella lo cobijara en él.

Retiró su miembro hasta la punta, y luego volvió a penetrarla con terrible lentitud, rozando los pezones de Amanda con el vello pectoral y deslizando su vientre encima del de ella. Se estremeció, moviendo las caderas al son de las largas y placenteras embestidas de Cristóbal, hasta que rogó frenéticamente:

—Más..., p —no pudo terminar la frase.

Se agitó presa de violentos espasmos, atrapando el sólido miembro en su interior hasta que soltó un gruñido y se aferró a sus caderas con ambas manos dejando ir el fruto de su pasión y de sus desvelos.

Amanda todavía se retorció y se estremecía con deleite. Cristóbal la estrechó entre sus brazos y la besó de nuevo delicado, con una dulzura reverente.

Se tumbó a un costado llevándosela con él. Abrazada contra su cuerpo Amanda todavía respiraba con dificultad, apoyó su mano en el fuerte pecho y Cristóbal la atrapó con la suya apretándola sobre su corazón. Éste palpitaba en desbocada carrera, levantó su mentón para que lo mirara a los ojos.

—¿Te has dado cuenta el efecto que produces en mí? —hizo la pregunta con miedo.

—Es el mismo efecto que tendrías con cualquier mujer.

—¿Piensas que me da lo mismo tener en mis brazos a una mujer que a otra? —preguntó visiblemente ofuscado.

—¿No es así?

—Por supuesto que no. Pienso demostrártelo y tendrás que pedirme disculpas.

—¿Cómo piensas demostrármelo, haciéndote célibe?

Cristóbal se levantó para deshacerse de la protección y para que ella no viera su enojo. Cuando volvió intentó que no se le notara la desilusión en sus palabras, que pronto reforzaría con determinación.

—No, estando con la misma mujer el resto de mí vida; tú.

Se inclinó sobre Amanda y comenzó a besarla con aspereza, enojado. Ella alzó las manos hacia la cara de él con un gesto indeciso, como queriendo empujarlo, pero él la besó con más fuerza haciendo desaparecer toda idea de resistencia. La lengua del hombre se aventuró en el interior de su boca tentándola, acariciándola. Respiró hondo, apretó su boca sobre la de ella y sus besos se hicieron más prolongados y cada uno de ellos fue más tierno e íntimo que el anterior. La presionó con todo el largo de su cuerpo y de pronto ella

descubrió que el palpar en sus oídos era tan fuerte que no le permitía oír. Sus pensamientos se desvanecieron, solo quedaron las sensaciones: el asombroso calor de la piel de Cristóbal, el exquisito deslizar de la boca de él sobre su garganta, hombros y pechos. Sentía las manos del hombre por todas partes, acariciando, explorando, resbalando sobre sus miembros.

Si habían persistido algunas dudas en el fondo de su mente, se disolvieron de inmediato. Sus manos muy delicadas, recorrían los rincones más íntimos de su cuerpo. Su respiración se había acelerado como si hubiera hecho un gran esfuerzo, y cuando soltaba el aire quemaba su piel como si fuera vapor. La aplastó contra el colchón, besó y acarició sus pechos y mordió suavemente las puntas erectas. Ella jadeó, rodeó la cabeza oscura del hombre con sus brazos y sintió que el placer y una gran tensión la hacían retorcerse debajo de él. Amanda bajó sus manos buscando la excitada carne de él, lo tomó y acarició rítmicamente desde la punta hasta su base, entre gruñidos y jadeos que escapaban de sus labios. Ella tanteó con sus manos sobre la mesa de noche, alcanzó el preservativo y luego de quitarlo del sobre, se lo colocó con enloquecedora lentitud, estaba claro que sabía lo que hacía. Cristóbal bajó su cabeza y le dio un profundo beso, hundiendo su lengua dentro de ella, al tiempo que le hacía separar sus muslos y bajaba sus caderas hacia su centro.

Amanda sintió la presión en su vagina que le provocó una sacudida eléctrica que se expandió por todo su cuerpo. Expectante, a la espera de la dulce invasión, adelantó sus caderas para precipitar la entrada a su cuerpo. Él imitó sus movimientos con apremio hundiéndose en la delicada seda de su interior, emitiendo un sonido gutural en la acometida.

A Amanda se le cortó el aliento y experimentó un placer casi doloroso, diferente a cualquiera conocido hasta entonces... estaba segura de ello. Sus dedos se contrajeron sobre el pecho de él tratando de enterrarse sin aliento, pero él volvió a embestir una y otra vez y otra más. Todo su ser se concentró en el deleite de poseerla y demostrarle su amor. Ella llegó al orgasmo con asombrosa rapidez; su cuerpo se cerró alrededor de él y la sorpresa hizo temblar sus miembros.

Cristóbal permaneció dentro de ella, y experimentó el orgasmo más poderoso que había tenido en su vida. Gimió y hundió la cara en la curva del hombro de su mujer, sintiendo palpar su miembro, martillear su pulso e inundarse su cuerpo de placer.

Hacía una semana que Amanda le había entregado el pedido de lencería a Cristóbal y junto con él había dado por terminado lo poco o lo mucho que compartieron, mientras estuvieron juntos, dejándole muy claro que no tenía

intenciones de ser el nuevo juguete de un mujeriego. Continuó con su vida normal atesorando en su corazón los buenos momentos compartidos que jamás olvidaría. En quince días se terminaba el curso en su escuela y como era costumbre, como parte del festejo final, todos se quitarían las máscaras. Luego de ese día cada alumno tomaría su camino y no importaría el haberse vistos las caras.

Era mediodía, estaba por cerrar su local para almorzar, cuando sonó su celular. Siempre abrigaba la esperanza que fuera Cristóbal quien la llamaba, pero nunca ocurría como esperaba. Habían pasado muchos días sin noticias. Una clara señal de que ella había sido una conquista más en su lista. Pero siempre lo supo y por ello se había tomado la libertad de disfrutarlo sabiendo que sería la única vez.

Y no se había equivocado

—Dime, Raquel —contestó su celular con tristeza.

—¿Amanda quieres que nos reunamos para almorzar?

—Bueno, estaba cerrando. ¿En el restaurante de siempre?

—Sí, sí, en quince te veo —dijo y colgó.

Amanda sonrió. Los quince minutos de su amiga siempre se convertían en media hora, por lo tanto, aprovecharía para ir caminando, necesitaba relajarse y tomar aire. Cambió el cartel por cerrado, echó llave a la puerta y se dirigió caminando en dirección al restaurante. Hacía mucho que no lo hacía y el aire fresco que jugaba sobre su rostro la reconfortó. Mirando vidrieras y contemplando la gente que caminaban todos apurados para no perder la hora de almorzar, sin darse cuenta llegó al lugar del encuentro. Entró, buscó con la mirada, y como era de esperar, su amiga no había llegado. Se sentó en una mesa alejada, ese día prefería la privacidad y se acomodó para esperarla.

Se quitó el abrigo y cuando se disponía a acomodarlo sobre la silla a su lado, lo vio, Cristóbal estaba al final del local en una esquina con una hermosa y joven mujer a su lado. Desde donde ella estaba, podía ver a su acompañante de frente y a él de perfil. En ese mismo momento llegó Raquel y se sentó de frente dejándola tapada a la vista de ellos. Solo podía verlos si se echaba hacia atrás en su asiento, cosa que evitaba a como diera lugar. Comieron y conversaron con su amiga, pero estaba tensa; no podía alejar de su mente el hecho de que él estuviera a unos cuantos metros de ella y con otra mujer.

Se hizo hacia atrás para que el mozo pudiera depositar el café que habían pedido, y sin poder evitarlo, giró su cabeza y los miró. Cristóbal acomodó el cabello de ella detrás de la oreja y con el dorso de la mano le acarició la mejilla con evidente cariño. La imagen estrujó su corazón que palpitaba a punto de desbordarse de su cauce. Como si hubiera sentido su mirada, él se giró, y se

sorprendió al descubrir su presencia, se quedó mirándola como sí que estuviese con otra mujer fuera lo más normal del mundo.

—¿Me escuchaste? —preguntó Raquel.

—Perdón, dime.

—Estás muy rara Amanda, ¿te pasa algo? Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, ¿verdad?

—Sí amiga, lo sé. No te preocupes, estoy bien —mintió y eso la hizo sentir muy mal.

Terminaron su café y salieron del local conversando sin mirar atrás. Cristóbal la siguió con la mirada preocupado, sabía lo que estaba pensando y eso iba a dificultar más su relación con ella. O su no relación, hacía casi un mes desde que ella le había dejado muy claro que no quería tener nada que ver con un libertino como él. Se lo dijo con otras palabras, pero más o menos era lo mismo, su problema consistía en no saber cómo demostrarle que estaba equivocada. Bueno, no estaba equivocada, hasta el día en que la conoció su vida había sido una constante de idas y venidas a fiestas y saltos de cama en cama. Rubias, morenas, pelirrojas y de todo tipo habían sido fotografiadas a su lado en distintos lugares, todos nocturnos y no de muy buena reputación.

¿Cómo convencerla ahora de su gran cambio?, y que era verdadero, además. Tantas noches eran fruto de su incansable búsqueda de la mujer perfecta que complementara su alma y llenara su corazón. Si alguien se lo hubiera dicho, no lo creería. La mujer tan buscada, tan esperada, estaba a solo dos calles de su oficina. Durante tres años la tuvo tan cerca y tan lejos a la vez. Y estaba a punto de perderla, si no jugaba bien su última carta, jamás podría ser felices. Ninguno de los dos podría ser felices porque estaba seguro del amor de Amanda, lo vio en sus ojos cuando hicieron el amor y lo vio en el restaurante reflejado en el dolor, al encontrarlo con otra mujer.

Volvía sola a su local con los ojos llenos de lágrimas, sabía que algo así podía pasar, creyó estar preparada para soportarlo, pero se equivocó. El dolor que sentía le cortaba la respiración, necesitaba llegar a su negocio y poder llorar tranquila, desahogar todo el cúmulo de sentimientos que se agolpaban en su garganta en forma de lágrimas.

En su oficina, lloró y lloró hasta que no le quedaron lágrimas. Al ver el local vacío recordó que era viernes y a esa altura del mes no entraba mucha gente por lo que decidió cerrar e irse a su apartamento.

Estuvo todo el fin de semana sola en su casa, terminando trabajo atrasado y tratando de no pensar en nada. Tomó una decisión: no volvería a pensar en él. Fue una ráfaga de viento que pasó por su vida, la alborotó y siguió su curso, dejando los restos por levantar.



Eso hizo, juntó sus pedazos rotos, los unió y se prometió a sí misma seguir adelante con su vida como si nada hubiese sucedido.

Comenzó la última semana en la que finalizaría el curso, se dedicó a los preparativos de la fiesta que se realizaría después de la última clase. Los cuatro cursos que se dictaban en la escuela terminaban juntos, por lo que los profesores decidieron hacer la graduación y el festejo final con todos. Mientras se les entregase el diploma simbólico por aprobar el curso, todos estarían con las máscaras puestas para no relacionar nombres con rostros. Una vez finalizado el acto, se procedería a los festejos, que consistía en un ágape en honor a los graduados, música y baile con el agregado de la quita de máscara.

El acto los llevaba a su graduación, solo que en vez de lanzar al aire sus gorros se lanzarían sus antifaces. Estaba todo organizado, solo faltaba el día de la clase final.

Desde su último encuentro con Amanda, Cristóbal no dejaba de pasar con su auto por delante del local para asegurarse que estuviera bien. Hasta mandó a su secretaria para que se comprara lo que quisiera de regalo, solo para saber de ella. No podía siquiera dormir pensando, mucho menos trabajar, tenía que encontrar la manera de que creyera en su cambio, por si su plan no funcionara.

Tenía que hacerlo, había un testigo muy importante en todo lo que había hecho. Debía esperar a que llegara el día, era duro, parecía que las horas eran más largas de lo habitual y pasaban muy lentas. La desesperación comenzaba a apoderarse de él poco a poco.

Ese día, el último para sus alumnos en la escuela, era todo alegría, risas y festejos. Comenzaron lo que sería su última clase. Esta vez sería un baile sensual, donde cada uno mostraría su amor por su compañero, sin palabras con caricias y movimientos sensuales. Con los primeros acordes de “Unchained Melody” cada uno tomó a su pareja y comenzaron los movimientos sensuales, dedicados a acariciar y agrandar a su compañero. Amanda controlaba a sus alumnos, mientras practicaba los movimientos con su pareja.

Ambos se movían coordinados muy cerca, más de lo normal, en un momento la sensualidad de él la atrapó y la llevó por caminos desconocidos. Las caricias que no debían tocar la piel a ella le quemaban, no entendía que le pasaba. Hasta unos días atrás se creía enamorada y que jamás volvería a sentirse así por nadie. En ese momento, aprisionada en las redes de la seducción que efectuaba su alumno en ella, se sentía feliz, querida, amada. Eran incomprensibles los sentimientos que se despertaban en su piel, en sus sentidos. Tenía que deberse a que estaba muy sensibilizada por todos los acontecimientos de los últimos días, no había otra explicación. Rogaba que la canción terminara pronto, o no podría

controlarse y no quería que su alumno mal interpretara sus movimientos. Se sentía asustada y quería que todo llegara a su fin o sus nervios la traicionarían.

Con un gran aplauso estaban todos listos para la entrega de diplomas. Uno de los dirigentes de la escuela tomó el micrófono y comenzó a llamar a los egresados uno a uno. Los profesores seguían desde un costado del escenario todo el acontecimiento sin perderse detalle.

Amanda estaba satisfecha con el resultado de ese año, su escuela era cada vez más popular y cada inicio de curso incrementaba considerablemente la afluencia de alumnos. Tuvieron que hacer listas para el curso siguiente, porque los cupos eran limitados. Continuaba el paso de los alumnos al ser llamados por sus nombres que en general eran seudónimos, nadie quería dar su nombre verdadero y para la escuela estaba bien. No se necesitaban nombres, los alumnos eran personas en busca de aprendizaje para mejorar sus vidas.

Ella seguía la ceremonia sin perder detalle, pero sin dejar de sentir la profunda mirada del alumno que había efectuado las veces de su pareja durante todo el curso. Siempre se habían tratado con mucha cordialidad, en ese momento sentía que algo había cambiado entre ellos.

Él demostraba interés en ella y se lo hacía sentir con su penetrante mirada. Amanda trataba de simular que no se daba cuenta, pronto terminaría todo y no volvería a saber de él.

Terminada la ceremonia pasaron todos al salón principal, adornado con luces de colores, con mesas dispuestas en forma de círculo para sentarse con un amplio espacio en medio. En la pared contraria a la entrada, al final del salón, dispusieron mesas a lo largo repletas de comida para que cada cual se sirviese a su gusto.

Por cada mesa se hallaba un mozo sirviendo tragos a pedido de los comensales, muchos de los cuales habían asistido con sus parejas. Se les pidió a los alumnos dispuestos a la quita de máscaras que se reunieran en el centro del salón, como no era obligación los que no querían revelar su identidad no lo hacían. Una vez todos ubicados y siguiendo la orden de uno de los profesores las máscaras emprendieron el vuelo hasta tocar el techo y volver a caer. Entre medio de aplausos risas y música se inició la fiesta.

Paseando por las mesas, Amanda escuchaba feliz los relatos de sus alumnos, algunos habían logrado recuperar a sus parejas, que daban por perdidas. Otros contaban con felicidad que, gracias a lo aprendido en el curso, habían encontrado a su compañero o compañera. Todos estaban de acuerdo que sus vidas habían dado un cambio total, ahora podían disfrutar de su sexualidad con más desinhibición. Al llegar a la mesa que le correspondía llamó su atención que su

alumno no se había quitado su máscara.

Se sentó en su lugar designado como a todos, casualmente estaba ubicado al lado de ese misterioso hombre que en su último día la inquietaba más de lo normal. Antes, se había sentido estremecer cuando él la tocó, pero también el frío en su piel bajo su perturbador aliento. Nunca había tenido sentimientos tan profundos y tan contradictorios. Para cortar el incómodo silencio entre ellos, Amanda le preguntó cómo le había ido a él en su vida con lo aprendido en el curso.

Él la miró a los ojos y le contestó que todavía no sabía, pero que estaba a punto de averiguarlo. Apenas podía escucharlo entre la música, las risas y los gritos, su voz le llegaba como un ronco susurro. Era raro, nunca había escuchado su voz, jamás habían hablado. Creyendo que esperaba a alguien le preguntó si quería que cambiara de sitio para dejarle espacio a su acompañante.

—No es necesario —respondió él.

Demostrando una tranquilidad que no sentía se llevó las manos a la cabeza y muy despacio fue retirando su máscara por delante, lo que no permitió a Amanda ver su cara hasta que la hubo depositado en su regazo, y lentamente fue levantado su rostro. Un profundo silencio se instaló entre ambos.

Él la miró expectante, esperaba su reacción y ella lo miró sin comprender.

Después de unos minutos, que le parecieron eternos, ella logró balbucear una sola palabra.

—¡Cristóbal!

—Hola, minina —dijo con miedo a su reacción.

—¿Qué haces aquí?, ¿dónde está mi alumno? —dijo buscando con la mirada a su alrededor.

—Soy tu alumno —le dijo con una sonrisa forzada.

—No puede ser..., te conocí mucho después de empezar este curso.

—Tú a mí sí, pero yo te conocía Amanda. Desde que te vi por primera vez quedé prendado y decidí averiguar cómo era tu vida, que hacías cuando no estabas en el local. Fue así como llegué a tu escuela, a tu curso, a ser tu alumno.

—¿Fuiste mi alumno desde la primera clase?

—Sí, siempre estuviste dando tu clase conmigo como tu pareja.

—No es cierto, después que te conocí, me hubiese dado cuenta por tus ojos.

—Anteojos de contacto, Amanda.

—Anteo... pero ¿por qué hacer todo esto?

—Para conquistar tu corazón, ¿para qué más?

—¿Por qué no hacerlo de la forma normal?

—¿Te olvidas de que lo intenté y me dejaste, porque según tú no serías una más de mis conquistas?

—Y tenía razón, a los pocos días estabas almorzando con una nueva conquista, que por cierto creo que es demasiado joven para ti.

Poniendo los ojos en blanco y haciendo una respiración profunda para calmarse, buscaba en su cabeza las palabras necesarias para convencer a esa terca mujer.

—Estaba con mi hermana menor. Precisamente contándole lo estúpidamente que me había enamorado de una mujer que pensaba lo peor de mí.

—Hermana..., enamorado —repitió como si fuera un eco.

Se acercaron a la mesa otros alumnos agradeciéndole por haber encontrado la felicidad que llenaba sus vidas. Uno de ellos le preguntó si ella era feliz..., Amanda pensó unos momentos la respuesta y mirando a Cristóbal contestó.

—Ahora sí..., soy Hacedora de mis Sueños.

**Fin.**

## Con mis flores

(Romance histórico)

*Era por todos bien sabido, que una dama no podía hacerse cargo de sus posesiones, para ser más precisos, podrían, si los hombres las dejaran. Su padre no estaba dispuesto a arriesgarse y dado el desinterés de Elena en el matrimonio, tomó cartas en el asunto.*

El Padre de Elena sostenía en sus manos la carta donde se le comunicaba la muerte del conde de Layker, su mejor amigo. Muy consternado no podía entender cómo su viejo amigo pudo llegar a esa situación, para luego quitarse la vida. Las deudas y el alcohol lo llevaron a él y al condado a la ruina. Pero Adanor le prometió a su memoria, tanto por los buenos momentos pasados juntos, como también por toda la ayuda que Jack supo brindarle, trabajar junto a su hijo para poder restablecer la fortuna y hacer florecer nuevamente el condado.

Adanor se dedicó a la tarea de escribir al nuevo conde de Layker, presentándole sus respetos. Sin querer dilatar más dedicó la extensa misiva donde le explicaba su idea y la mejor ayuda que le podía proporcionar. No sin advertirle que él tendría que dedicarse sin descanso, a cumplir con la ardua tarea que le encomendaba.

Elena se encontró frente a su padre tratando de asimilar de la mejor manera posible, sin conseguirlo, el absurdo pedido que éste le comunicó.

—Es importante que me entiendas Elena, tengo una deuda de gratitud y mi honor me exige que preste mi ayuda para salvar al condado de mí amigo.

—Pero padre, no conozco al hijo de ese hombre y como sabes que él aceptará tu propuesta.

—Le envié una carta comunicándole mi idea y espero su respuesta.

—Se hará como tú digas padre —«ojalá me caiga muerta ahora mismo», pensó Elena.

Salió del despacho de su padre, hecha una furia y se dirigió a su botánico, era

el único lugar de la casa donde podía pensar y donde simplemente podía ser ella. Ahí, entre sus plantas y sus flores, se sentía a gusto. No era la primera vez que su padre le decía que debía pensar en casarse, en hacer su vida, que no debería ocultarse más en los capullos de sus flores. Al parecer, cansado de pedírselo, había decidido ordenarle casarse. ¿Pero cómo se iba a casar con alguien que no conocía? Solo porque ella tenía dinero que, al morir su padre debía administrar su marido. ¡Por Dios, qué tontería!

Tonterías o no ella debía obedecer no podía escapar –¿A dónde ir, con quién? – Ellos dos eran los únicos miembros de la familia. Por esa razón a su padre le preocupaba que, al faltar, quedara desamparada y en manos de cualquier inescrupuloso cazafortunas.

Días después, y un poco más tranquila acudió al llamado de su padre. Adanor le comunicó que había recibido respuesta a su carta, le contó que el Conde había decidido que primero mantendría correspondencia con ella, para poder conocerse y saber su opinión al respecto. La incredulidad asaltó a Elena.

«Un hombre al que le importara la opinión de una mujer».

Tras la sorpresa su padre le dio una carta, del Conde.

***Estimada Elena:***

*Como le dije a su padre, solo aceptaré su propuesta si después de que nos hayamos conocido y tratado, los dos estamos de acuerdo en iniciar una unión matrimonial, que para mí debería ser con un mínimo de sentimientos involucrados. Me parecería injusto que usted, en su inocencia y yo en mi apatía, pagáramos por los errores de mi padre.*

*Si le parece bien me gustaría que me cuente sobre sus días, sus inquietudes, sus deseos, y yo le contaré los míos.*

***Suyo Layker.***

Estaba con la carta en la mano, la leía una y otra vez y la verdad es que no sabía qué contestarle. Al parecer, él estaba en la misma situación que ella. No se sentía ni contento, ni conforme con la idea de su padre. Por un lado, era un alivio, pero por el otro, estaba claro que no conocía a Adanor. Cuando se le ponía una idea en la cabeza, no paraba hasta llevarla a cabo.

**Lord Layker:**

*No voy a ocultar que la decisión de mí padre me tomó por sorpresa y me inquietó muchísimo. Le agradezco la comprensión y el hecho de que esté dispuesto a conocernos primero, esto me tranquiliza y me da esperanzas. Veía en este futuro matrimonio un porvenir frío, desolado, y sin poder estar en desacuerdo. Mis días son muy simples me gusta dedicarles mi tiempo a mis flores, a mis plantas, para ello poseo un gran invernadero.*

*Creo que le sorprendería la variedad de las flores a mí cargo, sus colores y sus fragancias y el lenguaje que con cada una se representa.*

*Lamento la muerte de su padre, pero más lamento el gran peso que ha caído sobre sus hombros, aun así, por lo que me ha contado mi padre de usted no tengo dudas que estará a la altura y que su gente, la del condado, estará feliz de tenerle. Este es un presente de mí invernadero.*

*Se llama Bola de nieve (representa la alegría y el orgullo en sí mismo).*

**Elena.**

Layker tenía la misiva en la mano y se le dibujaba una sonrisita tonta en la cara. ¡Una flor! ¡Le había mandado una flor! Bueno, nunca entendió mucho a las mujeres. Suspiró profundo. Menos mal que estaba de acuerdo con él, no estaba dispuesto a un matrimonio forzado para ninguno de los dos. Al parecer no era una de esas chiquillas ricas y tontas en busca de un título, también le interesaban los sentimientos, eso era bueno.

**Estimada Elena:**

*No sabe cuánto me alegra que estemos de acuerdo en cuanto a este matrimonio, y de llegar a concretarse, le aseguro que estaré a la altura. En cuanto a mí gente, estoy poniendo cartas en el asunto, instando a los arrendatarios a trabajar la tierra con lo poco que disponemos. Creo que trabajar con, y sobre lo que hay es mucho mejor que no hacer nada, y esperar de brazos cruzados a que todo termine. Debo decirle que también me alegraría mucho que acepte*

*un trato más familiar, tenía mis dudas, pero siendo hija de quién es debí saber que no pasa por usted un trato frío y distante, como acostumbran las niñas de alta sociedad.*

**Tuyo Layker.**

Elena estaba concentrada en su carta le agradaba mucho el trato con el que se dirigía a ella. Creía que era una buena señal que estuvieran de acuerdo. Por lo visto era un hombre trabajador, ese era un punto a favor, esperaba tener más puntos para calificarlo. Pero le inquietaba un poco el hecho de que no se había referido a sus flores ni su invernadero, se preguntó si le disgustaría, bien tendría que aguantarse.

***Estimado Layker:***

*Me alegra saber que tú y tu gente hayan comenzado a trabajar creo que el trabajo dignifica y la gente se sentirá mejor, más útil ayudando a la causa. Nunca fui muy afín con las señoritas de sociedad y sus costumbres, creo esa es una de las razones por la cual mi padre ha decidido concretar mi matrimonio. Dice que no muchos caballeros estarían de acuerdo con mi forma de proceder.*

*Gracias a ti podré desmentirlo. Sí, en muchos aspectos me parezco a mí padre cosa que me ha traído más de un problema, razón por la cual trato de que mis apariciones en sociedad sean escasas y breves.*

*Gardenias (para que reine la sinceridad entre nosotros).*

**Elena.**

Layker estaba muy contento, había recibido una nueva carta y era muy prometedora. Su forma de escribir y de pensar le gustaba, le gustaba bastante.

Elena estaba preocupada, afuera se había desatado una tormenta muy fuerte, la lluvia y el viento azotaban sin tregua. Uno de los sirvientes salió para arreglar uno de los costados del invernadero, que quedó destrozado a consecuencia de la caída de un árbol cercano.

Joel se ofreció a arreglarlo para que no se destrozaran sus flores, y ella se sintió culpable ya que podría pasarle algo, era una inconsciente por permitirlo. De golpe se abrió la puerta del frente, Elena corrió hasta ella porque pensó que



se había abierto por el fuerte viento, pero se paró en seco, atónita. Se levantaba frente a ella, en toda su altura, sacudiéndose el agua que caía en cascadas por su larga capa al suelo, un hombre, un desconocido. Miró a los lados para saber si se encontraba sola, o para decidir hacia dónde correr si la acechaba el peligro. Para su tranquilidad llegó su padre, caminando hasta situarse a su lado, también mirando con sorpresa.

Cuando el visitante se quitó la capa y se descubrió la cabeza, el alma de Elena se cayó a sus pies, era el caballero más perfecto que había visto en su vida. Unos ojos muy grandes, azules, enmarcados en una cara muy varonil y de rasgos un poco duros, con el pelo negro, despeinado y cayendo en mechones con agua por la frente. Un batido de brazos, saludos y risas, la sacaron de sus pensamientos. Ese increíble hombre y su padre se conocían, no podían ocultar su alegría.

Una vez terminado de saludarse, en medio de mucha alegría por parte de los dos hombres, por fin su padre se giró hacia ella para presentarla.

—Elena, te presento a mí buen amigo Ezequiel Atwood.

—Quiel, mi hija Elena.

—¿Quiel? —preguntó Elena.

—Sí, así lo apodó su madre de pequeño y así lo llamamos todos — explicó su padre.

—Un placer conocerla, señorita Elena.

—Encantada, señor Atwood.

Sintió la mirada profunda del hombre, que la observaba con algo que no alcanzó a definir, con un saber que ella desconocía, la inquietaba.

Ahí estaba nuevamente, con sus apreciaciones de novelas románticas. Iba a tener que dedicarse a otros tipos de lecturas, porque esas la estaban trastornando. Su padre acompañó a su invitado al estudio, para ofrecerle un brandy y para que se acercara a la chimenea a secarse, mientras se ponían al día -según dijo-.

Ezequiel quedó gratamente complacido mirando a la bella Elena. De cabellos castaños claros, recogidos en lo alto de la cabeza en una coleta, de ojos profundamente grises, con un rostro de finísimos rasgos. Debajo del vestido se vislumbraba un cuerpo armónico y pequeño. Una verdadera delicia, el futuro era de lo más prometedor.

Ella volvió a centrarse en Joel, cuando apareció por el otro lado venía desde la cocina, estaba seco y con una sonrisa de satisfacción. Una vez tranquila porque su invernadero estaba a resguardo, y como habían cenado, subió a su dormitorio. Imaginó que su padre y su amigo estarían de cotilleo hasta bastante

entrada la madrugada. Con los nervios del temporal y la agitación que le produjo la llegada del señor Atwood, se encontraba bastante cansada, por lo que decidió acostarse.

Se despertó con las primeras luces del día que entraban por la ventana, había cesado el temporal. La mañana estaba melancólica, nublada y amenazaba con seguir igual que el día anterior. Elena estaba triste; no había recibido respuesta de su carta a Layker, habían pasado unos cuantos días y con la lluvia los caminos estaban imposibles. Tendría que armarse de paciencia y esperar. Era increíble lo que se había acostumbrado a recibir sus cartas.

Lista para bajar a desayunar se miró al espejo por última vez y arregló con esmero su cabello. Su vestido era uno de los más simples. Necesitaba ir a sopesar los daños de su invernadero y seguramente iba a embarrarse, también se puso botas altas para cubrir sus pies. No se veía de lo más femenina, pero ese no era el momento, habría tiempo para presentarse más arreglada frente al huésped.

Imaginó que solo el servicio estaba levantado, los demás dormirían hasta tarde, si la plática se extendió por demás. Entró al comedor, y para su sorpresa, vio cómo se levantaba apresurado el señor Atwood, ante su presencia inclinó la cabeza a modo de saludo, se acercó hasta la silla que se encontraba frente a él y la ayudó a sentar.

—Buenos días, señorita Elena.

—Señor Atwood, buenos días.

—Por favor, llámeme Ezequiel.

—Muy bien, Ezequiel.

Entró María al comedor con su desayuno, y mientras comían, Ezequiel le contaba sus proezas para llegar hasta la casa. Ella le contó de lo preocupada que estaba por sus flores y que en ese momento se disponía a ir a ver los daños. Él se ofreció acompañarla, parecía bastante interesado en el tema, mucho más de lo que se interesó Layker, por lo menos. Pero no debía compararlos, Layker tenía muchos problemas que resolver por delante, mucho más importantes que ocuparse de sus tontas plantas. No debía ser egoísta, seguro que cuando estuviera más aliviado le daría las atenciones adecuadas.

Entraron en el invernadero, la parte de adelante estaba intacta, pero a medida que recorrían hacia adentro podían ver los destrozos. Sobre la pared donde cayó un árbol había unos revoltijos de hojas, ramas, flores y tierra por todos lados, como también pedazos de paredes y ornamentos. Resignada y en silencio comenzó a levantar y arreglar sus preciosas plantas, sin darse cuenta de que Ezequiel seguía a su lado. Él se apresuró a agacharse para ayudarla.

—Tranquila Elena, verá que en unos minutos tenemos todo arreglado.  
—Gracias —dijo con pesar—, debo parecerle una tonta.  
—Para nada, es normal que se sienta así, estos son sus tesoros.  
—¿Mis tesoros? ¿Cómo lo sabe?  
—Me lo dijo Adanor, anoche hablamos muchas cosas, entre ellas de usted —  
dijo sin más explicación.

Cuando terminaron el trabajo, su invernadero había vuelto a estar como antes o casi, algunos girasoles quedaron cortados por la mitad y las enredaderas eran un amasijo, pero de a poco las iría arreglando. Miró para ver donde se había ido Ezequiel, estaba recorriendo el resto del invernadero, la parte intacta. Qué inquietante era, cada vez que le hablaba se ruborizaba, esperaba que no se diera cuenta, pero era la primera vez que estaba frente a un hombre tan impresionante. No solo por su belleza o por su inteligencia, sino también por su porte de caballero, por su delicadeza cuando se dirigía a ella, o por su dureza con el trabajo, o a la hora de dar una orden. Se acercó a ella sonriente, sacó el brazo detrás de su espalda y le ofreció un ramo de flores, pero lo que le sorprendió a Elena fue lo que le dijo.

—Magnolias: “Por el amor que le tienes a la naturaleza”.  
—¿Sabe de flores? —preguntó.  
Se encogió de hombros.  
—Solo un poco. ¿Por qué el asombro?  
—Es que casi nadie sabe de estas cosas. «Menos un hombre», pensó.  
—Aprendí alguna que otra cosa sobre plantas y flores de mí madre.  
—Debió ser una persona muy sensible.  
—Lo era Elena, sí que lo era.

Transcurrieron los días y Elena, seguía sin tener noticias de Layker, iba a esperar un poco más. Si no tenía respuesta pronto le diría a su padre que investigara si se encontraba bien, o si simplemente era que no quería nada con ella.

Algunas horas las pasó en compañía de Quiel, como le decía su padre. Le contó acerca de sus viajes, de sus amigos, de sus juergas de jovencitos. Ella por su parte le contó acerca de su presentación en sociedad, de lo gracioso que le parecía toda esa situación de la etiqueta, el decoro, la falsedad y la falta de humildad de muchos de los integrantes de la aristocracia, como ellos mismos se hacían llamar.

Terminó de cenar y se retiró a su cuarto muy cansada, se dispuso a acostarse y sobre su almohada se encontró con una camelia de color rosa (significaba admiración y deseo de seducir). Su alegría por lo que indicaba esa flor en su almohada no se podía describir con palabras. Pero no, no podía alentar ese sentimiento, le había dado su palabra a su padre. Se levantó muy temprano y fue al invernadero, después bajó hasta el pueblo que estaba a unas diez cuadras, no sin antes dejar sobre el plato del desayuno de Ezequiel, una petunia (hay obstáculos). A su regreso del pueblo organizó el almuerzo con María, y se retiró a su cuarto hasta la llamada a comer.

Después de almorzar todos juntos, su padre y Ezequiel salieron a cabalgar y ella se refugió en la biblioteca a leer. Ninguno de los dos hizo referencia a las flores que se entregaron, dio por hecho que el tema había quedado ahí y que Ezequiel no haría preguntas. Si bien se trataban con confianza incluso insistió en que lo llamara Quiel, por lo cual ella lo indujo a llamarla Lena, como lo hacían sus amigos, no se atrevería a preguntarle de frente si él no le decía nada.

Terminó de leer su libro después de la siesta, era tarde, decidió recostarse un rato antes de la cena y de la llegada de los hombres. No era que se estuviera ocultando, pero por el momento preferiría no enfrentar el tema con Ezequiel, hasta no saber qué pasaba con Layker. Su padre le comentó que el Conde había tenido que viajar al norte de urgencia por sus negocios, que no se preocupara, que pronto tendría noticias de él.

Otra vez sobre su almohada una flor, esta vez era un trébol y un pensamiento (incertidumbre, querría saber, solo pienso en ti). Le inundó la dulzura, jamás pensó que tan poco podría decir tanto. Se sintió alegre, turbada, acalorada. Tomó las flores, se acurrucó en la almohada y se durmió con el ramo muy cerca de su rostro y con el perfume instalado en ella.

Al otro día pasó toda la mañana sola, y para el almuerzo, su padre y Ezequiel, fueron a una comarca vecina para visitar a unos amigos. Más tarde entró al invernadero a ocuparse de sus flores, quitar la mala hierba, hacer la limpieza y el arreglo de algunas hiervas aromáticas, que siempre tenía disponibles para las comidas.

Cuando regresó Ezequiel era tarde y estaba cansado entró directamente a su cuarto y encontró sobre su cama un clavel rojo (suspira mi corazón). Tomó el clavel en sus manos aspiró su perfume y se ensanchó su corazón. Era un gran avance, a ella le interesaba, quizás lo que necesitaba era un empujón. Sí, algo más, algo que la acercara más a él. Esperó a bien entrada la noche, que todos

estuviesen durmiendo, y fue en busca de su flor.

Entró muy despacio al cuarto de Lena para no despertarla y le dejó un ramo con mirto, diamela, crisantemo y una margarita amarilla (mi amor es verdadero, me inspiras ternura, sinceramente te quiero ¿tú me quieres?). Al verla dormir tranquila, tan hermosa su corazón se encogió, parecía una muñeca con sus mejillas sonrosadas. Podría pasar horas mirándola dormir, lo llenaba de paz. Se preguntó cómo era posible tener un sentimiento tan profundo por alguien que acababa de conocer, pero era así. Ella logró despertar eso en él y ahora quería disfrutarlo.

Elena se despertó e hizo un gran esfuerzo para abrir sus ojos, se encontró con el ramo de flores a su lado. Su mente se llenó de un sinfín de preguntas, «¿estuvo en mi cuarto mientras dormía?... ¿me quiere? ¿Qué le voy a contestar?» No podía responder semejante declaración con flores. Con una planta no le podía decir, que su padre la había comprometido con otro en casamiento. «¿Cómo voy a explicarle mi realidad?, y lo peor ¿cómo voy a ocultar mis verdaderos sentimientos por él?».

Escribió una rápida nota para que se encontraran en el invernadero después del desayuno, y se la entregó a Joel para que se la dejara en su habitación. Elena estaba entre sus flores sacando hojas secas, nerviosa con sus pensamientos enredados ensayando una explicación, cuando la sobresaltó Ezequiel a su espalda, soplándole aire fresco en su cuello. Se quedó tiesa sin saber qué hacer, carraspeó y se dio vuelta para tenerlo de frente, él la miró sonriente, divertido por su evidente turbación.

Ella retorció sus dedos buscando las palabras que debía decir.

—Quería hablar contigo.

—Si Lena, te escucho.

—Debemos dejar esto que ha empezado entre nosotros inmediatamente.

Quiel se acercó para poder mirarla a los ojos.

—No entiendo, tus ojos no me dicen lo mismo que tus labios.

—¿Que dices? Por favor, escúchame esto no es un juego, esto es serio y tiene que llegar hasta aquí, no más.

—Bueno, si me miras a los ojos y me dices que no me quieres y yo veo en el fondo de ellos que es verdad, no volveré a molestarte.

—No te quiero Quiel, no como tú necesitas. —Lo miró tragándose el llanto.

—Lo siento, tus sentimientos intentan derramarse junto con tus lágrimas, no te creo.

Se le acercó, acarició su mejilla, le levantó el mentón con el pulgar, acercó sus labios a los de ella y la besó. Con un beso profundo, apasionado, cargado de todos los sentimientos que Ezequiel le podía transmitir y más. Lena se sintió perdida en esa comunión de sentimientos que le era imposible ocultar y sabía que tendría que decir la verdad, que a pesar del gran amor que sentía por él, ella debía casarse con otro. Le dolía tener que causarle ese dolor a aquel hombre, que despertó todos sus sentimientos el primer día que llegó a su vida.

Se separaron ella retrocedió y en un balbuceo que Ezequiel apenas escuchó, le dijo que era imposible.

—Este amor que sentimos es imposible.

—¿Porque tienes miedo de lo que estás sintiendo? ¿Porque estás confundida?

—No tengo miedo, no estoy confundida, sé bien lo que siento, pero no puedo.

—¿Dime por qué entonces?

—Porque estoy comprometida con otro hombre, mi padre dio su palabra y debo obedecerlo.

—¿Obedecerías a ciegas a tu padre solo porque dio su palabra? ¿O porque le quieres? ¿Estás enamorada de tu prometido y juegas conmigo?

—Por supuesto que no, no estoy jugando contigo y a mí prometido no lo conozco, no personalmente, solo hemos intercambiado unas cartas.

—¿Solo por unas cartas estás dispuesta a tirarte en brazos de un loco desconocido, que compra una esposa?

—No es ningún loco, es bueno, es comprensible, es un caballero y no me ha comprado, di mi palabra y acostumbro a cumplirla.

—¿Sin importarte tus sentimientos ni los míos, no te parece cruel?

—Sí, es cruel pero no soy yo, es el destino, el cruel destino, el que me juega esta mala pasada. Nunca estuve enamorada, nunca me interesó nadie, por eso no me importó cuando mi padre arregló el compromiso, era una manera de ampararme si me quedaba sola. Mi padre quería protegerme. Después llegas tú, con todos tus arrebatos de pasión y ahora me encuentro destrozada y sin poder hacer nada.

Ezequiel la abrazó fuerte y dejó que llorara, que desahogara toda su frustración mientras en su interior crecía una alegría incalculable, por lo hermosa y honorable. Por todas las buenas cualidades que encerraba ese pequeño cuerpo, junto a un inmenso corazón. Pero Elena era así, una gran persona de muy buenos sentimientos y esos eran todos suyos. La separó un poco de su cuerpo cuando sintió que se había calmado, la miró muy profundo a los ojos.

—Permíteme que me presente mi querida Elena.

—¿Qué haces? Te conozco.

Ezequiel hizo una reverencia profunda y cuando se levantó a la altura de los ojos de Elena dijo.

—Conde de Layker a sus órdenes, señorita.

—¡¿Qué?! Tú..., tú eres Ezequiel Atwood.

—Ezequiel Atwood Conde de Layker, te dije que no iba a permitir un matrimonio sin un mínimo de sentimientos, no era justo para ti. Quería ganarme a mí esposa, conquistarla, mínimo gustarle, y gracias a Dios resultó más de lo que esperaba. Como tu padre estaba muy decidido, quise conquistarte personalmente, como te dije, espero estar a la altura. Elena no resistió más y se tiró a sus brazos entre besos, risas y llantos que era incapaz de contener. Se quedaron así abrazados, disfrutando, dejando pasar el tiempo.

Ezequiel levantó de una mesa que estaba cerca, un ramo que había preparado para ella de rosas rojas (Es el amor y la pasión que brota de mí corazón a borbotones, solo para ti) ella quitó un pimpollo del ramo y se lo colocó en el ojal (es la promesa de un amor que florece hasta llegar a su plenitud).

**Fin.**

# Acerca de la autora

Nació en Argentina, Bahía Blanca provincia de Buenos Aires, vive en la ciudad de Neuquén hace más de cuarenta años. Lee novelas desde muy pequeña, aunque jamás había pensado en escribir antes, hace unos años que decidió que quería tener sus propios protagonistas.

Sin tener preferencia por ningún género en particular, en su primera novela se aventuró en escribir romance histórico. Su idea es incursionar en todos los subgéneros de la novela romántica. Publicando en 2013 Oliver... ¿Olivia? primera entrega Serie Familia Hellmoore.

2014 Piensa en mí... pensaré en ti, primera entrega Serie Club Orión. En 2014 Mi Ángel... mi guardián, segunda entrega Serie Club Orión. 2015 Atado a París, segunda entrega Serie Familia Hellmoore. 2016 Mujer enamorada, primera parte trilogía Villa D'amore. 2016 A través de los ojos de Gabriel, tercera entrega Serie Familia Hellmoore. 2016 Ven a mí... rescátame, tercera entrega Serie Club Orión. Participó en muchas antologías con títulos como: La Navidad de Savannah (2015). Amor de una noche (2016). Un amor inolvidable (2016). Pon en marcha tu vida (2016). Batiendo abanicos (2017). Lo prefiere mi corazón (2017). Tú...Mi libertad (2017).

Con hijos, nietos y una buena vida, su único propósito es entretener con sus aventuras y endulzar los días con romance, si logra el cometido se dará por realizada.